EMMA GIL

Si fuéramos eternos



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Lista de reproducción

Prólogo

1. Lágrimas que siguen ardiendo

2. Amapolas, ¿rojas o rotas?

3. Mi única aliada (mi sombra)

4. Feliz cumpleaños, Maddie

5. Personas fugaces

6. Una mentira más

7. ¿Por qué tú?

8. Cómo saludar a un fantasma

9. Nuevas cicatrices

10. Verdades que me siguen ahogando

11. Inolvidable

12. Culpables

13. Grandes cimas

14. Inoportunas casualidades

15. Huir

16. Un café revelador

17. Una sola sonrisa

18. Un nudo sin deshacer

19. Ocean Eyes

20. Una cámara digital

21. Te vi

22. Encerrados

23. Agachar la cabeza y seguir

24. Nos vemos pronto, Maddie

25. Un cartel rojo brillante

26. Un cambio repentino

27. El trastero de los recuerdos

28. La mesita del fondo

29. Vendrá

30. Unos rizos interminables

31. Una cena familiar

32. Un portazo al salir

33. Un roble con luces

34. El mural de los recuerdos

35. Un saco de dormir de princesas

36. Un corazón sangrando

37. Monstruos

38. Romper las cadenas (que yo misma me puse)

39. Ansiedad

40. De camino... a una muerte segura

41. Todo va a ir bien si sonríes

42. Manta y pelis

43. Hasta que se acabe la noche

44. Palomitas

45. Palabras ocultas bajo la piel

46. Nunca más

47. Un chapuzón para caer hondo... o resfriado

48. Luces de colores

49. Abrazos calentitos

50. Volver

51. Un perfecto desastre

52. Días. Semanas. Meses

53. Eres suficiente

54. Yo antes de ti

55. Te odio

56. Aprende a vivir con ello

57. Felices fiestas

58. Un regalo de Navidad

59. ¿Arriesgarse merece la pena?

60. Una oportunidad para brillar

61. Para nuestra colección de atardeceres

62. ¿Por qué tenía que ser así?

63. La verdad a veces sí duele

64. Dejar que todo reviente para empezar de cero

65. Mi pequeña vampira

66. Hasta aquí

67. Feliz cumpleaños, Amapola

68. Calidad antes que cantidad

69. La chica imposible

70. El Mago de Oz

71. Dicen que amar también es renunciar

72. Efímeros

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Si fuéramos eternos

Emma Gil

matchstories

Para todos los que en algún momento
visteis derrumbarse vuestro mundo,
espero que encontréis en estas páginas
los ladrillos para reconstruirlo.

Lista de reproducción

I Miss You, I'm Sorry, de Gracie Abrams
Por si quieres volver, de Marina Reche
Love Story, de Taylor Swift
All I Want, de Olivia Rodrigo
Constellations, de Jade LeMac
Feel Like Shit, de Tate McRae
My Tears Ricochet, de Taylor Swift
The Climb, de Miley Cyrus
If Only, de Dove Cameron
Volver, de Morgan
Happier than Ever, de Billie Eilish
Photograph, de Ed Sheeran
Touch, de Sleeping At Last
Six Feet Under, de Billie Eilish
In the Stars, de Benson Boone
La balada, de Ruslana
When I Look at You, de Miley Cyrus
Need You Now, de Lady Antebellum
Wings, de Birdy
Rewrite the Stars, de James Arthur y Anne-Marie

Prólogo

Querido Aaron:

No sé siquiera si llegarás a leer esta carta, pero tengo que intentarlo. Las vacaciones han sido extrañas sin ti. No sé por qué me evitas, no entiendo qué he podido *hacer, pero, por favor, dame alguna respuesta. Papá está extraño, casi creo que está más sonriente, y eso ya es raro de por sí. Y Liz... estoy preocupada por ella. Tal vez estoy exagerando, pero creo que todos me odian, Aaron. Tengo miedo de volver al instituto en unos días. Mi cumpleaños es dentro de poco, quizá pueda escabullirme y que lo celebremos juntos. Si te apetece, claro.*

Si ha pasado algo, dímelo. Tú solo dame alguna pista.

Amapola

1

Lágrimas que siguen ardiendo



Maddie. Hace tres años

Los nervios paralizaban mi instinto, y me impedían hablar. Ese era el efecto que él provocaba en mí. Terror.

—He estado trabajando en una nueva historia, ¿sabes? —dije.

Las palabras apenas fueron un susurro entrecortado, pero supe que me había escuchado en cuanto se hizo el silencio absoluto en el coche. Hasta *Smells Like Teen Spirit* de Nirvana que sonaba de fondo en la radio se había terminado. Solo quedó la mirada inquisitiva de mi padre.

Creo que no había nada que me generara más temor que su mirada.

Nunca se sabía qué podía significar.

Era una de estas conversaciones que se acumulaban en mi garganta y que nunca sabía cómo abordar. Hasta que simplemente salían de mí.

—La profe de Literatura dice que se me da bien —continué.

Hice acopio de todas mis fuerzas para que sonara todo lo convincente que pudiera. Aunque yo misma reconocí el temblor en mi voz y había perdido cualquier esperanza de que alguien me escuchara.

Todos me habían hecho perderla.

Por unos segundos imaginé que me ignoraría, que haría como si no hubiera escuchado nada, como hacía siempre que le hablaba de algo mínimamente importante para mí.

Pero eso no fue lo que pasó, aunque, pensándolo detenidamente, ojalá hubiera sido así. Así quizá no habría roto nuestra relación más de lo que ya estaba.

Tenía el defecto de romperlo todo.

—Deberías centrarte en tus estudios. Eso es lo que tendrías que hacer, Madison. Trabajar es lo que te va a dar un techo bajo el que dormir, ya lo sabes. —No lo mencionó, pero las palabras «y no unos libros que nadie leerá» flotaron en el aire. No sería la primera vez—. Mira a tu hermana, es más pequeña que tú y ya parece centrada en sus objetivos. Debes aspirar a eso.

Suspiré con pesadez.

Ya esperaba esa respuesta. No podía evitar compararme con mi hermana.

Para él nunca nada era suficiente. Él quería más, buscaba el éxito. Y eso era una verdad tan dolorosa e inexplicable que a menudo decidía ignorarla. Aunque no siempre podía.

Esa confianza que creía haber ganado se esfumó tan rápido que apenas fui consciente del daño que provocaron sus palabras. Pues en el fondo ya había aceptado que esa sería su respuesta.

Apreté contra mí la libreta manchada de barro y arrugada por todos lados que llevaba sujeta todo el camino, y mi pulso se desbordó. Todas mis ideas, todas mis palabras. Todas mis ilusiones.

Rotas.

De nuevo.

«¿Por qué mis sueños dependen de otros?», pensé al borde de las lágrimas.

«Así es como se forman las pesadillas».

Y, casi como si mi padre leyera mis pensamientos, continuó diciendo:

—Podrías pensar más en tu futuro, Madison. Sé que todavía eres joven, pero es importante. Tienes que aprender a diferenciar entre los sueños y la realidad. Tu madre te metió muchas ideas... erróneas en la cabeza —dijo más serio que nunca, con pesar, como si le doliera esa afirmación.

Tenía los nudillos blancos de apretarlos contra el volante del coche. Como si estuviera decepcionado.

La mención despectiva de mamá lo empeoró todo. Sentí una impotencia mayor al girarme sobre el asiento del copiloto, y comprobar que, ciertamente, seguía impasible ante sus palabras. Que seguía destrozando cada ápice de luz y júbilo a su alcance sin siquiera inmutarse. No le importaba nada, más allá de él mismo.

—No hables así de mamá —fue lo único que fui capaz de decir.

El silencio incómodo se instauró de nuevo y ambos decidimos optar por continuar encerrados en nuestros pensamientos, solo que los míos me llevaban a pensar que había fracasado. Que una vez más mis esfuerzos habían sido despojados y desterrados sin darles la mayor importancia.

Que, después de todo, las chicas del campamento del que estaba regresando no estaban tan equivocadas. Cerré los ojos con fuerza al pensar en eso, pero una lágrima rodó por mi mejilla antes de que pudiera impedirlo.

Mi mirada se deslizó por la ventanilla, por donde ya se podían apreciar las numerosas urbanizaciones y preciosas casas que formaban nuestro barrio alrededor de una gran arbolada.

Estaba en casa.

Decidí alejar los pensamientos que me asfixiaban y pensar en mi regreso, lo único que a estas alturas me llenaba de emoción. Llevaba una semana fuera de casa, prácticamente encerrada en un desesperante campamento de verano al que iba todos los años, y la única emoción, además de la rabia, que cabía en mí a estas alturas eran las ansias por volver.

Para volver a verlo a él.

Me imaginé que cuando llegara a casa se lo contaría todo. Toda la conversación con mi padre y, por supuesto, le ahorraría los detalles del campamento, no quería que supiera que el resto de mis compañeras no me querían ni ver y de hecho me despreciaban.

No quería que supiera que, si no fuera por él, estaría sola.

«Podría ser amiga de cualquiera, ¿por qué querría ser amiga de alguien como tú?».

Crucé las puertas de mi casa a toda velocidad en cuanto llegamos y subí con torpeza a mi habitación cargando con las pesadas maletas. Mi hermana pequeña dibujaba distraída sobre la mesa del comedor y apenas se percató de mi presencia, y mi padre ni notó mi ausencia cuando me largué de allí.

En cuanto mis pies se posaron frente al jardín que rodeaba la preciosa casita de la familia de Aaron y lo vi, me invadió una sensación de completa plenitud. Mi pecho se sacudía con fuerza por la adrenalina de haber corrido hasta allí.

Mi mejor amigo me miró entrecerrando los ojos en cuanto me vio y se me abalanzó sin previo aviso. Caímos sobre la fina capa de hierba que bordeaba los alrededores, y, aunque su entusiasmo nos hizo rodar un par de metros, me sostuvo en un gran abrazo en todo momento.

—Me estás aplastando —murmuré riendo sin apenas respiración.

Aaron se apartó de mí y apoyó la cabeza sobre el delicado césped. Lily, su madre, nos echaría una buena bronca si supiera que le estábamos destrozando su cuidado jardín.

—¿No te parece que has vuelto muy pronto? —preguntó con una mueca en los labios y un falso hastío que me levantó una sonrisa. Sus mejillas se volvieron rosadas en cuestión de segundos y cambió la postura a una más seria—. Espero que no pienses que te he echado tanto de menos. Esto ha sido... un intento de asesinato fallido. La asfixia es un poco compli...

—Yo también me alegro de verte —le interrumpí, con una sonrisa de lado—. Aparte, sé cuándo mientes, Miller.

Puse los ojos en blanco.

Su risita llenó el lugar.

Los dos nos levantamos y me sacudí los hierbajos que se impregnaban en mi ropa. Entonces alcé la vista y lo vi, observándome como si me viera por primera vez.

Aquel azul, como el océano, brillaba tantísimo en sus ojos.

—¿Cómo ha ido todo?

«¿Cómo había ido todo?».

Había sido horrible, pero me esforcé muchísimo por sonreír.

Hacía unos minutos había corrido a toda velocidad entre las calles que nos separaban, sin detenerme en ningún momento. No paré hasta que reconocí la famosa y distintiva puerta azul de los Miller.

Me moría de ganas por contarle todo, y al mismo tiempo se me hacía un nudo en la garganta al pensar en todo lo que le quería ocultar. No quería que él me viera como lo hacían aquellas chicas.

Suspirando me dejé llevar y solté las cuerdas del nudo, pero no mencioné nada del campamento. Esos días necesitaba olvidarlos y me llevaría a la tumba lo vivido si hacía falta.

Dejé que él me escuchara en silencio mientras yo me ahogaba un poco al hablar porque iba acelerada y siempre me había costado un poco expresar cómo me sentía. Las palabras simplemente se atascaban dentro de mí.

Mi padre había tomado por costumbre menospreciarme en apenas un pestañeo, y no era el único, por eso no era fácil contar todo aquello sin desarmarme un poquito por dentro. Pero para aquella chica de catorce años, era complicado comprender que no era su culpa.

No había nada de malo en ella.

Solo había demasiadas personas con el corazón ennegrecido a su alrededor.

—No le hagas caso, Maddie. El problema es que tu padre está tan encerrado en sí mismo y en las sombras esas demoniacas que parece que lo rodean siempre que no es capaz de ver la... luz que hay a su alrededor.

«¿Yo soy la luz?».

«Entones, ¿por qué me siento como si fuera la sombra?».

Las palabras de Aaron me reconfortaron un poquito y no pude evitar que mis labios se curvaran durante un instante.

Un instante muy corto.

—Ya no es solo papá, Aaron —dije de manera atropellada y las imágenes del campamento se sucedieron en mi mente. Las aparté al

momento. Dolían demasiado—. Yo... creo que no le caigo bien a nadie, es como si mi presencia espantara a la gente.

—Eso no es cierto, no creo que sea posible.

«Podrías ser amigo de cualquiera, ¿por qué querrías ser amigo de alguien como yo?».

Esa frase llevaba rondando por mi mente unos días, pero jamás se la mencioné en voz alta.

Sin embargo, sus palabras me calaron y, en aquel instante, lo supe. Supe que si algún día perdía al chico de ojos azules y pelo alborotado que me sonreía desde el portal de su casa, lo perdería todo.

Valoraba mi amistad con Aaron casi tanto como mis libros. A quién quería engañar, para mí era mucho más que eso.

Era un salvavidas.

—Oye, ¿y qué hay del campamento? No has dicho nada todavía de eso.

La sonrisa se me borró al instante. Al momento me arrepentí, pues si se percataba de que algo había salido mal me seguiría preguntando sin cesar y quería evitarlo a toda costa.

—Pues nada, un campamento como el de todos los años, solo que esta vez no has estado tú.

Intenté que sonara lo más indiferente posible, y si lo logré o no siempre sería una duda, pues le cogí de la mano y tiré de él en dirección a su casa.

Aaron vino el año pasado al campamento conmigo, pero este había sido diferente. A este había ido sola, y no pensaba volver jamás.

—¡La puesta de sol, Aaron! Nos la vamos a perder.

Cambié de tema por completo; me pareció una buena excusa, y funcionó. Su mirada se iluminó al instante.

Entre risas y empujones nos adentramos en su pequeña y acogedora casita corriendo, casi como si nos faltara el aire y lo buscáramos con desesperación. Subimos las escaleras a trompicones hasta que llegamos a la buhardilla y, con ansias, abrimos la ventana que se cernía sobre el tejado.

Como ya era tradición, nos subimos sobre él, y simplemente observábamos.

Las manos y piernas me temblaban cada vez que veníamos a este lugar; el pánico a las alturas me aterrorizaba, pero las vistas eran tan increíbles que merecía la pena.

La compañía también.

Nos quedamos embobados ante los colores anaranjados del atardecer que se escondían por el horizonte y daban paso a una preciosa noche.

—Prométemelo —le susurré.

—¿Que te prometa qué exactamente? —me preguntó, y frunció el ceño, sin entender a qué me refería.

Separé mi mirada del cielo y me fijé en su perfil, ese que tantas veces había observado en ese mismo lugar, en mi casa las noches que se quedaba a cenar o incluso en el pupitre en el que se sentaba en clase y que tuvieron que separar de mí porque éramos un torbellino sin descanso.

«No nos callábamos ni con grapas en la boca».

—Prométeme que nunca te vas a separar de mí. Que, si un día nos enfadamos, volveremos a encontrarnos, a pesar de todo. Prométeme que siempre volverás.

Aaron me miró por encima del hombro y no pudo aguantarse la risa.

—¡Pues claro que no me voy a ningún lado, tonta! Cuando logremos salir de aquí será juntos. —Siguió carcajeándose él solo y

después devolvió su mirada al cielo y suspiró, ya sin un ápice de risa —. Pues entonces hazme tú también una promesa.

Su voz fue apenas un susurro y el leve aire que hacía aquella noche de verano me erizó la piel.

—Bueno, eso depende, ¿qué me ofreces? —le rebatí yo con una amplia sonrisa.

Él me lanzó una mirada asesina, así que, aunque me costara en el alma, lo traté con toda la seriedad que pude.

—Está bien, adelante, dime.

—Prométeme que nunca dejarás que nadie apague tu luz, Maddie. Que no permitirás que te hagan daño. Ni siquiera yo. —Sus ojos azules se oscurecieron. Aaron bajó la vista.

Sus palabras me afectaron mucho más de lo que jamás admitiría. Como si de solo pensarlo las mariposas de mi estómago fueran estranguladas. Sin embargo, volví de nuevo mi mirada hacia el cielo ya casi consumido por las estrellas y susurré:

—Te lo prometo.

Hicimos muchas promesas esa noche, promesas que deseábamos poder cumplir.

Y, aun así, las rompimos todas.

2

Amapolas, ¿rojas o rotas?



Maddie. Actualidad

–¿Q-que has hecho qué?

Todos cometíamos errores, pero lo que ella había hecho esta vez no tenía perdón de nadie.

—Llevas casi un año ignorándolas, guardándolas en una caja como si no existieran, te tienes que olvidar ya de ellas. ¡Ni se te ocurra responderle! Espero que no le hayas escrito. —Mi hermana terminó su discurso hiperventilando y se cruzó de brazos. Me escudriñó con la mirada y dejó clara su indignación.

Mi mirada voló de inmediato a la pequeña caja de madera sobre mis estanterías. Esa caja que había sido incapaz de tirar, y que, además, había llenado de cartas. Cartas que me gustaría haber tenido el valor para arrugar, quemar o simplemente olvidar. Pero era totalmente incapaz.

—Sabías perfectamente lo que significaban esas cartas para mí, sabías que eran lo único que me quedaba, y, aun así... has tenido el

valor de romper la última que me quedaba por leer.

La voz se me rompió al final. Clavé mi mirada en la niña de quince años que me observaba arrepentida desde el marco de la puerta de la habitación.

Estaba furiosa por lo que había hecho. La había visto, había visto como cogía la carta de ese mes, de agosto, y la destrozaba dejando solo pedacitos de ella. Pero sentía que no podía culparla del todo. Aunque ella no lo admitiera, sabía que Lizzy había estado un tiempo preocupada por mí y por mis ya habituales y profundas ojeras. Como siempre, le resté importancia a todo eso.

Aunque la presión en el pecho no me dejaba apenas respirar.

Ya le envié una vez una carta, pero nunca obtuve una respuesta. Solo que eso mi hermana no lo sabía, claro.

Aunque me costó horrores, se la di a mi padre con la esperanza de que la dejara frente a la casa de los Miller, pues yo tenía la entrada vetada.

La esperanza debería estar prohibida.

Me avergonzaba tanto de aquel momento que jamás fui capaz de desvelárselo a nadie, aunque tampoco era que tuviera a quién confesárselo.

Me senté sobre la cama de mi habitación, no porque estuviera cansada, sino porque no iba a permitir que viera como apenas me podía mantener en pie. Mis piernas temblaban como si hubiera un terremoto bajo la suela de mis zapatos.

—Maddie, yo... Lo siento, de verdad. Solamente pensé... Vale no, no pensé nada en realidad. Fue una estupidez, lo sé. Pero también sé qué deberías deshacerte de ellas. —Mi hermana señaló de nuevo la cajita que de pequeña pinté de amapolas, y que con el paso del tiempo había pasado de verse de un rojo eléctrico a adquirir un tono apenas visible.

Pero me seguía encantando, como desde el primer día.

Aunque no sabía qué habría en aquella carta destrozada, sí sabía que sería totalmente en vano. Como el resto de las veces. Iba a ser una más en la colección, supuse.

—Sabes que no puedo —respondí con la voz queda.

Y era consciente. Tanto ella como yo sabíamos que, si tiraba esas cartas al agua, bucearía hasta encontrarlas de nuevo; que si las rompía en mil pedazos buscaría hasta el último trocito y las reconstruiría desde el principio.

¿Por qué? Porque cada una de esas cartas las había escrito, firmado y llenado con imágenes Aaron Miller, y si tuviera valor las quemaría todas en el infierno.

Pero no podía.

Antes de que Liz se marchara le pregunté en un último suspiro de esperanza:

—Entonces, ¿qué decía?

—No te preocupes por eso, tú solamente deshazte de ellas, no merecen la pena.

Cuando mi hermana se marchó de mi habitación con la cabeza cabizbaja, mis pensamientos me devoraron por dentro, como si hubieran estado esperando el momento oportuno para atacarme.

«¿Por qué no las tiraste?».

«Si te hubieras olvidado de ellas esto no estaría pasando».

«¿Y si esta vez era una respuesta a todas mis preguntas?».

«No».

Decidí que no era momento de seguir atormentándome por algo sin importancia, algo que ya tenía superado.

Me lo repetí como un mantra hasta que fui consciente del dolor que me estaba provocando a mí misma sobre mi piel. Miré la marca de mis uñas alrededor de mi muñeca y, totalmente impasible, apoyé

mi cabeza sobre la almohada. Noté como los párpados luchaban por mantenerse abiertos, pero, a los pocos segundos, acabaron por ceder.

Caí en un profundo sueño, un sueño cargado de atardeceres y amapolas, de risas y escondites. Un escenario se sucedió en mi mente. Un telón rojo sangrando y los gritos de una muchedumbre. Hasta que noté una fina lágrima recorriendo mi mejilla, y supe que estaba perdida.

3

Mi única aliada (mi sombra)



Maddie

Septiembre había llegado y, con él, el primer día de un nuevo curso. En mi vida me había sentido tan sola, y eso que estaba rodeada de cientos de personas.

El bullicio inundaba los pasillos del instituto Eryndale, y lo único que me gritaba todo mi ser era que saliera huyendo de allí, pero me quedé totalmente paralizada.

Habían pasado varios días desde el percance con la carta y, al no haber recibido ninguna más, estaba mucho más tranquila, pero eso no quitaba que me diera vértigo regresar aquí.

Era uno de los institutos más reconocidos de la ciudad y, aunque algunas de las fachadas estuvieran deterioradas, los grandes ventanales algo arcaicos y la enorme puerta por la que circulaban a saber cuántos alumnos algo oxidada, la institución no dejaba de tener cierto prestigio.

«Y es bien cara».

Aunque eso a mí me importaba poco.

Unos recuerdos viajaron por mi mente.

«No pueden permitírselo, por eso se ha marchado».

Las palabras de mi padre resonaron en mi cabeza; a pesar de haber pasado ya casi un año, recordaba cada segundo, cada respiración entrecortada. Cada lágrima.

Me agarré con fuerza a las correas de mi mochila, viejas y desgastadas de tantas veces que las había agarrado antes, con la certeza de que me sostendrían si el mundo se tambaleaba bajo mis pies.

Una estupidez.

Me dirigí con pasos apresurados a la parte trasera del edificio donde los estudiantes se reunían con sus amigos, una zona de descanso. En mi opinión, una trampa mortal.

No reparé mucho en los alumnos y me decidí a entrar por la puerta trasera. Las taquillas llenaban los pasillos y las potentes luces me cegaron por un momento, dándome la bienvenida. Me acerqué con pasos inseguros a una pequeña puerta dispuesta al final del pasillo y evité mirar a los ojos a cualquiera que pasara por allí.

Estaba a apenas unos segundos de abrir la puerta de la conserje —que siempre se mantenía sin cerrar con llave, aunque nadie se había percatado— cuando escuché una pregunta que me llamó la atención.

—¿Te has enterado? —dijo una voz femenina que me era familiar.

Eché un vistazo tan rápido que no me dio tiempo a fijarme del todo, pero me pareció ver dos chicas que susurraban y miraban en mi dirección. Pero quizá fuera cosa de mi imaginación.

Me cubrí con la puerta y escuché con atención. Estaban cerca, pero seguro que no lo suficiente como para atisbar mi presencia.

«Invisible».

—Me he enterado esta mañana. Desde luego no sé qué pretende, es ridículo que vuelva al instituto. —La otra voz la reconocí al instante, y el nudo en la garganta fue aumentando.

«Son Amber y Sophie».

Sentí el peso de los latidos en el interior de mi cabeza.

—Pobre Maddie, después de lo que él le hizo, la dejó solita.

Se carcajearon entre ellas con maldad, sin un ápice de empatía, simplemente desprecio.

La puerta de la conserjería que estaba sosteniendo se cerró de un portazo en cuanto la solté sin apenas inmutarme. Creo que alguien preguntó qué había provocado ese estruendo, pero no me importó.

«1, 2, 3...

Es Aaron.

Ha vuelto al instituto.

4, 5, 6...

Aaron ha vuelto.

No puede volver. No quiero que vuelva.

7, 8, 9...

¿Por qué me hace esto?

10».

Me enjugué las lágrimas que habían comenzado a caer al escuchar sus voces y me convencí a mí misma de que la conversación que acababa de escuchar era una completa invención mía. Inspiré y espiré varias veces hasta que pude calmarme un poco, y salí de la conserjería con un paso seguro que para nada sentía.

Me apresuré en llegar a mi aula de educación cívica, por la que ya estaban entrando los últimos alumnos. Por suerte llegué antes de que me cerraran la puerta en la cara.

Lo que me faltaba ya.

Agaché la cabeza para evitar a toda costa la mirada de mi profesor, que nos inspeccionaba a cada uno de nosotros con detalle. Juzgando cada paso.

Mi cabeza seguía rememorando los minutos anteriores sin descanso, no podía pensar en otra cosa que no fueran él y sus estúpidos...

No.

No iba a continuar pensando en él, había pasado ya casi un año.

Casi un año desde que sin saberlo ni creerlo, mi vida se había roto más de lo que ya estaba, y no pensaba volver a eso.

Este año empezaba de cero.

O eso era lo que me había prometido a mí misma. Aunque, siendo sincera, me hubiera creído antes que los cerdos volaban.

Llegó el momento de abandonar la clase, y mi cabeza era incapaz de pensar en algo que no fuera lo que había escuchado a hurtadillas.

Recogí mi libreta, donde no había apuntado absolutamente nada, y me dirigí al pasillo. Hasta que una mano se posó sobre mi hombro y me quedé inmóvil.

Sentí como mi respiración se aceleraba, hasta que escuché la voz procedente de aquella mano.

«Vaya mierda de primer día».

—Hola, Maddie... Hace tiempo que no hablamos, pero sabes que siempre que quieras...

Me giré para mirar a la mismísima Ruby Campbell. Con sus perfectas ondas castañas, vestida de manera impecable y una sonrisa brillante, pero sin duda falsa como ella misma.

En el momento en el que vi la expresión de fingida comprensión de Ruby, la presidenta del club de lectura, supe qué iba a decir antes siquiera de que finalizara la frase.

—No.

Mi respuesta inmediata la sorprendió por un momento, pero al instante suspiró, y entonces entendí que esperaba esa contestación por mi parte. Que estaba intentando esforzarse en hablarme porque era lo que se esperaba de ella. Pero no podía dejar ver que, en el fondo, yo le daba completamente igual.

A pesar de todo, me di cuenta de que había sonado muy fría, así que lo intenté rectificar.

—Oye, yo... abandoné el club hace un tiempo y no tengo pensado volver. Lo siento.

Sabía que sus intenciones no eran malas, pero ella también se quedó al margen. Ella también se quedó mirando cuando todo se vino abajo.

Era la líder, gestionaba el club como quería.

—Entiendo que aquel momento fuera traumático para ti. Pero, si vuelves, quizá tengas otra oportunidad. —Me sonrió con timidez y eso hizo que se me encogiera el corazón.

Me hablaba como si me tuviera cierto respeto, como si no hubiéramos sido casi amigas.

Como si fuéramos desconocidas. Aunque en realidad lo éramos.

Pero no iba a volver jamás al maldito club.

—De verdad que lo siento, Ruby, pero no estoy preparada y creo que no lo voy a estar por un tiempo.

Aunque la duda seguía rondando por mi mente.

«Lo echo de menos».

Me marché antes de que pudiera replicar algo más.

Pasé de largo e ignoré algunas miradas recelosas.

Me dirigía a mi taquilla para dejar mis pertenencias de la clase anterior cuando noté una mirada sobre mí; sin embargo, al girarme, solo vi un puñado de alumnos centrados en sus asuntos.

«Te estás volviendo loca».

Tomé una bocanada de aire y en cuanto abrí la taquilla lo dejé salir. Me sentí como si me hubieran propinado un puñetazo. Sobre los libros de la taquilla había una nota que alguien debía de haber colado por las rendijas.

Con manos temblorosas, cogí la nota escrita en ordenador; el corazón me retumbaba en el pecho. Solo necesitaba aquello. Tan solo aquella prueba:

NOS VEMOS PRONTO, MADDIE.

Aaron

Era cierto.

Aaron había vuelto al instituto.

4

Feliz cumpleaños, Maddie



Maddie. Hace cinco años

Las galletas llenaban el salón de un olor dulce y humeante. Totalmente delicioso. Los aperitivos estaban dispersos por la enorme mesa de cristal y relucían sobre ella.

Me miré una vez más en el espejo y me arreglé las suaves ondas platinas que me había hecho esa mañana, y que ahora caían recogidas en una coleta alta.

Estaba ansiosa porque llegaran mis invitadas, así que corrí entusiasmada a la cocina para asegurarme de que todo estaba correcto. De que era perfecto.

—Papá, ¿estás seguro de que no vamos a necesitar más pasteles? Sé que a Sophie le encantan.

Quería que mis amigas estuvieran encantadas. Era mi decimotercer cumpleaños, pero lo único que me importaba era que todas las personas a mi alrededor disfrutaran. Y, sobre todo, necesitaba que todo saliera bien, pues al más mínimo inconveniente

papá desmontaría hasta el último detalle de la fiesta. Aunque tampoco se había devanado los sesos con la decoración. Más bien no había nada más aparte de la mesa con comida.

Pero yo me conformé igualmente.

—Madison, no te preocupes, hay pasteles y tartas de sobra. A tus amigas les encantarán —me respondió y siguió centrado en su tarea, preparando algunos platos de comida para la cena. Lo único que se había ofrecido a hacer, pero me bastaba.

Se salpicó la camisa con un poco de salsa y noté cómo se tensaba. Cómo se le marcaba una vena en la yugular y arrugaba la frente. Esperaba que se pusiera a maldecir de manera exagerada, pero, en su lugar, me sonrió.

Me sonrió de una forma extraña y tensa, y entonces pensé que quizá se estaba tomando muchas molestias por todo. No estaba acostumbrada a que fuera así.

Decidí ignorar la sensación sombría que me recorrió el cuerpo y me encaminé de nuevo al salón. Cada vez faltaba menos y la emoción no me cabía en el cuerpo. Papá se había encargado de avisar a las madres de mis dos amigas y mi mirada se deslizaba hacia el reloj cada minuto, ansiosa por el momento en el que sonara el timbre.

Mientras cruzaba el pasillo, una sombra salió disparada en mi dirección.

—¡Maddie, Maddie! ¿Juegas conmigo?

Mi hermana pequeña me miró con ojos suplicantes, mientras yo observaba la alargada mesa que me esperaba. En un rato llegarían mis invitadas y quedaban algunas cosas por preparar.

Lizzy seguía con su mirada impaciente fija en mí, y por unos segundos contemplé su carita de piel tan blanca y pálida como las hojas de mis libros. Me demoré en sus ojos tan frágiles, de un azul

intenso que te hacía no querer apartar la mirada. Era una niña preciosa.

—Oye, Liz, tengo que encargarme de la fiesta, tengo...

—Pero no es justo, yo nunca he tenido una fiesta de cumpleaños, ¿por qué tú sí? —me interrumpió a mitad de la frase y cruzó sus bracitos diminutos sobre el pecho. Vi cómo comenzaban a formarse goterones en sus lagrimales.

«No, por favor».

Le prometí a papá que me encargaría de que todo saliera impecable. Que me haría responsable de todo lo que pudiera suceder.

—Porque yo le llevo suplicando durante años, Liz. Siempre he querido tener mi propia fiesta, y a ti eso nunca te ha importado.

Intenté que sonara conciliador, pero no lo conseguí, porque en sus ojitos solo vislumbré una ardiente rabia.

—Pues sí, me importa.

Sin dejarme tiempo a una réplica, cogió una pequeña tartaleta de frambuesa depositada con cuidado sobre una bandeja y me la tiró sin pensárselo dos veces. Esta impactó de lleno en el precioso vestido blanco que me había comprado para la ocasión.

Vi la cara de horror de Lizzy al ver el estropicio que se estaba esparciendo por mi falda de satén, pero tan solo duró un instante. Al segundo sonrió como si se enorgulleciera de su desastre.

Miré hacia abajo con la esperanza de ver solo una pequeña mancha, pero la mermelada de frambuesa había ensuciado todo. Quise llorar y suplicarle a mi hermana que no se lo contara a nuestro padre.

Lo estaba estropeando todo, pero me contuve.

«Es pequeña, lo ha hecho sin pensar».

Aunque apenas le sacaba más de un par de años de edad, Lizzy siempre había sido tan consentida que se comportaba como si todo estuviera a su merced.

Ella achicó los ojos desafiantes, hizo un mohín y se fue corriendo a la cocina. Me temí lo peor.

Quise recular y pedirle perdón, aunque no tenía que ser yo la que pronunciara esas palabras, pero ya se había marchado.

Mi padre nunca me había dejado celebrar mi cumpleaños con mis amigas. Siempre decía que, bajo su techo, lo celebraríamos en familia y después seguiríamos con cuestiones más importantes. El trabajo y los estudios iban siempre por delante.

Que me hubiera dado esa oportunidad significaba mucho para mí. Nada podía salir mal. Y, sin embargo, pensé que ya se había acabado todo.

—¡Papá! Maddie dice que no quiere jugar conmigo, ¡es muy injusto! Ella tiene su propia fiesta y yo nunca he tenido una. Incluso tiene un vestido nuevo, ¿por qué yo no puedo tener uno también?

«Por tu culpa ya no lo tengo».

La vocecilla de mi hermana sonó a lo lejos, pero gritó de tal manera que reverberó por toda la casa. Sonó completamente desgarrador, aunque los motivos eran ilógicos. Solo era uno más de sus berrinches, pero me iba a costar muy caro.

Escuché cómo él la consolaba, como si le hubiera clavado una estaca o algo por el estilo. Eso me enfureció, me hirvió la sangre pensar que estaba en desventaja hasta en mi propio día. Hasta en las condiciones en las que me encontraba.

Es decir, con un pastel embarrando todo a su paso.

Los pasos de papá llenaron la estancia al momento.

—¿Por qué no puedes quedarte con tu hermana un momento? Te he permitido una fiesta porque ya eres más mayor, pero no voy a

permitir esto. —Su voz grave sonó fría como el hielo cuando se dirigió a mí.

Unos segundos más tarde se percató horrorizado del incidente de mi vestido, un detalle que, por supuesto, Liz no había mencionado. Yo agaché la cabeza, asumiendo que no había sabido controlar la situación, aunque no me correspondiera a mí hacerme cargo de mi hermana.

Era tremendamente injusto, pero no había nada que hacer.

«Es solo una niña, Maddie».

«No sabe lo que hace ni lo que dice».

«Mantén la calma».

«No es consciente».

«Es solo una niña».

«Yo también soy solo una niña».

—Papá, yo...

—No. Te dije que esta fiesta se celebraría si te hacías cargo de todo, y por lo que veo eres incapaz. —Señaló a mi hermana como la prueba del desastre.

«Mi hermana no es un cargo. No es una tarea. No ha sido mi culpa».

Esta estaba oculta tras papá, mirándome con la falsedad escrita en su mirada. Tenía el mayor poder de convicción que había visto jamás. Era experta en el engaño.

Y sabía que todo esto lo hacía porque papá me estaba prestando una atención que jamás me había dado, y eso la enfurecía.

Lizzy levantó el mentón, arrogante, como si me gritara que había ganado, y yo no levanté la cabeza porque sabía que había perdido esta batalla.

—Pero mis amigas están a punto de venir. —Mi voz fue apenas un susurro, y es que no había perdido la esperanza, a pesar de que

sabía que el timbre no llegaría a sonar.

Mi padre tecleó rápidamente en su teléfono. Iba veloz, como si necesitase destrozar mis ilusiones lo antes posible.

—Así, aprenderás la lección —dijo con tono autoritario.

Me señaló su teléfono de nuevo, donde se distinguían las conversaciones con las madres de mis amigas. En ellas había escrito: «Maddie se encuentra mal. Lo sentimos mucho, pero vamos a cancelar la fiesta y la dejaremos para otra ocasión», aunque sabía que no habría otra ocasión.

—Y en unos años me lo agradecerás. Te acordarás de mí y pensarás que, en el fondo, esto ha sido lo mejor.

«Eso no va a pasar».

Pasamos varios segundos en silencio, las lágrimas de impotencia empapaban mis mejillas. Siempre caía en sus trampas. Me convencía con sus estúpidas promesas, para que acabara accediendo a sus planes.

Sin embargo, cuando estaba a punto de responder que sus lecciones no tenían ningún fundamento y que siempre las recordaría con espanto, el timbre resonó por toda la casa.

—Han llegado nuestros nuevos invitados. Iba a tener una reunión tras la fiesta, pero, como eres una inepta —dijo refiriéndose a mí—, como castigo vais a asistir ambas.

Nos miró como si no hubiera ocurrido nada. Como si no acabáramos de tener una discusión y no hubiera terminado de un soplido con lo único con lo que soñaba.

—¿C-cómo que nuestros nuevos invitados? ¿Y qué hay de mi fiesta? ¿Quiénes son? ¿Puedes decirles que vuelvan más tarde? —Las preguntas salían a trompicones. Me escocían los ojos—. Me lo prometiste...

Ignoró por completo mi comentario y se dirigió a la entrada, sosteniendo a mi hermana todavía con su mano.

—Comportaos bien y sed educadas.

Nos miró a ambas con seriedad, y de la nada sonrió de nuevo. Hasta Liz estaba algo intimidada.

Entonces se acercó a la puerta y dejó pasar a un hombre que, supuse por su aspecto, rondaría los cuarenta años. Vestía una bonita camisa blanca y unos pantalones de traje, además de ir notablemente repeinado y recién afeitado. Me cuestioné por qué papá había decidido que este era el mejor día para su reunión con aquel hombre. Que además venía acompañado por un chico joven, probablemente de mi edad.

—Buenas tardes, Peter. Cuánto tiempo. —El hombre misterioso estrechó la mano de mi padre con gran entusiasmo, pero yo me fijé en la cara del chico que lo acompañaba. Se le veía algo desanimado.

—Por favor, pasad, sois bienvenidos.

Ninguno de nuestros supuestos invitados se había percatado de mi presencia hasta que el chico fijó su mirada más allá en el interior de mi casa y me observó inquieto.

«No quiere estar aquí».

Entonces caí en la cuenta de todo. Mi padre sabía que la fiesta no se celebraría. Sabía que la acabaría cancelando, hubiera motivos coherentes o no. Lizzy solo le había facilitado el trabajo. Era una trampa y yo había caído en ella.

—William, te presento a mis hijas. —Señaló a Lizzy y la presentó.

Ella simplemente abrió mucho los ojos hacia el chico de pelo castaño y ojos celestes. Después, mi padre me miró fijamente y suspiró con pesadez.

—Esta es mi hija mayor, Madison. Disculpadla por su estropicio. Estaba sirviendo la merienda y es un poco torpe.

Fulminé a mi padre con la mirada y sentí la necesidad de gritarles a todos que no era torpe ni inepta, y que mi vestimenta no estaba estropeada por mi culpa. Que mi hermana de diez años tenía a veces ataques de ira. Que me había pasado meses ahorrando para aquel vestido, y aquella mancha probablemente no saldría. Que me acababan de arrebatar el único día en el que llevaba pensando durante meses como si no tuviera importancia.

Que mi propio padre acababa por sustituirme siempre.

En su lugar, no dije nada.

—Y estos son William Miller, un... viejo amigo, y su hijo, Aaron. Son nuevos en el vecindario y los he invitado a que nos acompañen a cenar esta noche.

Los ojos me ardían tanto que di un paso atrás y sonreí todo lo que pude. El tal William me devolvió la sonrisa con educación, y su hijo se fijó en la mancha que empapaba mi vestido.

Al momento me entró el pánico. O salía de ahí en aquel instante, o me iba a dar algo. Me dirigí a paso apresurado hacia el piso de arriba; Lizzy seguía ensimismada con los invitados de papá, así que no se percató de nada, como de costumbre. Sin embargo, cuando la suela de mis sandalias estaba por posarse en las escaleras para subir a cambiarme, o simplemente para huir avergonzada, una mano me rozó el codo y me impidió que diera un paso más.

—Encantado de conocerte, Madison. —El chico me sonrió de medio lado y, algo avergonzado, se marchó tras su padre y mi familia, que ya se estaban alejando de la entrada.

Mientras subía las escaleras, pensé que había sido una estúpida. Que había confiado en mi padre, aun sabiendo que nunca me había dado motivos para hacerlo. Aunque guardaba la esperanza de que Liz cambiara, de que mi padre no la pudiera influenciar más cuando creciera.

Pero nada me lo aseguraba.

Escuché los murmullos provenientes de abajo y la furia ardió por todo mi ser. Me sentía engañada y traicionada.

Unos desconocidos ocupaban ahora los asientos de mis amigas, y se iban a comer la comida que tanto me había esmerado en preparar. Y lo más seguro es que ellos no lo supieran nunca. Solo era una lección más.

Mi padre había tomado como referencia para educarnos lecciones que, a su parecer, en un futuro nos servirían. Nos ayudarían a desconfiar, a no ser mediocres en nuestros oficios.

Para él, la crueldad era un poder, no una desventaja.

Elegí un conjunto de una camiseta sencilla y unos vaqueros, y bajé, aun cuando solo quería encerrarme en mi habitación, entre vidas de personajes imaginarios que me hicieran olvidar lo mucho que estaba empezando a odiar la mía.

—Maddie, cariño, siéntate con nosotros. —La voz de mi padre fue clara y amable, a pesar de que él y yo sabíamos lo que había ocurrido.

Me senté y dejé que pasaran las horas. Charlaron entre ellos, y pronto descubrí que el señor William estaba aquí por negocios relacionados con la empresa de papá. Se conocían desde su juventud y, cuando mi padre descubrió que se habían mudado a tan solo unas manzanas de nosotros, le ofreció un empleo en su empresa.

Me mantuve atenta a la conversación y en ningún momento intervine. El hijo de William tampoco. Liz se entretuvo con la comida, pero tanto Aaron como yo no probamos bocado.

«¿Qué le preocupa?».

No hacía más que preguntarme qué había llevado a aquel chico a estar así. Cuando la curiosidad pudo conmigo, ya no hubo marcha

atrás.

—Oye, ¿te encuentras bien? —Estábamos los dos solos sentados en la parte delantera del porche. Liz ya se había marchado a dormir y nuestros padres seguían sumergidos en una conversación. Yo todavía no le había dirigido una palabra a Aaron, hasta ese momento —. No quiero ser entrometida, pero para mí tampoco está siendo un buen día.

—¿Qué te ha pasado?

Lo miré y comprobé que tenía toda su atención puesta en mí. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Escuchada.

—Se suponía que hoy iba a ser un día especial, ¿sabes? —le dije —. De esos que no olvidas con facilidad.

—Siento que hayamos estropeado tu día... —Pasaron un par de segundos hasta que mostró una pequeña sonrisa de verdad por primera vez en toda la noche y susurró la abreviación de mi nombre —. Maddie.

Hice un gesto con la mano en el aire como señal para restarle importancia al asunto. Aunque realmente sí la había tenido.

—No ha sido vuestra culpa. —Evité mencionar el hecho de que todo había sido un engaño por negocios y apariencias, y lo terriblemente cruel que podían llegar a ser mi padre y mi hermana.

Le devolví la sonrisa con timidez y pasamos así unos segundos hasta que retomé la pregunta que él había desviado.

—¿Puedo preguntar por qué pareces tan triste?

El chico de ojos azules suspiró y agachó la cabeza, como si le pesara el corazón tanto como hablar del tema.

—Mi madre lleva toda la semana enferma. —Sus palabras me sorprendieron, pero fue lo que dijo a continuación lo que me dejó atónita—. Tiene una pequeña floristería y, aunque nos mudamos hace apenas unos meses, sé que le hace muchísima ilusión su

proyecto. Por eso me entristece tanto. Lleva toda la semana esforzándose, pero al final he tenido que ocuparme yo porque papá ha estado liado buscando trabajo y, la verdad —hizo una pausa para respirar—, no tengo ni idea de cómo hacerlo.

«Nadie haría jamás por mí lo que este chico está haciendo por su madre».

—Pero eres solo un niño, no deberías hacerte cargo de tantas responsabilidades.

No respondió.

—Déjame ayudarte —dije sin pensar.

Aaron me miró sorprendido.

—Maddie, no hace falta. Papá ha conseguido un trabajo decente gracias a tu padre, y mamá pronto se recuperará.

—Igualmente, quiero ayudar.

Y realmente lo sentía así. Aquel chico sentía la necesidad de hacerse cargo él solo, pero no tenía por qué ser así. Lo sabía bien.

—Te lo agradezco, de verdad.

Y me volvió a dedicar esa sonrisa torcida que hacía horas me había mostrado. Hasta el momento, la mejor.

—¿Cuáles son tus flores favoritas?

Su pregunta me pilló desprevenida, pero me encantó que me la hiciese.

—Probablemente sean las amapolas, con su color rojo, que parece sangre. Leí que simbolizan el consuelo de sentirse bien un ser junto a otro y la tranquilidad, algo que no suelo ver mucho—. Aaron me mantuvo la mirada y vi cómo intentaba mirar a través de mí. Era solo un niño, pero sus facciones me parecieron preciosas, dignas de enmarcar, cualquiera lo podría decir: tenía unos ojos brillantes y una sonrisa amplia que destacaban sobre todo lo demás.

«Lizzy seguro que piensa lo mismo que yo».

—También salen en *El Mago de Oz*, que me encanta. Y, a veces, representan la muerte —añadí yo, pero al momento abrí mucho los ojos—. Eso ha sonado raro... No sé qué tienen, pero son bonitas... y peligrosas; me gustan.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Mi sonrisa fue auténtica. Desde que el día había comenzado a torcerse no había pensado que nada pudiera mejorarlo, pero creo que en aquel instante encontré un motivo.

***

A la mañana siguiente me desperecé sobre la cama. La mañana estaba ya más bien avanzada, pero al ser domingo me deleité unos segundos contemplando a través de la ventana. Los rayos del sol iluminaban mi habitación creando un aura de paz sorprendente.

Hasta que entró Liz por la puerta.

«Venga, Madison, puedes con esto».

Lo que no me esperaba es lo que traía en sus pequeñas manos.

—Han dejado esto en la entrada para ti —me informó.

Lizzy y yo contemplamos el pequeño ramo que sostenía, y simplemente me quedé sin palabras.

—Amapolas rojas. —No daba crédito. Estaba segura de que mis ojos estarían brillando como estrellas.

—¿Quién te manda flores? ¿Por qué alguien iba a mandarte flores? No es un día especial. Hoy es solo domingo.

Sin embargo, ignoré todo lo que había dicho mi hermana y me fijé en la pequeña nota escrita a mano que estaba sujeta a uno de los tallos:

Gracias por tu sinceridad y tu compañía. Espero que esto sirva para compensar el día de ayer. No te voy a pedir nada a cambio,

pero, siempre que quieras, ya sabes dónde encontrarme.

Aaron

Me quedé paralizada, tan sorprendida que leí y releí la nota contadas veces. Me sentí tan agradecida que no pude dejar de sonreír en todo el día.

Hasta le agradecí internamente a mi padre por haberlo echado todo a perder, porque posiblemente había acabado ganando.

***

Cuando llegué a clase a la mañana siguiente, mis amigas, Amber y Sophie, estaban en un corrillo sentadas hablando sin parar, pero cuando me senté junto a ellas se hizo el silencio al instante.

—¿Pasa algo? —pregunté confundida por un momento ante sus caras largas.

No respondieron de inmediato, hasta que Amber, con la cabeza bien alta, lo hizo por las dos:

—Nos has dejado tiradas, nunca nos invitas a tu casa y, cuando lo haces, ¿resulta que estás mala? —Enarcó una ceja escudriñándome el rostro—. Yo te veo muy bien.

Sophie, a su lado, asintió y añadió:

—Sí, somos tus *únicas* amigas y nos has mentido.

En aquel momento sentí cristales rodeando mi garganta. Una piedra enorme que me impedía hablar.

—Yo...mi padre no quiso... —traté de explicarme, pero solo recibí miradas acusadoras—. No fue culpa mía, de verdad...

A pesar de todo, pasaron días ignorándome y haciéndome creer que era invisible. Esos días me senté sola, porque tenían razón, no tenía más amigas.

Sin embargo, aunque esos días se hicieran interminables, hubo algo que lo compensó. Me pasé toda la semana visitando a los Miller y su pequeño huerto. Vivían en una pequeña casita, pero con mucho encanto, donde contaban con un huertecito y una hermosa variedad de flores.

Cuando el señor Williams se marchaba a la oficina con papá, Aaron y yo nos ocupábamos de preparar los ramos y los encargos hasta que su madre se encontrara mejor. Se nos daba de pena y la mayoría del tiempo teníamos que volver a empezar. Pero aquellas risas no me las robaría nadie.

Mis amigas se dieron cuenta de que cada vez estaba más alejada de ellas, de que no les prestaba la misma atención que antes y de que ahora me juntaba mucho con el chico nuevo de la casa con la puerta azul. Pero me negaba a admitir ante ellas que lo llevaba haciendo toda la semana.

Era más divertido que solo lo supiéramos nosotros.

Las chicas cada día se portaban peor conmigo. Amber me mostraba su antipatía siempre que podía y Sophie... ella entraba al trapo.

Me sorprendí a mí misma viendo que por primera vez ya no las necesitaba siempre a mi lado. Se habían equivocado, pues ahora sí que tenía otro amigo.

O eso pensaba yo.

5

Personas fugaces



Maddie. Actualidad

En cuanto descubrí aquella maldita nota en mi taquilla, la tiré. Encontré una papelera al otro lado del pasillo y no tuve contemplaciones.

Total, él no las había tenido conmigo.

No podía haber vuelto al instituto. Papá me contó hace meses los problemas económicos que sufrían los Miller. Era imposible que pudiera permitirse pagar la escuela.

Y, aun así, ahí estaba.

Esta era la prueba. Había escuchado a Sophie y Amber hablando de él.

«Pobre Maddie, después de lo que le hizo».

Me quedé observando el trozo de papel, ya desechado en la basura, y tuve la tentación de recogerlo, pero me contuve.

—No pienso volver a tu juego —le dije al papelito con rabia, como si aquella hoja arrugada me estuviera observando.

Después de aquello, pasé el resto de la mañana intentando pasar desapercibida. No recibí más noticias de Aaron, y en parte lo agradecí. Terminé mis clases. Pero, antes de regresar a casa, volví junto a la papelera como si esta me estuviera llamando a gritos. Traicionándome a mí misma y, sin pensarlo dos veces, escarbé con una mueca de asco entre algunos envoltorios y desechos hasta que di con lo que buscaba. Tomé la nota y la guardé en mi chaqueta.

Todo iba bien. Estaba bien.

«Estoy bien».

En cuanto abrí la puerta de casa, me arrepentí al momento de haber vuelto tan pronto. Lizzy estaba ya allí, aquel día no me había esperado porque había salido antes. La escuché hablando con alguien.

La voz estridente de mi hermana se escuchaba desde la entrada. Hablaba por teléfono, probablemente desde su habitación:

—¡Por supuesto, Amber! Allí estaré, seré puntual.

«Espera, ¿ha dicho Amber?».

Juraba que Lizzy no se relacionaba con ese grupo. Ella era más de quedarse dibujando en una esquina, de rebelarse contra el profesor cuando debía. Me quedé a cuadros. No tenía contexto de la situación, pero solo por los gritos que dio cuando colgó, no quise saber de qué se trataba.

Puse los ojos en blanco y pasé de largo.

—¡Maddie! No te lo vas a creer. —Para mi sorpresa y mi pobre persona, Lizzy me interceptó a mitad de camino. Tuve la gran tentación de apartarla, pero simplemente suspiré y me compadecí de mí misma.

«Espero que merezca la pena».

—Lizzy, sea lo que sea, ya sabes que no me interesa lo que tenga que ver con...

—¡Me han invitado a una fiesta! —Nunca la había visto tan emocionada y eso me rompió un poco por dentro.

«Pues no, tal vez no merecía la pena quedarme para escuchar esto».

Por muchas discusiones que tuviéramos a diario, seguía siendo su hermana mayor, y parecía que le hacía más ilusión asistir a una fiesta organizada por Amber y su séquito que pasar una tarde conmigo, de eso estaba segura.

—No creo que debas ir. Eres aún pequeña para esas fiestas, Liz. Te estás juntando con gente de mi edad que no te conviene —puntualicé—. ¿Qué ha sido de tu grupo de amigas? Amber, ¿en serio? Sabes cómo son...

Su mirada pasó de brillar de pura pena a mirarme con maldad en tan solo un pestañeo. Casi pensé que lo había soñado.

Realmente estaba preocupada por ella. Esas personas podían llegar a ser muy manipuladoras con lo que ya no les convenía. Pero Liz no era la persona más empática del planeta y por eso su expresión se tornó desafiante.

—Que tú te pases los días deprimida y encerrada en tu habitación no te da derecho a dictar mi vida —sentenció.

Sus palabras me descolocaron por completo, y por un momento me sentí pequeña de nuevo. Recordé las duras palabras de nuestro padre y la manera en la que me había tratado siempre.

Vi a mi hermana y me acobardé.

«Se parece tanto a él».

Parece ser que se percató de mi impresión y, aunque la emoción y la ira seguían presentes en sus ojos, esta vez me miró de otra forma.

«Siente lástima por mí».

—Maddie, en realidad son buenas chicas. Sé que tuvisteis problemas en el pasado, pero ellas quisieron solucionarlo y tú no las dejaste —me dijo como si no fuera consciente de toda la situación. Como si no hubiera visto cómo tiraban mis cosas a los charcos de barro y cómo desaparecían mis almuerzos.

«No tiene ni idea».

«No las conoce».

Estaba un escalón por debajo de ella, y cuando me vio incapaz de reaccionar a sus palabras, simplemente apoyó su mano en mi hombro a modo de consuelo y se marchó.

Yo me quedé inmóvil. No reaccioné, no me moví. Solo podía pensar en aquellos momentos y deseé que ojalá Liz no tuviera que pasar por todo aquello algún día, porque entonces tendría motivos para estar equivocada.

***

Al día siguiente, cuando pensaba que todo lo extraño ya había sucedido el día anterior, me di cuenta de lo equivocada que estaba.

«Vida, no sé qué mal te he hecho».

Todo comenzó como siempre. Papá se marchó al trabajo temprano y Liz y yo nos fuimos andando al instituto en absoluto silencio.

La situación se volvió un tanto insólita cuando acabé las clases y me dirigí al parking exterior, a esperar a que saliera mi hermana.

Por el momento no había visto a Aaron y me planteé si quizá aquella nota había sido fruto de mis sueños. No dejé de pensar en ello durante toda la noche. Era una tortura que me llenaba de ansiedad e incertidumbre y me carcomía por dentro.

Cuando estaba intentando debatir mi nivel de locura conmigo misma, se me acercó el chico que menos imaginaba que me volvería

a dirigir la palabra.

—Tyler. —Mi susurro fue casi imperceptible.

Desde el área donde se juntaban la mayoría de los grupos del instituto, se acercaba con paso decidido uno de los chicos que una vez consideré un buen amigo.

No fue su culpa que su hermana melliza decidiera que no era suficiente para ella. Aunque sí fue culpa suya seguir sus pasos y no crear su propio camino sin depender de Amber.

—Wilson, cuánto tiempo sin verte por aquí.

Él nunca se dirigía a mí por mi nombre, y hacía tanto tiempo que no me llamaban de esa manera que fue un golpe de realidad.

No lo recordaba para nada así. Iba vestido con la equipación de fútbol del instituto, pero lo que más me sorprendió fue ver que estaba mucho más alto y esbelto. Tuve que levantar el mentón para poder mirarlo a los ojos. Su pelo rubio ceniza caía en forma de tirabuzones por su frente.

Me dolió un poco darme cuenta de la cantidad de personas que había dejado atrás. Él era uno de ellos.

«¿O eran ellos los que me habían dejado atrás a mí?».

—Ya, bueno, he estado ocupada —mentí deliberadamente.

Desvié mi mirada a otro lugar porque era incapaz de seguir viendo cómo sonreía con picardía, como si nada hubiera sucedido.

Como si él tampoco me hubiera dejado tirada.

La sensación de absoluta soledad no todos la entendían. Siempre tenían algún hombro a su lado sobre el que apoyarse.

—Perdona, Tyler, me tengo que marchar. Ya sabes, mi hermana sale de clase y tengo que...

Cuando estaba a punto de dar media vuelta y pasar de largo, me interrumpió y me cogió por el codo para impedir que me moviera.

—Espera, por favor. Sé que hace mucho tiempo que no hablamos, pero mi cumpleaños es este fin de semana, y me preguntaba si, ya sabes... —Se sonrojó de vergüenza y yo me tensé de arriba abajo. Me quedé inmóvil con la vista fija en el punto donde su mano todavía me sostenía—. No sé si te apetecerá, pero mi hermana y yo organizamos una fiesta. Pásate si quieres.

«Mi hermana y yo».

Al cabo de unos segundos de completo silencio por mi parte, agregó:

—Estás invitada.

«No voy ni muerta».

Seguidamente me soltó y, todavía con la vergüenza escrita en su mirada, se marchó con su grupo, que lo esperaba reunido en un corrillo a unos metros.

A esta fiesta se refería mi hermana. ¿Cómo había podido olvidarlo?

Amber y Ty siempre celebraban su cumpleaños a principios de curso para ser los primeros en inaugurar la nueva etapa. Todo el mundo asistía y, aunque me había prometido que no acudiría, mi hermana... No podía dejar que fuera sola. Conocía a esa gente mejor que nadie y no eran buenas personas. Al menos la mayoría. Los demás se dejaban influenciar.

—¿Te pasa algo? —Lizzy ya había salido de clase y me miraba con curiosidad.

—No pasa nada, tranquila.

Por mucho que me doliera, al final concluí que, quisiera o no, acabaría yendo. Porque puede que no estuviera en la lista de personas favoritas de Liz, tampoco de Amber, pero no pensaba permitir que nada malo le sucediera.

Lo que no sabía era lo que me iba a encontrar allí.

O, más bien, a quién.

6

Una mentira más



Maddie

La semana transcurrió más rápida de lo que imaginé y, cuando me fui a dar cuenta, me debatía entre hablar con mi padre acerca del cumpleaños o no. Sabía que él no era lo que se definiría como una persona permisiva, ya que siempre estábamos atadas a sus estrictas órdenes.

La fiesta iba a ser la siguiente noche, y sabía a ciencia cierta que Liz no había mencionado nada en presencia de papá. Ella no era así.

Jamás le ocultaría algo.

Yo, en cambio, lo había hecho miles de veces. Era imposible que pudiera decepcionarlo más.

Varios años antes me había apuntado a escondidas al club de lectura y escritura del instituto, cosa que sabía que jamás aprobaría. Cuando se enteró, sorprendentemente no me desapuntó.

Aunque acabé haciéndolo yo misma.

«Ruby...».

Me sobresalté cuando escuché unos nudillos golpeando en la puerta de mi habitación.

—Madison, la comida ya está en la mesa, baja y ayuda a tu hermana —dijo mi padre y se fue sin añadir nada más. No sospechaba nada.

Y así, sin más, decidí que no me iba a responsabilizar de los problemas de Lizzy. Si era mayor para asistir al cumpleaños, lo sería para enfrentarse a nuestro padre si fuera necesario.

Cuando la mesa estuvo preparada, nos quedamos en completo silencio. Papá llevaba escrita en la cara una expresión de hastío. Mi hermana, distraída, jugaba con la comida sobre su plato, y yo tentaba a la suerte por querer romper el silencio.

Sin embargo, no fui yo quien llenó el vacío.

—Bueno, y ¿tenéis algún plan para mañana?

De todas las cosas que podía haber preguntado, eligió la menos indicada. Peter Wilson nunca había sabido implicarse del todo en nuestras vidas, más allá de lo académico, pero prefería que no lo hiciera, pues se notaba su incomodidad desde el otro lado de la mesa.

Liz, a mi lado, se tensó, y me dirigió una mirada de auxilio.

Suspiré. No podía dejarla tirada de esa forma.

—Vamos a ir las dos al cine —dije lo primero que se me pasó por la mente—. Un estreno que está siendo un éxito en taquillas, ya sabes.

«Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas».

Mi padre asintió fingiendo interés, y mi hermana me lo agradeció con la mirada.

Papá no volvió a mencionar nada más durante el resto de la comida, y todos permanecimos en silencio.

En momentos como estos, envidiaba a la familia de los Miller. Puede que no se encontraran siempre en las mejores condiciones, pero estaban unidos, se diese la situación que fuera.

Ahora que lo pensaba de nuevo, no había visto a Aaron todavía por el instituto.

7

¿Por qué tú?



Maddie

Pensé que llegado el momento estaría tranquila, pero no fue así.

Podía sentir los nervios en cada parte de mí. En los temblores de mis piernas, en el nudo que se me estaba formando en la boca del estómago, en el latir frenético de mi corazón.

No me creía capaz de enfrentarme a ellos. A medio instituto. A tantas personas que no me soportaban.

Pero ya no había vuelta atrás. Y, si la había, pensar en mi hermana me hacía continuar mi camino. La preocupación que sentía iba más allá de lo que pudiera querer yo.

Mis sandalias resonaban en la calle por su pequeño tacón, y el vestido negro de tirantes ondeaba con cada paso.

Lizzy y yo salimos con la coartada de ir al cine como habíamos dicho. Sin embargo, cuando ella se marchó a la casa de los mellizos, yo regresé a la nuestra a por una fina chaqueta para la noche. Liz no sabía que yo también iría. Jamás se lo imaginaría.

Mi padre siempre estaba trabajando, en la oficina a las afueras o en su despacho, por lo que no se percataría si yo desaparecía, así que aproveché la soledad que inundaba mi hogar para pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Los odiaba a todos. Odiaba como me hacían sentir. Pero todavía me odiaba más a mí, porque había aguantado sus actitudes durante demasiado tiempo. Y puede que una corriente de lava llenara mis venas al pensar en aquellas personas, en las que se rieron y en las que se mantuvieron en silencio... Pero estaba cansada de reprimirme, así que iba a ir.

Inhalé profundamente, como si esa bocanada de aire fuera a estabilizarme y hacerme dejar de pensar en la cantidad de estupideces que estaba a punto de cometer.

Subí a mi habitación, cogí lo que necesitaba y pasé mi mirada por mis estanterías. Vi la cajita de madera donde guardaba las cartas de Aaron y decidí que tal vez mi hermana tenía razón. Quizá ya no las necesitaba. Eran parte de un pasado demasiado doloroso para tenerlo presente cada día.

Durante mucho tiempo habían sido el recuerdo de lo que fue, pero también de lo que ya no era. Así que, decidida, bajé las escaleras con la caja en la mano.

Pensé que el mejor lugar para guardarla sería donde no estuviera a la vista, por lo que fui directa al pequeño trastero que teníamos paralelo a la cocina.

En realidad, antes había sido una habitación. La sala de arte de mamá.

No hablábamos nunca de aquel sitio. Tampoco de ella.

Simplemente guardábamos allí todo lo que ya no servía o lo que queríamos dejar atrás.

«Como a ella».

Entré con sigilo, aunque no había nadie en casa aparte de mí. El olor a polvo me golpeó y me hizo toser con fuerza. Dejé la caja sobre un cofre lleno de baratijas y prendas desgastadas que todavía conservábamos y, cuando estaba a punto de marcharme, vi algo que me llamó la atención.

Un sobre de color amarillo mostaza. Estaba tirado en el suelo, casi oculto en la esquina más lúgubre de la habitación.

—No puede ser —susurré.

Me acerqué temerosa.

Pero de repente, antes de que pudiera cogerlo, la alarma de mi móvil comenzó a sonar y me sobresalté. Retrocedí de inmediato.

«Mierda».

Cogí mi teléfono de una de las mesillas y apagué el sonido que había puesto como aviso por si me retrasaba. Tras esto, simplemente observé la habitación desde el marco de la puerta, con una sensación extraña en mi interior que no supe distinguir.

«Miedo, tienes miedo».

Me marché de allí antes de que me pudiera arrepentir.

8

Cómo saludar a un fantasma



Maddie

Mis pisadas retumbaban por la acera de una calle ya dominada por las estrellas y las sombras. El silencio llenaba la manzana, y era casi aterradora la soledad de aquellos callejones, pero no me detuve.

Llegué frente a la enorme residencia de los mellizos, y una sensación repulsiva me recorrió todo el cuerpo.

«Lo hago por Liz. Estoy aquí por ella. Seguro que me necesita».

El sonido de la música retumbaba por las paredes, y había grupos de adolescentes de todas las edades en cada esquina, miraras por donde miraras.

Con paso decidido, entré por la puerta principal, que estaba abierta, y no pude evitar tensar los puños.

La fiesta no podía estar muy avanzada. Sin embargo, el bullicio era casi insoportable.

Una mano se posó en mi hombro sin previo aviso.

—Wilson, no me lo puedo creer —dijo Tyler, con una voz melosa que no me entusiasmó—. Estaba convencido de que no vendrías.

«Créeme, yo también».

—No sé si me alegra haberme equivocado —añadió entonces algo melancólico.

Yo simplemente le sonreí, aunque juraría que fue más una mueca que una sonrisa. ¿A qué se refería exactamente con eso?

—Oye, Tyler, no habrás visto a mi hermana por casualidad, ¿verdad? —pregunté entonces con algo de urgencia, porque la fiesta me daba lo mismo. Esa gente no me importaba.

Me observó un par de segundos, atontado, como si su cuerpo estuviera presente pero no su mente, y pude vislumbrar como sus manos temblaban ligeramente. En su mirada solo pude ver... dolor.

Un poco acobardada, decidí sujetarlo con cuidado, posando gran parte de su cuerpo en mí para que se pudiera mantener en pie.

—Yo... Creo que he visto a Lizz con Amber y Sophie antes... en el jardín —titubeó al hablar.

Sus párpados comenzaron a cerrarse. Por miedo a que se derrumbase en medio de la entrada, pasé su brazo por mi espalda y lo dirigí directamente a la cocina.

Me costó más de lo esperado poder llegar hasta allí; pesaba más de lo que imaginaba y todo el mundo se movía a contracorriente. Recibí unos cuantos empujones, pero seguí mi camino y, cuando finalmente pude sentarle, lo miré directamente. A esos labios que tantas veces había visto fruncirse y formar sonrisas preciosas, a esos ojos esmeralda que ahora se encontraban apagados y que en el pasado siempre se habían mostrado amables y sinceros.

En poco tiempo todo había cambiado.

«¿Por qué tú, Tyler? ¿Por qué tú también has cambiado?».

—¿Sabes, Wilson? Las cosas no han dejado de ir cuesta abajo.

Seguía con los ojos cerrados y su voz sonaba casi rota, como si su actitud jovial se hubiera visto truncada por mi presencia, pero estaba consciente, estaba haciendo un esfuerzo por hablar. Conmigo. Sentía que había algo que lo reconcomía por dentro, pero no hubiera sabido decir qué.

A pesar del alboroto que había a nuestro alrededor, puse mi atención en entender lo que me decía. Él se mantenía con la cabeza echada hacia atrás, con sus tirabuzones cubriendo su frente.

—Parece que esté bien, ¿verdad? Pero... creo... creo que nada lo está. —Su risa fue seca, desprovista de humor—. Tu hermana... Mi hermana siempre consigue... lo que quiere, y ahora tú estás aquí. Y creo... creo que deberías irte. Si aparece... ella... no querrá verte aquí. Yo pensé que sería una buena idea...

«Mi hermana siempre consigue lo que quiere».

—¿Por qué dices eso?

—Lo siento... sé que fui yo... —trastabilló por un momento— quien te invitó, pero es mejor... que te marches.

—No me refería a eso.

Tyler abrió los ojos con lentitud y analizó mi expresión. Entonces cayó en la cuenta.

«Mi hermana siempre consigue lo que quiere».

Pude ver su mirada arrepentida. Sus ojos se abrieron, como si no hubiera sido consciente de haber pronunciado esas palabras, pero lo había hecho.

—¿Qué quiere tú hermana? —le pregunté.

Antes de que pudiera darme una respuesta, Amber apareció por la entrada de la cocina apartando a sus invitados como si fueran moscas.

Destilaba prepotencia y aires de superioridad, daba igual con qué ojos la miraras. Ella era así, y le gustaba ser de ese modo.

—Tyler, no me habías dicho que la habías invitado a ella. —Me señaló.

Ni siquiera se molestó en mirarme a la cara; apuesto a que pensaba que sería un desperdicio hacerlo. Entonces se acercó a su hermano y, con descaro, le cogió la cara para que se enfocara en ella. Lo obligó a olvidarse de mí. De mi presencia.

Vi cómo le hablaba sobre una discusión que había tenido, y sobre que le parecía un escándalo que no se hubieran presentado ciertas personas a su preciada fiesta. Su hermano, aunque estaba borracho, parpadeaba para parecer sereno y no enfadar más a Amber, acostumbrado ya a su hermana y a sus ataques de ira.

«Somos más parecidos de lo que pensaba».

—Estoy teniendo una conversación privada con mi hermano. Piérdete —me dijo Amber con rabia y apuntó hacia la otra sala—. Y ten cuidado con quien te encuentras, no creo que ahora puedas volverte invisible y correr con la de la limpieza.

Me guiñó un ojo y sonrió inclinando la cabeza.

Siempre que se cebaba conmigo de aquel modo, me intimidaba. Permitía que fuera así porque, al fin y al cabo, no podía hacer nada que la pudiera cambiar.

«Y porque la temes. Temes la capacidad que tiene para hacerte daño».

Ella y su hermano comenzaron una pequeña discusión, pero me desentendí por completo. Mis ojos simplemente recorrieron la estancia en busca de la melena castaña de mi hermana.

Los dejé a ambos de lado y, todavía pensando en las palabras de Tyler, me dispuse a encontrar a Liz. Pero cuando llegué a la mitad de la sala, abrumada por la cantidad de gente que me rodeaba, choqué contra un torso.

—Lo siento —alcé la voz para que me escuchara por encima de la música.

Las palmas de mis manos seguían sobre la figura masculina que estaba en mi camino, hasta que alcé la mirada. En aquel instante, deseé con todas mis fuerzas regresar a casa. No haber salido nunca.

Esconderme, esconderme, esconderme.

Unos ojos azules me miraban desde lo alto, como si la sorpresa no cupiera en su interior. Como si yo fuera la última persona que esperara encontrar allí esa noche.

Aparté mi mirada de él, y mi vista cayó en la chica que se encontraba a su lado. No la reconocí, pero su expresión era todavía más prometedora. Ambos me miraban desconcertados, y el asombro cubría las facciones del chico.

«Te mira como si fuera culpable de un delito, como si lo hubieran pillado in fraganti».

Permanecí varios segundos observándolos y noté cómo el corazón se me encogía. Unos años antes, yo habría ido con él a aquella fiesta.

O seguramente habríamos ignorado a todos los idiotas del curso y habríamos ido a cualquier otro sitio.

«*Habríamos* es la palabra».

—Si me permitís.

Los hice a un lado y salí a grandes pasos de aquella incómoda situación. Sentía cómo se me agotaba el oxígeno. Cómo se me escapaba de entre los dedos.

Escuché unas pisadas a mi espalda, unos pasos apresurados que se dirigían hacia mí. Aunque yo me deslizaba entre la multitud con agilidad, supe que cuando saliera de la multitud no llegaría mucho más lejos.

Estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta que llevaba al jardín cuando una mano me agarró y me hizo girar en redondo, hasta quedar frente a él.

—Maddie —pronunció mi nombre.

No recordaba así su voz. Más grave, más... apagada, con un deje de preocupación al que no quise darle la más mínima importancia. Sonaba afligido, igual que cuando lo conocí.

Recordar aquello me hizo tragar saliva con pesadez.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Tardé unos segundos en reaccionar.

—Te podría preguntar lo mismo, pero me da igual.

Casi tartamudeé, pero mantuve la compostura. Me sentía orgullosa por no desmoronarme.

Su expresión se entristeció y frunció el ceño, como si le afectasen mis palabras.

«Qué irónico todo».

—Me tengo que ir, estoy buscando a mi hermana —dije con la voz seca, zafándome de su mano, que aún seguía posada sobre mi hombro.

«Aléjate de mí. Por favor, por favor, por favor, no te acerques».

Atravesé la puerta corredera de cristal y salí a los grandes jardines que cubrían la vivienda. La mayor parte de la gente se concentraba en el interior, por lo que allí fuera apenas había unos cuantos grupos alejados.

—Lizzy se ha marchado con Sophie hará unos minutos, las he visto salir, creo que han dicho que se iban ya a casa.

Me detuve en seco al escuchar sus palabras. Había perdido tanto el tiempo que me había despreocupado demasiado de Liz. Sentí un nuevo nudo de culpabilidad cubriendo cada célula de mí.

Aaron no se había movido, podía sentir su mirada sobre mi espalda. No se marchaba. ¿Por qué no lo hacía?

«Márchate de una vez. Hazlo de nuevo».

«No me sigas haciendo daño».

Me giré con lentitud y di un par de pasos hasta llegar a él. Empujé su pecho con la palma de mi mano, alejándolo todo lo posible de mí. Estaba cansada, no lo soportaba más.

No soportaba seguir con aquella cicatriz. Que cada día se descosía un poco más.

Por mucho que escondiera sus cartas, jamás cerraría la herida que había dejado a su paso.

La rabia que llevaba acumulando durante meses hablaba por sí sola, y era incapaz de desprenderme de ella.

«Lo odiaba».

—¿Sabes, Aaron? Eres un hipócrita. Te pasas meses ignorándome, tratándome como si no existiera, como si no me conocieras, como si fuera un dichoso fantasma. —Mi voz comenzó a romperse, a resquebrajarse con cada palabra que le decía—. Y ahora, ¿me presento a una fiesta y de repente estás interesado en saber por qué estoy aquí? Me hablas de mi hermana como si estuvieras pendiente de mi vida, cuando no es así. ¿Qué pretendes?

Sus ojos palidecieron y su expresión mostró arrepentimiento.

—No quería... Yo no sabía cómo hacerlo, no sabía...

Me quedé a la espera de que continuara, pero eso no sucedió.

Solamente agachó la cabeza, agotado, y se mantuvo en silencio. No tenía nada que decir.

«¿Eso es todo?».

«Menudo cobarde».

—Estuve meses esperando una respuesta y ¿qué hacías tú? Mandarme cartas, Aaron. ¡Puñeteras cartas! ¿Qué querías que

hiciera con eso?

Sonaba desesperada. Pude notar como la vista se me nublaba con rapidez. Me aparté de él con brusquedad y me enjugué los ojos todo lo rápido que pude.

Era incapaz de hablar con él sin derramar una sola lágrima. Y dolía, casi quemaba, darse cuenta de eso.

—No quería hacerte daño, no quería... Pensé que era lo mejor —dijo.

Me percaté de que su voz sonaba insegura, había un miedo tras sus palabras que no quería demostrar. Ocultaba algo, pero sabía que no me lo diría.

«Pensé que era lo mejor».

Negué con la cabeza repetidamente y me alejé despacio de él. Cada paso que sentía que había avanzado en todo este tiempo había sido quemado. Todo reducido a cenizas.

Cada paso que ahora daba hacia atrás sería una nueva lágrima que más tarde derramaría.

—No te atrevas a mentirme así. Después de todo, primero vuelves al instituto y decides dejarme una nota en mi taquilla. ¿Para qué? Y ahora me sigues arrepentido, ¿por qué?

Quería respuestas, las necesitaba. Era lo que más ansiaba.

Aaron frunció el ceño, por un momento extrañado.

—Yo no te he dejado ninguna nota en tu taquilla, Maddie. Tampoco he vuelto al instituto Eryndale, no me lo puedo permitir, pero eso ya lo sabes.

La cabeza me daba vueltas. Era mentira. Otra más.

Tenía que serlo, pero... ¿y si no lo era?

Recordé entonces mis pensamientos de hacía unos días:

«Ahora que lo pensaba de nuevo, no había visto a Aaron todavía por el instituto».

«Mierda».

9

Nuevas cicatrices



Maddie

–Me estás mintiendo de nuevo.

—¿Por qué debería hacerlo?

Quise decirle: «Porque me mentiste en el momento en el que me prometiste sobre el tejado de tu casa que no te marcharías, y aun así no dudaste ni un instante en romper tu promesa». Pero en su lugar dije:

—No confío en ti.

Esas últimas palabras parecieron afectarle de algún modo. Lo vi en la forma en la que sus ojos se empequeñecieron. Aunque ya no creía que pudiera llegar a sentir nada.

Era un cobarde.

—¿Sabes qué? No importa, hace tiempo comprendí que no merecía la pena. No merecía la pena seguir luchando por ti. Te cerraste en banda, creaste un muro entre nosotros... Me... me echaste de tu vida. Y eso es algo que jamás voy a perdonarte, Miller.

En cuanto pronuncié su apellido, no le di paso a réplica, no le permití un solo movimiento. Me marché, y en ningún momento me giré, aunque supe que él no se había ido de inmediato. No solía enfrentarme de aquella forma a nadie, pero la burbuja reventó. No quería volver a verlo. Tenía un límite, aunque no siempre lo pusiera.

La noche era calurosa, pero la ligera brisa nocturna apaciguaba la temperatura, haciendo que me sintiera mucho más relajada. Sentía la debilidad en mis brazos, la energía disminuyendo, como si me la hubieran robado de un soplido. Tenía que respirar; tomar bocanadas profundas de aire. Eso siempre funcionaba.

Durante el camino de regreso, me abracé a mí misma en un intento de consolarme, de intentar sentirme mejor. Pero era inevitable.

Había estado ahí. Aaron había estado ahí.

Es algo que no le mencioné, pero que todavía quemaba. Un sentimiento venenoso, una sensación de traición, me recorrió todo el cuerpo.

***

Cuando regresé a casa, me percaté de que no era tan tarde como había imaginado, y seguramente mi padre todavía no habría llegado.

Pero seguro que Liz sí lo habría hecho.

«Mierda».

Pintaba mal en todos los sentidos.

En cuanto introduje la llave en la cerradura, supe que la suerte no estaba de mi lado aquel día.

Liz estaba comiendo algo en la cocina y, en cuanto me vio cruzar el umbral de la puerta, se le dispararon todas las alarmas, lo pude

ver en el azul de sus ojos. Las miradas dicen mucho de una persona, y ella solo me miraba con fastidio.

—¿Por qué vas vestida así? —inquirió.

Ya se había cambiado y llevaba su larga melena castaña recogida en un moño desarreglado. Sus ojos se clavaron en mi vestido y sus cejas se pronunciaron con notoriedad.

«Me va a matar».

«Estoy jodida».

No quise andarme por las ramas, no iba a mentirle. Estaba cansada, solamente quería subir y dormir. Dejar a mi mente descansar. No tenía por qué darle explicaciones, pero se las di.

«Mira que das pena».

Por supuesto, ella no me lo iba a poner fácil.

—Tyler me invitó a la fiesta a comienzos de semana.

—Por eso estabas tan rara. Sabía que me ocultabas algo —me dijo.

Sonaba enfadada, casi irritada. No solía darle muchas descripciones de mi vida a Liz, pero por algún motivo esto la enfureció.

Me recordó a la actitud de Amber y no me gustó en absoluto darme cuenta de aquello.

—¿Qué pretendías? ¿Perseguirme y cuidarme como si fuera una cría incapaz de hacer cualquier cosa? No me compares contigo, Maddie.

Sus palabras se me clavaron como cristales.

Estaba acostumbrada a sus expresiones hirientes, a su forma de ser tan explosiva y arrolladora. Incluso a su crueldad. Pero no iba a permitir que siguiera comportándose así.

—Solo estaba preocupada por ti, Lizzy. Te podía pasar cualquier cosa, aquel sitio estaba plagado de estudiantes, apestaba a alcohol

por todos lados.

—Sé cuidar de mí misma, ¿sabes? Aquí la única ingenua eres tú. —Se acercó con lentitud desde la isla de la cocina y me sonrió con una malicia que pocas veces le había visto mostrar—. No creerás de verdad que Tyler te invitó porque eras su amiga, ¿no?

Inclinó su cabeza hacia un lado negando con la cabeza.

Me recordó a cuando éramos pequeñas y, aunque ella era más joven, siempre conseguía aquello que perseguía, sin importar cuál fuera el precio. Incluso si el precio era yo.

—Seguramente nadie quería que fueras, hermana —añadió a escasos metros de distancia de mí.

—Eso no es cierto —solté yo en lo que pretendía ser una voz alta y segura, pero sonó tan baja que apenas fue perceptible.

—¿Sabes a quién he visto esta noche? Seguro que te haces una idea. Es curioso, porque me ha parecido verlo acompañado de una chica del Ravenford, el instituto público al que va ahora, ¿no? Incluso había gente del club de lectura tan absurdo en el que estabas.

—Estás cruzando una línea muy fina, Liz. Te estás pasando —le advertí.

Las lágrimas antes contenidas luchaban por salir. Pestañeaba sin cesar, pero eso no impidió que calaran mis mejillas.

—Siempre eres tú la víctima, Maddie. La pobre chica a la que dejaron tirada el día de su actuación, la chica que se quedó sola y de la que todos se rieron. ¿Te crees que nadie se ha dado cuenta de que te escondes en la sala de la conserje? —Hizo una pausa para mirarme detenidamente unos segundos. Unos segundos en los que la decepción ardió en su mirada—. Deja de llorar por todo, Maddie. No eres la única que lo pasa mal.

Entonces pensé que aquel día ya había llorado dos veces.

«Dos veces en un día, ¿en serio?».

—Te estás pasando, Liz —repetí yo, sin saber qué responder a todo lo anterior.

«Deja de llorar por todo, Maddie».

Lo intentaba, me esforzaba por frenar las lágrimas, pero sentía que una parte de mí sangraba. No podía controlarme.

—¿Yo me estoy pasando? ¿Quién es la que me ha perseguido esta noche? Creo que no soy yo la que ha traspasado la línea.

Antes de que pudiera siquiera replicar, nuestro padre cruzó la entrada con una sonrisa de oreja a oreja, que se convirtió en una mueca al verme.

Nos miró a ambas detenidamente, pero mi hermana ya estaba cambiada con el pijama puesto. Yo, sin embargo, llevaba un vestido negro hasta las rodillas, unos pequeños zapatos con algo de tacón y las marcas de las lágrimas derramadas.

En esto último no se fijó.

—¿A dónde vas así vestida? —inquirió, como había hecho Liz momentos atrás, adquiriendo una pose acusatoria.

Me costó encontrar las palabras, pero en estos casos siempre lograba que saliera la voz. No había otra.

—A ningún sitio, papá. Solo le estaba enseñando a Liz el conjunto de vestido y tacones que me he comprado, ¿verdad, Lizzy?

Estaba más que acostumbrada a dar excusas absurdas, pero esta era nueva. Recé internamente para que me respaldara; ella sabía que me lo debía por encubrirla para que pudiese ir a la fiesta.

—Sí, es cierto, papá. No te preocupes.

Acto seguido, ambos subieron las escaleras y se fueron a sus respectivos dormitorios, sin darle mayor importancia al asunto.

Eso no le impidió a Lizzy lanzarme una última mirada de advertencia, un ultimátum que gritaba:

«No te acerques a mí».

10

Verdades que me siguen ahogando



Maddie

El día que Aaron se marchó sentí que me faltaba el aire, que me ahogaba al respirar. Era algo que me resultaba inexplicablemente doloroso, así que para mí siempre fue un tema tabú.

Sin embargo, estos días no dejaban de sucederse imágenes en mi mente. Algo no encajaba. Desde que nos conocimos en aquel desastroso cumpleaños, mi vida había tomado un rumbo muy distinto, comparado con el que yo podría haber llegado a imaginar.

Mi padre siempre había esperado de mí que fuera perseverante y me esforzara al máximo en mis tareas. Pero eso fue algo que cambió cuando aparecieron los Miller. Comencé a pasar más tiempo en su jardín que en mi propia casa, y me olvidé de todo lo demás.

Aaron y yo estábamos el uno junto al otro, siempre. Se diese la situación que fuese. Yo apreciaba su compañía más que nada en el mundo.

Por eso no lo vi venir.

No lo vi venir cuando no asistió al día más importante para mí en aquel entonces.

Me dejó sola.

Nunca hablaba de aquel tema, pero todo el mundo era consciente, y siempre que pasaba por la sala de actos, aceleraba un poco el paso.

El curso anterior, Aaron me convenció para que me apuntara al club de lectura y escritura del instituto. Allí se encontraban algunas de las personas más creativas y con mayor poder imaginativo que había visto jamás.

Participaban en toda clase de actividades: desde escribir guiones para las obras teatrales que se llevaban a cabo en el auditorio hasta recitales de poesía que te dejaban con los pelos en punta solo de escucharlos.

Ruby, de un curso inferior al mío, era una de las chicas del club.

Durante mucho tiempo, yo ansié con todas mis fuerzas poder asistir algún día. Pero sabía que mi padre jamás me lo permitiría. Con mamá habría sido muy distinto. Ella era una artista.

«Le habría encantado».

Aunque no me convencía del todo, con la insistencia de Aaron acabé por apuntarme.

«A escondidas y sin permiso. Pero me apunté».

En cuanto vimos que se anunciaban plazas para entrar, él me dijo sin dudar:

—Tienes que inscribirte. Es lo tuyo, Maddie.

—No sé si voy a poder hacerlo. Si mi padre se entera... ya sabes cómo es —respondí temerosa de las consecuencias que aquello podría acarrear.

—No puedes pensar siempre en lo que quiere tu padre —me dijo.

La frustración por la situación de mi familia era algo que él nunca comprendía. A Aaron le permitían todo aquello que le hiciera la más mínima ilusión. Aunque no pudieran pagarlo, aunque supusiera tiempo. Su felicidad iba por delante. Y yo envidiaba eso.

—Tu madre también se sentiría orgullosa —añadió en un susurro.

Era la única persona con la que había hablado de ella.

—Pero mi madre ya no está, Aaron.

—Te sigue observando, ¿ves? —Siempre que hablábamos de ello, yo apartaba mi mirada porque era incapaz de mirarlo a los ojos y comprobar que él lo creía de verdad. Entonces Aaron me señalaba el cielo, las estrellas y los atardeceres, y me prometía que todo aquello era ella sonriéndome—. Y yo te pido que no lo hagas porque te lo diga yo, sino porque, en el fondo, sabes que tengo razón.

Y ahí estaba otra vez, esa sonrisa amplia que ya había distraído a alguna de mis compañeras.

Entonces yo inclinaba mi cabeza a un lado y una pequeña sonrisa se acababa por formar en mis labios.

No sabía cómo lo hacía, pero siempre lograba que sonriera. Hasta cuando la vida no me daba motivos para hacerlo.

Sobre todo entonces.

Su manera de decirme siempre las cosas me resultaba casi poética viniendo de un chico tan joven, pero no me quejaba. De hecho, admitiría que me agradaba bastante que siempre me entendiera tan bien. Creo que le hablaba tanto de mis novelas que acababa por contagiarle mi entusiasmo.

Fue así como llegué a pertenecer a una familia. Una de verdad.

O, al menos, para mí lo era.

Le dije a mi padre que me quedaba por las tardes estudiando en la biblioteca, pero en realidad iba al club. Nos pasábamos las horas

escribiendo breves relatos y compartiéndolos con el resto. Nunca había sido tan feliz como en aquellos ratos.

Ruby y yo teníamos una buena relación. La sentía como una amiga, aunque dudo que ella me viese así. La admiraba muchísimo por su manera tan mágica de relatar historias.

Eso, Amber y Sophie lo achacaban a que era una egoísta por dedicarle tiempo a otras personas fuera de su círculo.

Aunque para ellas no éramos amigas, a veces las seguía buscando y seguía permitiendo que opinaran lo que quisieran sobre mí.

Desde que me había comenzado a juntar con Aaron, la rabia había aumentado en ellas. Pero en especial en Amber. Nunca las entusiasmó la idea de que invirtiera mi tiempo en aquel lugar.

Que tuviera otras personas con las que estar y no dependiera siempre de ellas para no estar sola.

Siempre me pareció que ella miraba a mi amigo de una manera muy distinta al resto, tal vez con algo más intenso. Aunque no le di la mayor importancia porque, siempre que le preguntaba a él si sentía lo mismo por Amber, Aaron me aseguraba que ninguna chica le haría reír tanto como yo.

«Lo que para él se resumía en que miraba más bien a Amber como si fuera una ameba».

Por eso, cada vez que hacía planes con él o con el club, Amber y Sophie me lanzaban comentarios dañinos y se aseguraban de que yo me sintiera igual de miserable que ellas.

Cuando en clase yo me reía, se hacía el silencio; cuando respondía una pregunta, el problema era que hablaba demasiado; cuando suspiraba, repetían esos suspiros hasta que lo convertían en una broma divertidísima para el resto.

Nunca entendí por qué mi felicidad podía causar tanto daño a otros, pero así fue.

11

Inolvidable



Maddie

Y es que, a pesar de todo, aunque me costaba admitirlo, me aferré a esas personas durante demasiado tiempo, a las personas que me hacían daño, y una parte de mí no podía odiarlas. Eso me enfurecería siempre.

Por las noches, a veces tenía sueños de los que no me podía despertar. Eran tan horribles que hasta escapar de ellos era una pesadilla.

Por las mañanas me sorprendía a mí misma con un sudor frío cubriendo mi espalda y con la respiración y las pulsaciones aceleradas.

Había recuerdos que simplemente era incapaz de olvidar.

Como aquel día en el campamento con las chicas.

Fue en vacaciones de verano, hará unos tres años, y, aunque desde que era pequeña era tradición asistir todos los años, ese fue el último para mí.

Aaron había ido alguna vez conmigo, y aquellos días sí los recordaría como inolvidables. Aquellos veranos permanecerían en mi memoria para siempre.

Pero, aquel año en concreto, su familia decidió que esas vacaciones ahorrarían para invertir en mejoras para la floristería. Por lo que Aaron no vino. Y Amber y Sophie estuvieron encantadas.

Todavía recordaba algunos momentos, aunque otros habían sido borrados de mi memoria por completo. Como si mi cerebro quisiera eliminar el dolor de mi conciencia.

El primer día del campamento permanecí aislada del grupo. No llegué a comprender cómo lo consiguieron, pero ninguna de las demás chicas me dirigieron la palabra.

Cuando tocó hacer una actividad en parejas, Amber me dijo:

—Ahora que no está Aaron, parece que no tienes a nadie, ¿no? —me miró con una lástima fingida, y al instante la cambió por una amplia sonrisa—. Si quieres, cuando Sophie y yo lo acabemos, te pones con una de nosotras.

Sophie asintió convencida y yo me senté sobre un bordillo esperando a que llegara mi turno. Pero nunca llegó.

Tenían que hacer una carrera con uno de los tobillos atado con el de su compañera, por lo que se tenían que coordinar entre ellas para llegar a la meta. Amber pisó el pie de Sophie en un intento torpe de ir a mayor velocidad, y ambas acabaron trastabillando y cayendo al suelo sobre la tierra húmeda y el barro.

Yo no pude contenerme y una pequeña risa brotó de mí. Aunque lo intenté disimular rápidamente tapándome la boca con la mano, Amber me miró ardiendo de rabia, y, por supuesto, nadie se ofreció a hacer la carrera conmigo más tarde.

Las monitoras, que tan bien me conocían, se acercaron a mí un par de veces, pero tampoco insistieron. Más tarde escuché a unas

chicas decir que todo el campamento estaba convencido de que yo tenía una enfermedad altamente grave y peligrosamente contagiosa.

«Menuda sorpresa, estaba enferma y sin haberme dado cuenta».

La semana se hizo larga y a veces hasta me hubiera gustado que estuviera mi hermana, pero papá decía que a Liz aquel sitio no le gustaría. A mí solo me mandaba para mantenerme alejada por un tiempo.

La última noche fue la peor.

Recordaba a la perfección la expresión de sobresalto de Sophie al verme llegar.

Antes de que entrara a la cabaña que compartíamos todas, ella me dijo de manera entrecortada:

—Maddie, no sabes cuánto lo siento. Seguro... seguro que no era su intención. —Las manos de mi amiga me sujetaron para impedirme pasar y, alarmada, hacía gestos para que me marchara—. Quizá deberías volver más tarde, ya sabes cómo es... cuando se enfada.

Todavía confundida por la actitud de Sophie, supuse que sería una broma estúpida y entré en la cabaña. Éramos solo unas niñas, no podía ser para tanto.

Pero sí que lo fue.

Mi mirada cayó directamente sobre eso que tanto preocupaba a mi amiga, y mis ojos no tardaron ni un segundo en humedecerse.

—Ha sido un accidente —dijo Amber con tono aburrido, sentada junto al estropicio.

Mi libreta, donde apuntaba todas mis ideas, mis historias, mis personajes y todas mis fantasías, estaba prácticamente destrozada. Llena de barro y rasguños por ambos laterales.

La portada que tanto me había esforzado en dibujar ahora estaba cubierta por una mancha de tierra, arena y fango.

La cogí entre mis manos y fui directa al baño para intentar limpiarla, pero la frustración y la rabia que sentía no ayudaron a mi determinación. No sabía cuánto tiempo llevaría la libreta así, pero algunas páginas quedaron irrecuperables.

Volví a la zona donde se encontraban Amber y Sophie sentadas sobre unas literas, y les grité llena de rabia:

—¿Por qué? ¿Por qué lo habéis hecho?

No era posible, no las creía capaces de hacerme algo así.

Antes de que Sophie pudiera responder, Amber la interrumpió.

—Tenía curiosidad. Siempre estás hablando de esas tonterías, de personajes y esas cosas. Quería saber qué tienen de especial. Pero, créeme, te he hecho un favor. Era tan horrible que hasta se me ha resbalado de las manos.

Esperaba una disculpa, un malentendido. Pero en su voz no había ni un ápice de remordimiento.

Se desternilló de risa y mi visión se nubló.

Entré en pánico y me vi incapacitada para decir ni una sola palabra. Simplemente no podía hablar.

«Habla, Maddie. Diles algo».

«Diles que son malas, que eso no lo haría una amiga».

«¿Por qué no hablas?».

Las lágrimas lo volvían más difícil, porque, además, les estaba demostrando todo el daño que me hacían y con mi dolor Amber se crecía. Se hacía más fuerte.

—¿Qué pasa, no vas a decir nada?

—Yo... yo creo... creo que tienes envidia —solté entonces con la poca valentía que me quedaba aquella noche. Todavía manteniendo mi libreta contra mi pecho.

Al momento me di cuenta del error que había cometido, pero ya era tarde.

—¡Envidia!

Amber comenzó a reírse con descaro, mientras Sophie observaba la situación al margen sin decir una sola palabra. Yo sentía cómo ardía por dentro, pero no hice nada.

Dejé que se riera de mí, de mis historias. Y no hice nada.

—No me puedo creer lo que estoy escuchando —continuó ella—. ¿Envidia de quién? ¿De ti? Podría ser amiga de cualquiera, ¿por qué querría ser amiga de alguien como tú?

Sus palabras me descolocaron. Con el tiempo, las seguí repitiendo en mi mente. Jamás las olvidaría.

«Podría ser amiga de cualquiera, ¿por qué querría ser amiga de alguien como tú?».

—Pensaba que éramos amigas —susurré.

—Tú y yo nunca seríamos amigas, Wilson.

Sin embargo, aunque aquello me dolió, no me separé de ellas. Algo dentro de mí se aferraba a esas personas, aunque en mi interior sabía que no las podía considerar mis amigas. Si lo fueran no habrían hecho todo eso, ¿verdad?

Al día siguiente, cuando papá me recogió, fingí que estaba bien. Que nada de lo que había sucedido importaba. Cuando vi a Aaron más tarde, evité mencionarle lo ocurrido porque no quería que me viera como ellas me veían. ¿Y si él pensaba como Amber?

Solo me quedaba Aaron.

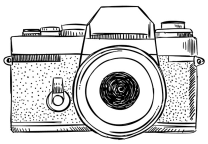
No dejé de repetirme aquello durante semanas.

Pero ese solo había sido el comienzo de todo.

Las primeras lágrimas de muchas.

12

Culpables



Aaron

–No me lo puedo creer.

Mi amiga soltó una retahíla de maldiciones y se paseó por mi habitación de brazos cruzados, claramente indignada por la situación.

«Y quién no, genio».

—Deberías olvidarte de ella de una vez, no merece la pena —me señaló Ally.

A veces podía llegar a ser... intensa. Me daba la sensación de que trataba de controlar todos mis movimientos al milímetro, pero pensé que solo lo hacía por mi bien, porque se preocupaba por mí.

Siempre me repetía lo mismo.

«Deberías olvidarte de ella de una vez».

Aunque me había alejado de ella durante casi un año, algo me decía que estaba equivocado. Que cometí el mayor error de mi vida.

Llevaba un par de semanas pensando en aquella fiesta. En toda aquella gente a la que llevaba meses sin ver.

Pero sobre todo en ella.

No me quitaba de la cabeza su mirada, tan gélida que había logrado intimidarme. Pero no la culpaba. Menos aún sabiendo lo que le hice.

«Lo que nos hice».

A pesar de todo, ahí estaba, lamentándome porque le prometí que jamás me marcharía de su lado, y fue lo primero que hice.

Y no sabía si me arrepentía del todo.

—Créeme, me detesta, Ally. Soy la última persona con la que querría hablar —le discutí yo.

—Pero te dio la oportunidad de que te explicaras, ¿no es así? —contraatacó ella.

No entendía muy bien por qué, pero le había contado a Ally mi historia desde que conocí a Madison. A veces me decía que hablaba demasiado de ella, que era una historia ridícula. Y puede que lo fuera. Pero, conociéndola, ella haría que fuera tan mágica como para crear una novela.

—Tú te quedaste callado, ¿no? Fuiste incapaz de decirle nada. La misma historia de mierda de siempre, Aaron.

Era cierto. Me acobardé. Lo hice hace casi un año y lo seguía haciendo ahora.

Llevaba tanto tiempo ignorando su mirada que, cuando me clavó sus ojos esmeralda, sentí que me perforaban.

Pude ver el odio en ellos. Pude ver toda la rabia que sentía.

El dolor de verme allí, después de tanto tiempo, como si nada hubiera sucedido. Como si no hubiera traicionado mi palabra.

—Tal vez... tal vez ya sea el momento... —Hice una pausa y me tragué mis propias palabras—. Ahora que he conseguido trabajo, y que pronto me graduaré, puede que...

—Nunca vas a ser suficiente —me cortó Ally, y sus palabras me arañaron por dentro—. Para esa familia sabes que nunca serás suficiente. Para ella tampoco. No nos entienden, Aaron.

Me quedé callado al momento.

«Nunca serás suficiente».

Tenía razón. No lo era.

—Maddie... no se merece esto.

Pero cada vez que recordaba aquellas palabras, las amenazas constantes... Yo nunca había sido para ella, y me lo habían demostrado en múltiples ocasiones.

Tal vez fue lo mejor. O quizá no debí marcharme nunca.

De todos modos, ya era demasiado tarde.

Ally se recogió su larga melena en un moño bajo del que se escapaban varios mechones; posó su mirada en mí y me miró directamente a los ojos, intentando descifrar mis pensamientos.

—Sé que esa chica era y es muy importante para ti —comenzó diciendo, y esas primeras palabras hicieron que se me encogiera un poco el pecho—. Cuando te conocí, eras un desastre: llegabas siempre tarde a clase y no te esforzabas lo más mínimo en nada. Conseguiste salir del hoyo, lo hiciste tú solo y, si lo que me has contado todo este tiempo es cierto... —Hizo una pausa, tomó aire con pesadez y se encogió de hombros. Vi un destello extraño en su mirada—. Deberías dejarla ir de una vez. No es como tú o como yo. Es una maldita privilegiada.

«Dejarla ir».

Ahí estaba de nuevo.

Apreté un puño con fuerza y no me di cuenta hasta que me dolieron los nudillos.

Cuando la floristería de mi madre cerró y a mi padre se le acabó el contrato de trabajo con los Wilson, tuve que renunciar al prestigioso

instituto al que iba para cambiarme al público de la zona. Al Ravenford.

Allí fue donde conocí a Ally. Al principio fue la única que se acercó a mí, la única que tuvo valor para hablar con el chico nuevo. Sin ella y sin sus consejos, jamás habría conseguido retomar el curso. Aunque más tarde conocí a más gente, al principio estaba solo.

Estaba... hundido. Sentía vergüenza y humillación por mi familia, cuando eran los únicos que siempre habían creído en mí y apostado por mí.

Así que tal vez tenía razón. Quizá debería haberla olvidado.

Madison Wilson y su capacidad de ser inolvidable.

«No es como tú o como yo, es una maldita privilegiada».

Los Wilson eran... complicados. Gracias al trabajo del padre de Maddie y Lizzy, tenían una estabilidad económica que pocas familias compartían por mi zona.

La de Ally y la mía eran más parecidas.

Sabíamos lo que era la ansiedad por no poder llegar a final de mes. Sabíamos lo que era tener que hacer recortes en nuestras compras, o buscar el producto más barato.

A Maddie jamás le importó que no fuéramos ricos.

Siempre que la había necesitado, ahí había estado ella. Aunque le diera una vergüenza descomunal, sabía que se habría enfrentado a cualquiera con tal de defenderme.

Pero no todo el mundo era igual que Maddie.

Anhelaba su sonrisa. Y, aun así, los meses en los que estuvo viniendo a casa, insistiendo en que saliera, en que hablara con ella, en que le dijera qué había hecho mal a pesar de no ser su culpa..., le hice creer lo contrario.

Por eso se me ocurrió que le escribiría cartas.

Una de las cosas que me apasionan desde pequeño es la fotografía. El poder de capturar recuerdos y momentos producía en mí una sensación indescriptible.

Así que comencé a hacerlo.

Cada mes, durante casi un año.

«Durante casi un año en el que no la vi».

Escribía a mano algunas de sus frases favoritas de los libros que la entusiasmaban, y las acompañaba de una de mis fotografías.

Normalmente de flores, porque sabía que le encantaban.

Intenté sacarle esa sonrisa, esa que tanto echaba de menos. Aunque yo no la viera, al menos ella la sentiría.

O eso quería pensar para no salir corriendo y disculparme.

Pedirle perdón porque había sido una mierda de amigo, por todas esas veces que la veía yendo a clase, decaída, y no hacía nada.

Seguramente, aquellos trozos de papel, aquellas cartas, descansarían sobre un montón de basura.

Y me lo merecía.

Puede que Ally tuviera siempre razón. Puede que lo mejor fuera quedarme con los recuerdos.

O puede que fuera un tremendo error.

De todas formas, estaba dispuesto a comprobarlo.

13

Grandes cimas



Maddie

Habían pasado un par de semanas desde el cumpleaños de Amber y Ty, y Lizzy había cumplido su promesa. Se negaba a dirigirme la palabra, menos en casa para lo estrictamente necesario. Mi padre no reparó en nada fuera de lo común, como era de esperar, y lo detestaba por eso. Lo detestaba porque no esperaba más de él.

Seguía yendo a clase, y, aunque todavía no me atrevía a salir al comedor donde almorzaban el resto de los estudiantes, saber que Aaron no andaría por allí me hacía sentirme mucho más tranquila. Pero eso no me hacía olvidar la conversación que había tenido con él.

«¿Cómo es que él no metió esa nota en mi taquilla?».

«Entonces, ¿quién?».

«¿Por qué alguien haría algo así?».

Por otro lado, ver que mi hermana seguía reuniéndose con Amber y Sophie, hacía que se me encogiera un poco el corazón. Pero, si ella

era feliz así, supongo que no tenía nada que hacer contra eso.

Aquella mañana, para mi sorpresa, fue todo distinto.

Era sábado y llevaba varias horas intentando conciliar el sueño sin éxito, por lo que me decidí a salir a correr por los alrededores, antes de que el sofocante calor saliera a relucir. El cielo todavía carecía de luz y a través de la ventana se podía ver ya a lo lejos un destello anaranjado que daría paso a un nuevo día.

En casa se advertía una monumental calma, y era agradable que por unos instantes no tuviera que escuchar las quejas de mi padre o los estridentes chillidos de Liz.

Me hice una coleta alta para recoger mi larga melena platina, que en esta época del año desearía que desapareciera.

«El calor va a acabar conmigo».

Me dispuse a salir por la puerta principal, haciendo maniobras para no hacer ni un solo ruido que pudiera despertar a mi familia.

Llevaba varias manzanas recorridas a buen ritmo cuando una chica de tez olivácea y rizos interminables pasó junto a mí, montada en bicicleta, a una velocidad desorbitada.

La calle tenía una gran pendiente, que, mientras yo me esforzaba por subir, ella estaba bajando sin control.

Me giré en redondo de inmediato, jadeando por el esfuerzo de la cuesta, y vi cómo la chica trataba de frenar, pero fracasaba en el intento. La pobre acabó deteniéndose en seco gracias a los arbustos que rodeaban uno de los jardines de la zona.

Corrí a socorrerla sin pensarlo; aunque tuve que bajar la colina que tanto me había costado ascender, no podía dejarla ahí tirada.

—Perdona, ¿te encuentras bien? —Me acerqué con cuidado para no asustarla, y me fijé en que había caído sobre los matorrales y la bicicleta se había quedado sobre su cuerpo, inmovilizándola. Tendría

más o menos mi edad, pero era bastante alta, así que lo mismo estaba equivocada.

—Dios..., sabía que no era buena idea —dijo entonces ella. Se incorporó con cuidado y con una mueca de dolor en el rostro—. ¿Te importaría levantarla del manillar, por favor? Juraría que me estoy clavando algo —continuó de manera amable, mirándome con una súplica en sus ojos.

Yo me quedé paralizada unos segundos analizando la situación, pero al momento cogí el sillín y el manillar para tirar de ellos y apartar la bici de la chica.

Me miró agradecida, y con torpeza salió del matojo de ramas y hojas en el que había caído. Entonces me fijé en que uno de los pedales había dejado una herida en uno de sus gemelos.

—Muchísimas gracias, eh...

Se quedó a la espera de que le dijera mi nombre.

—Madison, aunque me suelen llamar Maddie.

Me pareció ver un atisbo de sorpresa y curiosidad al escuchar mi nombre, pero al instante lo disimuló con una amplia sonrisa que dejaba ver una dentadura perfecta.

Una sonrisa bastante falsa y carente de brillo.

«Qué extraño, pensé».

—Pues gracias, Maddie. Yo soy Ally, encantada —me respondió.

La chica de piel aceitunada se apartó unos mechones de pelo de la cara, y me fijé en lo guapa que era. Su largo cabello de rizos castaños parecía no tener fin, y la forma ovalada de su cara, junto con sus ojos verde bosque, hacían que aquella chica deslumbrara.

«No nos parecemos en nada».

—Normalmente habría cogido un autobús, pero un amigo de lo más insistente, y por insistente me refiero a pesado, estaba

convencido de que llegaría más rápido con su bicicleta —continuó Ally, poniendo los ojos en blanco.

Aquel gesto me arrancó una pequeña sonrisa.

Me pregunté a dónde iría aquella chica tan temprano un sábado por la mañana, pero no le pregunté. Al fin y al cabo, acababa de conocerla, aunque se me hacía vagamente familiar.

«Aquellos rizos... los he visto antes».

—¿Seguro que estás bien? —pregunté.

Me fijé en que se había hecho un par de rasguños, pero por suerte eso parecía ser todo.

—Sí, sí, no te preocupes —respondió haciendo un gesto para restarle importancia.

—Es que... llevaba tanto tiempo sin montar que prácticamente se me había olvidado lo que se sentía —me explicó—. Cuando se lo cuente a mi amigo, va a torturarme con esto durante meses.

Se rio tan solo de imaginar la reacción de aquel chico, y eso me hizo sonreír con un deje de tristeza.

Supongo que anhelaba reírme de aquella manera por una simple amistad.

—Si necesitas que te ayude con eso... —dije señalando la bicicleta tirada en el suelo.

—No quiero molestarte, pero si realmente no estás ocupada, quizá... quizá podrías ayudarme a devolverle la bicicleta. Después regresaré en un autobús. Mi casa está a unos cuantos pueblos de distancia de aquí, pero la suya está tras subir la colina.

—Sí, puedo acompañarte —le sonreí.

Me pareció un plan infalible. Era sencillo, y a mí realmente no me molestaba ayudar a aquella chica. Conocía esas calles como la palma de mi mano. Así que era una tarea sencilla.

Después de esto, volvería a casa y seguro que Liz y papá seguirían durmiendo. Mi padre trabajaba tanto entre semana que los sábados solía descansar hasta tarde. Y Lizzy... simplemente era Lizzy.

Con eso en mente, Ally, que llevaba todo el tiempo con el pie en suspensión, lo apoyó con cuidado sobre la acera y se dispuso a coger la bicicleta del suelo.

Con un pequeño gesto se lo impedí.

—No te preocupes, la puedo llevar yo.

Con un par de sonrisas nos dispusimos a subir la cuesta de nuevo, y entonces me pareció escuchar a Ally susurrar:

—Esto va a ser divertido.

Pensé que tal vez le resultaría graciosa la situación, aunque eso no me impidió que me cuestionara hacia dónde me dirigía esta chica.

¿Quién sabía?

Lo que yo no sabía entonces era que Ally nos conducía a una casa que yo conocía muy bien. A aquellas puertas azules que me había jurado a mí misma que no volvería a cruzar.

Pero ahí estaba.

Yendo directa hacia la boca del lobo.

14

Inoportunas casualidades



Maddie

Subimos la calle, yo dirigía la bicicleta y Ally hacía pequeñas muecas de dolor al apoyar el pie sobre el hormigón.

Entre pequeñas y cortas conversaciones llenamos el silencio, pronto conseguimos alcanzar la cima, y ambas nos sentimos satisfechas de haberlo logrado, a pesar de los inconvenientes.

—No sé ni cómo agradecerte que me hayas ayudado, en serio. No todo el mundo se habría parado, estoy convencida —Su gesto... no parecía del todo sincero.

Le dediqué una media sonrisa un poco titubeante a la chica de ojos verdes más oscuros que los míos y, cuando estaba a punto de responderle, ella me sorprendió con sus palabras.

—Mira por dónde —dijo con una amplia sonrisa—, ya hemos llegado.

Habíamos cruzado prácticamente toda la calle y no me había dado cuenta del lugar al que me conducía Ally.

—¿S-segura que es aquí? —pregunté temerosa.

Recé para que fuera un fallo, porque el universo no podía estar jugando tanto tiempo en mi contra.

—Sí, es justo aquí.

Ally me miró, inclinando la cabeza con un deje de curiosidad con el que camufló la picardía que pasé por alto en sus ojos.

En ese momento me sentí pequeña. Pequeñísima.

Porque, aunque había llegado hasta allí, hasta aquellas puertas azul acero y hasta las distintivas rosas, hortensias, lirios y demás flores que había sembrado Lily Miller con pasión, deseé marcharme de inmediato.

Y eso hice, porque lo admitía:

Yo también era una cobarde.

15

Huir



Maddie

Antes de que fuera demasiado tarde, antes de que aquella puerta se abriera, contuve la respiración.

Sentí tanto miedo que aquel instante me pareció interminable, aunque seguramente solo pasaron unos pocos segundos.

—Y-yo, bueno, me tengo que ir ya. Espero que... espero que llegues bien a casa.

Con esas tímidas palabras me despedí de la chica que había conocido hacía apenas un rato, y salí de allí a paso acelerado.

No podía verla, pero sabía que Ally seguía allí, frente a la puerta, mirándome. Tendría que estar pensando que era un bicho raro.

¿No podría haberme marchado de otra manera? ¿No podría haber aguantado un segundo más?

No me sentía orgullosa.

Pero ella no sabía lo que había sido para mí levantarme cada mañana para cruzar la calle hasta esa misma puerta.

Ella no sabía que me conocía aquellas flores de memoria, al igual que las que fotografiaba Aaron.

«Las cartas...».

Ella tampoco sabía que en aquella casa me había sentido segura y acompañada como muy pocas veces, pero que más tarde se había convertido en un lugar vetado para mí.

Y, definitivamente, era imposible que supiera todas las tardes que estuve durante meses bajo la ventana de Aaron, suplicándole que volviera. Que no me dejara sola, que lo perdonaba.

No, definitivamente no sabía nada.

16

Un café revelador



Maddie

Estábamos en octubre y ya habían transcurrido semanas desde que volví a ver aquella puerta azul y aquel jardín tan bien cuidado, desde que mi corazón se aceleró tanto que temí que saliera disparado de mi pecho. Semanas desde que sentí que el pasado llamaba a mi puerta con el aviso de que pronto iba a irrumpir.

Desde entonces no había parado de sentirme como si me hubiesen arrojado un jarrón con agua helada sobre la cabeza.

El frío se aproximaba más cada día, y las calles parecían teñidas por un precioso paisaje de colores otoñales.

Era mi época favorita del año desde que tenía memoria, y la ilusión brotaba en mí. Aquel día, un manto de nubes grises cubría el cielo, señalando que se avecinaba una tormenta.

Un golpe seco me despertó de mis ensoñaciones. Me obligué a apartar la mirada de la ventana y a girarme para ver a mi hermana apoyada sobre el marco de la puerta de mi habitación, con una

actitud serena pero vacía. Parecía cansada. Vestía una sudadera ancha y unos pantalones de chándal. Pocas veces la veía tan desaliñada.

—Papá dice que vayas a la cafetería del centro. Se ha estropeado la cafetera y está trabajando en el despacho de casa —dijo con una expresión seria, como si supusiera un esfuerzo decirme aquello a la cara.

—¿Y por qué no vas tú misma?

—Yo estoy ocupada estudiando y, de todas formas, me ha dicho que vayas tú, que solo sales de esta habitación para ir a clase.

Eso me hirió un poco porque tenía razón. Desde el percance con aquella chica, Ally, mi cabeza estaba constantemente pensando en lo sucedido. En cómo la había dejado allí sin darle explicaciones de mi repentina huida.

«Cobarde».

Era absurdo. Detestaba temer aquel lugar, pero ya no era solo la casa, eran los recuerdos que esta me traía.

Y Ally...

«Se me hace vagamente familiar».

Más tarde, en casa, me picó la curiosidad y pensé dónde podría haberla visto antes, pero no había nada. No recordaba nada relacionado con aquella chica.

—Está bien, en un rato me acercaré a la cafetería —le respondí a mi hermana con resignación y me volví hacia una de mis estanterías repletas de novelas de misterio, dispuesta a dedicarle mi tiempo a una nueva historia.

—Quiere que vayas ahora mismo —insistió Liz de mala manera.

—Pero, Lizzy, seguramente empezará a llover...

—Me da lo mismo, discútelo con él si es que quieres.

En aquel momento me debatí internamente entre las numerosas respuestas que podría ofrecerle:

«Iré cuando me apetezca ir, si no que vaya él mismo».

«No pienso discutir por un maldito café, Liz».

«Que te den».

Como era de esperar, simplemente respiré hondo y murmuré un:

—Vale.

Lizzy se marchó con el morro torcido. Yo salí de mi habitación y pasé junto al despacho de mi padre, directa a por el maldito café.

Bajé las escaleras con los pies pesados hasta la entrada de la casa. Sin embargo, cuando estaba cruzando el pasillo directa a la salida, mis pies se detuvieron y retrocedí justo hasta quedarme frente a aquella puerta. La que se encontraba paralela a la cocina.

Miré a ambos lados con desconfianza y giré el pomo.

La última vez que había estado allí, había dejado la cajita de madera donde guardaba las cartas que Aaron me había mandado durante el último año. Aunque la última que había recibido, por alguna inexplicable razón, acabó en las manos de Liz y la rompió en pedazos.

Nunca pude llegar a leerla.

Todavía me preguntaba qué sería lo que decía y por qué Liz habría acabado con ella.

Al principio, las cartas que recibía aparecían sobre la repisa de mi ventana, y yo las leía y las ocultaba a toda costa.

Las primeras fueron preciosas. Me hacían pensar que todo era un enfado pasajero de Aaron, que pronto tocaría al timbre de mi casa con una amplia sonrisa. Aunque me martirizaba cada día pensando qué había hecho para ahuyentarlo de esa manera. Hasta que fueron pasando los meses, y recibir aquel sobre era como sentir la espina de una rosa clavándose sobre mi piel.

Preciosa y dolorosa al mismo tiempo.

Al entrar en aquella habitación de nuevo, el olor a humedad me dio escalofríos, y ver todas las cosas que conservábamos de mamá me hacía sonreír con tristeza. Falleció cuando Lizzy y yo éramos pequeñas, pero yo sentía su presencia al entrar en aquella sala. La sentía en cada parte de mí, y ver que ella había sido artista..., ver todas las obras que había creado son sus manos... me hacía pensar que tal vez no estaba todo perdido.

Llegué al final, justo a la esquina en la que juraba haber visto un sobre la última vez. Pensaba encontrarme allí con él, pero ya no estaba.

«¿Sería imaginación mía?».

No. Estaba segura de que alguien lo había movido de lugar, y algo me decía que no lo iba a encontrar fácilmente.

Me conocía aquella habitación como la palma de mi mano y aquel sobre amarillo mostaza había sido una novedad. Me arrepentía de no haberme interesado más por él antes; ahora la curiosidad me cosquilleaba por todo el cuerpo.

Cerré la puerta al salir y me fui directa a por ese café, pensando todavía en las cartas de Aaron y en las rosas, que a la vista eran hermosas, pero al tocarlas dolían.

Tuve esa misma sensación al mirar la preciosa fachada blanca sin imperfecciones de mi casa: al entrar te dabas cuenta de que su interior podía llegar a ser mucho más gris y definitivamente estaba muy lejos de ser perfecto.

17

Una sola sonrisa



Maddie

Cuando estuve frente a la cafetería del centro, me arrepentí por completo de haber seguido las órdenes de mi hermana.

«Debí mandarla a paseo».

Miré con estupor las interminables colas de personas que se agrupaban en varias filas para ser atendidas, y después deslicé mi vista hacia un cielo que cada vez se volvía más sombrío.

Me negué a desperdiciar un solo segundo de mi vida por un café para mi padre, así que anduve unos cuantos metros hasta encontrar otro lugar.

Al doblar la esquina me topé con un pequeño local con un gran letrero: The Salvatore Café, que me indicaba que era el lugar que estaba buscando.

Nunca antes me había fijado en ese lugar, pero cualquier cosa era mejor opción que el sitio anterior.

Al entrar en la pequeña cafetería, una campanilla sonó sobre mi cabeza y un olor dulce me inundó y se me hizo la boca agua al contemplar la gran variedad de surtidos de dulces que tenían dispuestos sobre el mostrador. *All I Want,* de Olivia Rodrigo, sonaba a través de un pequeño altavoz en la esquina.

«Mi nuevo lugar favorito».

Como realmente no tenía prisa, y si la tenía me daba lo mismo, me deleité unos segundos observando mi alrededor y me senté en una mesita al final del local. El café podía esperar un poco.

Al cabo de un momento apareció una chica joven, pelirroja, con una amplia sonrisa y pecas en la cara. Llevaba un uniforme llamativo de color rosa pastel que había personalizado con los parches de unos vampiros sonriendo en la parte delantera. Sonreí. Ese detalle me hizo pensar que debía de ser de lo más simpática.

Iba a juego con el sitio y me pareció acogedor al instante.

—Buenas tardes, te dejo la carta para que le eches un vistazo y en unos minutos viene mi compañero a atenderte —me guiñó un ojo y se marchó por donde había venido.

—Genial, gracias —le contesté con una media sonrisa.

Revisé la carta que indicaba qué tenían para desayunar. Había una variedad de sabores de batidos y muchas más bebidas.

Y fui directa a los dulces.

Mientras sostenía el menú con mis manos observé a mi alrededor y me fijé en que en aquel sitio solo había una pareja disfrutando de su desayuno, mientras que en la anterior cafetería había colas larguísimas de personas esperando con impaciencia su turno.

En aquel instante, cuando ya había decidido lo que pediría, hice el amago de dejar el menú sobre la mesa. Sin embargo, una mano masculina lo alcanzó antes de que pudiera siquiera reaccionar.

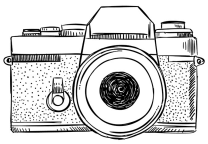
Levanté la mirada y me encontré con unos ojos azules que me observaban. Maldije en mi interior en todos los idiomas posibles.

«Ni elegir una cafetería lo hago bien».

«Definitivamente ya no iba a ser mi sitio favorito».

18

Un nudo sin deshacer



Aaron

En cuanto las campanas de la puerta sonaron, me fijé en la chica que pasaba mirando todo cuanto podía de la decoración. Absorbiendo cada humeante y delicioso aroma.

Kath había abierto el local apenas un par de semanas antes, por lo que todavía no era muy conocido. Fue por eso, y por un millón de cosas más, que me quedé atónito al verla allí.

Como siempre desde que la conocía, Madison Wilson llevaba su pelo platino recogido en una larga y perfecta trenza. Llevaba unos vaqueros sencillos y una sudadera del rosa más pálido que había visto jamás.

«Está igual que siempre».

«Está igual de preciosa».

Acallé mis pensamientos y me escondí tras el mostrador para que no me viera al pasar.

A mis espaldas escuché a alguien toser fuerte para llamar mi atención.

—¿Se puede saber desde cuándo te escondes de mis clientas, Miller? —me reprendió Kath intentando sonar molesta, aunque no podía ocultar la gracia que le causaba verme de aquella manera.

—No sé de qué me hablas —dije al tiempo que me incorporaba e intentaba evitar su penetrante mirada.

De soslayo vi que Maddie se sentaba sola en una de las mesitas al final de la cafetería, y no supe si alegrarme porque se quedara o lamentarme por ello.

—Voy a atender a la chica de la mesa dieciséis, ni se te ocurra salir corriendo en cuanto me vaya —me advirtió mi jefa clavándome un dedo en el pecho.

Katherine Baker era varios años mayor que yo, pero, por lo que sabía, dejó sus estudios universitarios para abrir un negocio aquí y poder cuidar de su padre, que sufría alzhéimer y necesitaba una atención especial.

Por ello, en cuanto vi que buscaba personal para su cafetería, no dudé en presentarme. Además, mi familia necesitaba el dinero. Yo lo necesitaba. Ellos decían ser felices con lo que tenían, pero yo no pensaba conformarme con eso, se merecían muchísimo más.

Yo mismo necesitaba salir de aquí. Me ahogaba entre estas estrechas calles.

En cuanto Kath volvió, soltó de golpe:

—Vas a atenderla tú.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Por qué?

—Porque no dejas de mirar en esa dirección y tengo curiosidad, no te tenía por un chico tímido, Miller.

«Mierda».

Katherine me mostró su mejor sonrisa y yo le indiqué con la mirada que esta se la devolvería.

Eché un vistazo rápido a los ventanales de la cafetería; una fina capa de llovizna nos rodeaba cada segundo con más fuerza que el anterior. La pareja que había sentada unas mesas más lejos se marchó antes de que la tormenta se agravara; pero ella seguía allí, sentada sin importarle lo más mínimo lo que sucediera a su alrededor.

Distinguí a Maddie a lo lejos. Supe que no me había visto aún porque seguía con la vista clavada en la carta del desayuno.

Un hilo invisible tiró de la comisura de mis labios de forma involuntaria al recordar lo mucho que le gustaban a mi amiga los dulces, sobre todo, los helados.

«Ya no es mi amiga. Es una desconocida».

«Primera estocada en el pecho».

Vi que se disponía a dejar el menú sobre la mesa y, antes de que se diera cuenta, avancé con rapidez y lo agarré entre mis manos.

Su mirada se despegó de la mesa y pude notar su sorpresa, de la misma manera que sucedió la última vez, en la fiesta.

«No espera verme porque hace mucho tiempo que huyo de ella».

—¿Q-qué?

—¿Te has quedado sin palabras, Wilson? —bromeé para aligerar el ambiente.

No estaba en posición de hacerlo, pero, en cuanto la vi allí no pude evitarlo. Con ella sencillamente era fácil mostrar esa sonrisa de medio lado.

Deseaba con todas mis fuerzas volver.

Que volviera a mirarme como antes.

Qué estúpido era pensar que en un pestañeo podría rellenar todos los silencios que había dejado todo este tiempo.

Qué egoísta era querer lo que todo el mundo te gritaba que no podías tener.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —repitió la misma pregunta que le hice yo cuando la vi en la fiesta de los mellizos.

—Por si no te habías dado cuenta... —señalé el uniforme rosa pastel que Kath me había obligado a ponerme—, trabajo aquí.

Al ver su cara de incredulidad absoluta, mi sonrisa se acentuó.

—No sabía... No sabía que trabajaras.

El tono apagado de su voz, más distante, más frío, me hizo darme cuenta de que era imposible que supiera que trabajaba allí, porque ya no nos lo contábamos todo.

Porque ya no era como antes.

Me mantuve en silencio sin saber muy bien qué responder a eso. Pero cuando me disponía a abrir la boca para intentar suavizar el dolor que me estaba empezando a picar en el pecho, un fuerte estruendo resonó en todas las direcciones.

Maddie dirigió su mirada, veloz como un resorte, hacia la ventana, y se percató de la lluvia que inundaba las calles. Las gotas caían con fuerza sobre el pavimento y las personas que quedaban en la calle corrían en todas las direcciones posibles.

Abrió los ojos estupefacta y, después de mucho tiempo, volví a ver aquella sonrisa.

Sonrió tímidamente, sin mostrar los dientes, pero ahí estaba, ese atisbo de diversión que echaba de menos ver en ella.

Maddie le sonrió al cielo durante segundos y yo no pude dejar de mirarla, porque por fin volvía a estar a unos cuantos pasos de mí. Seguía allí.

Puede que fuera el momento de no salir corriendo.

19

Ocean Eyes



Maddie

Estaba allí, sentada frente al chico que me había destrozado el corazón, y quería gritarle, quería que viera mi dolor, que sufriera lo que yo sufrí.

Pero, entonces, lo miré directamente y vi al niño de ojos azules.

Ese que me acompañaba a mi casa después de clase, aunque la suya estuviera más cerca; el que sin conocerme de nada me mandó un ramo de mis flores favoritas a casa solo porque le había confesado que me gustaban.

El niño que capturaba con su cámara cada cosa que le parecía bonita.

Lo que no me esperaba era que se sentara a mi lado, que esperara eternos segundos y que, mirando directamente al ventanal por el que se veía la lluvia caer, murmurara:

—Lo siento.

Aguanté la respiración, impaciente, deseando que me hablara, deseando que me dijera de una vez qué hice mal. Necesitaba saber por qué todos se alejaron de mí de repente. Qué había en mí que provocaba tanto rechazo.

¿Por qué me dejaron sola?

—Aquel día... era importante para ti y también lo era para mí, te lo aseguro —continuó hablando con la mirada perdida en el vidrio y una sonrisa débil titilando en sus labios—. Lo último que quería era hacerte daño...

—Pero lo hiciste —me atreví a decir en un susurro.

Aaron apartó su mirada y pensé que tal vez estaba diciendo la verdad, tal vez fuera un malentendido, tal vez el chico que una vez conocí seguía ahí...

«Tal vez».

Me prometí a mí misma no volver a confiar en él, y eso era justamente lo que iba a hacer.

Me había traicionado a mí misma cientos de veces por el camino, no pensaba caer de nuevo en el mismo agujero negro del que tanto me había costado salir.

Del que todavía luchaba por escapar.

Levanté el mentón y me incliné sobre la mesa con los codos apoyados en el frío cristal bajo las mangas de la sudadera, ocultando los temblores de todo mi cuerpo. Me tragué la rabia que corría por mi garganta.

Lo miré directamente a los ojos, a ese azul tan distinto del de mi hermana: más oscuro, más impredecible, más sombrío.

Pero antes de que pudiera hablar, me interrumpió:

—Te vi.

Me quedé desconcertada con sus palabras. El discurso que tenía preparado se ahogó en mi garganta y me quedé completamente

muda.

—El día que te subiste a ese escenario estaba allí, Maddie. Siempre lo he estado.

20

Una cámara digital



Maddie. Agosto, hace un año

Quedaban unas semanas para que el verano llegara a su fin y comenzara el nuevo curso, y no podía sentirme más eufórica.

Aaron y yo habíamos dedicado todo nuestro verano a tardes interminables de sesiones de fotos, maratones de películas y montones de novelas.

«Bueno, más bien él me escuchó en silencio mientras yo despotricaba sobre algún personaje insufrible».

«Pero es lo mismo».

Y aunque lo mantenía en secreto, seguía llenando mi libreta con ideas. Puede que nadie confiara en mí, pero me bastaba con confiar en mí misma.

Luego estaban sus fotografías.

Aunque yo se lo repetía constantemente, Aaron no terminaba de ver el talento que tenía a la hora de plasmar imágenes. Yo me quedaba absorta cada vez que visitaba su habitación y veía la

inmensa cantidad de fotografías de paisajes, caras desconocidas y flores que tenía por toda la pared.

Todo aquello que él adoraba lo imprimía sobre papel y lo ponía en la pared de su habitación.

Una de esas tardes calurosas, le pedí permiso a mi padre para que nos dejara acercarnos a la heladería más reconocida de la ciudad. Estábamos deseando salir de la casa, y todo el mundo hablaba de sus nuevos y deliciosos helados.

—Papá, Aaron y yo queremos ir al centro a por unos helados.

Ambos habíamos subido corriendo las escaleras hasta el despacho de mi padre. Él se encontraba frente a su escritorio, con el pelo negro azabache peinado hacia atrás, un traje del mismo color y una expresión seria, muy lejos de parecer amable.

Era un hombre atractivo, con unos rasgos rudos y una fuerte mandíbula que enmarcaba su rostro.

Desde que falleció mamá hacía casi diez años, no lo había vuelto a ver con una mujer, y, francamente, me extrañaba. Aunque luego recordaba cómo era en realidad y pensaba que yo tampoco querría estar con alguien como él.

—No.

Miré a mi amigo de soslayo y me encogí de hombros.

—Señor Wilson, solo estaremos unas horas y pronto volveremos a casa...

—He dicho que no —sentenció.

La mirada que le lanzó mi padre a Aaron fue... escalofriante, yo misma sentí el miedo en mi piel erizada. Achiqué los ojos y me mordí el carrillo por dentro para aguantar esa rabia que llevaba conteniendo años y que apenas me dejaba respirar cuando las situaciones se complicaban.

No era la primera vez que mi padre me restringía algún plan. A pesar de que tenía dieciséis años, seguía tratándome como si fuera una niña.

Y las cosas iban a cambiar aquella misma tarde.

Agarré con fuerza la mano de mi amigo y lo saqué del despacho. Cerré la puerta de madera con un golpe seco que sabía que enfurecería a mi padre.

—Vamos a ir a por ese helado —le susurré desafiante.

Aaron, en lugar de sentirse cohibido, me sonrió con admiración, con un brillo pícaro en sus ojos, muy lejos de mostrarse arrepentido.

—Pues vamos a por ese helado.

Antes de que pudiéramos escaquearnos por la puerta trasera, vi a lo lejos una mata de pelo largo castaño y unos ojos de un azul tremendamente claro asomarse por la barandilla de la escalera.

Lizzy me observó por unos segundos y yo le hice un gesto con los dedos para indicarle que no dijera ni media palabra de esto.

Ella subió las escaleras a toda velocidad, y yo confié en que guardaría silencio.

Cuando el autobús nos dejó en nuestra parada, el sol brillaba en lo alto del cielo y nos invitaba a disfrutar de una eterna tarde de luz infinita.

Aaron sostenía su cámara digital colgada al cuello, sujeta con un fino cordón que habíamos encontrado en la floristería de su madre.

Fuimos directos a por nuestros helados, con la pésima suerte de que cuando tuve el mío entre las manos, y tras haber devorado gran parte del delicioso chocolate, pasó junto a nosotros una mujer con una manada de perros. Estos se movían sin control, alarmados por la cantidad de gente que había a su alrededor, y cuando pasaron

junto a mí, uno de ellos se cruzó entre mis piernas. Tropecé, y gran parte del helado se me resbaló de entre las manos, cayó al suelo y lo salpicó todo a su alcance.

«Una historia conmovedora».

—¡Venga ya! —me quejé.

La mujer pasó de largo murmurando un simple «lo siento», y cuando fijé mi mirada en Aaron, este se estaba desternillando de risa.

«Cretino».

—¿Qué te hace tanta gracia, rarito?

—Nada en absoluto, estás... perfecta —murmuró, aguantándose las ganas reírse con descaro.

Clavé mi mirada en él y, cuando me disponía a seguir mi camino, encendió la cámara a una velocidad aplastante y me cegó con el *flash*.

Me toqué la cara con los dedos y descubrí que las comisuras de mis labios estaban manchadas de helado.

Y también la puñetera nariz.

—Aaron Miller, ya puedes ir borrando esa foto, acosador.

—Jamás.

Me mostró su sonrisa burlona, esa que hacía que todo dejara de importar, aunque fuera durante unos segundos.

Intenté coger la cámara de sus manos para poder ver la imagen y borrarla, pero Aaron fue más rápido y la levantó para que no la alcanzara. Salió corriendo con una carcajada que escapó de su boca y resonó en mi corazón. Yo fui tras él, aunque ya sin la intención de coger su cámara para ver la foto.

Al final nuestros pasos se calmaron y deambulamos entre las avenidas durante un tiempo hasta que nos cansamos de caminar y nos decidimos a regresar a casa.

Cuando estuvimos frente a mi puerta, el cielo había comenzado a teñirse de colores cada vez más grises.

La fachada blanca e impoluta de mi casa empezaba a verse más oscura y en los alrededores había un silencio sepulcral, a excepción del canto de los grillos de fondo.

Abrí la puerta sonriendo, ajena a las consecuencias que podría acarrear que me hubiera escapado sin permiso. Papá nos esperaba en la entrada con los brazos cruzados, una vena se marcaba en su frente y un solo mechón de color azabache se encontraba fuera de su sitio.

«No va a pasar nada, Madison».

«Está bien, no pasa nada».

«Si le hablamos bien, él también lo hará».

—¿Te crees que puedes hacer lo que te dé la gana? —Su voz resonó por la estancia, dejándonos a todos en silencio.

Incluida Liz, que se escondía en la parte superior de la escalera.

Mi padre nunca se enteraba de nada de lo que pasaba a su alrededor cuando estaba centrado en el trabajo, así que sin duda le habían dado un chivatazo.

«Maldita traidora».

Fijé mi mirada en mi hermana y ella se escabulló con rapidez.

—Esta es la última vez que me desobedeces, ¿me has escuchado?

No lo miré a la cara, no quería.

«No podía».

—Te lo voy a repetir por segunda y última vez —dijo elevando el tono de la voz al final, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera —, ¿me has escuchado?

Aaron, a mi lado, estaba tenso, con los puños apretados junto a sus costados y la cabeza al frente. Él tenía el valor de mirarlo directamente a los ojos, sin una sola pizca de temor.

Yo no lo tenía.

Temía más a mi padre que a ninguna otra cosa en el mundo.

—Entra. ¡Ya! —me exigió cortante.

Entré con la cabeza gacha, evitando mirarlo directamente a los ojos, y Aaron se fue a su casa.

Después de eso, todo cambió.

Me castigó una semana entera por desobedecerle. Cuando por fin pude salir de casa, ya solo quedaban un par de semanas para que comenzara el curso y Aaron estaba más raro de lo normal.

Liz también se comportaba de un modo extraño, como afligida.

Durante mucho tiempo deseé con todas mis fuerzas que las cosas cambiaran, y así fue.

Solo que cambiaron tanto que me costó reconocerlos.

A todos.

21

Te vi



Maddie

La cabeza me daba vueltas.

Enfoqué la mirada en la copiosa tormenta que se estaba desarrollando en el exterior, a tan solo unos metros de mí.

«El día que te subiste a ese escenario estaba allí, Maddie. Siempre lo he estado».

No sabía qué significaban aquellas palabras, o tal vez no les quería dar un significado.

Antes siquiera de que pudiera responder, la chica que me había atendido al principio vociferó unas palabras desde el interior del local.

—¡Aaron! ¡Ven y ayúdame a recoger antes de marcharte, por favor!

El aludido me miró con una expresión entristecida.

—Yo... tengo que ir —dijo con desgana, claramente disgustado por dejar la conversación así.

Yo lo preferí, el corazón me iba tan rápido que temí que se me fuera a salir disparado del pecho.

—Pero, si quieres... —añadió.

—No hace falta —lo interrumpí—, yo también me marcho ya.

—Maddie, no vas a irte con la que está cayendo.

—Siento decirte que es justamente lo que estoy haciendo.

Me incorporé y pasé de largo junto a él, más disgustada todavía por no poder probar alguno de los dulces.

Me quedé parada en el umbral, contemplando las fuertes gotas que chocaban contra la acera, los coches inmóviles, los toldos de las tiendas ya cargados de agua...

El vello de la nuca se me erizó al pensar en el momento en que regresara a casa, después de haberme demorado tanto por un simple café.

Probablemente, mi padre estaría furioso, deseando que me presentara ya para exigir explicaciones.

Él nunca me llamaba por teléfono, a no ser que se tratara de una emergencia, y los minutos que llevaba fuera, sin duda, no eran demasiado tiempo.

Podría estar desaparecida tres días que ni se inmutaría.

Cuando me disponía a abrir la puerta con manos temblorosas, otra mano me sostuvo e impidió que diera un paso más.

—Si sales ahora mismo por esa puerta tardarás unos pocos segundos en estar empapada. Sé que preferirías cualquier cosa antes que quedarte, pero está todo inundado, Maddie, es peligroso.

Por esta zona eran muy comunes las lluvias torrenciales y, cuando una tormenta se asentaba, era complicado ver alguien en la calle. Por seguridad, cortarían el paso del tráfico, ya que muchos árboles se derrumbaban con un tiempo como ese.

Había que ser muy estúpido para salir en estas condiciones.

—Escucha, no tardará mucho en amainar. Kath me ha dicho que puedes quedarte todo el tiempo que necesites.

—¿Quién es Kath?

Con la cabeza, apuntó a la chica joven y menuda, de pelo rojo, que me había atendido antes. Ella se encontraba tras el mostrador de postres, recogiendo y ordenando cada detalle que estuviese fuera de lugar.

—Es la dueña del café —dijo Aaron señalando el lugar con una media sonrisa—, y, aunque mi turno haya acabado ya, nos deja resguardarnos de la lluvia hasta que podamos salir. Ella también se quedará por aquí.

Me planteé la idea de girar el pomo de la puerta de todos modos y salir corriendo a la desesperada, pero eso sería ridículo hasta para mí.

—Está bien —siseé—. Supongo que me puedo quedar un poco más.

Pero no estaba convencida del todo. Había mil razones que se amontonaban en mi cabeza que me gritaban que no era buena idea.

«¿Te vas a quedar con él, Madison? ¿En serio?».

«¿Después de lo que te ha hecho? Mira qué fácil te dejas manipular».

Tomé aire y cambié el rumbo de mis pasos para volver a la pequeña mesa donde me había sentado.

Mientras caminaba, con la maldita mirada de Aaron Miller sobre mi espalda, pensé que mi padre se las tendría que apañar solo.

Entré en aquel sitio por lo acogedor que parecía, y ahora me quedaba porque la tormenta nos había alcanzado, como suponía que ocurriría.

Por eso y por el miedo de que me cayera un rayo, pero eso eran aspectos sin importancia.

Además de preferir aquello a volver a la monotonía de casa.

Antes de volver a sentarme, me giré y lo vi, parado todavía en la puerta de bienvenida. Recordé sus palabras.

«Te vi».

Pero ¿qué es lo que vio exactamente?

22

Encerrados



Maddie

Llevaba un par de minutos distraída mirando algunas de las fotografías que decoraban la cafetería cuando Kath, la dueña, se acercó a mí con una amplia sonrisa.

Le devolví la sonrisa cuando llegó hasta mi mesa.

—Tu amigo me ha dicho que te encantan los dulces. Si todavía te apetece algo, solo tienes que pedirlo.

Me tensé al escuchar que se refería a Aaron como a su amigo, cuando para mí hacía mucho tiempo que se había convertido en un desconocido.

«Te vi».

Aun así, la idea de estar encerrada entre un manjar de delicias no sonaba nada mal. Con una mueca hambrienta, le indiqué que me podía traer cualquier cosa con tal de que fuera comestible.

Kath volvió al interior del local, donde supuse que se encontrarían la cocina, el almacén y alguna zona de empleados, donde ahora mismo estaría Aaron. Revisé mi teléfono y comprobé que llevaba algo más de una hora fuera de casa, y que el cielo no tardaría en oscurecerse. También me fijé en que nadie había reclamado mi presencia: ni una llamada y ni un solo mensaje.

No me sorprendía. Las cosas habían sido así durante meses, ya no me entristecía como antes que nadie me escribiera para salir, o simplemente para saber cómo estaba.

Yo misma me encerraba.

Yo evitaba a todas esas personas, porque sabía que cada una de ellas me había visto. Me vieron aquel día y me siguieron viendo durante muchos más.

«Te vi».

Nadie me preguntó si estaba bien.

Aquel día solo escuché risas, y luego nada.

Aaron ya no estaba. Dejé el club de lectura de inmediato, y con él a todos los integrantes. También contaba a Ruby, pues, a pesar de haberla admirado, descubrí que esa chica era tan solo una fachada. Amber me detestaba más que nunca y consiguió que su hermano Tyler también lo hiciera, o que al menos me ignorara como el resto.

Así que no, no me sorprendí cuando en las notificaciones del teléfono no vi ni un solo mensaje.

Esperé pacientemente a que apareciera Kath de nuevo, repiqueteando con las uñas sobre el cristal de la mesa. Con el pie también taconeaba contra el suelo en un gesto de puro nerviosismo del que apenas era consciente.

A los pocos minutos, Kath apareció con un plato cargado de pasteles y confituras. Lo dejó sobre la mesa y le agradecí el gesto.

—Nunca lo había visto así de distraído —apuntó ella pensativa.

Lo dijo más para sí misma que para mí, apoyando un brazo sobre su cadera y dejando caer parte de su cuerpo a un lado.

—¿A quién? —murmuré mirando el plato.

Todo tenía una pinta espectacular.

—A Miller —dijo refiriéndose a Aaron—. Es un chico audaz. En las dos semanas que lleva trabajando por aquí se ha desenvuelto bastante bien. Es bueno en lo suyo.

No supe qué responder a eso, así que me limité a sonreírle algo incómoda.

—¿Ves esos cuadros? —dijo señalando las fotografías enmarcadas en las que me había fijado mientras esperaba sentada.

—Me he fijado antes, son preciosos.

—Me los trajo él cuando vino a trabajar el segundo día. Todo el mundo se fija en ellos, realmente tiene mucho talento.

Señaló con la cabeza a Aaron, que estaba oculto tras la barra, pasando una bayeta sobre la encimera, absorto en sus pensamientos.

Por una parte, me impresionaba que aquello lo hubiera fotografiado él y, por otra, no me sorprendía en absoluto. Sabía que era capaz de crear obras maravillosas y, aunque me molestara admitirlo, me enorgulleció que las mostrara al resto del mundo.

Sus fotografías ya no solo decoraban la pared de su habitación. Ahora eran visibles para todos.

—Te dejo que disfrutes de los postres, son caseros. Espero que te gusten.

Su sonrisa sincera me recordó mucho a la de Elda, la conserje y mujer de la limpieza del instituto que tantas veces se había esforzado en sacarme una sonrisa.

Era ese tipo de personas con tanta luz en su interior que hacen que desaparezca hasta tu propia sombra, aunque sea por unos

instantes.

Kath se marchó en dirección a la cocina y, a pesar del nerviosismo que cubría mi piel, me permití dejar mi mente en blanco y, durante unos minutos, mirar al exterior: a las gotas que seguían cayendo con fuerza, a la humedad que se colaba por las paredes y que hacía que me temblara el cuerpo entero.

Al cabo de un rato de silencio, a excepción de las risas que se escuchaban desde el interior de la cocina, me percaté de que la lluvia estaba comenzando a serenarse.

Los últimos rayos de sol se colaban ya entre las nubes y el crepúsculo se abría paso en el cielo.

Noté una mirada a mi espalda. Al girarme vi unos ojos azules que me observaban con curiosidad.

—Parece que el cielo ya está cambiando. Siento que hayas tenido que pasar la tarde aquí —expresó con una mueca de disgusto.

—No te preocupes, tampoco he estado tan mal acompañada —le respondí señalando el plato cargado de dulces que me había dado Katherine, en el que ahora solo quedaban migas.

Cualquiera diría que me alimentaba a base de chocolate.

—¿Quieres algo más? Estoy seguro de que todavía quedan muchos...

—No, no. No te preocupes, estoy hasta arriba de azúcar, podría correr un maratón ahora mismo —contesté haciendo una mueca exagerada que esperaba que por alguna razón le arrancara una sonrisa, pero eso no ocurrió.

Me recordaba mucho al niño que conocí hacía ya tantísimos años, con la mirada apagada pero siempre intentando estar bien por todos.

Puede que ahora lo odiara, aunque tal vez *odiar* era una palabra muy fuerte. Sencillamente, su presencia me causaba tanto rechazo,

tanto dolor, que prefería pensar que ese sentimiento era puro odio.

Seguramente no pudiera llegar a odiarlo nunca.

A pesar de eso, algo dentro de mí me impulsaba a querer verlo bien. Puede que él no me quisiera cerca, pero no por eso iba a dejar de sentirme así.

Y creo que eso era lo que más me molestaba. Que a pesar de todo me seguía importando.

Vi que se giraba para irse y que ya no llevaba el uniforme de la cafetería. De repente, sentí un impulso que impidió que diera un paso más.

—Oye, Aaron.

Se giró con una expresión neutra. Era incapaz de descifrar lo que se le pasaría por la mente.

—Dime, Wilson.

Entonces le hice la pregunta que llevaba rondando en mi cabeza un buen rato:

—¿Por qué trabajas aquí? Pensaba que seguías estudiando.

—Y eso hago —contestó inexpresivo, pero a los pocos segundos pareció caer en la cuenta de algo, porque abrió los ojos ligeramente —. Espera, ¿no lo sabes?

Su incredulidad hizo que mi curiosidad aumentara.

—¿Saber qué, exactamente?

Inclinó la cabeza a un lado.

—No leíste la carta, ¿verdad?

—He leído cada una de tus dichosas cartas, Aaron, y te aseguro que no sé de qué me estás hablando —le contesté algo enfadada.

Pero entonces recordé aquella mañana.

Mi hermana estaba en mi habitación y, justo cuando yo iba a cruzar la puerta, la vi recogiendo del suelo los pedazos de papel de

una nueva carta. Ella había descubierto la existencia de las cartas cuando me pilló leyendo una unos meses antes.

En su momento me llenó de rabia lo que había hecho, pero ella parecía arrepentida y dijo que era por mi bien, y pensé que tal vez tenía razón y que así me olvidaría más fácilmente de él.

Ahora me daba cuenta de que, quizá, había cometido un enorme error.

—Puede... puede que no llegara a leerla —admití al final, omitiendo el resto de los detalles que incluían la mente retorcida de Liz.

Aaron tomó aire con pesadez, y antes de que pudiera responder, formulé una nueva pregunta:

—¿Qué decía?

Lizzy nunca llegó a responderme.

Esperé que me desvelara eso que mantenía tan bien guardado, pero en su lugar forzó una sonrisa, que se acercaba más a una mueca, e hizo un gesto para restarle importancia.

Dudó durante unos instantes y finalmente soltó:

—No era nada importante —dijo y se dirigió a la puerta para irse.

Pero tenía que serlo. Si no, ¿por qué habría reaccionado así?

¿Por qué Lizzy habría tenido la tentación de impedirme que la leyera?

Le vi marcharse.

El sol ya se estaba poniendo cuando decidí despedirme de Kath para irme a mi casa.

La campana de la puerta sonó al salir. Fruncí los labios. Había ido allí con la misión de comprar un simple café, y ahora me marchaba con mil preguntas en mi cabeza, con una sensación extraña en el pecho y, sin duda, sin ningún café en la mano.

23

Agachar la cabeza y seguir



Maddie

Llevábamos apenas treinta minutos en el aula. La clase estaba abarrotada y el ruido era ensordecedor.

Las filas de mesas ocupaban toda la sala hasta el límite, y juraba que, como volviera a escuchar otro grito u otra palmada, reventaría.

La profesora de Literatura, la señora Sullivan, era una mujer de mediana edad, con el pelo siempre recogido en un moño tirante. Solía vestir una camisa blanca perfectamente planchada y conjuntada con unos pantalones de traje grises. Todos los días llevaba dibujada en la cara una expresión seria y, probablemente, era de las más veteranas del centro, por lo que todos éramos plenamente conscientes de quién era.

Me encantaba esa mujer.

Sus clases eran las únicas en las que se guardaba silencio. Todos los alumnos la respetábamos y temíamos a partes iguales, así que siempre reinaba la calma.

A excepción de ese día.

Margaret Sullivan tenía sinusitis aguda y se había quedado en casa reposando, por lo que ahora teníamos clase con un profesor de guardia, al cual no había visto en mi vida.

No sabía su nombre y tampoco me molesté en saberlo. Era un hombre mayor que seguramente rozaba la jubilación, con el pelo corto y canoso y una barba abundante del mismo color. Vestía una camisa a cuadros varias tallas más pequeña de lo que debía, que se abrochaba a duras penas. Caminaba encorvado allá a donde iba.

Cuando apenas llevábamos unos minutos de clase, se marchó a por unos impresos a la fotocopiadora y, desde entonces, no había vuelto.

«Menudo inútil».

Solo se escuchaban los malditos gritos de Amber perforándome el oído izquierdo.

—¡Pásamelo a mí, Sienna!

Un estuche salió disparado, recorrió la mitad de la clase en el aire hasta caer en manos de Amber, que se sentaba un par de mesas detrás de mí.

El caos se había desatado por completo. Las risas de mis compañeras llenaban cualquier hueco de silencio.

—¡Toma, Sophie!

Pero ella no llegó a tiempo y el estuche que habían lanzado fue a caer directo sobre mi mesa. Lo miré durante unos segundos hasta que una de mis compañeras me chilló que lo devolviera.

—¡Pásalo ya!

—¡Solo es un estuche, venga!

Lo agarré y, sin mirar a ninguna, lo lancé de espaldas, esperando que alguna lo cogiera con las manos.

Para mi desgracia, lo lancé con más fuerza de la que pensaba y el objeto cayó directo contra el suelo, haciendo que varias miradas curiosas se giraran a ver.

—Pero ¿a ti que te pasa? —vociferó una de ellas.

—No era tan difícil... —murmuró cabreada otra.

Incapaz de leer más de dos líneas sin desconcentrarme, en cuanto regresó el profesor me acerqué directa hacia él.

—¿Puede pedirles que bajen el volumen de la voz, por favor? Estoy intentado estudiar, pero...

—¿Cómo se llama? —me interrumpió con expresión de hastío.

«Le da lo mismo quién sea, solo quiere que me vaya».

—Madison, soy Madison Wilson.

—Verá, Madison Wilson, como ya sabrá, yo no imparto clases de Literatura. Estoy aquí porque Margaret se encuentra indispuesta. Si necesita silencio, búsquelo en la biblioteca.

Lo miré atónita viendo cómo se dirigía hacia su asiento correspondiente, totalmente imperturbable, sin mirar atrás.

Lo seguí con una mano cerrada en un puño de rabia y desesperación.

—¿Puedo ir entonces?

El profesor me miró de arriba abajo, seguramente planteándose si merecía la pena malgastar su tiempo en mí.

«Imbécil».

—¿Perdone?

—Ha dicho que busque silencio en la biblioteca —dije—. ¿Eso significa que puedo ir?

El profesor me escudriñó con la mirada y dijo entre dientes:

—Haga lo que quiera, pero lárguese de mi clase.

Triunfante, volví a mi mesa para recoger mis cosas, cuando noté que tenía varias miradas sobre mí.

Ignoré cada una de ellas y mantuve la tenue sonrisa en los labios hasta que escuché lo que estaban murmurando.

—¿Qué está haciendo?

—¿Es que acaso se va?

—Si ella se va, yo también.

—Pero ¿quién se ha creído que es?

Las preguntas y especulaciones se seguían repitiendo mientras terminaba de recoger la libreta y los libros que tenía dispuestos sobre mi mesa.

Cargué con ellos con rapidez y aceleré el paso hasta alcanzar la puerta. Sin embargo, nada más salir del aula, varias reclamaciones empezaron a sonar en voz alta.

—¡Profesor, Maddie se ha ido!

—Venga ya, no puede irse de clase sin más.

—Será broma...

—Es una maldita...

Me alejé de allí todo lo rápida que pude, con un nudo en la garganta y las piernas temblorosas. Pero me fui de allí, y eso era lo que importaba.

***

Pasé lo que quedaba de la clase encerrada entre las páginas del libro de literatura, leyendo una y otra vez las mismas líneas, los mismos párrafos, los mismos títulos.

Seguía siendo incapaz de concentrarme, pero esta vez por motivos muy distintos.

Aunque no coincidía con las mismas chicas en todas mis clases, la mayoría me conocían bien y muchas de ellas me detestaban.

Algunas habían ido a los campamentos de verano; otras estaban en el club de lectura, y otras, en el de teatro. Probablemente, ellas no guardaban los mejores recuerdos de mí.

El último año del campamento me quedé completamente al margen de todo. No participaba, no me relacionaba con nadie y siempre quedaba como la chica que se escaqueaba para no hacer nada.

Me moría de ganas por jugar en todas las actividades, pero estaba vetada. Allí donde fuera no necesitaban a nadie más para sus grupos. O me temían por las cosas que iba difundiendo Amber. No lo tenía claro.

Y las chicas de los clubes... entendía por qué me odiaban.

Tal vez yo también lo haría.

Y luego estaba Amber, que, aunque pasaran los años, le seguía resultando gracioso verme fracasar una y otra vez.

«Y ahora Lizzy me veía igual que ellas».

Mi hermana también me detestaba.

Iba de camino a las taquillas cuando una lágrima rodó por mi mejilla sin previo aviso al pensar en Liz y en cómo todo se fue al garete.

La clase de Literatura ya se estaba vaciando, así que pasé la manga de mi chaqueta para limpiarme la cara todo lo rápido que pudiera antes de que cualquiera se diese cuenta.

Estaba de espaldas, dejando las cosas en mi taquilla, cuando noté la presencia de un grupo mirándome. Al girarme, Amber, Sophie y un par de chicas más de clase me miraban recelosas. Deduje que buscando explicaciones.

—¿Por qué tú has podido salir de clase y el resto no? —espetó una de golpe.

Sentí la garganta seca de repente. Ahí estaba otra vez. Retorcí mis manos con la mirada fija en ellas, pero sin tener la más mínima idea de qué responder.

—Porque... porque quería leer y no parabais de...

—¡No estábamos haciendo tanto ruido! —me rebatió Sophie, apoyando la causa de sus amigas.

—Nos has dejado fatal delante de toda la clase.

«¿Que yo qué?».

—Pero si yo no...

—Siempre tú la víctima, Maddie, el resto somos las malas, ¿no es así?

—Yo no he dicho...

—Te crees superior a todas, siempre lo has hecho.

—Es verdad —corroboró una de ellas.

—Eres una exagerada. Todo por un estuche...

Mis ojos se humedecieron sin remedio y esto enfureció mucho más a las chicas.

—¿Ya estás llorando? —inquirió Amber.

—Siempre lloras por todo. No te estamos diciendo nada.

Pero sí lo estaban haciendo.

—¿Vas a ir a quejarte al profesor también?

Para mí esas palabras eran aguijonazos sobre mi piel.

Di un par de pasos atrás intentando escapar de la situación, pero un brazo me sostuvo.

Las largas uñas de Amber se me clavaron en la piel como alfileres.

—¿También reaccionaste así cuando viste la nota en tu taquilla? —me preguntó, dejándome descolocada.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes perfectamente de lo que hablo.
No podía ser cierto. Tenía que ser otra broma del universo.

24

Nos vemos pronto, Maddie

Maddie

Aquella nota:

NOS VEMOS PRONTO, MADDIE.
AARON

¿Cómo no lo había pensado antes?

—Fuiste tú —susurré con asombro.

Claro que había sido ella, ahora todo cobraba sentido.

Solo quería asustarme. Ella sabía que mi cerebro no descansaría a causa de ese papelito en mi taquilla.

El primer día del curso, cuando la escuché hablando con Sophie sobre Aaron... diciendo que volvería a estudiar allí.

«—Me he enterado esta mañana, desde luego no sé qué pretende, es ridículo que vuelva».

«Pobre Maddie, después de lo que le hizo».

Pues claro que era mentira.

Una dichosa mentira.

—Te sorprenderías.

Tras susurrarme aquellas palabras se marchó, y yo me quedé parada en medio del pasillo, pensando por qué a estas alturas seguía cayendo en todas las trampas. Tropezando con la misma piedra una y otra vez.

Mi padre se equivocaba; no le agradecía en absoluto sus enseñanzas de mierda, solo me habían vuelto débil y resignada.

***

Tras terminar mi última clase me marchaba a casa cuando, inconscientemente, me paré frente a un cartel en el tablón de anuncios.

Este estaba prácticamente vacío, por lo que ese panfleto llamó mi atención.

Era de color rojo y brillaba a kilómetros de distancia.

Un recordatorio de que las plazas para apuntarse al club de lectura y escritura seguían abiertas...

No sé qué se me pasó por la mente en aquel momento, pero cogí el cartelito mirando en todas las direcciones, asegurándome de que nadie me viera. Lo arrugué con todas mis fuerzas.

Lo hice una bola y lo encesté en la papelera más cercana.

Puede que no fuera ni lo más sensato ni lo más maduro por mi parte, pero fue un impulso, y llevaba toda mi vida frenando esos arranques de energía.

—¿Por qué narices has hecho eso?

«No. Puede. Ser».

Eso de mirar a todos lados para comprobar que no había nadie que me viera se me daba de pena al parecer.

Me giré sobre mis talones, seguramente con la cara ardiendo de vergüenza, y me encontré con la mirada confusa de Ruby.

—¿Hacer qué?

Me hice la despistada y casi fue más ridículo que admitir lo que había hecho. Estaba claro que me había pillado.

Ruby arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—Maddie, te he visto —dijo—. Esos carteles los han hecho los chicos del club, ¿sabes? Llevan su trabajo y su...

—Lo sé, lo siento —la interrumpí para dejar la conversación de una vez y poder salir de ahí lo antes posible.

Me encaminé de nuevo hacia la salida, pero su voz resonó por el silencioso pasillo.

—¿Por qué lo has hecho? —repitió la pregunta, esta vez con un deje de tristeza que no me gustó en absoluto.

Todavía de espaldas a ella, sonreí con la mayor amargura que me cabía en el cuerpo.

Ni yo misma sabía por qué lo había hecho, solo sabía que cuando el año pasado vi ese mismo cartel...

Era una persona completamente distinta.

En aquel entonces no sabía que ese estúpido panfleto me iba a llevar a estar tan sumamente sola.

Así que, en cuanto lo vi, solo quise que no se repitiera la misma historia.

25

Un cartel rojo brillante



Maddie. Hace un año

Llevábamos un mes y medio de clases, y Aaron seguía con la mirada perdida desde aquel día en el que nos escabullimos a por un par de helados. Pero cada vez que le insistía en que me contara qué le ocurría, cambiaba de tema o lo dejaba pasar.

Estaba cansada de su actitud indiferente, así que, en cuanto lo pillé con la guardia baja, lo acorralé.

—¿Me vas a decir de una puñetera vez qué te pasa?

Estábamos caminando por los pasillos, directos a nuestra próxima clase, cuando me dio el venazo. Aaron me sacaba varios centímetros de altura, pero eso no me impidió darle un pequeño golpecito en el hombro para que me mirara.

Hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Te lo he dicho un millón de veces, Wilson...

—Me da lo mismo las veces que me quieras mentir, quiero la verdad.

Pocas veces me sentía con la valentía y la fuerza de ser tan directa, pero es que sabía que algo no estaba bien. Y pensaba llegar hasta el fondo del asunto.

—Solo estoy cansado. —Me sonrió de medio lado en un intento de sonar conciliador, pero yo estaba harta.

Harta de sus respuestas vacías y de que me siguiera mintiendo a la cara.

—¡Y una mierda! —le grité enfadada.

Salí escopetada de allí sin mirarlo y fui directa a mi próxima clase.

—Maddie, espera... —escuché que decía a lo lejos, pero yo ya me había ido.

Lo ignoré el resto de la mañana.

Cuando llegó el momento de regresar a casa, me dirigí hacia la salida para buscar a mi hermana, pero una mano segura y firme me sostuvo el hombro.

Carraspeó a mis espaldas.

Suspiré con cansancio porque reconocería aquella voz ronca entre miles. Cuando me giré abrí los ojos como platos, sorprendida por lo que llevaba en sus manos.

—Mira lo que he encontrado.

Ondeó delante de mi cara un papelito.

—No puede ser.

Aaron sonrió de verdad por primera vez desde hacía mucho tiempo al ver mi expresión. Yo empecé a dar saltitos de emoción como una auténtica cría.

¿Y a quién le importaba?

Ante mí tenía un cartelito rojo que destelleaba. Todo el mundo sabía que a principios de curso se abrían las puertas de los clubes. Muchos se apuntaban a otras actividades, la mayoría a algún club de deporte, pero yo...

Durante mucho tiempo creí que no encajaba en ningún sitio.

Pero una parte de mí sentía que ese podía ser mi lugar.

Aaron llevaba todo el verano insistiendo en que sería el lugar perfecto para mí. Casi había disipado todas mis dudas y preocupaciones.

Así que claro que estaba emocionada, estaba eufórica.

—Dámelo ahora mismo —le exigí.

Antes de que pudiera alcanzarlo, él levantó el brazo con el panfleto en mano y se apoyó de lado sobre una de las taquillas del corredor.

«Esa maldita sonrisa te la voy a borrar de un guantazo, Miller».

—¿Qué se dice?

«Será idiota».

Fijé mi mirada con un deje de desafío en su rostro. Me puse de puntillas hasta llegar casi a su altura, a unos pocos centímetros de su cara, y lo miré directamente a los ojos.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad que sí?

Se distrajo por un microsegundo y yo aproveché mi oportunidad.

Le arranqué el papel de entre los dedos y lo celebré triunfante; después de aquel momento no dudé en que estaría en el club como fuera.

Al poco tiempo, el equipo directivo del instituto anunció un *show* de talentos para el festival de Navidad que se organizaba todos los años, y que se celebraría en el auditorio.

Teníamos unas cuantas semanas, específicamente hasta las propias Navidades, para preparar nuestra actuación si queríamos participar. Era opcional, pero ¿a quién no le apetecía demostrar sus talentos?

El club estuvo de acuerdo en que sería una gran oportunidad de demostrar lo que nos gustaba realmente, y de paso nos podíamos

aliar con el resto de los clubes para preparar una representación conjunta.

Nos decidimos a hacer un guion sobre una reinterpretación actual de *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare, ya que era una obra que habíamos leído. Todo el mundo la conocía y al club de teatro le pareció perfecto.

En un instituto tan grande se acababan por formar pandillas para todos los gustos, al parecer.

Varias de mis compañeras del club de lectura se encargaron del guion, el resto echó una mano a los que hacían el vestuario y los decorados. Cada uno tenía una tarea importante para que todo saliera perfecto.

Todos tenían un papel, menos yo.

—Ey, Ruby.

Acababa de entrar en una sala llena de decorados y accesorios que estaba junto al escenario del auditorio, donde sabía que estaría Ruby, trajinando con todos los preparativos.

Cada vez se acercaba más el día de la actuación, y yo seguía perdida.

—Dime, Maddie —dijo ella distraída revisando un montoncito de apuntes que había hecho.

Como no era de extrañar, Ruby Campbell se encargaba de organizarlo todo, pero, por alguna extraña razón, no me había dado ninguna tarea a mí.

En todos los momentos que dedicaban a la obra, yo me quedaba revisando los guiones y leyéndolos una y otra vez. Probablemente me los supiera de memoria.

—Quedan pocos días para el festival, y yo... yo siento que todavía no he aportado nada.

En el tiempo que conocía a Ruby sentía que habíamos formado una especie de amistad, pero en aquel momento temía muchísimo lo que me pudiera decir.

—Ya. Verás, Maddie, es que... para serte sincera. —Hizo una pausa buscando las palabras correctas—. No sabía muy bien qué encargarte que hicieras.

Con todo el descaro del mundo, se encogió de hombros y siguió con lo que fuera que estaba haciendo.

Me quedé sin palabras.

Me esperaba cualquier cosa menos eso, pero acepté que quizá no destacaba lo suficiente en nada.

Antes de que pudiera marcharme decepcionada, un grupo de alumnos entraron en avalancha en la sala.

—Ruby, tenemos un problema —dijo sin apenas respiración una de las chicas.

Esta frase hizo que la aludida mostrara un repentino interés. Los problemas eran cosa de Campbell.

—¿Y ahora qué pasa?

Los miembros del grupo que había venido para hablar con Ruby se miraron de soslayo, temiendo cualquier reacción.

—Ashley se ha tropezado con un foco y se ha caído.

Se hizo el silencio absoluto y Ruby apenas pestañeó cuando preguntó:

—¿Y cuál es el problema?

—Por lo que se ve, se ha torcido el tobillo, parece... grave, puede que de segundo grado —dijo un chico, suspirando con pesar.

Ashley, la protagonista principal de la obra. Sin ella, no tenían nada. Aquello era un completo desastre.

Me fijé en Ruby. Uno de sus párpados comenzó a temblar en una especie de tic nervioso.

«Estamos jodidos».

Parece que algo hizo clic en la cabeza de una de las chicas que había venido a avisar del accidente, juraría que se llamaba Kamilla.

Me miró directamente, analizando mi cara, y yo estuve a punto de ponerme roja de vergüenza.

«¿Qué le pasa? ¿Tengo algo en la cara?».

—¿Y tú, Maddie? —preguntó finalmente la chica.

Se miraron entre todos claramente confundidos.

Yo la primera.

—Sé que te sabes los guiones de memoria, te he visto mover los labios para decir las frases cuando actúan y por lo que sé no tienes otra tarea ahora mismo.

«Pillada».

Me quedé sin palabras y miré directamente a Ruby, que se encontraba igual de sorprendida que yo.

«¿No estará pensando...?».

«No».

—No, no. Olvidaos, no pienso hacerlo —me negué en rotundo.

—Kami tiene razón. No hay tiempo para buscar una sustituta que se aprenda los guiones. No tenemos tanta gente dispuesta a hacerlo —dijo un chico.

Me quedé parada en el sitio, completamente sin palabras.

¿Querían que yo hiciera el papel de Ashley? Yo no sabía actuar; yo no sabía hacer, literalmente, nada.

Había ido hasta allí a por una tarea sencilla que poder hacer. Algo para ayudar... Lo último que me esperaba era aquello.

—Bueno..., ¿qué te parece la idea? —preguntó entonces Ruby, sacándome del trance en el que estaba.

Sabía que a ella la había pillado por sorpresa y, a juzgar por su expresión, tampoco la entusiasmaba la idea. Pero sus dedos, que se

retorcían con nerviosismo, me dejaron claro que yo era una opción.

Por primera vez era la mejor opción.

Estaba a punto de marcharme cabizbaja, como siempre. Pero ahora tenía la oportunidad de ocupar un papel importante en una obra que me encantaba.

¿Por qué no? ¿Por qué no intentarlo?

«Porque lo tuyo no es actuar».

«Porque tienes pánico escénico».

«Porque tú lees la obra en tu cabeza, no en voz alta, Maddie, por favor».

Pero, por primera vez en mi vida, me estaban dando la oportunidad de ser la protagonista y, sinceramente, ¿a quién no le gusta sentirse importante alguna vez?

«Cuando Lizzy se entere se va a reír durante meses».

Dejé a un lado todos los pensamientos negativos.

—Está bien, lo haré.

26

Un cambio repentino



Maddie

Llevaba varios días distraída, pensando en la expresión de sorpresa de Ruby cuando rompí aquel cartel rojo.

Me ardía la cara de vergüenza cada vez que recordaba el momento en el que acepté el estúpido papel de esa maldita obra.

Pero supongo que nadie tuvo la culpa.

Nadie tuvo la culpa de que yo aceptara un papel que no me correspondía.

Estaba de camino a casa tras las clases.

Ahora que Liz no se venía conmigo desde el día de la fiesta de los mellizos, volvía completamente sola.

Para mi propia sorpresa, me encontré a mí misma cambiando la ruta para ir a casa.

Normalmente, subía por la avenida principal del barrio para evitar la tediosa cuesta que llevaba directa a la calle de los Miller, pero que también era la más cercana a mi casa.

Sin embargo, aquel día pensé que seguía huyendo.

Y estaba harta de huir.

Hacía el camino más largo no para evitar la empinada colina, sino porque huía de la gente. De todos los que me conocían y me recordaban.

Agarré las correas de mi mochila y, justo cuando empecé a subir la odiosa cuesta, una voz conocida sonó a mi lado.

—¿Maddie? —Abrió los ojos cuando me reconoció y estuve a punto de ver un destello de ilusión en ellos—. ¿Desde cuándo vienes por aquí?

Miré de reojo la cara de Aaron y me encogí de hombros.

—¿Desde cuándo es tuya la calle, Miller?

No quise mirarle de frente, pero supe que una sonrisa divertida se le escapó de entre los dientes.

Esto es lo que llevaba evitando tantos meses el curso anterior. Y ahora aquí estaba, enfrentándome a él.

No a Aaron.

Sino al miedo.

—Es solo que hacía mucho tiempo que no te veía por aquí. —Se encogió de hombros.

Me giré un poco para mirarlo.

Me fijé en sus vaqueros desgastados, con roces por todos lados, que supuse que sería por ir en la bici. Aunque ese día iba andando.

Llevaba una sudadera con capucha, porque el frío se comenzaba a colar peligrosamente por las calles, y el pelo castaño alborotado.

Como siempre.

«Hay cosas que nunca cambian».

—Pues hoy quería venir por esta calle. —Volví mi cabeza al frente y seguí caminando—. Si tienes algún problema, a la hoja de reclamaciones.

Se volvió un segundo para mirarme y sonrió de medio lado.

Quise fingir lo contrario, pero en mi interior sabía que aquellas sonrisas hacían que se resquebrajara un pelín de nada la barrera de hielo que tenía dentro de mí.

Una barrera que tenía que recordar que había levantado él.

Pero a veces se me olvidaba.

Se me olvidaba que las personas que más queremos son las que tienen más poder para destruirnos.

—Pásate por la cafetería y la rellenaré.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que me quedé en blanco ante sus palabras.

—¿Rellenar qué?

—Has dicho que mis quejas, a la hoja de reclamaciones —respondió con picardía—. Puedes pasarte siempre que quieras por la cafetería y rellenaré esa hoja encantado.

—No sé si es buena idea...

—A Kath le caíste muy bien, le gusta la gente que disfruta tanto de sus dulces.

Sonreí ante esa afirmación. Katherine, la dueña del local, había sido muy simpática la tarde de lluvia que me quedé allí encerrada. No me esperaba que me recordara.

«Yo sí recordaba sus postres».

—¿En serio?

—En serio, ¿qué? —preguntó intrigado.

—¿En serio le caí bien?

Aaron pareció sorprendido por mi pregunta.

—Me extrañaría mucho que no hubiera sido así.

Se me encogió el pecho y me estremecí ante sus palabras. A veces me sentía tan sola que dudaba de que alguien pudiese disfrutar de mi compañía.

Terminamos de subir la cuesta en silencio.

Era un silencio extraño que esperaba que se volviera incómodo, pero lo único que hizo Aaron fue mantenerse a mi lado, callado porque sabía que yo no tenía nada que decir, pero él lo estaba diciendo todo al quedarse ahí.

No se fue.

Y casi se me saltaron las lágrimas al pensar que después de tanto tiempo no se había ido.

Nos quedamos los dos quietos cuando llegamos al punto en el que se separaban nuestros caminos. Yo me marchaba por la derecha para ir a mi casa y él tenía que seguir recto.

—Ven esta tarde —propuso de repente.

Me planteé la posibilidad de volver a la cafetería, aunque solo fuera para probar de nuevo los pasteles y alguna bebida, pero no sabía si sería buena idea.

«Seguro que sí, Maddie. Seguro que es por eso».

¿Y si todo se volvía a desmoronar antes siquiera de poder reconstruirlo?

—No lo sé, Aaron.

—Tú solo piénsalo, ¿vale? —insistió por alguna razón.

No entendía por qué quería verme ahora de nuevo. Qué le había hecho querer mirarme a la cara y no salir corriendo.

¿Qué le había hecho cambiar de opinión?

Supongo que los dos lo habíamos hecho.

Antes de que pudiera continuar mi camino escuché que decía:

—Ven siempre que quieras por aquí, acosadora.

Y volvió a mostrar esa dichosa sonrisa.

27

El trastero de los recuerdos



Maddie

No me presenté aquella tarde en la cafetería.

Había pasado exactamente una semana desde que me crucé con Aaron y me invitó a volver a la cafetería de Kath donde ahora trabajaba.

Llevaba los siete días de la semana debatiéndome entre si ir o no.

Hasta ahora.

Me vestí con unos vaqueros anchos que eran cómodos y los conjunté con un jersey granate porque el tiempo era cada vez más frío. Cuando me miré al espejo, decidí soltarme la larga trenza en la que siempre recogía mis mechones platinos.

Mi pelo ondulado era una de mis partes favoritas, pero siempre lo llevaba sujeto y aquel día pensé que era la excusa perfecta para dejarme llevar y soltarlo.

Puede que las cosas estuvieran mejorando por fin.

Bajé las escaleras de casa dispuesta a irme antes de que me arrepintiera, hasta que escuché la voz de Lizzy.

«Dios me libre».

—¿A dónde vas? —preguntó sin maldad, solo por genuina curiosidad.

Estaba sentada sobre uno de los taburetes de la isla de la cocina, mientras revisaba su teléfono móvil y se comía una manzana distraída.

«Parece inofensiva».

—Voy a dar una vuelta —respondí, sin intención de que la conversación fuera a más.

—Hace mucho tiempo que no te veo salir por las tardes.

Se ve que hacía mucho que no hacía muchas cosas.

Aaron me dijo prácticamente lo mismo y estaba empezando a pensar que me había encerrado demasiado en casa.

O en mí misma.

Al ver que no decía nada más, continuó hablando:

—Y ¿con quién vas? ¿Has conocido a alguien que yo no sepa? —preguntó divertida.

Si le dijera la verdad, sin duda, le cambiaría la expresión.

Solo podía recordar que Liz rompió la última carta que recibí de Aaron y seguía sin adivinar por qué lo había hecho.

Así que mejor si no le daba mucha información, solo por si acaso.

La conocía lo suficiente como para saber que siempre haría lo que estuviera en su mano para salirse con la suya.

—Con viejos amigos del instituto —mentí, pero no era una mentira del todo.

Realmente, Aaron había sido la amistad más auténtica que había tenido jamás.

Comencé a retorcerme los dedos con nerviosismo.

Liz me miró y arqueó una ceja. Era consciente de que seguramente le estuviera mintiendo, pero no insistió.

—Pues pásatelo bien con tus viejos amigos —puntualizó las últimas palabras. Cuando ya estaba por alcanzar el pomo de la puerta, volvió a hablar para dejarme totalmente petrificada—. Por cierto, he visto que has bajado la caja de las cartas al trastero. Haces bien.

«Al trastero».

Esa es la palabra que utilizó para referirse a la pequeña habitación que usábamos para guardar cosas antiguas, en su mayoría de mamá.

Cuando ella falleció, Lizzy era bastante pequeña, pero yo también lo era y la recordaba como un rayo de luz. Parecía una mujer increíble, al menos por lo que podía recordar. Papá no se había molestado en que su presencia siguiera ahí, importando, para nosotras.

No la mencionaba jamás, y Liz tampoco.

No sé qué pudo llevarla hasta allí, pero al pensar en que había visto mis cartas, me atemoricé un poco.

No quería pensar mal de Liz, pero constantemente me daba razones que me hacían desconfiar de ella.

Muchos la odiarían por su comportamiento, a veces infantil y desmedido, pero no dejaba de ser mi hermana, y la protegería con mi alma.

—Como ya te dije, yo las habría tirado a la basura, pero que las hayas sacado de tu habitación es un gran paso —continuó diciendo —. Lo mejor... Lo mejor es que no lo vuelvas a ver nunca, Maddie.

«Que no lo vuelva a ver a él. A Aaron».

«Pero ¿por qué?».

Me extrañó su manera de implicarse en si veía o no a mi amigo de la infancia. Pensé que quizá le molestaba que volviera a salir de casa como antes, pero había algo extraño en su manera de decirlo.

Casi como si pareciera preocupada.

No le quise dar más vueltas al asunto y, sin más distracciones, abrí la puerta de casa y salí.

28

La mesita del fondo



Maddie

Llegué a la cafetería de Katherine en tiempo récord y me sorprendí al ver que rebosaba gente por todos los lados.

Literalmente.

El local estaba lleno, no quedaba un solo hueco en el establecimiento.

Nada más entrar, la campanilla sobre la puerta tintineó. Mis ojos se fueron directamente a la chica pelirroja que se movía de un lado a otro sin cesar.

Sonreí para mis adentros al ver a Kath atendiendo a un grupo de adolescentes. Se notaba que le estaban agotando la paciencia, pero ella resistía la tentación de largarse de allí.

«Yo lo habría hecho, desde luego».

«Lo de largarme».

Avancé a tientas por el interior, y vi a lo lejos la mesita en la que me había sentado la última vez.

Estaba vacía.

—Has venido.

Una voz a mi espalda me sobresaltó, y di un bote de lo más ridículo.

Levanté el mentón. Ante mí estaba Aaron con su delantal rosa, los mechones castaños apuntando en todas las direcciones y unas mejillas sonrosadas por el esfuerzo del trabajo. Llevaba una libreta en la mano para tomar los pedidos.

Su pecho se agitaba, y se notaba que estaba ocupado, pero tuvo la molestia de pararse a observarme detenidamente.

—Solo he venido por los dulces de Kath, no te emociones —dije con una amplia sonrisa socarrona, sin mostrar los dientes.

Aaron me devolvió la sonrisa y se marchó a atender una mesa.

Yo me quedé quieta un momento, asimilando tantas cosas que creí que me reventaría la cabeza.

«¡He venido!».

«Realmente lo he hecho».

Seguía mirando a Aaron con un dolor agudo en el pecho, pero era como si estuviera disminuyendo. Como si el recuerdo del año pasado hubiera dejado de existir, aunque seguía ahí. Las heridas seguían ahí.

Tal vez solo fingía que ya estaba todo bien.

Me dolía tanto estar sola que realmente hubiera perdonado lo que fuera con tal de dejar de sentirme así.

Miré a mi alrededor y vi que Kath estaba leyendo en su pequeña libreta lo que tuviera apuntado. Me acerqué a ella, confiando en las palabras del otro día de Aaron.

«A Kath le caíste muy bien, le gusta la gente que disfruta tanto de sus dulces».

Di unos cuantos pasos y, cuando llegué a su altura, balbuceé un simple:

—Hola.

Kath se giró al escuchar mi voz y abrió los ojos como platos. Casi me pareció ver en su expresión que estaba... ¿aliviada? Sonrió al verme, más de lo que hubiera esperado.

—¡Maddie! Me alegro mucho de verte. —Dejó a un lado su libreta y me dio un pequeño abrazo que le devolví con el corazón encogido.

Hacía tiempo que nadie me abrazaba así.

Hacía tiempo que nadie me abrazaba.

«Hacía tiempo. Hacía tiempo».

—Tenía muchísimas ganas de probar de nuevo lo que sea que hagas en esa cocina —manifesté, y eso le arrancó una risita.

—He visto que la mesita del fondo sigue vacía —señalé—. ¿Está reservada?

Ella inclinó la cabeza para ver la mesa a la que me refería. En la que estuve sentada la vez que vine.

—Sí, cariño. Sí que está reservada.

Me sentí un pelín decepcionada al comprobar que no quedaban sitios libres y me estrujé los dedos de las manos con inquietud.

—Vaya, pues si no hay sitio, no pasa nada, siempre puedo volver otro día...

—No, no. No lo has entendido bien —respondió Katherine, y un hilillo invisible tiró de la comisura de sus labios.

Al ver mi expresión de estar más perdida que en un laberinto, ella señaló de nuevo la mesa y dijo:

—La mesa es toda tuya.

—No acababas de decir que...

«Ah».

«Está reservada... ¿para mí?».

Antes de que me diera tiempo a responder, Kath me lanzó un pequeño guiño.

—Joder, realmente tenía razón. Sabía que vendrías.

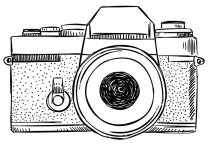
Se marchó al interior de la cocina y yo me quedé pasmada, con la cara roja de vergüenza y con una sensación indescriptible en mi interior.

Con las mejillas ardiendo, fui directa a la mesa donde se encontraban colgadas las fotografías de Aaron, y, por primera vez en mucho tiempo, sonreí enseñando todos los dientes.

Esta vez, fue una sonrisa de verdad.

29

Vendrá



Aaron. Hace siete días

La había vuelto a ver.

Por alguna razón, Maddie había vuelto a pasar por la calle por la que antes iba siempre. Cuando vi aquella trenza rubia platina, supe que no desperdiciaría mi oportunidad.

Mi oportunidad de volver a verla.

Porque ya me había cansado de huir.

Ally me seguía repitiendo constantemente que me olvidara de su existencia, como si nunca hubiera estado.

Decía que era lo mejor. ¿Lo mejor para quién?

Llevaba meses sintiéndome como el peor ser que hubiera creado el universo, y, si tenía la oportunidad de cambiar eso, si tenía la oportunidad de hacerla reír de nuevo, lo haría ahora y en un millón de ocasiones más.

—¿Estás seguro de que va a venir? —Kath estaba a mi lado tras la barra, con una mueca de auténtica lástima al ver a través de la ventana como el sol se iba escondiendo.

Los clientes cada vez eran más recurrentes y, a pesar de la cantidad de trabajo que teníamos últimamente, cada vez que había sonado esa campanilla me había ido directo a comprobar quién era.

Pero ni una sola vez era ella.

—Estoy seguro de que vendrá —dije, pero mi voz sonó de todo menos convincente.

Cuando la hora del cierre llegó, Katherine me miró con la esperanza bordada en sus ojos.

—Quizá viene otro día.

Sonreí para mis adentros.

Conocía a Wilson mejor que nadie. Acabaría por venir.

—Hazme caso, Kath... —La miré directamente a los ojos—. Vendrá.

Hace seis días

—¿Hoy tampoco ha habido suerte?

Negué con la cabeza y ella apoyó una mano sobre mi hombro.

—Eres un buen chico, confío en que algún día se presentará.

—Créeme, yo también, Kath.

Hace cinco días

—Puede que esté enferma —comentó.

—Puede ser.

—Aunque lo dudo.

—Sí, yo también lo dudo.

Pensé una nueva idea para excusar que aquel día tampoco hubiera venido.

—Tal vez... tenía que estudiar.

—Esa excusa es mala hasta para ti, Miller.

Mi risa llenó el espacio en silencio, ya que de nuevo era la hora del cierre, y ella tenía toda la razón.

Hace cuatro días

—Otro día será.

—Sí, supongo que otro día será.

Hace tres días

—¿Y si hacemos un calendario? —preguntó Kath mientras fregaba un batido de fresa que una clienta había derramado en el suelo.

—Un calendario, ¿para qué?

—Para ir contando los días que no viene.

—Eres lo peor.

—También soy tu jefa.

—Es decir, que eres todavía peor.

Me maldijo en unos cinco idiomas diferentes y siguió con su tarea.

«Vendrá».

«Sé que algún día vendrá».

Hace dos días

—¿Y no la has vuelto a ver?

—No —respondí mirando fijamente la bandeja de pasteles de crema que tenía ante mí—. Vino aquel día por la cuesta de camino a mi casa y desde entonces no ha vuelto a pasar por ahí.

—A lo mejor no quiere verte.

Agaché la cabeza. Por primera vez en estos días me daba cuenta de que quizá ella no quisiera verme, y sería completamente lógico.

—Ey, estaba bromeando —me dijo para intentar animarme—. Cuando menos te lo esperes, aquí estará.

Levanté la mirada.

—Confío en ella.

«Siempre lo he hecho».

Hace un día

Abríamos todos los malditos días de la semana.

Era viernes y, como esperábamos, tampoco fue ese día.

—Vamos a guardar esa mesita. —Señalé el lugar en el que se había sentado Maddie el día de la lluvia torrencial.

Era el mejor rincón de todo el local.

Tenía una gran cristalera con buenas vistas a la calle y había mucha luz.

Si Madison Wilson venía, sin duda lo haría acompañada de un buen libro, así que ese rincón era perfecto.

—¿Y eso?

—Cuando venga Maddie y vea que está su mesa favorita libre, no dudará en quedarse.

—No sé si eso tiene mucho sentido, pero me fío de ti.

—Haces bien.

Con una sonrisa en sus labios, Kath negó con la cabeza.

—Lo dudo —me dijo.

30

Unos rizos interminables



Maddie

Estaba disfrutando de lo que me había servido Katherine hacía unos momentos, cuando la campanilla sobre la puerta sonó de nuevo.

Llevaba un buen rato sola, disfrutando de mi propia compañía, en el momento en el que ese sonido me sobresaltó.

«Eso de disfrutar de mi propia compañía es un poco falso».

A pesar de la vergüenza que me pudiera provocar, antes de salir de mi habitación había cogido una novela de misterio para disfrutar un rato leyendo. Necesitaba saber con urgencia quién era el asesino.

Los libros se acumulaban en mis estanterías, pero parecía que llevara siglos sin leer alguno de ellos.

Vi esta salida como la oportunidad perfecta.

Hasta que ella entró por la puerta.

Dejé mi libro sobre la mesa de cristal y observé como Ally, la amiga de Aaron, iba directa a saludarlo.

Él estaba pasando una bayeta sobre la encimera de la caja registradora, cuando ella se le abalanzó por la espalda.

Hice una mueca, extrañada, y fingí que seguía centrada en mi lectura.

—¿Ally? ¿A qué has venido? —escuché que le preguntó Aaron desconcertado.

—¿Qué pasa? ¿No puedo venir al trabajo de mi amigo a verlo? —contraatacó ella con un tono pícaro.

Aun así, percibí en su voz un pequeño deje de dolor. Lo disimuló bien, pero yo estaba acostumbrada y no me resultaba difícil detectar algo así.

El silencio se instauró entre ellos por unos segundos. Al levantar la cabeza, me topé con la mirada de Aaron.

Desde su posición, a unos metros de distancia de mí, apenas podía escuchar lo que decían. Pero esos destellos azules de sus ojos, los vería a kilómetros.

Ella le chasqueó los dedos frente a su cara para que apartara la mirada de mí y yo agaché la cabeza de nuevo con rapidez al ver que ella se volteaba a mirar en mi dirección.

No pude ver su expresión, pero se quedó callada un momento y luego hizo un intento en vano por susurrarle algo.

«En vano, porque más bien lo gritó todo».

—No me lo puedo creer —dijo con exasperación.

Casi pude notar cómo se colocaba los dedos de las manos en el puente de la nariz.

—¿Qué hace ella aquí? —cuestionó con un tono que distaba mucho de parecerse al de la chica que conocí el día que descarriló

con la bicicleta—. ¿Sabe acaso que tú trabajas aquí? Pero qué digo, pues claro que lo sabe.

—¿Y qué pasa?

—Ya te dije que te alejaras de ella, no te merece la pena malgastar tu tiempo de esta manera.

Miré de reojo y vi cómo le apuntaba al pecho con un dedo, como si le estuviera recriminando algo.

—No tengo por qué hacer siempre lo que tú me digas, Ally —se quejó Aaron.

—Esto es increíble, por eso estabas estos días tan raro en clase. —Hizo una pausa para negar con la cabeza—. Todo por ella.

En aquel momento, mi instinto me dijo que agarrara mis cosas y me largara de la cafetería, pero esa chica estaba hablando de mí. Estaba molesta porque yo estaba allí, y yo ya estaba harta de irme por miedo a lo que otros pudieran decir.

Toleraba muchas cosas todos los malditos días.

Toleraba toda la mierda que decían mis compañeros en clase, todas las cosas que criticaba mi hermana sobre mí, todo lo que para mi padre hacía siempre mal.

Y estaba tan sumamente harta que coloqué mi marcapáginas entre las hojas del libro y lo dejé sobre el frío cristal.

Me levanté sin dejar de mirarlos y, cuando Ally por fin se giró y me vio acerándome, abrió los ojos por la sorpresa.

No me fijé en Aaron ni en su expresión, solo en ella.

—Hola, Ally —la saludé.

Fue un saludo normal, sin ninguna intención oculta, solamente la de que supiera que no me iba a quedar sentada mientras ella se indignaba por mi presencia.

Ally se quedó sin palabras, y miré a Aaron, que parecía que había visto un fantasma.

Un segundo después, pestañeó, y su expresión se volvió extrañamente graciosa. Arqueó una ceja con duda en la mirada, pero curiosamente intrigado y divertido por mi inesperada entrada.

—¿Ya os conocéis? —preguntó mirándonos a ambas.

Antes de darle a Ally la satisfacción de responder, lo hice yo misma.

—Sí —respondí—. Un día tuvo un pequeño accidente con tu bicicleta, se descarriló y acabó en el arbusto del jardín de los Dawson. Yo pasaba por ahí cuando sucedió, pero imagino que ya lo sabías, ¿no?

Aaron miró directamente a Ally, que parecía haberse vuelto muy pequeña de repente y palidecía por momentos.

—No, la verdad es que no tenía ni la menor idea.

—Yo... no te dije nada porque... —balbuceó ella.

—De hecho, me dijiste que la cadena de la bicicleta se había soltado y, por mi culpa, habías acabado en el suelo, ¿no es así?

Los miré a los dos expectante. No esperaba desencadenar una discusión.

«Venga ya, lo estás disfrutando».

—Vamos, Aaron, no exageres, tampoco fue para tanto —respondió ella, quitándole peso al asunto.

—Esa bicicleta es importante para mí, no vuelvas a mentirme, Ally.

La bicicleta, pues claro.

No lo recordaba.

Se la regaló su madre hacía varios años. Ella la compró más grande para que Aaron la pudiera disfrutar cuando fuera más mayor.

Recuerdo el esfuerzo que le supuso a la señora Miller poder comprarla. Tuvo que echar varias horas extra en la floristería para poder hacerle ese regalo de cumpleaños a su hijo.

A veces la situación económica de su familia podía llegar a ser difícil, pero siempre encontraban la forma de resolver las adversidades que les pusiera la vida en el camino.

Y ahí fue cuando Ally comprendió todo.

Cuando tuvo que agachar los hombros y darse por vencida.

—Lo siento... tienes razón. Debí decirte lo que pasó realmente —susurró—. Maddie me ayudó a llegar hasta tu casa. Sin su ayuda..., habría sido prácticamente imposible.

Sus palabras salieron entrecortadas y se notaba el esfuerzo interno que estaba haciendo por decir todo aquello. Supongo que no lo sentía tanto como decía.

Fueran sus disculpas sinceras o no, seguía sin creerme que aquella era la misma chica con la que me había cruzado aquel día. Era completamente distinta, como si con la presencia de él cambiara.

—No pasa nada. Solamente lleva más cuidado la próxima vez... —le advirtió Aaron.

Las disculpas pobres de Ally lo habían convencido, pero a mí me daba igual las veces que tratara de disculparse. Sabía que seguramente fueran todas falsas.

Tras esto, regresé a la mesa donde tenía mis cosas y comencé a guardarlas todas.

—Maddie, ¿te vas ya? Si apenas llevas aquí un rato —me dijo Aaron, que vino tras de mí en cuanto me alejé de ellos.

A lo lejos, pude ver a Ally con el ceño fruncido apoyada sobre la barra. Parecía... perdida en sus pensamientos.

Fijé mi vista en Aaron, que daba la impresión de estar decepcionado.

—Sí, creo que ya se está haciendo tarde.

Pero el sol todavía ni había comenzado a esconderse y Aaron sabía que solo era una estúpida excusa. Que solo estaba deseando

salir de allí.

—Si es por lo que ha pasado con Ally, si has escuchado algo...

—No. No es por nada, solamente estoy cansada.

«Solo estoy cansado».

Eso era lo que él me repetía constantemente cuando le pedía que hablara conmigo. Ahora era yo la que estaba cansada.

—Sé que puede llegar a ser un poco... maniática, le gusta controlarlo todo. Pero no lo hace con mala intención, solamente está preocupada.

«¿Será coña?».

—¿Preocupada? ¿Realmente la preocupa tanto que esté aquí? —pregunté con frialdad y dejé de recoger la mesa. Me detuve para mirarlo directamente—. ¿Por qué?

Podía ver cómo se autoconvencía de sus propias palabras. Cómo trataba de darles un sentido.

Cómo se autoengañaba.

—Por favor, Aaron, si realmente no querías que viniera, no hacía falta que me dijeras que me acercara —declaré—. Si te daba pena verme sola por la calle, esta, definitivamente, no era la solución. Tu amiga ha dejado más que claro que está deseando que me largue de aquí.

—Eso no es cierto —sentenció con voz grave.

—Sí, sí lo es, joder. Solo hay que ver cómo me mira —contesté señalando a Ally—. Deja de mentir de una maldita vez.

—Lo que no es cierto es que no quisiera que vinieras, Maddie. —Se detuvo un segundo para suspirar antes de continuar hablando—. Llevaba toda la jodida semana esperando recibir una sola noticia de ti. Si no me crees, pregúntale a Kath.

Desvié mi mirada y busqué a Katherine a tientas. La vi sonriendo a una clienta mientras le entregaba su pedido.

—Y lo último que quiero es que sientas que no deseaba que estuvieras aquí.

Me quedé muda al ver que hablaba en serio.

Esperaba que me confesara que, en cuanto me vio por la calle, pensó que sería buena idea invitarme a venir para no sentirse mal consigo mismo, pero, por cómo brillaban sus ojos, sabía que hablaba en serio.

Quise responderle, pero Ally apareció de la nada.

«Menuda novedad».

—Siento interrumpir lo que sea esto, pero... —se retorció las manos con nerviosismo y se miró la punta de los pies—. ¿Puedo hablar un momento contigo, Aaron?

Él la miró perplejo.

—Ally, ahora mismo estoy ocupado...

—Lo sé, lo sé. Pero es importante.

Ella lo miró con una súplica en la mirada y verdaderamente parecía que necesitara soltar aquello que la estuviera atormentando, aunque no terminaba de fiarme de ella.

—Yo...

Aaron nos miró a ambas, se debatía por dentro para tomar una decisión.

—Yo ya me voy —decidí por él.

—Pero, Maddie...

—Es todo tuyo —le hablé directamente a Ally y ella se sorprendió de que me dirigiera a ella y no a él.

Hice una mueca interna al decir esas palabras.

Fuese lo que fuese lo que tuviera que decirle, ya fuese más importante o no, sabía que iba a elegir escucharla. Por eso preferí marcharme con la poca dignidad que me quedaba.

Agarré mis cosas y salí de allí con una sensación amarga en la boca, con la sensación de que estaba cometiendo un error al irme.

Pero ya era tarde para echarse a atrás.

31

Una cena familiar



Maddie

Tenía los codos apoyados sobre la hoja en blanco.

«Aunque en blanco estoy yo».

Llevaba al menos media hora pensando cómo comenzar, pero desechaba todas mis ideas. Ninguna merecía la pena.

La señora Sullivan, mi profesora de Literatura, nos había encargado como tarea escribir un relato de aquello que más nos atemorizaba.

Al principio se me ocurrieron múltiples ideas: el hecho de que no podía estar en espacios cerrados y oscuros, el miedo a las alturas que tenía desde pequeña e incluso la repulsión que me producían ciertos insectos.

Pero todos esos miedos no me parecían del todo auténticos.

Quería algo que realmente me atemorizase a diario. Que fuese uno de esos miedos de los que no hablamos.

Estaba intentando plasmar mis primeras ideas, cuando escuché a mi padre gritar de fondo:

—¡Maddie! ¡Baja a cenar!

Suspiré profundamente, frustrada.

—¡Voy! —respondí, aunque lo más seguro fuera que ya se hubiera marchado.

En cuanto bajé a la planta baja, el olor a vinagre invadió mis fosas nasales y me provocó una mueca de disgusto.

Era noche de ensalada, y mi hermana parecía ser la más devota de los sabores amargos.

—¿Cómo llevas los exámenes? —le preguntó mi padre a Lizzy.

No se molestó en mirarme siquiera cuando yo me senté a la mesa, simplemente se tomó mi presencia como la oportunidad para empezar su interrogatorio diario.

—Bien —respondió mi hermana mientras removía su cena, distraída.

Para mi gran sorpresa, se conformó con esa escueta respuesta y se giró para mirarme a mí.

Su mirada penetrante absorbió cada célula de mi cuerpo.

—Supongo que no hace falta que te pregunte a ti, ¿verdad? Seguirás con la idea esa de escribir novelas absurdas.

No respondí de inmediato. Tampoco lo hice pasados un par de minutos.

—Eres un caso perdido, hija —suspiró con molestia.

Me lo repetía cada vez que tenía oportunidad, por lo que no era ninguna novedad. Para él, en el momento en el que dejé de acatar sus estrictas normas y empecé a responderle a las críticas, dejé de merecerme su respeto.

Todas sus esperanzas estaban depositadas en Lizzy, y ella, la mayor parte del tiempo, había estado encantada con eso.

Siempre había sido así.

—Por una vez en tu vida podrías cambiar la frase un poco —solté yo, sin pensarlo dos veces.

«Eres idiota, Maddie».

—¿Perdón?

Miré de soslayo a mi hermana, que parecía más centrada en la conversación de repente. Sonreí para mis adentros.

—Sí, ya sabes, siempre es: menuda decepción, eres un caso perdido, vas a ser una fracasada... —enumeré sus famosas citas e hice como que las contaba con los dedos—. ¿No se te ocurre nada nuevo?

La vena del cuello de mi padre se hinchó y su rostro comenzó a teñirse de un color rojo intenso.

No podía parar.

—Ya que estás tan interesado en que sepa que voy a acabar viviendo debajo de un puente, al menos podrías cambiar tu forma de decírmelo. Cada vez resulta menos original.

Mi padre dio un golpe sobre la mesa con ambas manos, provocando un estruendo que nos sorprendió tanto a Liz como a mí.

—Como me vuelvas a hablar así, te juro por mi vida, Madison, que no vuelves a entrar en esta casa.

Entonces recordé la tarea de la señora Sullivan.

«Escribid un relato donde me transportéis a vuestra mayor pesadilla. Quiero sentir vuestro miedo, quiero que lo dejéis reflejado. No me habléis de cosas banales a las que estamos acostumbrados, id más allá. Quiero originalidad».

Margaret Sullivan nos había pedido que habláramos del miedo y ¿qué mejor forma de hacerlo que enfrentándome a ello?

—No eres capaz de hacer algo así —le desafié.

Mis ojos estaban clavados en sus nudillos, blancos por la fuerza con la que apretaba los puños.

—¿Quieres ver de lo que soy capaz? Te crees muy lista, ¿no es cierto? —elevó la voz y comenzó a soltar una retahíla de maldiciones al aire.

—Siempre dices que harás cosas y nunca cumples tu palabra —dije, cruzando los brazos.

Mi padre se lo tomó como un ataque directo a su persona, a su ego.

Se pensó que me refería a promesas vacías como la de echarme de casa, pero, aunque fuera así, mi mente se había quedado en otras cosas que me había prometido en el pasado.

«Te prometo que celebraremos tu cumpleaños».

«Te prometo que tus amigas podrán venir a casa».

«Te prometo que no seré tan duro contigo».

«Te prometo...».

Él estaba a punto de explotar de ira cuando se levantó de golpe de la mesa y, señalando la puerta de casa, me gritó:

—¡Pues fuera de mi casa, insolente!

Abrí los ojos sorprendida.

—Eres igual que tu madre. Igual de ingenua, igual de estúpida —vociferó, fuera de sí, todas las palabras que parecía llevar acumulando en su interior durante meses, probablemente años—. Eres una niñata egoísta. He hecho de todo porque te centraras, ¡de todo! ¡Te has arruinado la vida igual que hizo ella!

Empujó la silla de madera hacia atrás y se marchó escaleras arriba. Sus fuertes pisadas resonaron por toda la casa.

Me quedé atónita.

Puede que hubiéramos tenido cientos de discusiones, pero jamás me había hablado de aquella manera. Jamás había mencionado a

mamá de esa forma y, mucho menos, para compararme con ella.

Una lágrima que apenas sentí cayó sobre el plato de ensalada que casi no había tocado.

Estaba sorprendida y, a la vez... A la vez no me importaba en absoluto.

Ya había experimentado esa sensación a su alrededor otras tantísimas veces.

«Espera. Eso es».

Ahí estaba.

Lo había encontrado.

Un miedo auténtico.

32

Un portazo al salir



Maddie

–¿Qué vas a hacer ahora?

Mi cabeza seguía procesando los últimos minutos cuando Liz se puso frente a mí.

«Estoy jodida».

—¿A qué te refieres? —Me enjugué los ojos e hice un esfuerzo sobrehumano para que mi voz no temblara ni se notara que realmente estaba muerta de miedo.

Me enderecé, porque Liz no podía ver que realmente estaba por los suelos.

«Ya tienes redacción».

«Maddie 1 - Papá 0».

—Pues a que acaba de decirte que te marches de casa... No irá en serio, ¿no? —Mi hermana parecía verdaderamente preocupada y me cuestioné hasta qué punto eso era una mala señal.

Nuestro padre normalmente mantenía una buena relación con ella, pero Lizzy no era tonta ni estúpida, sabía cómo era él.

¿Pero esto? Lo que acababa de pasar nos sorprendió a ambas por igual.

—No creo... Espero que no fuera en serio —respondí con sinceridad, pero titubeando.

Quería enfrentarme a mi mayor miedo y, sin duda, este sería siempre mi padre. El miedo a enfrentarme a él y decirle mi verdad, aunque jamás me aceptase. Pero no esperaba que todo fuera a acabar de aquella manera.

«Es decir, siendo una auténtica mierda».

Las dos nos quedamos en silencio y, por primera vez, no agradecí que hubieran unos minutos de tranquilidad en esta casa. De hecho, los odié.

—¡Te he dicho que fuera de mi casa! —escuchamos bramar a nuestro padre desde la planta de arriba.

Aunque Liz y yo tuviéramos nuestras complicaciones, en aquel mismo instante compartimos una mirada. Una mirada de auxilio, de pavor. Por primera vez, ella tenía miedo por mí.

Me mordí el carrillo con tanta fuerza que rápidamente me llegó un sabor metálico a la lengua.

Apreté los puños a mis costados y miré a los ojos a mi hermana, que comenzaba a palidecer.

—Escúchame. —Le levanté el mentón, obligándola a fijar su mirada en mí—. Es solo una bronca de papá. Dormiré en casa de alguna amiga y seguro que mañana ya se habrá olvidado de esto, ¿vale?

Traté de sonar todo lo calmada que pude, pero por dentro mi sangre se había convertido en corrientes de lava que me recorrían el cuerpo entero.

—¿Y si no es así? —susurró asustada.

Liz no solía mostrarse vulnerable ante nadie, más bien solía ser como un muro de cemento. Impenetrable e imperturbable. También tremendamente impertinente, pero ¿ahora mismo? Ahora mismo parecía tener ganas de derrumbarse. Ladeé la cabeza.

—¿Y si no es así qué? —repetí su pregunta.

—¿Y si mañana no se le ha olvidado y no te deja entrar?

Tomé una bocanada profunda de aire.

—Lo hará. Tiene que hacerlo —le dije para infundirle esperanza—. No puede dejarme para siempre en la calle.

Sonreí débilmente.

Me dirigí a la entrada, enfadada con mi padre por ser tan egoísta, pero también conmigo misma porque seguía permitiendo que hiciera lo que le diera la gana.

—Ten cuidado —escuché que me decía Liz antes de salir.

Di un portazo a la preciosa puerta de madera blanca de la entrada, y con cuidado apoyé mi espalda en la superficie robusta, perfectamente tallada y confeccionada.

Cerré los ojos con tanta fuerza que temí que llegara a hacerme daño y apoyé las manos sobre la cara para ocultar la humillación que sentía.

Mi cara ardía, no por la vergüenza, sino por la rabia.

En realidad, no tenía a nadie a quien llamar.

Esa amiga que le había mencionado a Lizzy ni siquiera existía.

Al cabo de unos minutos, tras intentar calmar mi respiración acelerada, di unos pasos y me alejé de mi maravillosa y hermosa casa, que por dentro se había convertido en el mismísimo infierno.

Estaba a unos metros de distancia de ella cuando me giré e hice una peineta.

«Te odio».

«Te odio».

«Te odio».

«Te odio».

«Te odio».

«Te odio».

«Te odio».

Fue lo único que pensé mientras me alejaba de aquel horrible lugar que a Peter Wilson le gustaba llamar hogar.

33

Un roble con luces



Maddie

Llevaba veinte minutos andando por la calle y la noche estaba completamente cerrada.

Había recorrido al menos tres manzanas completas a pie cuando llegué a una larga calle que conocía muy bien.

Guiada por las farolas que iluminaban las vacías aceras, deambulé con mi teléfono móvil en la mano, lo único que había podido llevarme porque lo tenía en el bolsillo. Mi plan eran andar durante un largo rato hasta que me cansara y pudiera volver a casa. Deposité todas mis esperanzas en que pudiera entrar, aunque lo dudaba muchísimo.

Estaba cansada y hambrienta, cuando me fijé en unas lucecitas bastante características que recorrían en forma de espiral, de arriba abajo, un roble sin hojas por el otoño que se acercaba a su fin. Estaba, sin duda, frente a la casa de los Miller.

Esa puerta celeste era inconfundible.

Desvié mi mirada a la planta de arriba y me topé con una figura alta y masculina que se veía a través de una de las ventanas.

Esta se vislumbraba como una sombra, pero se podían llegar a apreciar algunos detalles. Enfoqué más mi vista hasta darme cuenta de lo que estaba sucediendo.

«No jodas, Miller».

Me sonrojé al instante al comprobar que la figura que estaba espiando desde la calle era el inconfundible Aaron Miller.

Ah, eso, y que se estaba cambiando la camiseta por otra, para irse a dormir.

Me sentí como una pervertida por haberme quedado mirando, pero todo empeoró cuando escuché que la ventana comenzaba a abrirse sigilosamente.

Corrí desesperada hasta quedarme oculta tras un absurdo arbusto junto al buzón de la casa.

«He nacido para hacer el ridículo».

—Pues al final va a resultar que sí eres una acosadora —dijo él, asomando la cabeza a la calle sin mirar en ninguna dirección en concreto. Mi escondite no era el mejor, pero parecía fiable.

Al pasar unos segundos y que no recibiera una respuesta por mi parte, continuó hablando.

—Sabes que te he visto, ¿no, Wilson?

«Tocada y hundida».

Salí de mi increíble escondite a regañadientes y, aunque Aaron todavía no me estaba mirando, se le formó en la cara una sonrisa engreída.

«Mira que no lo aguanto».

Podía distinguir su expresión gracias a la farola que había frente a su casa y que lo iluminaba, pero no supe si agradecía aquella luz o la maldecía en todos los idiomas.

—¿Se puede saber qué narices haces en la calle a estas horas? —inquirió en cuanto alcé mi mirada hasta su ventana.

—Estaba dando una vuelta —mentí descaradamente.

«Una mentira para nada a medias».

—Maddie, por muy loca que estés, jamás saldrías casi a la una de la noche para dar un maldito paseo sola.

«Sí, tiene sentido».

Sin embargo, me quedé con la información que me interesó.

—Yo no estoy loca.

Aaron hizo oídos sordos a mi comentario y continuó con sus dichosas preguntas.

—¿Por qué estás en la calle sola, Maddie? —repitió, pero me pareció percibir una preocupación oculta tras sus palabras.

Me retorcí los dedos de las manos como hacía siempre que las palabras se quedaban atascadas en mi garganta. Incapaces de salir y gritar lo que había sucedido.

Me mordí la lengua y aguanté la respiración.

—Ya te lo he dicho, es solo un paseo—dije secamente, evitando que las lágrimas saliesen. En el fondo sabía que me arrepentiría de mentirle—. Necesitaba salir de casa, pensar en mis cosas.

Comencé a andar para continuar mi camino, pensando en la noche que me esperaba. Pensando en que me tocaría volver a casa y suplicarle a mi padre, que es lo último que quería. Pensando en que mi hermana tampoco había intentado frenar a nuestro padre, aun sabiendo que en ella confiaba y todo lo que dijera se cumpliría. Ni siquiera intentó pararme a mí.

—¡Espera!

Una voz sonó a lo lejos, provocando que se escuchara como un eco por toda la calle.

Al girarme, vi a Aaron corriendo los pocos metros que había avanzado desde su casa.

Llevaba puestos unos pantalones a cuadros de franela como pijama y una camiseta blanca básica.

Su pulso estaba acelerado por la adrenalina del momento y los mechones castaños, que necesitaban un corte, apuntaban en todas las direcciones, como de costumbre.

—Dime la verdad —me suplicó.

Era absurdo seguir fingiendo que era un simple paseo nocturno.

«A no ser que fuera buscando vampiros, yo no saldría de casa a estas horas».

—¿Por qué debería? —le cuestioné—. ¿Por qué tendría que contarte nada cuando tú sigues sin contarme la verdad?

Se quedó mudo al instante.

Hice una mueca para que, de nuevo, no se me saltaran las lágrimas, pero estas cayeron sin poder impedirlo y cubrieron mis mejillas, que estaban hartas de inundarse constantemente.

—Porque estás sola, en medio de la nada —respondió—. Sé que no estás bien y necesito que me digas qué ha pasado o llamaré a cada puñetero habitante de este barrio hasta enterarme.

Le clavé mi mirada verde, ya vidriosa, y pareció comprenderlo todo él solo.

Aaron abrió los ojos y en su mirada pude ver una infinidad de emociones que nunca terminaría de describir.

—Es por tu padre, ¿verdad? Ha pasado algo.

Solté el aire que había aguantado y asentí con la cabeza.

—Joder, Maddie. Si lo hubiera sabido... No pienso permitir que suceda otra vez.

No entendí a qué se refería, aunque parecía estar diciéndoselo más a sí mismo que a mí, pero acepté lo que quisiera decir con los brazos abiertos.

«No literalmente».

—¿Puedes volver a casa? —preguntó.

Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero nada de lo que pensé fue lo que dije. En su lugar, simplemente volví a negar con la cabeza.

Por nada en el mundo quería volver allí.

—Está bien, vamos —dijo sin más y me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera por donde había venido.

—¿A dónde vamos?

Me guiñó un ojo y me limpió las lágrimas de mis mejillas con suma delicadeza, mientras decía:

—Allí donde veas un roble con luces.

34

El mural de los recuerdos



Maddie

–Esta servirá —escuché que murmuraba frente a mí.

Mi pierna izquierda se movía con nerviosismo y hacía repiquetear la madera del suelo.

Parecía que hacía siglos que no entraba en la casa de los Miller, pero todo seguía... exactamente igual.

Los pasillos estaban cargados de fotografías familiares, muchas de ellas hechas por Aaron. A diferencia de la decoración minimalista e insípida de mi casa, la de los Miller era todo puro color.

Las flores adornaban cada esquina, y las lamparitas que colocaba Lily Miller volvían el hogar de lo más acogedor.

Cuando era pequeña adoraba pasar la noche allí. Ahora, sin embargo, aunque eran las mismas paredes, yo las sentí más frías.

«Lo siento, cariño, dice que no le apetece salir».

La madre de Miller estuvo durante semanas repitiendo el mismo discurso, hasta que me cansé de ir.

Volví a la realidad cuando un trozo de tela gigante me impactó en la cara.

—Despierta, Wilson.

Aparté de mí la camiseta que me acababa de lanzar Aaron y esbozó una pequeña sonrisa en su cara cansada.

—Gracias —balbuceé al estirar la camiseta negra que me había prestado para dormir aquella noche.

Sonreí con ganas cuando vi que en la parte superior había un parche de un vampiro sonriendo.

«Esto es cosa de Kath».

—Un día —dijo— me dejé la camiseta en la cafetería. Un solo día. Y al día siguiente tenía esa cosa horrible.

Puso los ojos en blanco y una pequeña carcajada salió de mi garganta.

—Gracias por dejar que me quede aquí esta noche, prometo que solo será hoy —aseguré.

—No es necesario que me des las gracias, Wilson —dijo arqueando una ceja divertido—. Y puedes quedarte siempre que quieras.

Sus padres dormían en la habitación contigua a la suya, por lo que hablábamos en susurros.

Agarré la camiseta que me había prestado, con su parche que no era horrible, y me levanté de la cama en la que había permanecido ese tiempo sentada.

—Voy a... cambiarme al baño.

Aaron asintió. Cuando estaba saliendo de la habitación, vi a lo lejos una cosa que me llamó la atención.

—No me lo puedo creer —dije asombrada.

Recorrí todo el espacio con la mirada curiosa de Aaron clavada en mi espalda, hasta que llegué al mural.

El maldito mural de fotos.

Pensaba que las habría quitado todas, que las habría quemado o algo por el estilo. Pero seguían intactas, ahí colgadas sobre la pared, todas y cada una de ellas.

Algunas de las fotos que había hecho Aaron a lo largo de su vida se encontraban ahí, como recuerdos detenidos en el tiempo.

Vi una de los dos cuando teníamos trece años. Estábamos ayudando a su madre en la floristería, preparando algunos ramos, e incluso regando las plantas de la tienda.

Mi vista se comenzó a nublar cuando contemplé una imagen de lo más embarazosa colgada ahí mismo, a la vista de todo el mundo que entrara y se tomara la molestia de echar un vistazo.

—Miller, eres chico muerto —le dije.

Arranqué la fotografía con rabia y se la mostré.

Él comenzó a carcajearse con fuerza, y en aquel momento juré sacar una cerilla e incendiar su muro de las fotos.

«En realidad, quiero incendiar la casa entera».

—Es de mis favoritas —murmuró mientras terminaba de reírse y se apoyaba las manos en el abdomen del dolor.

Miré la fotografía una vez más y me contagió esa sonrisa. Le acompañé, riéndome de mí misma. Aunque tenía que admitir que salía bastante graciosa.

Era la foto del día de los helados.

Yo salía con la cara manchada de helado de chocolate y el *flash*, que me apuntaba directamente a la cara, me dejó prácticamente ciega en aquel instante.

Así que sí, era una foto horrible y me traía toda clase de recuerdos a la memoria, pero estaba colgada en su mural.

En su mural de fotos favoritas.

—No me puedo creer que esta sea de tus favoritas —dije sin apenas respiración por reírme tanto.

Recordé la primera conversación que tuve con él cuando posé mis pies en esa habitación por primera vez. Cuando solo éramos niños que se hacían compañía porque lo necesitaban.

Porque estaban muy solos.

***

—Me impresionas, Miller. Esto es más guay de lo que esperaba —dije cuando entré en su habitación por primera vez y contemplé todo el espacio.

No era ni de lejos tan espaciosa y abierta como la mía o la de Liz, pero tenía algo... Tenía mucha personalidad.

Tras revisarlo todo exhaustivamente, me acerqué a un par de cuerdecitas que sujetaban con pinzas un puñado de fotos.

La mayoría eran de flores, y me quedé absorta observándolas.

—Estas son mis favoritas —le señalé a mi amigo.

Aaron siguió la dirección de mis manos.

—¿Las de las flores? Son algo aburridas, pero mi madre dice que son especiales y bonitas.

Mis ojos brillaban con fuerza.

—Tu madre tiene razón, lo son.

Seguí observando el resto, curioseando hasta el último detalle.

—¿Por qué tienes estas fotos aquí?

—Esas son las que más me gustan —respondió—. No suelo hacer fotos a cualquier cosa. Por ejemplo, ahí está una de mi perro Willy, que falleció hace unos años. —Señaló una imagen de un border collie, con su precioso pelaje blanco y negro, que me hizo sentir un pequeño pellizco en el pecho—. Ahí están mis padres, sonriendo. Y

allí algunos de mis amigos del colegio en el que estuve antes de mudarme...

En ese momento, lo escuché impresionada y me pregunté si algún día llegaría a ser tan importante como para ser parte de ese lugar tan especial.

35

Un saco de dormir de princesas



Maddie

Me miré al espejo y esbocé una sonrisa cuando vi en el reflejo al vampiro sonriendo.

La camiseta de Aaron me venía bastante grande, pero solo iba a quedarme aquella noche. A la mañana siguiente me largaría de nuevo a casa.

No tenía pensado quedarme aquí.

Aunque tampoco tenía pensado volver a hablar con él después de lo que sucedió en la cafetería de Kath el otro día. De lo que sucedió con Ally.

Esos pensamientos vinieron a mi mente como un vendaval, pero el cansancio que sentía los expulsó rápidamente.

Me acerqué sigilosamente de nuevo a la habitación.

—¿Eso es lo que yo creo que es? —pregunté asombrada.

Aaron estaba colocando sobre la alfombra el saco de dormir de princesas que había usado todas aquellas veces que me había

quedado a dormir allí.

Menos mal que no era especialmente pequeño. Si no me habría tocado dormir en el suelo.

Apretó los labios para contener una sonrisa.

—He pensado que era la mejor opción. No sé si quizá...

—Es perfecto —lo interrumpí y me dispuse a colarme en la mullida funda.

—En el armario hay mantas, por si pasas frío —me informó.

Cuando asentí, él también se metió en su cama y dejó una lucecita sobre la mesilla encendida.

Permanecimos varios minutos en silencio. A pesar del sueño que sentía, no podía dormir, estaba demasiado intranquila. Aquella inesperada situación me hacía sentir incómoda, porque por un momento todo parecía como antes, aunque nosotros éramos completamente distintos. Nuestra amistad se había roto. Jamás pensé que podría volver a estar allí, y allí estaba.

A juzgar por la respiración de Aaron, él se sentía igual.

—¿Qué querías decir cuando me dijiste que me viste?

Rompí el silencio que nos envolvía con una pregunta peligrosa. Una pregunta que me llevaba rondando la mente un tiempo desde que me soltó esa confesión el día que llovió sin cesar.

Recordé sus palabras:

«Te vi».

«El día que te subiste a ese escenario estaba allí, Maddie. Siempre lo he estado».

Escuché cómo tomaba una bocanada profunda de aire.

—Es... complicado.

—¿Por qué? ¿Por qué todos os negáis a responderme? —Mi voz sonó tan rota que tuve que taparme la boca con la palma de la

mano en un acto reflejo por no seguir hablando. Por no romperme en mil pedazos más.

—Porque si te contara la verdad te destrozaría más la vida, Maddie. Y es lo último que quiero. —Sonaba triste de nuevo. Todo a nuestro alrededor siempre sonaba así. Era agotador.

No quería tener esa conversación, huía de ella. Pero yo la necesitaba, necesitaba muchas respuestas.

—Quiero esa verdad —susurré—. La quiero más que nada en este mundo.

Estaba acostumbrada a fingir que no me afectaba en absoluto; que lo que sucedió a raíz de aquella dichosa obra en el festival de Navidad del instituto no me había afectado.

Pero sí que lo hizo.

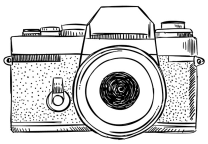
Me incorporé y miré fijamente la figura de Aaron sobre su cama.

—Por favor... —prácticamente le supliqué.

—El día que me contaste, echa un manojo de nervios, que actuarías en la función para el *show* de talentos, algo cambió, Maddie —confesó con los puños apretados y los ojos sombríos, como si estuviera rememorando aquel día.

36

Un corazón sangrando



Aaron. 20 de diciembre, hace un año

Estaba recogiendo mis pertenencias de la última clase del día cuando noté que una mano me sacudía el hombro.

—¡Aaron! ¡No te lo vas a creer!

Maddie Wilson me miraba atentamente, con sus ojos verdes abiertos de par en par y una mueca en la cara de puro nerviosismo.

Estaba igual de guapa que siempre, con su larga trenza rozando su cintura. Sus manos, temblorosas, sujetaban un montón de papeles.

—A ver, a ver, ¿qué es lo que me va a sorprender, Wilson?

—Pues... p-pues, resulta que Ashley Randall, la chica que hace de Julieta... —dijo todavía con la respiración acelerada—. Pues ha tenido un accidente en el escenario. Se ve que se ha tropezado con un foco o algo así... y creemos que se ha roto una pierna. Pobrecilla, la verdad.

Me quedé a la espera de que continuara, pero se quedó quieta sin decir una sola palabra más.

—¿Y qué pasa con eso?

Apretó las hojas que llevaba entre las manos, y soltó:

—Me han ofrecido a mí su papel.

Dibujé una amplia sonrisa y atraje a Maddie para retenerla en un fuerte abrazo.

—Estoy orgulloso de ti —le susurré.

—Si todavía no he hecho nada.

—Pero sé con seguridad que lo harás genial —le aseguré mientras rompía el abrazó para mirarla directamente a los ojos—. Los dejarás a todos con la boca abierta.

Ella esbozó una sonrisita tímida y entonces yo recordé un pequeño detalle que sabía sobre Wilson.

—Espera, Maddie. ¿Qué hay de tu miedo escénico?

Sabía que, desde prácticamente siempre, Maddie había sentido pavor a hablar en público. Cuando miraba a una gran audiencia, se sentía cohibida, casi intimidada. Por ello siempre elegía quedarse tras el telón. Ella siempre prefería estar escribiendo, aunque yo sabía que no lo hacía desde hacía un tiempo, y pensar en eso me enfurecía.

Me cabreaba que sus compañeras la hubieran convencido para que creyera que no era capaz, que no se le daba bien.

Su propio padre le quitaba de la cabeza la idea de cualquier otro posible trabajo que no estuviera relacionado con su empresa o algo del su sector.

Maddie siempre intentaba demostrarles que era suficiente. Pero no era necesario, solo tenía que darse cuenta de que no había nada malo en ella.

—Ya..., es que siento que no puedo desperdiciar esta oportunidad —dijo mientras apilaba los folios de papel que llevaba consigo.

Por el rabillo del ojo, pude ver que se trataba de los diálogos de la obra, que era en apenas unos días.

—Ellos no me habían encargado nada importante para hacer, Aaron —continuó diciendo con un deje leve de tristeza—. Sé que nadie confía en mí. Que cuando se lo diga a mi padre se enfurecerá, y probablemente estaré castigada hasta que me jubile. Pero quiero hacerlo.

Sonreí para mis adentros.

Estaba convencido de que haría cualquier cosa que se propusiera.

—Pero prométeme que estarás allí —murmuró.

—¿Qué has dicho?

«La he escuchado perfectamente».

Arqueó una ceja y me dio un pequeño empujón en el hombro.

—Hablo en serio, Miller. —Me clavó su dedo en el pecho y levantó el mentón para mirarme a los ojos—. Necesito que estés allí.

«Necesito».

—Estaré allí el primero, te lo prometo.

37

Monstruos



Maddie

Levanté la roca escondida tras un arbusto y saqué la llave que había oculta bajo ella.

Eran las seis de la mañana del sábado, así que reinaba el silencio, como había esperado.

Anoche, Aaron no terminó de contarme su versión de lo vivido hacía ya tantos meses. Rememoré en mi mente la escena en la que le conté por qué iba a actuar en el festival, pero no recordé nada extraño.

Por aquel entonces llevaba un tiempo comportándose de una manera distante. Por eso no percibí que algo iba mal.

Finalmente, ambos cedimos al cansancio que sentíamos y caímos directos en un profundo sueño. Al menos el mío lo fue, solo que era el mismo de siempre.

Yo estaba sobre un escenario mucho más alto de lo considerado seguro. El público me abucheaba sin cesar y a lo lejos podía ver a mi

padre, clavándome la mirada sin siquiera pestañear.

Las risas de Amber y el resto se me colaban por las entrañas y rebotaban en cada parte de mí.

Me desperté con un sudor frío cubriéndome la espalda y la respiración agitada. Aproveché para levantarme lo antes posible, salir de la casa de los Miller sin ser detectada y volver a la mía.

En cuanto abrí la puerta, un frío, muy diferente al del final del otoño, se coló en mis huesos. El frío del miedo a encontrarme con mi padre. Subí hasta la planta de arriba y me acosté sobre mi mullida cama.

Cerré los ojos con fuerza, hasta que el recuerdo de sus gritos dejó de sonar en mi cabeza. Últimamente mis pensamientos estaban abarcando tanto espacio en mi mente que tardaba siglos en conseguir dormir plácidamente.

Al cabo de un rato, unos golpes sonaron en mi puerta.

Cuando no respondí al sonido, los golpes se repitieron, esta vez algo más insistentes.

La puerta se abrió y pude ver a Liz colándose sigilosamente en mi cuarto, mientras yo estaba tapada hasta arriba de mantas.

—Joder, qué susto, Maddie —murmuró sorprendida, con la palma de la mano en el pecho—. ¿Cuándo has vuelto?

—Esta mañana, temprano —respondí con la cara pegada a la almohada—. He cogido la llave que papá siempre deja bajo la piedra.

Lizzy asintió lentamente y pareció percatarse de un dato bastante importante, porque abrió los ojos como platos.

—¿Dónde narices has pasado la noche? Dime que no has dormido en un banco, Mad. —Sonaba bastante preocupada y me sorprendió

sobremanera que mi hermana se interesara por cómo había sobrevivido a la noche.

—Tranquila, no he dormido en ningún banco.

—Entonces, ¿dónde? —cuestionó, alzando una ceja.

—Ya te lo dije, en casa de una amiga.

Liz se cruzó de brazos. No se creía eso ni por asomo.

—Venga ya, Maddie. Las dos sabemos que eso no es cierto, y si fuera así, ¿por qué habrías vuelto tan pronto a casa?

«Vale, puede que tenga bastante claro que miento».

—Dormí en la casa de los Miller.

De poco servía inventar una excusa.

Mi hermana permaneció unos segundos en silencio hasta que una carcajada brotó de su garganta.

«¿He dicho algo gracioso?».

—Me tienes que estar vacilando —dijo a carcajada limpia—. No soportas esa casa, siempre que pasamos por ahí apartas la mirada. No me creo que hayas estado ahí. Y mucho menos que hayas pasado la noche con los Miller.

Al ver que no me reía con ella, Liz se detuvo un momento para mirarme.

—No puede ser... —susurró.

—No tenía a dónde ir y, aunque podría haber vuelto a casa, me negaba a disculparme por decirle la verdad.

Tenía la suficiente dignidad como para no arrastrarme a los brazos de mi padre. Prefería dormir en ese supuesto banco frío.

—Papá solo quiere protegerte —murmuró mirando sus zapatos con un repentino interés.

No podía estar hablando en serio.

—Si quisiera protegerme no me trataría como lo hace, Liz.

Era un monstruo.

Y lo odiaba.
Ojalá algún día mi hermana lo viera también.

38

Romper las cadenas (que yo misma me puse)



Maddie

El mes de noviembre estaba pasando como una fuerte ráfaga de viento. Veloz e intenso.

Durante días, dejé atrás los problemas que me consumían y me centré en estudiar al máximo y llevar todos los trabajos al día.

En mi redacción para la señora Sullivan sobre el miedo obtuve la máxima nota. No me extrañaba, a mí también me aterraría lo que había contado si no fuera porque relaté mi vida.

En ocasiones, parecía ser como vivir en una novela de terror.

Todos nos sentíamos a veces así. Como si el universo solo nos estuviera castigando y poniendo en nuestro camino lo más venenoso. Pero en realidad, al final del día, todos estábamos igual de hundidos.

El frío se me colaba entre las numerosas capas de ropa que llevaba puestas y el viento me cortaba la cara. No me hacía falta un

espejo para saber que parecía un tomate.

Era viernes, e iba de camino a casa después de salir de clases. Para mi sorpresa, esta vez mi hermana había decidido acompañarme.

Aunque se suponía que era yo la que la acompañaba a ella.

«En fin».

Íbamos caminando en un silencio cómodo, un silencio al que estábamos acostumbradas, hasta que me vino una idea a la mente.

—Liz, ¿vas a salir esta noche?

Mi hermana despegó su mirada del teléfono para mirarme por primera vez desde que me dijo que ese día le apetecía caminar en mi compañía.

—Seguramente sí —contestó extrañada por mi pregunta—. ¿Por qué lo dices? Espero que no sea para venir a perseguirme.

Tragué con fuerza y regresé al tema que me interesaba.

Sabía que Lizzy tendría algún plan porque los fines de semana jamás la veía en casa. A diferencia de mí, que el gran recorrido que hacía era de la cama a la cocina y de la cocina al baño, Liz era la persona más sociable que conocía.

A nuestro padre no le molestaba que Lizzy saliera por las tardes siempre y cuando llevara todas sus tareas impecables y al día. Y, aunque yo me esforzaba el triple por ser todo lo responsable que pudiera, mis esfuerzos nunca se veían recompensados.

«Es decir, que le da igual lo que haga o deje de hacer con mi vida».

—No, no es nada de eso —dije distraída—. ¿Puedo ir contigo?

Liz se guardó el móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros y me miró pestañeando lentamente.

—¿Qué acabas de decir?

—No sé qué plan tienes, pero me apetece salir de casa por una vez.

Estaba convencida de que Aaron llevaba este tiempo buscándome con la mirada. En el camino de regreso a casa, incluso alguna que otra vez simplemente yendo a hacer algún recado a la zona más comercial del barrio. Yo lo ignoré cada una de las veces. Aunque me sentía mal porque él me había dejado su casa, su habitación, su espacio... solo porque yo lo necesitaba, no podía seguir mirándolo a los ojos sin confiar en él.

Unos años antes lo habría dado todo por ese chico. Me protegía de las peleas que tenía con mi familia, me aconsejaba y me hacía reír como nadie lo había hecho jamás.

Pero para mí no quedaba nada de ese chico que conocí.

«Te mientes a ti misma».

Desde que me largué de la casa de los Miller, había tenido tiempo de sobra para pensar. Pensar en que me había propuesto que este año fuera distinto y me estaba fallando a mí misma en todos los sentidos.

¿Y todo por qué? ¿Por el miedo?

Llegados a este punto, el miedo debería temerme a mí.

Mi hermana se paró de pronto y levantó las manos para fingir que se desmayaba. Yo puse los ojos en blanco.

—¿Madison Wilson me está diciendo que va a soltar sus libros para salir una noche con su hermana? ¡Que alguien me traiga un asiento!

—Puedes llegar a ser muy tonta, Lizzy.

—Perdóname, pero esto es lo más fuerte que he escuchado en semanas. Y, créeme, escucho muchas cosas.

Dejó a un lado su dramatismo momentáneo y continuamos nuestro camino.

Ya estábamos prácticamente llegando a casa.

—Bueno, entonces..., ¿puedo ir?

Liz miró al frente dubitativa. Pareció borrársele la sonrisa.

—Depende.

—¿De qué depende?

Esperó varios segundos antes de responder.

—De que te apetezca pasar la noche en la casa de campo de Ruby Campbell.

Tomé aire despacio. Mi hermana sabía perfectamente que había roto mis lazos con prácticamente medio instituto, si no con todo al completo.

«Pensándolo mejor... cama y manta suena tremendamente bien».

—Entiendo. —Liz asintió con la cabeza ante mi silencio y regresó a poner toda su atención en su teléfono, ignorándome por completo.

—Sí —solté al final.

Me miró confundida.

—¿Cómo?

Di unos golpecitos con los dedos sobre mis pantalones.

—Que sí, que voy —dije—. ¿Qué me tengo que poner?

39

Ansiedad



Maddie

La definición por excelencia que encontrarías en cualquier sitio en el que buscaras la palabra *ansiedad* es la siguiente: estado emocional caracterizado por una sensación de inquietud, nerviosismo o miedo ante una situación percibida como amenazante o incierta.

Lo que yo sentí en aquel instante se me hizo parecido a esa definición: no podía parar de repiquetear el pie contra la madera, que temblaba, me retorcía las manos como siempre solían hacer y mi pulso estaba tan acelerado que temía que el corazón me saliera despedido por la garganta.

Ese cúmulo de reacciones son las que tuvo mi cuerpo cuando mi hermana y yo decidimos salir por la puerta de casa.

Íbamos caminando porque no teníamos pensado pedirle a papá que nos llevara.

Sabíamos que la respuesta sería no.

Simplemente le dijimos que saldríamos y pasaríamos la noche fuera en casa de unas amigas. Ante esto, enarcó una ceja dudoso, pero, finalmente, acabó por encerrarse en su despacho y murmuró:

—Llevad cuidado. No deberíais salir tan tarde, podría pasaros algo —nos advirtió, pero no puso fin al problema. No se ofreció a llevarnos.

«La hipocresía, supongo».

—Y, ¿quién has dicho que iba? —volví a preguntar por enésima vez.

—Por lo que más quieras, no vuelvas a preguntármelo otra vez —suspiró mi hermana—. Ya te he dicho que solo van algunas personas que ya conoces del instituto. Si quien te preocupa es Amber, no va a ir. Relájate ya.

Liz, harta de mi ataque de nervios, volvió a centrarse en sus asuntos y me dejó a mí perdida en mis pensamientos.

Por lo que me había contado, Ruby organizaba una pequeña quedada con algunos alumnos del instituto. Al parecer era la noche de los juegos, o algo por el estilo. Su familia tenía dinero, así que tenían una enorme casa de campo en las afueras y a veces organizaba esa clase de eventos.

Nos quedaba un buen tramo del camino.

Era una casa espaciosa con infinidad de habitaciones, por lo que sabía. Teníamos pensado pasar la noche allí, aunque a nadie le sorprendería que en algún momento dado yo saliera corriendo de allí.

«Como algo no vaya bien, juro que me piro».

Seguíamos en silencio cuando escuchamos un bocinazo a nuestras espaldas. Ambas nos giramos intrigadas.

A pesar de la oscuridad de la noche, las luces del Mercedes gris lo iluminaban todo.

Pocas personas de nuestra edad podrían permitirse tal coche, por lo que cuando Tyler, el hermano mellizo de Amber, asomó la cabeza por la ventanilla, no me sorprendió.

—Hola, chicas —nos saludó.

La última vez que había hablado con él había sido en la fiesta de su cumpleaños. Ese día, y el resto de las veces que me lo seguí cruzando por los pasillos del instituto, tenía un aspecto muy demacrado. Pero ahora, al volante, parecía risueño.

Me recordó mucho a como era antes.

Tyler y yo nos conocimos a raíz de su hermana, pero esos dos eran definitivamente la antítesis el uno del otro. Toda la maldad que pudiera albergar Amber se sustituía por amabilidad en su hermano.

Cuando ella comenzó a dejarme por los suelos siempre que tenía oportunidad, me alejé por completo de ambos.

—¿Vais a la casa de Ruby? —preguntó.

Puede que Ruby Campbell fuera del club de lectura del instituto, que fuera extremadamente perfeccionista y que, si la conocías bien, tal vez te mostrara su faceta más arrogante, pero definitivamente era popular.

En una institución tan prestigiosa, la gente se movía constantemente por el dinero. Y ella lo tenía, así que eso era más que suficiente.

—Sí... Vamos de camino —balbuceó Liz a mi lado nerviosa y sonrió a Tyler de una manera extraña.

«¿Eso es una sonrisa?».

Tyler por su parte inclinó la cabeza en un gesto de timidez.

«Pero ¿qué...?».

—Si queréis, os puedo acercar —dijo, sacándome de mis pensamientos—. Yo también voy de camino y así os ahorráis el tramo que os queda.

—Dios, gracias... —contesté.

—¡No hace falta! —se apresuró a decir Lizzy para interrumpirme.

Me giré para mirarla todo lo mal que se puede mirar a una hermana.

—¿Pero a ti qué te pasa? —mascullé sin que me viera Tyler.

—No me importa llevaros.

Miró directamente a mi hermana mientras hablaba y ella se ruborizó tanto que temí que se fuera a desmayar.

—Te lo agradecemos —dije antes de que Liz rechazara de nuevo la generosa invitación.

«No pienso dar un paso más».

Empujé a mi hermana por la espalda y la obligué a sentarse de copiloto en al espacio vacío que había al lado de Tyler.

Toda esta situación me resultaba tan nueva y extraña que pareció que mis nervios se disipaban por momentos.

«No tiene por qué pasar nada malo».

«No va a pasar nada malo».

Había explotado la burbuja en la que me escondía; ahora me tocaba aprender a vivir sin ella.

40

De camino... a una muerte segura



Maddie

En cuanto Tyler aparcó en un pequeño recinto de gravilla rodeado de matorrales, arbustos y toda clase de vegetación, supe que mi plan de salir corriendo sería más bien poco probable.

La casa de los Campbell se encontraba literalmente alejada de la civilización, prácticamente en medio de la nada.

«¿Qué narices hago aquí?».

Aunque mi relación con Ruby no fuera la mejor, por no decir que era pésima, estaba a punto de adentrarme en lo que quisiera ser esa noche. Sin invitación, porque parecía suficiente con ser hermana de Lizzy Wilson.

«Era mucho que soportar, desde luego».

En cuanto nos bajamos del coche y mis deportivas hicieron contacto con el suelo, no hubo marcha atrás.

—Lo que sea que ha pasado antes, en algún momento me lo vas a contar —le susurré a mi hermana en la oreja en cuanto llegué a su

altura.

No supe si conocía realmente a Tyler o había sido únicamente un momento extraño, pero algo me decía que me había perdido varios capítulos de la novela.

Liz se tensó ante mis palabras y se escabulló.

Nos dirigimos los tres hacia la entrada de la casa, si es que aquello se podía considerar solo una casa.

Los dos pisos y la enorme longitud de la vivienda me impresionaron, pero estaba convencida de que el interior sería todavía más asombroso.

Tyler tocó el timbre, y por unos instantes se hizo el silencio absoluto. Una gran valla rodeaba la propiedad, por lo que nosotros esperamos en el exterior a que nos abrieran.

Pasaron una infinidad de segundos y por fin escuchamos un pitido que nos indicaba que podíamos pasar.

Recorrimos el pequeño espacio hasta los escalones que nos llevaban a la puerta de la entrada, y entonces fui consciente de la situación.

Estaba a punto de entrar en la casa de Ruby, después de todo lo que había ocurrido. Y, además, me había autoinvitado.

Se me aceleró un poco la respiración hasta que la puerta de la casa terminó por abrirse y apareció Ruby en todo su esplendor.

«Madre mía, ¿qué estoy haciendo aquí?».

Ella se nos quedó mirando un momento y pareció sorprenderse al vernos a Tyler y a mí. Mi caso lo entendía... pero ¿el de Tyler?

—¡Hola! —saludó a mi hermana con entusiasmo, y le dio un pequeño abrazo.

Me pregunté en qué momento Liz se había vuelto tan amiga de medio instituto.

—Tyler, me alegro de verte —le sonrió a nuestro acompañante todavía con las cejas enarcadas por la sorpresa.

«Acompañante y chófer».

Entonces Ruby terminó por girarse y me vio allí plantada. Vestida con unos simples vaqueros cómodos, un jersey y una gabardina *beige*, mientras que ella llevaba un vestido rojo entallado y más corto de lo esperado para estas frías fechas.

«Menos mal que es la noche de los juegos y no fin de año».

Las cejas se le dispararon hacia arriba y miró a mi hermana con la duda reflejada en sus castaños ojos. Liz simplemente se encogió de hombros.

—Siento haberme presentado sin invitación —comencé a decir—. Quería acompañar a mi hermana y... no sé si te parece bien que me quede. Si no es así, no pasa nada, puedo ir marchándome ya...

Solté una pequeña mentira ya que decir que simplemente necesitaba salir de casa con urgencia porque me estaba ahogando no sonaba precisamente bien.

—No, no. Puedes quedarte, cuantos más, mejor. —Hizo un gesto para quitarle hierro al asunto, pero yo sentí que estaba molesta con mi presencia allí.

«Más bien yo diría... incómoda».

La última vez que había hablado con ella estaba rompiendo uno de sus preciados panfletos para el club.

«Nadie es perfecto».

Ruby se hizo a un lado para que pasáramos al interior y este, efectivamente, era mucho más que asombroso.

Aquel lugar no era lo que mi mente asociaba con una casa de campo.

Las paredes estaban cargadas de ornamentos, desde ridículos cuadros familiares hasta candelabros que tendrían siglos de

antigüedad. Las lámparas de araña colgaban majestuosas desde el techo, dándole un toque cálido al lugar.

Era, definitivamente, imposible de describir en unas pocas palabras.

—El resto está en el piso de arriba —nos informó Ruby, y los tres asentimos.

Unos murmullos se escuchaban entrecortadamente desde abajo, pero, cuando comenzamos a ascender por las escaleras de mármol, los sonidos se volvieron más claros.

Llegamos al final del pasillo y nos topamos con una zona destinada al ocio y la pura diversión.

Había tres grandes sillones distribuidos por la sala, todos señalaban a una gran televisión de última generación, y había estanterías por doquier cargadas de libros y juegos.

Ruby no dejaba de ser una lectora empedernida.

Había unos cuantos grupos de varias personas, distribuidos por la habitación. Comencé a fijarme en cada uno de ellos; a algunos los reconocí del instituto y a otros tantos juraba no haberlos visto en la vida.

Llegué al último grupo y casi hubiera preferido haber cerrado la boca cuando se me había ocurrido que esto era buena idea.

Socializar es bueno, me decía.

No me creía que esto hubiera ganado al plan de manta y películas.

En mi campo de visión apareció Aaron junto con otro chico que no conocía, y... Ally también había venido. Había gente de varios institutos y seguramente todos tendrían amigos en común. Al fin y al cabo, nadie se perdía una noche de diversión.

«Sí, tú. Y muchas veces».

«Es momento de salir corriendo».

Sin embargo, en cuanto me giré, me topé con el vestido llamativo de Ruby; la chica sonreía a sus invitados mostrando los dientes.

—Ya estamos todos —anunció—. Que empiecen los juegos.

«Mierda».

41

Todo va a ir bien si sonríes



Maddie

En pocos segundos, las conversaciones se elevaron unos cuantos decibelios y, por un momento, me temí que se estuviera dando paso a algo como *Los juegos del hambre*, en lugar de unos simples juegos de mesa.

Por lo que me había explicado Liz, eso de la noche de los juegos era una simple excusa para reunir a una montaña de estudiantes con el fin de confabular.

«Todo va a ir bien si sonríes».

«Todo va a ir bien si sonríes».

Me repetí aquello como un mantra mientras íbamos avanzando entre la multitud y nos acomodábamos en los gigantes sofás.

Mi hermana salió disparada a entablar conversación con un grupo que pareció reconocer, y Tyler y yo nos quedamos completamente perdidos.

—¿Te cuento un secreto? —me susurró al oído sin previo aviso.

Levanté una ceja, como si la duda me ofendiera.

«Aunque realmente la duda ofende».

—Dispara.

Se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y miró al resto de los estudiantes que se habían dispersado por todo el lugar.

Me fijé en Aaron, que seguía reunido con sus amigos y se reía de lo que le decía el chico rubio que no conocía.

—En realidad, no debería estar aquí. Tampoco estaba invitado —dijo como si nada.

Lo miré atónita.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Mi hermana... me pidió que fuera a recogerla a casa de su novio, un tal James —explicó—. Tenía pensado ir, pero cuando os vi allí en medio de la calle...

—¿Nos viste tan arrebatadoras que nos quisiste secuestrar? —terminé de decir por él y conseguí que soltara una suave carcajada.

Varias miradas se posaron en nosotros. De pronto, los ojos celestes de Aaron se clavaron en mí.

Ya no reía.

—En parte sí y, por otro lado, estoy bastante cansado de ser siempre el guardián de Amber. —Su tono se volvió pensativo y un tanto furioso. Ya no quedaba apenas tristeza en sus palabras.

«Cuánto te entiendo».

—Y ¿por qué lo haces?

—¿Qué? —Me miró intrigado.

—Hacer siempre lo que te pide tu hermana.

Esperó varios segundos antes de responder.

—Porque sabe demasiado.

«¿Qué mierda significa eso?».

Antes de que pudiera preguntárselo, Ruby nos dio unos golpecitos a ambos en la espalda.

—¿Os importaría sentaros un momento, chicos? Voy a explicar las reglas.

Ambos asentimos y nos dirigimos hacia el cúmulo de gente concurrida. Yo seguía preguntándome qué querría decir Tyler con sus últimas palabras.

Nos acomodamos en unos sillones individuales y, cuando levanté mi mirada, esta se cruzó con una azul que me estaba observando.

Me tensé de la cabeza a los pies y aparté mi atención de él, aunque sabía que seguía teniendo su mirada fija en mí.

Se me cortó la respiración.

En aquel momento agradecí a los dioses que Ruby comenzara a hablar.

—Como la mayoría sabréis, jugaremos a un par de juegos para tantear el terreno y después podemos bajar a la piscina si queréis.

—Ruby, estamos a cinco grados —comentó una chica y el resto se rio.

—Por eso es solo para valientes... o para quien decida que sea un reto.

No entendí a qué se refería y esperé a que comenzaran a sacar los juegos de mesa, pero en su lugar solo aparecieron un puñado de vasos de plástico.

«Pero ¿qué...?».

—¿Eso para qué es? —pregunté señalando los vasos que habían puesto a nuestra disposición sobre una mesita.

Una chica se rio escandalosamente y me giré para verla.

Era una de mis compañeras de clase que se juntaba con Amber... y que estaba sentada junto a mi hermana.

Liz parecía no prestar atención, pero la noté tensa, a mí no me engañaba.

—No sé por qué no me sorprende —dijo la chica con ironía, y yo agarré el vaso que habían puesto frente a mí—. ¿Qué pensabas que eran? ¿Juegos de mesa, Wilson?

«Sí».

—Ay, Maddie, son solo juegos de críos. Haremos una ronda de preguntas y retos tontos y quien no cumpla o mienta tendrá un pequeño castigo —dijo Ruby y sonrió con la mueca más falsa que había visto jamás—. Es sencillo.

—¿Y los vasos? —preguntó un chico que me sonaba solo de vista.

«Al menos no soy la única que no se entera ni del clima».

—Eso es para las personas que se nieguen a cumplir con su castigo. —Nos miró a todos con los ojos entrecerrados—. En ese caso, tendrán que beber lo que pongamos en su vaso.

—¿Estáis listos? —vociferó Ruby.

Todo el mundo a mi alrededor vitoreó eufórico.

Miré a Tyler, sentado a mi izquierda, y ambos supimos que de esta no saldríamos impunes.

42

Manta y pelis



Maddie

Todo comenzó siendo un desastre.

«Como era de esperar siempre que se juega a esta mierda de juego».

La botella de cristal giró en círculos hasta detenerse en una chica de pelo corto castaño y otra con el pelo teñido de rosa y un maquillaje de lo más elaborado.

—¿Es cierto que conseguiste una copia del examen de historia del señor Ferguson y toda la clase copió? —preguntó la de pelo castaño.

Juraría que esas chicas eran de primero, compañeras de mi hermana, por lo que realmente no me importaba en gran medida lo que fuera de sus vidas.

—Fue un bulo. Intentamos hacerlo, pero Ferguson casi nos pilla en el último momento, así que al final nos rendimos —contestó y se encogió de hombros.

Las rondas continuaron y, con ellas, las preguntas absurdas.

Hasta que Ruby giró la botella y se detuvo de pleno frente a mi hermana Lizzy.

Al otro lado, había un chico moreno de mi edad que, en cuanto la botella se detuvo, miró a mi hermana deseoso de sonsacar información.

—Elijo reto —escupió Liz.

—Bien, pues... —El chico sopesó su oportunidad—. Acércate a la persona que más te atraiga de esta sala.

Todo el mundo contuvo un gritito ahogado por la expectación, pero Lizzy, aburrida ya del juego, murmuró un simple:

—¿Y si no hay nadie?

Me fijé en Tyler, llevada por la curiosidad, y me sorprendió ver cómo tomaba una bocanada de aire y miraba algo dolido a mi hermana.

No entendí nada.

—Si no cumples el reto te impondremos un castigo y, si te niegas, te tocará beber —le dijo Ruby con el morro torcido.

Mi hermana no perdió el tiempo.

—No voy a cumplir ningún castigo, así que ya podéis llenarme el vaso.

La anfitriona se encogió de hombros, aceptando la derrota.

Cogió una botella de vidrio sin etiquetas y le llenó el vaso a Liz hasta arriba. Ella no dudó ni un segundo antes de llevárselo a la boca.

Me sentí culpable de inmediato. Liz probablemente era de las más jóvenes de la casa, ya que cumpliría los dieciséis en junio. Me reconforté a mí misma al pensar que yo estaba aquí y no permitiría que le sucediera nada.

Lo que fuera que le ofrecieron de beber apenas pareció afectar a mi hermana. Hizo una pequeña mueca, seguramente por un sabor

amargo y, tras aquellos segundos de tensión, las rondas continuaron.

La botella giró y giró, hasta quedar justo frente a mí.

«Dios, no».

Al otro lado, delante de mí, le había tocado al chico rubio que iba acompañando a Aaron. Era él quien tenía que hacerme una pregunta o retarme a algo. Ambos se me quedaron mirando.

—Oye, ¿esa no es la chica que dejó en ridículo al instituto el año pasado? —Una voz masculina sonó al otro lado del corro en el que nos encontrábamos todos sentados, cortando el aire con su inoportuna ocurrencia.

«¿Qué está pasando?».

Cuando me giré, vi a un chico alto, de cabello negro azabache, apuntándome con el dedo índice.

Mis pulsaciones comenzaron a acelerarse de pronto.

—Sí, es ella —confirmó la amiga de Amber que antes se había reído de mí por preguntar para qué servían los vasos.

Un par de risitas sonaron en ese grupo y aparté la mirada de ellos, dolida. Pensaba que aquello estaría superado, pero parecía que siempre habría alguien que te recordaría el día que tropezaste y no supiste levantarte.

—Tengo que decirte que me reí durante meses al recordar el momento —añadió otro chico junto al primero de cabello negro—. Recuerdo la cara que pusiste...

Ni siquiera me conocían, y ya creían que era tan débil que no les contestaría, y así fue.

—¡Basta ya!

Levanté la cabeza para ver de quién era la voz que había parado al imbécil que se creía con derecho de seguir martirizándome.

Mi hermana los miraba con rabia. Había sido ella.

—Os creéis graciosos al reíros de las desgracias de la gente porque tenéis el cuello hasta arriba de mierda. ¿No es verdad, Jason? —Le clavó la mirada a uno de los chicos que había decidido que este era el momento de reírse de la pobre Maddie—. ¿O es que ya has olvidado cuando te quedaste encerrado en los lavabos y estuviste durante horas llorando porque no podías salir?

El chico se sonrojó y apartó sus ojos de mí.

Todo el mundo se rio ante las palabras de una Lizzy enfurecida. Todo el mundo a excepción de Tyler, que seguía sumergido en sus pensamientos, y de Aaron, que había puesto su mirada en el chico que había comenzado la discusión.

Tanto Liz como él le habían clavado la mirada, como si fueran cuchillos.

—¿Y qué hay de ti, Ethan? —continuó mi hermana. Esta vez fue a por el chico alto que había soltado el primer comentario.

Él se tensó de la cabeza a los pies.

Probablemente fuera un año mayor que mi hermana, pero en cuanto a discusiones no le ganaba nadie. Nunca había agradecido tanto el carácter dominante que tenía.

Se me humedecieron los ojos sin quererlo.

—¿Nos quieres recordar a todos cuando venías corriendo por el pasillo con una bandeja de comida del comedor, y tropezaste con algo en el suelo? —Lizzy enarcó una ceja y lo apuntó con el dedo, de igual manera que él había hecho conmigo—. Derramaste todo por el suelo y acabaste hasta arriba de salsa de tomate. Apestaste todas las clases.

Todos se quedaron en silencio cuando Liz terminó.

Esta vez ya no causaba tanta gracia. Parecía que por fin estaban viendo que algo no estaba bien.

Incluso Ruby se quedó sin palabras.

—La próxima vez que tengáis pensado atacar a alguien, recordad que vosotros sois los primeros cobardes sin vida. Y los que os quedáis mirando sois iguales. —Apuntó a todo el grupo, y se detuvo en mí y en Tyler. Apretó la mandíbula—. Y los que os reís, vosotros sois los peores. Tan desesperados por llamar la atención.

Liz finalizó cruzándose de brazos y cayendo sobre el respaldo de su sillón.

Nadie más volvió a abrir la boca durante unos minutos.

Y yo solo me imaginé que me encerraba en una manta calentita, que pulsaba el mando de la televisión y ponía una película de confianza.

Me concentré en eso, preguntándome qué habría hecho cambiar tan radicalmente de opinión a mi hermana, ya que hasta hacía poco era la primera que me machacaba con mi pasado.

Antes de venir aquí esta noche, pensaba que sería yo la que tendría que salvarla a ella de cualquier circunstancia, pero al final la vida siempre me demostraba lo mucho que me equivocaba.

Nunca nada es lo que parece.

43

Hasta que se acabe la noche



Maddie

Me levanté del sillón sin pensármelo dos veces y crucé la sala sintiendo cómo se clavaban en mí un puñado de miradas.

Escuché varios gritos a mis espaldas, pero no me detuve. Bajé las escaleras a paso apresurado, con las rodillas débiles y un picor insoportable en los ojos.

Llegué hasta abajo y abrí el gran portón de la entrada. Los murmullos en la planta superior eran cada vez más fuertes, así que, cuando vi a lo lejos un pequeño cobertizo dentro de la propiedad, no dudé en salir disparada hacia él.

Abrí una chirriante puerta de metal y la cerré con un fuerte impulso detrás de mí.

La humedad llenaba el diminuto espacio, pero estaba tan triste y me sentía tan miserable que eso fue lo último que me importó.

Apoyé la espalda contra la pared, cerré los ojos con fuerza y me senté en el suelo abrazándome las rodillas.

Por primera vez en mucho tiempo, me permití a mí misma recordar.

44

Palomitas



Maddie. Diciembre, hace un año

Me desperté tres horas antes de que sonara el despertador.

El cielo estaba tan oscuro que cuando me asomé por la ventana me entraron escalofríos.

Me di una ducha y me abracé a mí misma con el albornoz cubriendo cada pedazo de mi pálida piel. Era tal el frío de la mañana que permanecí así durante segundos, puede incluso que largos minutos.

Me cambié y estuve dando vueltas por mi habitación hasta que la tediosa alarma del móvil vibró sobre mi cama.

Bajé corriendo a la cocina con la emoción cubriendo cada parte de mí. Por lo que había calculado, Liz y papá no tardarían mucho en bajar. Era viernes, pero las clases ya habían terminado.

Aquel era un día muy especial.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —dijo una voz a mis espaldas, y yo me sobresalté.

—Iba a preparar tortitas, ¿quieres? —le pregunté a mi hermana, que llevaba toda la mata de pelo castaño revuelto e iba vestida con un pijama de pelo con estrellas.

—¡Eso ni se pregunta!

Casi media hora más tarde estábamos mi padre, mi hermana y yo sentados a la mesa, comiendo las tortitas que había preparado.

—Es la receta que usaba mamá, ¿verdad?

Me sorprendí al darme cuenta de que mi hermana la había reconocido. Iba a responderle con una amplia sonrisa, cuando mi padre me interrumpió.

—Están muy secas. La próxima vez aparta la sartén antes o se podrían quemar —murmuró con su característico tono frío.

Agaché un pelín la mirada, pero su comentario no me intimidó y mucho menos me bajó los ánimos.

—Esta tarde es el festival. Vais a venir, ¿no? —balbuceé un tanto nerviosa por su respuesta.

—Me lo tengo que pensar —contestó mi padre.

Dejé el tenedor cubierto de chocolate sobre mi plato de tortitas recién hechas.

—Pero estos últimos días te he pedido que vengas. El club se ha esforzado mucho...

—Ya sabes lo que opino de ese... sitio, Madison —me cortó.

Para él era una auténtica pérdida de tiempo.

Pero esperaba... esperaba que vinieran.

Con todos los nervios que sentía, las horas pasaron muy lentas, pero al final llegó el momento de marcharme.

En cuanto llegué a los bastidores del auditorio, fui consciente del caos. Los alumnos de los últimos cursos no paraban de mover un montón de objetos de aquí para allá.

El descontrol era real y mis nervios cada vez iban más en aumento.

—¡Maddie Wilson, a vestuario! —gritó una chica a lo lejos haciéndome señas entre la multitud—. ¡Ya!

Me probé el vestido que en un principio habían diseñado para Ashley. No habían tenido tiempo de rediseñarlo, solo habían podido hacer unos ajustes, lo que me parecía bien, porque el vestido era una auténtica maravilla.

Las chicas de vestuario habían confeccionado un vestido de tejido aterciopelado escarlata, digno de la elegancia y majestuosidad de siglos pasados, pero con un toque moderno que lo hacía perfecto para la actualidad de la obra. Habían añadido un corpiño ajustado para que fuera de mi talla y realzara mi figura.

Todo el conjunto de color carmesí era perfecto.

Me imaginé a alguna de las protagonistas de mis libros más épicos de fantasía y estuve convencida de que lo aprobaría.

Me miré en el espejo del vestuario y las chicas que me lo habían dado me observaron maravilladas.

—Te queda perfecto —dijeron al unísono.

«Estoy deseando que Aaron lo vea».

Terminé de arreglarme y me hice un medio recogido; el cabello que quedaba suelto ondeaba hasta la cintura.

—¡Buenas tardes a todos! —escuché que comenzaba a decir el director Richards, que ya estaba sobre el escenario para dirigirse a todo el instituto.

«Todo el instituto».

«¿Voy a salir ahí con todo el mundo mirándome?».

Una punzada de ansiedad se me clavó en el pecho.

Una vez. Y luego otra. Y otra.

El director siguió presentando el festival de invierno y dio paso a hablar de nuestra obra.

—Este año hemos querido animar a nuestros estudiantes más creativos a sorprendernos con un espectáculo —siguió diciendo, pero yo apenas entendí una sola palabra porque mi mente iba a tal velocidad que no podía centrarme en su discurso.

Dieron lugar a las actuaciones y con sumo cuidado me levanté, giré el pomo y salí al *backstage*. Varios alumnos se movían por los estrechos pasillos.

De pronto, unas frías y delgadas manos se posaron sobre mis hombros.

—Escúchame bien, Maddie —me dijo Ruby con la voz acelerada—. Quedan unos minutos para que salgas ahí fuera. Hemos trabajado muchísimo en esto en muy poco tiempo y estoy atacada de los nervios.

«No hace falta que lo jures».

—Por favor, no lo estropees.

Y con esas últimas palabras de lo más inspiradoras, nótese la ironía, se despidió Ruby con unas palmaditas en mi hombro izquierdo.

De pronto sentí que mis piernas temblaban, casi como si fuera un flan tambaleándose con el menor control del mundo.

Un chico que llevaba un par de micrófonos en las manos pasó acelerado mirando el reloj de su muñeca. Iba con tanta prisa que cuando se topó conmigo no solo me dio un golpe en el hombro, sino que ni siquiera se disculpó.

Caminé despacio arrastrando el bajo del vestido por el suelo hasta los bastidores, donde el resto de mis compañeros discutían en susurros.

Me acerqué hasta ellos y un hombre que rondaría los cuarenta nos miró a todos, molesto por el ruido que estábamos causando.

—Salís en dos minutos —nos informó.

Mi corazón estaba prácticamente desbordado y las caras enfurecidas de mis compañeros no ayudaban.

—Me han cosido mal el traje, me estoy clavando un bordado. ¡Dios, lo odio! —masculló una de las chicas que no tenía gran protagonismo en la obra.

—Más os vale hacerlo bien, joder. Mis padres han contribuido pagando una pasta al instituto por la dichosa obra —señaló Henry, el chico que interpretaba nuestra versión actualizada de Romeo.

—Un minuto —nos informó de nuevo el hombre.

—Espero que ganemos. A mi madre le ha costado horrores poder venir, ha tenido que cambiar el turno del trabajo —dijo otra de las chicas que se encontraban en el corrillo.

Los comentarios se sucedieron sin cesar hasta que el telón se cerró y las animadoras salieron eufóricas de emoción, llevándose consigo los vítores del público.

El director Richards salió de nuevo y nos presentó. O, al menos, eso creo que fue lo que hizo. Mi cuerpo se encontraba presente, pero mi mente no paraba de hablarme.

«Se van a reír de ti».

«Pensándolo mejor, prefiero que papá no vea esto. Se decepcionaría más de lo que ya está».

«¿Y si me equivoco en el diálogo?».

«¿Y si me olvido de todo...?».

«¿Y si...?».

—A todos ustedes, les presentamos *Romeo y Julieta*, la obra clásica, pero traída a la actualidad. Presentada por nuestros alumnos del club de teatro en colaboración con el club de lectura y escritura

—clamó el director, y nos hizo una señal para que nos fuéramos preparando mientras el telón seguía bajado.

—Vamos, moveos —nos imploró Ruby desde lejos.

Al ver que no reaccionaba, una de las chicas me empujó por la espalda hasta llevarme al centro del escenario.

—Por Dios, Maddie, despierta de una vez.

Me chasqueó los dedos frente la cara y funcionó, porque de repente lo vi todo muy claro.

Abrieron el telón con delicadeza y contuve un grito ahogado.

Cientos de estudiantes y profesores nos observaban con determinación desde sus asientos.

Pasé la vista por todas las filas hasta que me topé con una mirada fría que consiguió que se me helara el cuerpo entero.

«Mi padre. Ha venido».

Estaba al final del todo, con los brazos cruzados y el semblante serio.

Sentí como me devolvía la mirada, pero yo seguía sin moverme.

Paralizada.

«Muévete, joder».

Mis compañeros comenzaron sus diálogos, lanzándome alguna que otra mirada extrañada.

«Por favor, Maddie, por favor abre la boca y habla».

«Aaron».

Busqué ese pelo castaño por todo el auditorio, recorrí todas las filas, cada asiento y cada esquina, pero no lo encontré.

No estaba. No había venido.

La vista se me comenzó a nublar cuando mis ojos regresaron directos a mi padre; sin embargo, en su mirada no vi más que la decepción a la que estaba acostumbrada. A su lado estaba Liz, que se mordía las uñas de los nervios.

—Eh... —susurré con la voz trémula, siendo consciente de que mi diálogo debería de haber comenzado ya.

Cerré los ojos y estaba... en blanco.

«No puede ser».

El resto de los personajes que me rodeaban se miraron entre ellos con la confusión y la ira pintadas en la cara.

Continuaron con sus papeles, improvisando la escena con la incomodidad palpitando en el ambiente.

Intenté moverme, pero maldecí para mis adentros al darme cuenta de que un pequeño trozo del vestido se había quedado enganchado en uno de los árboles del decorado que estaban colocados a nuestro alrededor. Moví la pierna para liberarme del pedazo de madera que estaba impidiendo que me moviera, pero fue inútil.

Se hizo otro momento de silencio en el auditorio.

Me tocaba de nuevo hablar.

—¡¿Vas a decir algo o qué?! —gritó una alumna en la tercera fila y unas cuantas risas se escucharon desde el escenario.

—¿A-aron? —pregunté temblorosa, esperando que él apareciera por algún sitio.

Escuché varias risas y murmullos. Pero él siguió sin aparecer.

—¡Aaron no está aquí hoy para salvarte, princesa! —escupió una voz femenina, y juraría por lo más sagrado que era la de Amber.

Noté un sabor salado en mis labios.

—¡Venga, chica! ¡Bájate ya de ese escenario! —la acompañó un hombre de mediana edad, seguramente el padre de alguno de mis compañeros—. ¡Estás haciendo el ridículo!

Los gritos se repitieron en avalancha e incluso una niña pequeña de primera fila cogió las palomitas que se estaba comiendo a

puñados y me las arrojó, imitando la actitud del resto de los presentes.

Varios profesores intentaron calmar la situación, pero ya era tarde.

Yo ya había sido humillada, y todo por haber querido demostrarles algo a estas personas. Quería ganarme el respeto y la aprobación de esta gente, pero en aquel momento solo conseguí que me odiaran.

Ellos veían a una chica que, sin ser del club de interpretación, había conseguido el papel de protagonista y había decidido estropearles sus momentos de gloria. Una chica que había aceptado ese papel para dejarlos a todos en ridículo.

No vieron más allá de eso.

Levanté la pierna de un tirón y desgarré parte del vestido, que se quedó bajo el falso árbol. Salí despedida hacia los bastidores, donde me crucé con la mirada de rabia de Ruby.

Aquella noche lloré como hacía tiempo que no lo hacía. Me rompí.

Rasgué una parte de mí que se quedó con la visión de un público que la había mirado con desprecio.

Aaron no apareció ese día.

Tampoco el siguiente.

Ni el siguiente.

A partir de entonces, solo me quedó mi sombra.

45

Palabras ocultas bajo la piel



Maddie

–Maddie. —Una mano firme me sacudió el hombro con delicadeza—. Maddie, necesito que respires con calma.

Levanté la cabeza, que llevaba un rato descansado entre mis rodillas, y apenas vi la silueta de Aaron entre los goterones que cubrían mis ojos.

Mi pulso estaba descontrolado y ser incapaz de calmarlo me estresó aún más.

—Ey, no están. ¿Me escuchas? —Me cogió el mentón con sus dedos y me obligó a mirarlo a los ojos mientras hablaba—. No pueden hacerte daño, ¿vale? No aquí.

Me cogió la cara entre las manos y pude ver cómo apretaba la mandíbula al verme así: en un rincón oscuro, tragándome el dolor que me consumía hasta que un día simplemente explotaba.

—Respira conmigo, Wilson. —Me apartó las lágrimas que caían sin control por mis mejillas.

Hizo un gesto para que siguiera el ritmo de sus respiraciones y puse todas mis energías en inspirar despacio y soltar el aire con calma.

Cogí una temblorosa bocanada de aire y me mordí el labio cuando noté que el aire no podía entrar en mis pulmones.

«No puedo respirar».

—Vamos, Maddie, sé que puedes hacerlo. Cierra los ojos y concéntrate en tu respiración.

Obedecí y cerré los ojos.

—Inhala despacio —dijo soltándome la cara y agarrando mi mano para ponerla sobre su pecho e imitar su respiración.

Hice caso a lo que me decía y acumulé el aire en mis pulmones.

—Ahora exhala con calma. No hay prisa.

Repetimos el mismo proceso más de diez veces hasta que controlé mi respiración y abrí los ojos.

Aaron sonrió de lado, aunque podía ver que todavía estaba preocupado. Seguía temblando, pero al menos ya no sentía que me fuera a ahogar. Me reconfortó saber que tenía una mano a la que agarrarme si sentía de nuevo ese vértigo.

—¿Ves cómo sí que puedes?

Le devolví la sonrisa con timidez, pero no me llegó a los ojos. El recuerdo de lo que viví aquel día seguía presente en mí.

—Les fallé a todos, Aaron. —Mi voz apenas fue un soplido, pero me escuchó—. Incluso a ti, te decepcioné hasta a ti.

Él se me quedó mirando con una tristeza profunda en su iris azul.

—No les fallaste a todos, y mucho menos me decepcionaste a mí —trató de convencerme.

—No. Sí que lo hice, Aaron. Claro que lo hice. —La exasperación rugía en cada palabra que pronunciaba—. Sus caras... Estaban todos mirándome, juzgándome, como si hubiera cometido un delito.

—Pero no lo hiciste, tú no les hiciste nada malo. —En aquel momento pareció dejar de hablar del resto. Pareció... pareció que hablaba de él—. Tú solamente eres humana, Maddie, te equivocas como el resto, y créeme que lo hacemos —reflexionó para sí mismo —. No eres menos que nadie por no ser siempre perfecta, porque nadie lo es. Te caes al suelo, pero después te levantas y la próxima vez no tropezarás con la misma piedra.

—Tú no lo viste —contesté con la boca pequeña.

—Sí que te vi —rebatió como ya había hecho en otra ocasión. Una sombra de remordimiento enturbió su mirada—. Pero lo único que yo vi fue a una chica asustada porque intentaba ser quien no era. No necesitabas demostrarles nada a esos idiotas, Wilson. No tienes nada que demostrarles a quienes no confían en ti. Demuéstrate lo que eres a ti misma.

—Quería... Quería que alguien me tomara en serio, que mi padre se sintiera orgulloso. —Pestañeé con fuerza porque estaba harta de llorar por él—. Lo poco que tenía lo perdí esa noche.

La culpa inundó el semblante de Aaron por un instante.

Entonces caí en la cuenta de algo.

—¿Por qué dices que me viste? Recorrí con la mirada el auditorio entero y no había rastro de ti.

Sus ojos, de un azul precioso y electrizante, estaban esta vez vacíos. Supe que él también estaba rememorando aquel día. Ya no solo por el desastre que provoqué, sino por lo que vino después.

—No me viste porque mirabas al público directamente —dijo—. Estaba al otro lado del escenario, entre bambalinas. Ya sabes, no habría estado bien salir ahí en medio y robarle el protagonismo al resto.

Su comentario fanfarrón me robó una sonrisa.

—¿Cómo es posible? —pregunté con una ceja levantada—. Solo dejan pasar a actores o técnicos.

—A veces hay que improvisar. —Se encogió de hombros y alzó las cejas oscuras sonriendo—. Hicimos una promesa, ¿recuerdas?

«Estaré allí el primero, te lo prometo».

Pero, aunque había estado, no había hecho nada. Se quedó parado, no hizo nada por evitar el desastre y, después, desapareció.

Despareció y me dejó sola.

Una rabia más profunda que la que había sentido hasta ese momento comenzó a arder en mí, aunque no quería dejarla salir, no quería volver a romperme en aquel cobertizo.

Por eso asentí con la cabeza y, cuando me ofreció una mano para que me levantara del suelo, la rechacé. Me incorporé yo misma con un impulso.

La luz de la luna le iluminaba las facciones marcadas y realzaba incluso más sus ojos.

No me cansaría jamás de mirarlos, aunque me doliese.

—¿Por qué no me dijiste que estabas allí? —pregunté con la rabia subiendo por mi garganta—. ¿Por qué dejaste que creyera que te habías esfumado?

Se pensó su respuesta y finalmente soltó:

—Porque no podía, Maddie —el tono de su voz sonó débil—. Pero créeme cuando te digo que, si hubiera estado en mi mano, ninguno de esos idiotas se habría reído de ti.

46

Nunca más



Maddie

Cuando Aaron y yo salimos del cobertizo no esperábamos encontrarnos con Tyler y Lizzy esperándonos, apoyados sobre la valla que cubría la propiedad.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —inquirí.

—Nos largamos a casa —respondió Lizzy refiriéndose a todos nosotros, e inclinó la cabeza para señalar el Mercedes de Tyler justo en el aparcamiento exterior.

Para salir necesitábamos el acceso de Ruby, que parecía estar escuchando, pues su voz sonó a través del altavoz del interfono.

—Chicos, ¿os vais ya? —preguntó con una decepción en la voz que no terminaba de ser creíble—. Quedaos un poco más, todavía no ha terminado la noche.

—Ruby, nos vamos ya. Estamos...

—Está bien, nos quedamos —interrumpí a Aaron y le hablé a la voz que salía por el altavoz.

Todos me miraron con las cejas alzadas por la sorpresa.

—Pero ¿qué estás haciendo? —me preguntó con incredulidad Liz. Su cara no daba crédito—. ¿Tú sabes lo que nos ha costado salir de allí? Como para volver dentro...

—Pues igual que habéis salido, entramos de nuevo.

—¿Se te ha caído la cabeza dentro o qué, Mad? —Mi hermana no asimilaba lo que pretendía.

—¿No eran tus amigos, Liz?

Su expresión se tornó fría y vi cómo sus ojos se oscurecían.

—Pensaba que lo eran, pero son la mayoría igual de horribles. —No añadió nada más y preferí no hundir más el dedo en la llaga.

—Vamos —les indiqué.

De camino a la entrada de nuevo, Aaron me adelantó y se puso frente a mí con un gesto de curiosidad en el rostro.

Por mucho que me había prometido contarme la verdad, yo todavía estaba enfadada con Aaron.

«¿Estoy preparada para volver a confiar en él?».

—¿A qué se debe este giro de los acontecimientos? —preguntó Aaron.

Le adelanté sin mirarle a la cara. Sabía que, si miraba esos ojos azules de nuevo, podía flaquear.

—A que tienes razón, no tengo nada que demostrarles —le dije de forma fría—. Pero eso no significa que tenga que seguir soportando que me pisoteen. Y si ahora mismo me voy por esa puerta dejaré que crean que han vencido.

Me giré hacia los tres para mirarlos.

—¿Os apuntáis?

Mi hermana y Ty asintieron con la cabeza decididos.

—Siempre —contestó Aaron y sonrió orgulloso.

Pareció que, al fin, sus ojos volvían a brillar.

Llegamos a la planta de arriba de nuevo y el resto se nos quedó mirando, sorprendidos de que regresáramos.

—¿Dónde lo habíamos dejado? —preguntó Liz con una sonrisa envenenada.

Miré a Tyler de soslayo, que había permanecido todo este tiempo en silencio y parecía francamente... triste.

Sonó el timbre de abajo y todos nos miramos extrañados.

«¿Y ahora qué?».

—Chicos, tenemos una incorporación de última hora —anunció Ruby con tensión.

Y lo último que esperaba era encontrarme con esa persona entrando como un torrente en la sala.

Se me heló la sangre.

Todos nos giramos intrigados para mirar a la figura que había irrumpido tan enfadada en la habitación.

«Amber».

«Lo que me faltaba por ver».

Llevaba un moño desarreglado que recogía su larga melena color ceniza y tenía los ojos hinchados. El maquillaje corrido por toda su cara confirmó que había estado llorando.

Iba vestida con ropa muy descuidada, lo que era raro en ella, y parecía de lo más enfurecida.

—Eres un maldito traidor. —Se acercó lentamente hacia Tyler, que estaba a mi lado—. ¡¿Ibas a dejarme allí tirada toda la noche?!

Su voz, agrietada e iracunda, nos sorprendió a todos.

Cerca de mí noté a Tyler tenso como una tabla, y tan frágil como un cristal.

—No montes un espectáculo —murmuró él, aunque pareció más una súplica.

—¿Que no monte un espectáculo? Tyler, con el frío que hace, me has tenido esperando durante una maldita hora en la calle —dijo, señalándole a la cara con su dedo índice—. Y, de pronto, me entero de que has decidido venir a una fiesta en lugar de ir a recogerme, como te había pedido.

Giré mi cabeza para mirar al resto y la sonrisa de la amiga de Amber la delató. La chica que había hablado antes para mofarse de mí era probablemente la misma que había avisado a Amber de que su hermano estaba aquí.

«¿He dicho Amber? Mil perdones, quería decir la víbora».

—No pienso ir detrás de ti siempre, Amber —dijo Ty con la frustración brotando de su interior—. Eres insoportable, ¿no te das cuenta? Los únicos que te aguantamos lo hacemos porque nos utilizas para que estemos contigo.

Esta vez fue Tyler quien dio varios pasos hacia su hermana. Una hermana que de pronto se volvía más y más pequeñita con cada palabra que decía su hermano. Su propia sangre. Su mellizo.

—M-me has usado toda tu maldita vida para que hiciera siempre lo que tú querías —La voz se le rompía con cada palabra—. Y todo, ¿por qué? Porque te sientes tremendamente sola, porque no logras conseguir que alguien te quiera y eso te molesta, te quema por dentro.

De pronto se escuchó un fuerte golpe.

Amber le había propinado una bofetada en la mejilla derecha a su hermano.

El silencio era sepulcral, y al dirigir mi mirada hacia Liz solo pude ver un dolor agudo en ella. Hizo el amago de acercarse a él, pero cambió de opinión.

—¡Cállate ya! —vociferó Amber con los ojos rojos. Probablemente no le quedaran lágrimas que derramar—. Todo eso es mentira —dijo

con la voz angustiada, mirando a todos aquellos que la estaban juzgando de arriba abajo.

«¿Qué se siente, Amber? ¿Por fin lo entiendes? Eso de ser pisoteada».

Nadie merece sentirse rechazado, indeseado o marginado. Pero ella... ella disfrutaba de esa sensación de odio que dedicaba al resto sin ningún tipo de remordimiento. Sentía tanto desprecio por la felicidad de otros que simplemente trataba de arruinarla hasta que no quedara ni una pizca.

—Tiene razón. —Mi hermana dio un paso al frente con decisión—. Ty tiene razón.

El aludido la miró sorprendido.

—¿Qué mierdas estás...? —comenzó a decir Amber, pero Liz la interrumpió.

—Al principio, hace un tiempo, yo también me sentía marginada, como tantos otros —empezó a hablar y aguanté la respiración—. Mientras mi hermana pasaba las tardes enteras con su mejor amigo, a mí me avergonzaba verme sola. Ella había encontrado una amistad de verdad y yo deseaba tener eso con todas mis fuerzas.

Crucé una mirada veloz con Aaron, como si al escuchar esto ambos hubiéramos reaccionado.

Nunca había visto a Liz así... tan frágil. Por lo general, siempre era una bomba de relojería: astuta pero traicionera. Jamás hubiera dicho que se sentía así.

Hizo una pausa y continuó hablando con todas las miradas puestas en ella.

—Cuando apareciste un día de pronto y me dijiste en los pasillos del instituto que te gustaban mis dibujos, yo me sentí... escuchada. —La voz le salía de la garganta con puro arrepentimiento y supe que la rabia circulaba por sus venas—. Me hiciste creer importante. Me

convenciste de que mi hermana se merecía estar sola porque era mi momento de poder brillar.

Amber la miraba con los ojos abiertos y con la piel completamente pálida. Liz se mordió el labio inferior con los dientes, evitando mi mirada a toda costa.

No esperaba... nada de esto.

«Pues quizá sí que deberíamos habernos largado».

—Luego comenzaste a destapar cómo eras realmente, y solo me demostraste que, para vivir al lado de alguien como tú, prefiero ser la marginada.

Todos nos quedamos mudos y mis ojos brillaron al mirar a mi hermana pequeña, que había desafiado el miedo que sentía, porque era muy valiente.

Y puede que hubiera sido una niña con carácter, y lo continuara siendo, pero esa fuerza que tenía era valiosa, y lo importante no era lo que hubiera hecho en el pasado, sino que se arrepintiera de ello y decidiera cambiarlo.

Cambiar no tiene por qué ser siempre malo.

—Si tan buena eres, ¿por qué no le cuentas a tu hermanita Maddie de quién fue la idea de la nota en la taquilla? —espetó Amber, que parecía estar agarrándose a un clavo ardiente por rescatar su reputación, que se estaba desmoronando ante esta gente.

Me quedé mirando a Lizzy sin entender a lo que se refería. Liz se giró hacia mí, sus ojos azules se oscurecieron. Desvió la mirada.

—La nota que te encontraste en tu taquilla... —Amber se dirigió a mí, con una sonrisa malvada en sus labios—. Esa nota que te perturbaba tanto no fue cosa mía. Admito que la pequeña Wilson puede ser retorcida...

«Espera, ¿fue Liz?».

La miré esperando su respuesta, pero ella no me devolvió la mirada. En su lugar, agachó la cabeza y murmuró:

—Fue una broma estúpida que hice sin pensar. Quería que los demás creyeran que me parecías igual de patética que a ellos, pero realmente no pensaba así, te lo prometo. Jamás lo he hecho.

Me costó asimilar sus palabras, pero la sinceridad que mostraba me indicaba que realmente lo sentía.

La llegada de Amber había desatado aún más el caos y lo había empeorado todo, pero al menos le había demostrado al resto lo venenosa que podía llegar a ser.

En aquel instante odié una parte de mí misma. Esa parte que había aguantado a Amber desde que éramos niñas, porque por desgracia había compartido gran parte de mi vida con ella, y nunca la enfrenté. Jamás.

Entonces, mi paciencia no era infinita, pero el miedo a la soledad era mucho mayor.

—Sois todos repulsivos —siseó Amber mientras se giraba y le lanzaba una mirada asesina a Tyler.

Esta vez él no se acobardó, se quedó quieto, agradecido por el apoyo que le había ofrecido mi hermana.

La figura de Amber desapareció escaleras abajo y, en cuanto se escuchó la puerta principal cerrarse con un gran portazo, los murmullos comenzaron.

—Pero ¿quién es esa? —preguntó Ally asombrada por la disputa que acababa de presenciar.

—Solo una pirada de clase —dijo alguien.

—Es horrible. Siempre que me ve me dice que me cambie la ropa de anciana que llevo puesta —murmuró por lo bajo otra chica. Era la primera vez que hablaba.

La amiga de Amber estaba tensa entre el grupo; ahora todos se quejaban con rabia por todo lo que esta les había hecho pasar.

Puede que nadie le levantara nunca la voz, pero estaba claro que no tenía el control que creía sobre nosotros.

Puede que no todo estuviera perdido, al fin y al cabo.

«No tienes nada que demostrarles a quienes no confían en ti. Demuéstrate lo que eres a ti misma».

47

Un chapuzón para caer hondo... o resfriado



Maddie

El juego no había terminado.

Por suerte para nosotros, observábamos al resto divertirse y responder algunas preguntas, pero sin participar de nuevo.

Tyler, mi hermana, Aaron y yo estábamos de pie junto al resto, que parecían haberse calmado tras la entrada explosiva de Amber. Estuvieron durante un buen rato discutiendo, hasta que su amiga salió disparada de la casa, asegurando que se lo diría todo a Amber.

«Déjame decirte que nos da igual».

Los chicos que antes me habían atacado sin motivos ahora estaban claramente más intimidados y evitaban la mirada de Liz a toda costa. Sonreí para mis adentros al darme cuenta de ello.

En ese momento, todos estábamos fuera, mirando la piscina de agua cristalina frente a nosotros porque alguien no había cumplido el reto, y ese era su castigo.

Llevábamos ropa de abrigo y estábamos convencidos de que pillaríamos una neumonía si nos quedábamos allí. Pero, si alguien iba a coger de verdad una neumonía, la primera sería la chica delgada, de pelo lacio y castaño, que miraba hacia las profundidades de la piscina. Estaba aterrorizada y todo su cuerpo temblaba, no sé si por el frío que sentía o por el que sabía que iba a sentir si se lazaba al agua.

—Vamos, Ivy, no lo hagas —le dijo otra chica desde donde estábamos observando los demás.

—Si no quiere beber, tiene que hacerlo, son las reglas —respondió Ruby por ella.

Parecía realmente preocupada, y giré la cabeza para mirar mal al idiota que le había impuesto este castigo a la pobre chica. Él se reía con sus amigos, pero su mirada decía que también estaba algo arrepentido.

El frío era tal que apenas podías sentir las manos y solo pensar en sacarlas de los bolsillos sonaba doloroso.

—Ivy, si lo vas a hacer, quítate el abrigo y el jersey. Es peligroso meterse con tanta ropa a la piscina —la volvió a alertar la misma chica de antes.

Tenía razón. Si pensaba tirarse con la ropa puesta, puede que además de una hipotermia se ahogase. El peso de la ropa le impediría nadar y, al salir, le provocaría más frío que otra cosa.

Con cuidado, Ivy se quitó todas las prendas que pudo hasta quedarse con una fina camiseta de manga larga y unas mallas térmicas.

Todos ahogamos un gritito cuando la chica, sin pensarlo ni un solo segundo más, se lanzó de lleno a la piscina.

Su amiga corrió hacia ella. Rápidamente la sacó de allí, y la envolvió en una toalla que le había dado Ruby.

Todos aplaudieron impresionados.

Tras esto, regresamos al interior de la casa, pero cada uno fue a lo suyo. Por fin se había acabado.

¿Quién se apuntaba a estos juegos del demonio?

«Tú, pero, en tu defensa, pensabas que eran juegos de mesa».

—Hola, Maddie. —Me sorprendí de inmediato cuando Ally se acercó a mí mientras nos dirigíamos al comedor de la casa.

—Hola —respondí secamente, sin mirarla.

—Quería disculparme de nuevo por lo que pasó en la cafetería aquel día. —Sonaba tensa y su sonrisa me decía que aquella disculpa no era premeditada—. Fui una borde contigo, pero solo quiero que Aaron esté bien, y sé que tú le harás daño porque eres una...

—¿Qué pasa, Ally? —interrumpió Aaron, mirando a su amiga fijamente y con dureza.

Acababa de interrumpir lo que quisiera que fuera a decir Ally, pero me alegraba. Esa chica, por alguna razón, no me soportaba.

—Nada, solamente me estaba disculpando con Maddie, como me pedi... —Abrió los ojos al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir y formó una mueca incómoda—. Quiero decir, se merecía una disculpa porque estuvo mal cómo le hablé.

Aaron asintió, claramente poco convencido, y Ally se marchó con el resto que ya se estaban sentando de nuevo sobre unos sillones, esta vez en el nivel inferior de la casa.

Todavía molesta con él, miré a Aaron levantando una sola ceja.

—Le pedí que se disculpara contigo, pero le ha costado más de lo que pensaba —confesó.

Observaba a Ally desde la distancia y ella se giró y le dedicó una sonrisa amplia. Él no le devolvió el gesto, parecía molesto con su actitud.

«Créeme, a mí me molesta toda su persona también».

—No hacía falta que lo hiciera. No me fío de ella —le contesté fríamente y me giré para ir junto a Liz y Tyler.

A mis espaldas, Aaron pareció dudar de sus próximas palabras.

—No es mala chica, creo que solo está demasiado preocupada todo el tiempo —aseguró él, con tono inseguro.

Me volví hacia él para confrontarle, porque era imposible que no se diera cuenta de la verdad.

—¿Sabes lo que creo yo? —dije molesta.

—Ilumíname, Wilson —sonrió de lado y se cruzó de brazos.

—Yo creo que esa chica, más que estar preocupada, lo que tiene es una obsesión contigo —solté con sinceridad.

Por lo que había comprobado, era una experta cambiando de personalidad cuando él estaba cerca. Y no hacía falta que nos siguiéramos engañando, Aaron era muy atractivo, aquello no era ningún disparate.

—No digas tonterías. Ally no... —titubeó.

Estaba convencida de que lo estaba pensando porque ni él mismo lo tenía claro.

—Por favor —me quejé—, solo hace falta ver cómo te mira.

Señalé en su dirección. Ally se reía con un grupo de chicas, pero cada pocos segundos se giraba en nuestra dirección y, definitivamente, no me miraba a mí.

Pero Aaron no le devolvía la mirada. Sus ojos azules estaban fijos en mí, y me miraba como si nada más en esa habitación le importara. Noté que mis mejillas ardían y por un momento sentí que mi enfado con él, por haberme dejado sola, se tambaleaba.

—Y ¿cómo me mira exactamente? —Su voz ronca me hizo vacilar antes de responder.

—Como si... como si te devorara con la mirada.

48

Luces de colores



Maddie

El mes de diciembre ya había llegado y, con él, las luces.

Había luces allá por donde miraras. Colores en cada esquina. En este barrio de la ciudad, las familias eran especialmente fanáticas de los concursos, y por ello todas las casas estaban tan decoradas.

Cerré de un tirón la puerta blanca de madera y observé desde el exterior la casa de mi familia.

«Ni una triste luz».

Volví a coger el pomo de la puerta y la abrí.

Con una mueca de decepción por la falta de espíritu navideño en casa, esperé a que Lizzy saliera de una vez para marcharnos al instituto.

Era tan temprano que todavía estaban encendidas las farolas de la calle.

—¡Liz, date prisa o llegaremos tarde!

—¡Ya voy! —gritó bajando las escaleras a gran velocidad.

Cuando llegó a mi altura, sonreí al verla colorada como una guindilla. Se paró frente a mí, con los ojos mirando al suelo y retorciendo sus manos, y me fijé en que ella no sonreía.

Dudó unos instantes antes de hablar.

—Creo que no me disculpé por lo de la nota.

Aparté mis ojos de mi hermana, incómoda. Habían pasado tan solo dos días desde que me enterara de que Liz había sido la autora de la nota y desde entonces, aunque había querido evitarlo, no había podido parar de darle vueltas.

—No hace falta que... —intenté decir para evitar el tema.

—Sí, sí hace falta. No debería haber dejado en tu taquilla una nota firmada como si la hubiese escrito Aaron —me interrumpió con un murmullo. Tenía los hombros caídos por la culpa—. Lo siento... Fui a hacer daño, sé que estuvo mal. Sabía que te dolería... Es lo más patético que he hecho en mi vida.

La miré con los ojos vidriosos e, inmediatamente, supuse que decía la verdad. Le sonreí agradecida, cogí su mano y la acerqué a mí para envolverla en un abrazo. Noté en mi mejilla la humedad de unas lágrimas, pero enseguida me percaté de que esta vez no eran mías.

—Te perdono porque todos hacemos cosas estúpidas para impresionar al resto. —Me separé de ella y le limpié las gotas de los ojos—. Cuando tú ya impresionas por ti misma.

Me dedicó una sonrisa tímida, pero me bastó. Enseguida se recompuso y cambió la conversación, volviendo a ser la Lizzy que todos conocíamos.

—He visto que vuelves a tener tu cajita de las amapolas en la estantería —comentó mirando algo en el interior de su mochila.

Enarqué una ceja, sorprendida. El día anterior había tomado la decisión de recuperar mi cajita en un impulso; creí que estaba bien

tenerla de vuelta conmigo.

—¿Me has estado espiando?

Liz sacó su teléfono de la mochila y me miró como si fuera estúpida, aunque sabía que su mirada ya no tenía envidia ni maldad.

—Por favor, Mad. Haces un ruido tremendo cuando subes por la escalera dando pisotones.

Puso los ojos en blanco y yo me reí.

«Culpable».

—Aun así, has ido a mirar a mi habitación —recalqué.

—Quería saber qué era tan importante como para que me despertaras a las tres de la mañana. Llámame loca.

Me ardieron las mejillas de la vergüenza.

—Y bien, ¿por qué la has cogido de nuevo? —preguntó mientras escribía en su móvil, pero sabía que estaba pendiente de lo que le dijera—. ¿Has decidido perdonarle?

La caja de las amapolas.

Adoraba esa cajita y me entró la nostalgia al pensar que estaba cogiendo polvo en esa sala. También quería mis cartas de nuevo conmigo, pero esa respuesta a Liz no la entusiasmaría.

Al no responder, Liz apartó los ojos de la pantalla y me miró claramente esperando una respuesta.

—No lo sé —dije—. Pero sí sé que no quiero que los recuerdos mueran en un sitio tan triste como la habitación de mamá.

Liz apretó los dientes y asintió con la cabeza, todavía no muy convencida.

—¿Te acuerdas de cómo era? —pregunté de pronto a mi hermana, mirando al frente por el camino que recorríamos todos los días para ir a clase.

—¿De mamá?

—Sí.

Liz titubeó antes de hablar.

—Era muy pequeña. Solo tenía cinco años... —se limitó a decir.

Asentí despacio, un tanto decepcionada. Yo tenía siete años cuando mamá tuvo el accidente. Lo que más recuerdo de ella es que era una mujer con una gran pasión por sus aficiones.

Y aunque el resto de mis recuerdos fueran débiles, y con el paso del tiempo se habían vuelto borrosos, mi padre guardaba a buen recaudo álbumes con fotos. Seguramente pensaba que no los encontraría, pero cuando un día hace años abrí el canapé abatible de su cama y los vi, no dudé en verlos.

Por lo que sabía, un día se fue de excursión con un par de amigas. Se dirigieron a un valle rodeado de altas montañas y colinas y encontraron una cala de aguas cristalinas. Mientras sus amigas disfrutaban de un baño, mamá no pudo quedarse quieta. Sacó las pinturas que siempre llevaba encima y buscó un lugar que le encantase para poder pintarlo. Se desvió por un sendero rocoso y su espíritu más aventurero la animó a seguir su camino al tiempo que abocetaba en el papel aquello que la rodeaba.

Inevitablemente, mamá resbaló al no llevar el calzado adecuado, y cayó cuesta abajo por un pequeño precipicio, aunque su tamaño no impidió que se llevara su vida consigo.

Las amigas que nos relataron la historia estaban devastadas cuando sucedió, y papá... él simplemente se encerró.

Creó un muro de protección tan enorme que era imposible escapar de él. Prácticamente vivía con una armadura.

—Pero conservo algún recuerdo —dijo Liz sacándome de mis pensamientos.

—¿En serio?

—Sí —asintió—. Recuerdo que siempre estaba sonriendo, nunca la vi triste, al menos no delante de mí.

Sonreí con fuerza porque mi hermana pequeña estaba hablando conmigo de ella.

En casa es como si estuviera prohibida.

«Confía en mí».

—Es la primera vez que hablamos de mamá desde que se fue —dije al aire.

—A papá no le gusta hablar de ella. Está obsesionado con la idea de que, si no hubiera sido tan ingenua, ahora todavía seguiría viva.

«Falleció haciendo lo que más amaba».

Al menos eso me calmaba.

—Liz, ¿te puedo confesar una cosa?

—Sí, claro.

Pensé muy detenidamente lo que estaba a punto de decir. Muchas personas me mirarían de una forma horrible si me escucharan.

Puede que incluso a mí me resultara un tanto escalofriante.

—A veces... A veces creo que odio a papá.

—A veces, yo también.

49

Abrazos calentitos



Maddie

Los días siguientes fueron un poco menos horribles, y eso ya era todo un mundo.

Sentía que desde que Liz le había plantado cara a Amber todo había cambiado. Ahora en clase nadie hacía comentarios sobre mí o sobre lo que dijera y tampoco me ignoraban del todo; hasta parecían amigables.

Era como si, en parte, hubieran abierto los ojos.

Al fin y al cabo, en un barrio pequeño los rumores circulaban con facilidad, y la discusión que hubo en casa de Ruby Campbell hacía unos días había dado mucho de lo que hablar.

Sin embargo, eso solo había debilitado una mínima parte de Amber. Aunque los comentarios horribles que decía y su forma de tratar a la gente y a los profesores habían llegado a oídos del director Richards, él no se molestó en hablar con ella para que cambiase su actitud. Se limitó a tenerla sentada un maldito día en su

despacho mientras él tecleaba en su ordenador sin prestarle atención. O, al menos, eso me había contado Elda, la conserje del instituto, que seguía compartiendo palabras conmigo de vez en cuando.

Salí de casa para dar un paseo antes de cenar cuando me crucé con Tyler.

—Ey, ¿cómo va todo, Wilson?

Lo ojeé de arriba abajo; tenía tantas preguntas como para un interrogatorio. Aunque me mordí los labios para aguantarme las ganas.

—Ty, sé que no vienes a verme a mí, no finjas que te interesa cómo estoy.

Él soltó una carcajada y sus rizos dorados rebotaron sobre su cabeza.

—Venga, Maddie, lo decía en serio.

—Pues estoy... bien —dije pensando mi respuesta, y sonreí porque era cierto.

Últimamente no lloraba y eso era un puntazo.

«Aunque seguiremos pensando que llorar es bueno para el alma, así nos sentimos mejor».

—¿Segura? Sé que lo que pasó en casa de Ruby fue... extraño y me siento mal por haberos llevado a aquel sitio.

Se rascó la nuca con una expresión culpable. Aunque sus ojos no podían estar más de cinco segundos sin mirar la ventana de la habitación de Liz.

«Ay, Tyler, a la próxima disimula un poco, chaval».

—No te preocupes, esa gente no va a volver a hablarme así —le aseguré.

Toda la rabia que sentía, siempre la reprimía por miedo a las consecuencias y a que esas personas me siguieran contestando

hasta acabar conmigo, y todo acabara en gritos y lágrimas.

Pero como ya no tenía nada que perder, ¿qué más me daba?

Tyler asintió con vehemencia e hizo un gesto militar para despedirse, pero antes de continuar su camino se quedó quieto, como si hubiera recordado algo. Se giró en redondo mirándome con una gran tristeza en sus ojos.

—Lo siento muchísimo, por cierto —dijo despacio, palabra por palabra—. Todavía no te lo había dicho.

Estaba confundida.

—¿Por qué lo sientes?

Tyler agachó la cabeza sintiendo de pronto toda la culpa sobre sus hombros.

—Porque el curso pasado todos te veíamos y ninguno hizo nada —dijo en un murmullo—. Era tu amigo y aun así me dejé llevar por la corriente de los alumnos que decían algo sobre ti. Fui un amigo despreciable y no sé ni cómo me sigues mirando a la cara.

Nunca en mi vida había deseado tanto ser invisible como en aquella época. Me daba una vergüenza tremenda que me vieran sola por los pasillos, comiéndome el almuerzo, incluso en clase leyendo un libro.

Sentí mi corazón calentarse lentamente. No esperaba una disculpa, no esperaba esa sinceridad en su voz.

Asentí con la cabeza, agradecida, y me acerqué a él para abrazarle y acabar con todo lo que llevábamos sobre nuestras espaldas todo este tiempo.

«Culpa».

«Rencor».

«Envidia».

«Nostalgia».

«Tristeza».

«Recuerdos».

Dejábamos todo eso atrás, y ese era un paso enorme para una chica que se había pasado seis meses encerrada en la conserjería durante todos los recreos.

Elda se sentiría tremendamente orgullosa.

***

A la mañana siguiente, en la hora del almuerzo, avisé a mi hermana y un par de chicas más de su clase de que tardaría unos minutos en ir a comer con ellas.

Me acerqué despreocupada, con una sonrisa en la cara, a la sala de la conserje, mi querida Elda.

Esa mujer probablemente me había hecho el mayor favor de mi vida el año anterior, y yo todavía no se lo había agradecido como se merecía.

Toqué a la puerta de madera con los nudillos. Sabía que a estas horas estaría almorzando dentro.

—Pasa.

—Hola, Elda —le dije nada más abrir, con mi sonrisa más radiante, una que probablemente ella nunca había visto.

—Dios mío, Maddie, estás guapísima cuando sonríes, hija. —Su rostro se iluminó con la sonrisa que me devolvió—. Deberías hacerlo más, sí.

Elda se levantó preocupada. Los mechones grisáceos de su cabello caían sobre las arrugas de su frente.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Esos chicos han vuelto a decirte cosas malas?

Una sombra cruzó sus ojos al percatarse de que mi presencia allí no podía ser buena señal.

—No, no, está todo bien —la tranquilicé—. Quería venir a darle las gracias, por todo.

Elda se quedó mirándome, sus ojitos verdosos destellearon bajo la poca iluminación de la salita. La bombilla de luz amarillenta iluminaba aquel rincón lleno de material de limpieza que dejaba mucho que desear. Pero era un escondite perfecto y ella me lo había ofrecido siempre que lo había necesitado.

—Siempre me ha ayudado cuando me ha visto sola, y se lo agradezco mucho.

Elda se levantó del taburete de plástico en el que había permanecido sentada y me cubrió con uno de sus abrazos calentitos.

«Mi segundo abrazo en dos días».

—Me tienes aquí para lo que quieras, niña —susurró todavía rodeándome—. Nadie merece verse tan triste. Tú solo sonríe, ¿de acuerdo?

Una lágrima rodó por mi mejilla y sorbí por la nariz con una pequeña risita.

Pero esta vez era una lágrima distinta.

Era una de felicidad.

50

Volver



Maddie

–Aquí lo tienes.

Kath me sonrió y dejó el café descafeinado que le había pedido antes de irse a atender otra mesa.

Era increíble cómo aquel lugar atraía a la gente.

Al parecer, algún cliente había posteado por redes sociales la localización del lugar y ahora la clientela era mucho más constante. La gente se fijaba muchísimo en las fotografías colgadas de Aaron y yo solo podía sonreír con admiración.

Desde lo sucedido en casa de Ruby, haría ya unas semanas, había cogido la costumbre de pasar por aquí después de clases y traerme un libro.

—¿Qué estas leyendo?

Aaron asomó la cabeza, curioseando las páginas abiertas que tenía sobre mis piernas. Su turno de trabajo todavía no había acabado, pero siempre me miraba desde lejos o se acercaba hasta

mi mesita solamente para saludar o molestar, no lo tenía claro del todo.

Nuestra amistad era complicada... Yo seguía enfadada con él, pero no podía evitar estar cerca porque una parte de mí realmente lo anhelaba muchísimo. Por eso, aunque no podía esconder mi molestia, confiaba en que en algún momento Aaron creyera lo suficiente en mí como para contarme su historia.

—Nada, es solo un *thriller* —murmuré sin prestarle atención.

—Venga, Wilson, eso me dijiste con los otros veinte anteriores. —Arqueó una ceja y me miró de soslayo.

—Es que sé que no te interesa —contraataqué.

—¿Por qué no me iba a interesar? Hace unos años me leía todo lo que escribías —dijo orgulloso.

Puse los ojos en blanco y decidí no contestarle.

—De hecho, me gustaba bastante lo que escribías —dijo, cruzándose de brazos.

Dejé de toquetear el libro y me quedé parada en seco. Sin mirarle a los ojos respondí tajante:

—Ya no escribo.

Si algo podía admitir de Aaron era que todavía no se había rendido e intentaba entablar conversaciones conmigo, a pesar de mis respuestas secas.

Por fin me atreví a mirarlo y solo recibí una mirada confundida.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? ¿Por qué ya no escribes si se te daba genial?

Suspiré ante esa pregunta que tantísimo había temido y decidí darle un voto de confianza para explicar todo lo que se había perdido en este tiempo.

—Toda la vida me han dicho que soy un fracaso, ¿sabes? —comencé diciendo—. Aquel día en el campamento, mi padre..., y

simplemente cuando me largué del club me sentía tan decepcionada conmigo misma que ni lo intenté.

Aaron achicó los ojos y juraría que el azul intenso de su iris se volvió sombrío por un instante.

—Espera, ¿has dicho que tú te fuiste del club? —Sonaba sorprendido, como si esa noticia lo sorprendiera.

—Tras el desastre de la actuación todos me miraban con resentimiento, Aaron —le expliqué incómoda—. Quería salir de allí por encima de todo.

—No tenía ni idea —dijo con voz grave.

La rabia que todavía sentía por saber que él me había visto en la situación más vergonzosa y triste de mi vida habló por mí.

—Ya. Es lo que tiene desaparecer —no pude evitar contestar.

Asintió y miró a un punto fijo en la mesa, como si estuviera pensando algo a toda velocidad. Apretó los puños con fuerza, pero no dijo nada. No lo comprendí, pero tampoco pregunté.

«Hay muchas cosas que él no sabe. Y otras tantas que yo no sé».

Hacía mucho tiempo que no sabíamos qué había sido del otro.

Me sobresalté cuando la voz de Kath sonó desde la barra:

—¡Aaron Miller! ¡Ven a ayudarme! —gritó.

El café estaba saturado de gente y nosotros habíamos perdido la noción del tiempo. Había tantas cosas por decirnos que a mí prácticamente se me acumulaban en la garganta.

Aaron me miró con dudas en sus ojos y yo le hice un gesto para que se marchara de vuelta al trabajo.

Me dispuse a seguir con mi novela cuando me fijé en una chica de pelo ondulado azabache que hablaba en susurros con su amiga. Estaban ambas sentadas en una mesa frente a mí y la chica miraba con especial atención a Aaron, que atendía una mesa a lo lejos.

Entre ellas reían, murmuraban cosas y juraría que me lanzaban alguna que otra mirada furtiva.

Las ignoré por completo y una sensación incómoda me cruzó el pecho.

Maldito Miller.

***

El turno de Aaron se acabó justo cuando el sol estaba comenzando a descender con lentitud. Quedaban pocos clientes y, al ser viernes, Kath se encargaba de cerrar.

«Psicópata, te sabes hasta los horarios».

Recogí mis cosas y las guardé en el bolso para luego colgármelo del hombro.

Me acerqué a Kath con una sonrisa. Iba tantas veces por allí a la semana que ya nos teníamos confianza, y eso me hacía enormemente feliz.

Sentía que las cosas podían volver a ser como antes. Cuando todavía no me sentía sola, cuando no llevaba marcadas unas sombras bajo los ojos, cuando la idea de salir un viernes por la tarde no sonaba tan descabellada.

Simplemente volver a eso.

Quizá el tiempo era lo que lo ponía todo en su sitio.

—¿Cómo va todo, Kath? —pregunté y me senté sobre uno de los taburetes de la barra.

Katherine se inclinó con una sonrisa cansada y se despidió de los últimos clientes que ya salían por la puerta. Los últimos, a excepción de las dos chicas de antes, que seguían en el mismo sitio, cuchicheando.

—Maddie, sinceramente, creo que me va a dar algo —dijo haciendo énfasis en cada palabra—. Por lo demás, estoy perfecta.

Le sonreí porque Kath siempre conseguía que fuera así.

—Esto está siempre abarrotado —comenté al aire.

—Sí, pero en parte me preocupa, ¿sabes? —Suspiró mirando al techo y después hizo una mueca—. Abrí el local para poder cuidar de mi padre, que vive a unas calles de distancia de aquí, pero la cafetería me roba más tiempo del que pensaba.

Tomé aire al imaginar que Katherine pudiera cerrar aquel sitio, aunque fuese por una buena causa, y la agarré de los hombros, enderezándola para que me mirara. Quería quitarle un poco de peso de encima.

—Ni se te ocurra cerrar este sitio, necesito mi dosis de café y un rato para salir de mi casa —supliqué con dramatismo y Kath se rio con esa risa suya que contagiaba a cualquiera.

—No creo que vengas aquí solamente a por un café, Mad —dijo, guiñándome un ojo y señalando con su cabeza detrás de la barra.

Seguí la mirada de Kath, que seguía a Aaron saliendo de la cocina. El chico se quitó el delantal y lo dejó doblado con cuidado.

—¿Aaron? —pregunté asombrada.

De repente, solté una carcajada tan escandalosa que el aludido me miró enarcando las cejas y las chicas, que todavía no se iban, me miraron por encima del hombro.

Me tapé la boca para dejar de reírme y negué con la cabeza repetidamente.

—Te aseguro que no —confirmé.

—Pues será solo por su parte —señaló a Aaron que seguía a lo suyo, sin prestarnos mucha atención.

Eso casi me causó más risa que lo anterior, pero conseguí contenerme.

—Probablemente sea la última persona en la que se fijaría Miller —le aseguré con certeza, mirándolo sin poder evitarlo.

Su mandíbula se marcaba como la de una escultura perfectamente tallada. Aaron... jamás me miraría de esa forma, estaba convencida. Por alguna insólita razón, una parte diminuta de mí ardió de dolor ante esa confirmación.

«Pero solo fue una parte muy pequeñita».

—No lo creo —me contradijo Kath—. Me obligó a reservarte esa mesita para cuando vinieses por aquí solo porque sabe que te encanta ese rincón. —Señaló la mesa de cristal en la que me sentaba siempre y mis mejillas enrojecieron casi de inmediato.

—Y se supone que yo soy la jefa... —Lo miró de soslayo con una intensidad asesina y yo solté una risita.

«Puede que yo...».

Sacudí la cabeza. Era imposible. Era imposible que el que fue mi mejor amigo me viese de esa forma. Aaron decidió marcharse y me evitó durante mucho tiempo, estaba segura de que esa atención a la que se refería Kath solo era porque se sentía culpable.

La chica del pelo negro se levantó, pensé que para marcharse, pero cuando la seguí con la mirada me di cuenta de lo equivocada que estaba.

Se acercó tímida a Aaron, que descansaba revisando sus cosas a unos metros de nosotras. Él no pareció percatarse de su presencia hasta que ella llegó a su altura.

Crucé un par de miradas sorprendidas con Kath y nos quedamos observando la escena. Me moví inquieta en el taburete al ver como él levantaba la mirada y le sonreía con amabilidad a la chica.

Ella le hizo un par de preguntas rápidas que no alcanzamos a oír y, en una de esas, Aaron me lanzó una mirada significativa. Él

también parecía algo incómodo, pero supo disimularlo y solo vi cómo negaba y asentía con la cabeza varias veces.

Cuando la chica de cabello negro se reunió con su amiga con una sonrisa pletórica de felicidad, millones de preguntas se acumularon en mi cabeza.

«Gracias a Dios, Kath está igual que yo».

—¡Vaya con Miller! —dijo cuando las dos chicas se marcharon del local y ya solo quedamos los tres y un atardecer a nuestras espaldas tras los cristales—. ¿Qué narices ha sido eso?

Aaron no parecía tan emocionado, pero nos mostró su mayor sonrisa y dijo:

—Es una chica de clase, ya la conocía.

Una sensación de alivio me sorprendió.

—¿Y...? —Kath seguía queriendo saber hasta el último detalle.

«No me voy a quejar».

—Solamente me ha dicho si me apetecía dar una vuelta con ella algún día —dijo haciendo un gesto para quitarle importancia al asunto.

«¿Solamente?».

—¿Y tú qué le has dicho? —preguntó Katherine con una mueca, como si no le estuviera comenzando a gustar el camino que iba tomando la conversación.

Kath me lanzó una mirada rápida que dijo más que mil palabras. Algo así como: «Pero ¿qué narices acaba de pasar?».

Aaron esperó unos segundos antes de responder. Unos largos y tediosos segundos en los que permanecí aguantando la respiración de manera casi inconsciente.

—Le he dicho que sí —murmuró encogiéndose de hombros mientras evitaba mis ojos verdes—. Me cae bien y siempre es simpática conmigo.

Creo que se me cayó la mandíbula al suelo.

Entonces se giró hacia mi dirección, y estoy segura de que una tabla de madera habría envidiado mi rigidez.

—¿Qué opinas, Wilson? —Su sonrisa fue tensa y no supe descifrar qué se le pasaría por la mente.

Tenía la facilidad de fingir siempre cómo se sentía y era algo que detestaba. Yo lo quería saber todo, hasta el último de sus pensamientos.

—Pues... que si es lo que a ti te apetece...

Me encogí de hombros, fingiendo desinterés.

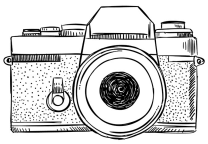
«¿Qué estás diciendo?».

—Puedes hacer lo que quieras, nada te lo impide, ¿no? —le pregunté con indiferencia y desvié mi mirada para evitar esos ojos azules que parecían perseguirme.

—Tienes razón. —Agachó un poco la cabeza—. Nada me lo impide.

51

Un perfecto desastre



Aaron

Sabía que tenía varias miradas sobre mí, pero en lugar de afrontarlas, agaché un poco más la cabeza para rebuscar entre mis cosas. La cafetería estaba en el más sepulcral silencio, a excepción de las risitas de Maddie y Kath.

«Todavía pensarán que no se las escucha».

Estaba a punto de coger mi mochila con todo listo cuando me topé con los ojos castaños y el distintivito pelo oscuro de Millie Harris.

—H-hola, Aaron —me saludó tartamudeando, con una sonrisa tímida tirando de la comisura de sus labios.

Estaba confundido, pero, al seguir en el trabajo, supuse que quizá me necesitaría para algo.

—Hola, Millie, ¿necesitas algo? —le respondí de la manera más amable que pude, teniendo en cuenta que mi turno había acabado y estaba deseando largarme a casa.

Conocía a Millie de vista, ya que iba a mi instituto y coincidíamos en varias clases, pero no recordaba haber intercambiado más de cuatro palabras con ella.

—Y-yo me preguntaba si te apetecería q-quedar la semana que viene algún día —soltó las palabras de manera atropellada y me costó un poco analizar lo que me quería decir. Estaba nerviosa y no dejaba de lanzarle miradas a su amiga, que seguía sentada a unas mesas de distancia.

Abrí los ojos como platos al comprenderlo.

Como no le respondí de inmediato, Millie lanzó una mirada fugaz en la dirección en la que estaban sentadas Maddie y Kath.

—A no ser que... ya tengas otros planes —señaló con la cabeza hacia la barra y me giré para mirar a Maddie.

Ella, como si de un imán se tratara, me devolvió la mirada con ese esmeralda radiante de sus ojos.

—Te gusta esa chica, ¿no? —soltó Millie Harris sin rodeos y me miró entrecerrando los ojos entre sorprendida y curiosa. Ni un atisbo de molestia.

Entonces recordé las palabras de Ally.

«Deberías alejarte de una vez de ella».

«Nunca serás suficiente».

Ser consciente de eso fue como sentir un dolor punzante en el pecho.

—¿Wilson? No, es una... amiga. —Separé mi mirada de ella y la centré en Millie, que seguía expectante.

—Entonces, ¿te apuntas?

Lo pensé unos segundos. Unos eternos y horribles segundos.

Al final asentí, sabiendo que estaba comprometiéndome con un plan al que ni siquiera quería ir, pero que quizá me hiciera olvidar

por unos minutos esos ojos verdes que aparecían hasta en mis sueños.

«Maldita Wilson».

52

Días. Semanas. Meses



Maddie. Hace un año

Habían pasado un par de días desde la actuación del festival de Navidad. Dos días desde que hice el mayor ridículo de toda mi vida.

Casi podía recordar la risa en los labios de algunos espectadores.

«Todos se reían de mí».

Dos días. Ese era el tiempo que llevaba prácticamente encerrada en casa.

Tras acabar la actuación, salí disparada llorando sin consuelo alguno. Me arranqué el precioso vestido que se había desgarrado y me puse mi ropa.

Fui directa a la casa de los Miller, ignorando que había visto a Lizzy y a papá buscándome con la mirada por todo el auditorio.

Recorrí apresurada la calle que me conduciría a la distintiva puerta azul de la casa de la familia. Mi respiración estaba agitada y tuve que parar a medio camino un par de veces para controlar el aire que entraba en mis pulmones.

Cuando por fin estuve ante la casa, me paré y sostuve mi peso apoyando las manos sobre las rodillas.

Estaba enfadada, y en aquel momento sentía una mezcla de emociones que bien podrían haber salido de una víbora de lo venenosas que eran.

«Aaron no ha venido».

«No ha venido».

«Me lo prometió».

«Ha roto su promesa».

Una mezcla de vergüenza y rabia se había apoderado de mí.

Me limpié las lágrimas que rodaban por mis mejillas y aporreé la puerta con mis nudillos, decidida.

Esperé unos segundos y, cuando estaba a punto de insistir, la puerta se abrió, mostrándome la jovial sonrisa de Lily Miller tras ella. Su hijo era idéntico a ella. Sin duda, él había heredado sus ojos azules, al igual que el color castaño de su cabello.

—Hola, señora Miller —saludé poniendo todo mi esfuerzo en que no notara mi pulso disparado ni mi respiración jadeante y frenética.

A juzgar por el vistazo que me echó, seguramente había notado cada una de esas cosas.

—Hola, cariño, ¿estás bien? —preguntó con la preocupación bailando en sus ojos.

Envidiaba a Aaron por tener una familia así. Sus padres lo detectaban todo. Se preocupaban.

—Sí, sí —le aseguré, aunque por el tono de mi voz cualquiera lo habría negado—. Estoy buscando a Aaron, ¿está por aquí?

Negó con la cabeza.

—Lo siento, cielo, pensaba que estaría contigo.

«¿Dónde se ha metido?».

—Está bien, volveré mañana.

Puse todos mis esfuerzos en sonreír y me marché decaída. No solo no había venido, parecía haberse esfumado.

Esa noche no le dirigí la palabra a nadie más. No quería hablar de lo sucedido, la vergüenza era mucho mayor que cualquier otro sentimiento.

A la mañana siguiente me levanté temprano porque no había dormido ni dos horas, y fui directa de nuevo a la casa de Aaron en busca de respuestas.

Me planté frente a su puerta y tomé aire para encontrar la valentía de volver a tocar.

Esta vez apareció su padre, el señor William.

—¿Cómo estás, Madison? —Me sonrió amable con la cara hinchada del sueño.

—Bien, gracias. —Le devolví la sonrisa, pero fui directa a mi objetivo—. ¿Está Aaron en casa?

Tenía que estar. Había ido temprano para que así fuera.

—Lo siento, creo que ha dicho que iba a dar una vuelta con la bici. —Se encogió de hombros como si a él también le extrañara.

—Vaya... es raro.

—Sí que lo es —convino.

***

Las vacaciones de Navidad fueron fugaces. En casa solamente felicitamos el año nuevo y ni siquiera se sintió como algo especial. Más bien como un día más. Para otras familias serían días especiales, hasta mágicos. Pero Lizzy y yo sabíamos que no existían las fiestas en esta casa.

Cada día me acercaba a casa de los Miller, y Aaron siempre encontraba alguna excusa para no salir. Me evitaba a toda costa y eso me dolía. Sentía una punzada por el rechazo de la única persona que creía que me quería.

«¿Tan horrible soy?».

«¿Le habré dicho algo malo?».

«Seguro que se habrá enterado de lo que pasó en el festival de Navidad y ahora se avergüenza de mí».

Como no encontraba la manera de llegar hasta él, decidí escribirle una breve carta que esperaba que diera algún resultado.

Todavía no me había rendido.

«Todavía».

Pensaba llegar hasta el fondo del asunto.

Querido Aaron:

No sé siquiera si llegarás a leer esta carta, pero tengo que intentarlo. Las vacaciones han sido extrañas sin ti. No sé por qué me evitas, no entiendo qué he podido hacer, pero, por favor, dame alguna respuesta. Papá está extraño, casi creo que está más sonriente, y eso ya es raro de por sí. Y Liz... estoy preocupada por ella. Tal vez estoy exagerando, pero creo que todos me odian, Aaron. Tengo miedo de volver al instituto en unos días. Mi cumpleaños es dentro de poco, quizá pueda escabullirme para que lo celebremos juntos. Si te apetece, claro.

Si ha pasado algo, dímelo. Tú solo dame alguna pista.

Amapola

Nunca recibí respuesta alguna.

Las clases continuaron, el mundo siguió girando, pero a mí me faltaba el aire. No entendía cómo todos podían seguir con sus vidas

cuando yo me había quedado tan hundida en la mía.

Aaron tampoco venía a clase.

Y eso fue el último grano de arena que hizo que me desbordara por completo.

«Se ha ido todo a la mierda».

Cuando volví de clase, hablé con mi padre sobre mi preocupación por la ausencia de Aaron.

—Hoy era el primer día de clase tras las vacaciones de Navidad —le dije a mi padre—. Y Aaron no ha venido. No te parece... ¿raro?

—No es tan extraño, cariño —contestó sin mirarme mientras leía un viejo periódico sentado en un sillón del salón de casa.

—¿Por qué dices que no es tan raro?

—Los Miller ya no pueden pagar las clases, cielo. No pueden permitírselo, por eso no ha ido. Lo habrán tenido que cambiar de centro, ya que no podrían cubrir los pagos —murmuró sin más, como si su afirmación no fuera una bomba.

—¿E-en serio? —pregunté temblando.

No quería creerlo. No quería creer que tuviera que sobrevivir lo que me quedaba del curso sin él a mi lado.

El primer día de regreso a clases ya había sido duro de por sí. Y esconderme en la salita de la conserje había sido la opción más tentadora al volver al instituto.

—Sí —afirmó—. Lily Miller ha cerrado la floristería y el contrato de William con la empresa se ha terminado.

Estaba impasible. Como si no estuviera hablando del desmoronamiento de una familia. De los puñeteros Miller, joder.

—Pensaba que eras amigo de William Miller —susurré por lo bajo, pues pensaba que él tenía buena relación con mi padre.

Esta vez levantó la mirada.

—Los Miller eran amigos de tu madre, Madison —decir aquello pareció escocerle—. Hace años me hizo prometer que los ayudaría cuando decidieran mudarse aquí. Ella confiaba en que lo harían, y es lo que hice, le ofrecí un trabajo a él y les abrí las puertas de mi casa.

Suspiró hastiado.

Toda esa información era nueva para mí. Solo podía pensar en lo duro que tendría que estar siendo para la familia haberlo perdido todo.

Esa noticia me entristeció y me dio más motivos para no volver a sonreír.

Hasta el día de mi cumpleaños.

El 16 de enero se presentó como un día más en mi vida. Un día aburrido y sin sorpresas, hasta que me dio por abrir las ventanas de mi habitación para dejar el aire pasar, y vi un sobre en el alféizar.

—Pero ¿qué...?

Lo cogí entre mis manos temblorosas.

La respuesta a mi carta.

Tenía que ser eso. Por fin.

Pero al abrirla solamente vi la imagen de unas flores.

Arrugué la cara con una mueca de confusión y seguí desdoblando el papel para desvelar más información.

Unos dientes de león acompañados de una frase de *Los juegos del hambre* que hablaba de la esperanza.

Se me saltaron las lágrimas.

Puede que Aaron estuviera esforzándose por no verme, pero aquello era obra suya. Y me hacía sentir optimismo.

Los meses pasaron y todo siguió igual. Sobreviví a las clases escondiéndome de todos; el truco era llevar la cabeza tan gacha que apenas te reconocieran.

Empecé a escuchar a algunas personas llamarme «invisible» a modo de insulto, pero prefería aquello a enfrentarme a todos ellos. Ahora que todo el mundo sabía que Aaron se había marchado, circulaban más rumores que nunca.

«Yo creo que se dio cuenta de que su amiga esa está loca y salió pitando».

«Era un chico guapo, qué lástima que se haya ido».

«Su familia está endeudada hasta las cejas, no podía seguir en un sitio como este».

«A lo mejor ha cometido un delito y lo han expulsado».

La gente podía llegar a ser muy original haciendo comentarios descarados. Casi siempre frente a mí.

Las cartas de Aaron siguieron llegando cada mes, hasta que esa pizca de esperanza se fue esfumando con el tiempo.

Comencé a detestarlo.

Ya no me acercaba desesperada a su casa rezando porque saliera y hablara conmigo. Al principio, dejé de llorar cada vez que pasaba frente a aquella puerta azul tan distintiva y simplemente la ignoré. Después, cambié mi ruta para ir a pie a casa, y esta vez la que sintió indiferencia fui yo.

53

Eres suficiente



Aaron

–¿A dónde vas?

Era una pregunta increíblemente interesante, pues a mí también me habría gustado saber la respuesta. Ya había vuelto de la cafetería, había pasado por mi habitación para cambiarme y ahora estaba en la cocina y tenía delante, con la mirada fija en mí, a la mujer más temida y querida de esta casa.

—No lo sé. A dar una vuelta, supongo —respondí a su pregunta sin poder darle más información.

Mi madre me miró con los ojos entrecerrados como si por dentro se le ocurrieran muchas ideas.

Lily Miller parecía saberlo todo.

—Has vuelto a ver a tu amiga Maddie, ¿no? —Terminé de abotonarme el abrigo. Debajo llevaba una sudadera cómoda y unos vaqueros simples. Ni siquiera sabía a dónde iba exactamente.

La pregunta de mi madre me pilló por sorpresa.

—¿Por qué crees eso?

Ella suspiró desde la cocina, donde estaba preparando la cena para esa noche. Yo me miraba en el pequeño espejo junto a la entrada de la casa. Esta era pequeña pero acogedora y desde cualquier punto te podías comunicar porque se escuchaba todo.

No sabría decir si eso era algo bueno.

Me acomodé algunos mechones castaños en su sitio, aunque sabía que no tardarían en dispersarse por todos lados.

—Hijo, soy muchas cosas, pero no estoy ciega —dijo mientras pelaba unas patatas con la mayor calma del mundo.

Me pregunté qué significaba aquello, pero ella misma siguió hablando.

—Estos últimos días te veo más... feliz, sonríes más. —Sus labios se curvaron hacia arriba en una mueca de diversión—. Además, ¿te creías que ibas a meter a una chica en casa y no me enteraría?

Me ardió la cara de vergüenza.

—Eso solo fue... —comencé a decir, pero ella giró la cabeza enarcando una ceja, dejándome claro que le era indiferente—. ¿Sabes qué? Da igual.

Cuando ya estaba listo, miré el reloj de mi muñeca.

Las 17:30.

Me quedaban todavía unos minutos antes de salir.

—Pero no, no he quedado con Wilson —murmuré acercándome a mi madre para observar cómo preparaba las verduras y las troceaba con delicadeza. Todo lo que implicara paciencia y dedicación era para ella.

Me miró sorprendida por encima del hombro.

—¿Entonces? ¿Con tu amigo, el chico rubio de clase? —preguntó intrigada—. Es un buen chico, me cae bien.

Sonreí cuando mencionó a Jay. Uno de mis colegas de clase y en el que más confiaba. A Jay le propuse acompañarme a la noche de los juegos en casa de Ruby. Todavía recuerdo cuando giraron la botella y esta se quedó frente a él y Wilson. Jay no conocía a Maddie, pero estaba convencido de que le caería bien, aunque no pude presentarlos.

—No —respondí neutro—. Una compañera de clase me dijo de salir a dar un paseo el otro día.

Se quedó callada un instante.

—No pareces muy ilusionado, ¿no?

Pensándolo detenidamente, probablemente no habría aceptado si no hubiera sentido esos ojos verdes recorriéndonos con la mirada.

—Es una chica simpática —dije como si eso fuera suficiente respuesta.

Quizá la estaba subestimando, pensaba que Millie tenía otros intereses, al menos por lo que había observado.

Nunca se sabe.

Miré de nuevo el reloj. Las 17:40.

—Luego nos vemos —me despedí de mi madre.

Después me dirigí a la puerta principal y, cuando salí, contuve el aliento por el viento helado que me dio la bienvenida.

Recorrí el camino que siempre hacía hasta mi instituto, donde Millie me había dicho de vernos. Estaba cerca del centro privado al que iba antes y al que todavía iba Maddie, y prácticamente la mayoría que pudiera permitirse una vivienda por aquí.

Recuerdo cuando mi familia y yo nos mudamos hace unos años. Mis padres se dejaron todos sus ahorros en la pequeña casita en la que vivimos. Nunca podré agradecerles todo lo que hacen por mí.

Cuando mi familia dejó de poder pagar las cuotas mensuales del instituto privado, tuve que cambiarme sin remedio. Al principio

sentía que me ahogaba cada vez que entraba por las puertas del nuevo centro. Todo era nuevo y a la vez desconocido.

Y me faltaba Maddie, sobre todo me faltaba ella.

Vi a lo lejos una mata de pelo negra sentada sobre un banco en un jardín junto al instituto.

—Hola, Millie —la saludé acercándome por detrás.

Ella simplemente se limitó a sonreír débilmente. Estaba un tanto triste, a diferencia de lo emocionada que parecía el otro día en la cafetería.

Me senté a su lado y el frío me azotó la cara.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté con un deje de preocupación.

Su cabeza estaba agachada y tenía la misma ilusión que si estuviera en un funeral.

«Joder, ¿tan horrible soy?».

—¿Nunca has sentido como si no tuvieras control sobre tu propia vida?

Su pregunta me dejó pasmado por un momento. Le miré el perfil, pero ella seguía con la mirada fija en el suelo, inspirando el aire fresco que parecía calmarla.

—Perdona, sé que es una pregunta absurda.

—No, en realidad... no lo es —dije antes de que pudiera arrepentirse—. De hecho, sé muy bien lo que se siente.

Por primera vez desde que había llegado, giró su cara para mirarme.

—¿En serio?

—Sí —le sonreí para infundirle seguridad—. Creo que todos nos hemos sentido así en algún momento, no es ninguna tontería.

Asintió despacio y apoyó la cabeza contra el respaldo del banco.

—Es que a veces siento que hago las cosas por presión y...

—Es una auténtica mierda —terminé por ella.

Soltó una pequeña carcajada.

—Siento mucho haberte hecho venir hasta aquí para nada —murmuró.

Levanté una ceja, de pronto curioso.

Al ver mi estupefacción se explicó mejor.

—En realidad solamente me acerqué a ti porque mi amiga Jo, la chica con la que estaba el otro día, me dijo que lo hiciera —comenzó diciendo y se notaba que le escocía cada palabra—. No me malinterpretes, pareces un buen chico, pero...

—No soy ella.

Abrió los ojos impresionada, y su silencio fue suficiente respuesta.

—Somos amigas desde prácticamente siempre..., pero ella insiste en que debería darle la oportunidad a algún chico.

—¿No lo sabe?

—¿Qué?

—Que en realidad te gusta ella.

Negó con la cabeza y soltó una risa carente de emoción.

—No lo sabe ahora y no lo sabrá jamás —aseguró como si fuera obvio.

—Y ¿por qué no?

Ella suspiró, frustrada como si estuviera cansada de fingir. Las máscaras en algún momento acaban por romperse, y lo sabía bien, pues llevaba mucho tiempo con una y estaba tan resquebrajada que se sostenía con pinzas.

«Quiero esa verdad».

Las palabras de Maddie se retorcían en mi estómago. La verdad podía doler, la verdad podía ser tremendamente injusta. Por eso pensaba que ocultarla evitaría el dolor.

Pero ver a Millie Harris así, como si le pesara tanto ocultar sus secretos, me hacía replantearme hasta qué punto podría aguantar la verdad oculta sin que me estallara en la cara.

—Si ella se enterara de lo que realmente siento... todo se iría a la mierda —confesó—. Y jamás querría perder la amistad que tenemos por una tontería pasajera.

—¿Y si no lo es? —pregunté—. ¿Y si no es una tontería pasajera? ¿Y si estás perdiendo la oportunidad de tu vida?

Millie enarcó una ceja.

—¿Seguimos hablando de Jo?

Me detuve un segundo.

—Creo que ambos estamos jodidos, Millie.

Esta vez se rio con fuerza y me contagió la sonrisa.

—Si quieres mi opinión, esa amiga tuya no dejaba de mirarte —aseguró con vehemencia—. Creo que el otro día la miré un poco mal. No estuvo bien, ni siquiera la conozco, solo quería... supongo que quería llamar la atención de algún modo.

Se puso tan roja que yo mismo no supe qué responder a eso. Asumí que todos hacíamos a veces tonterías para intentar destacar.

No pude evitar pensar en la cara que se le quedaría en aquel momento a Maddie. Me reí e imaginé qué estaría haciendo Wilson en aquel mismo instante.

Sin darnos cuenta, el tiempo había transcurrido y el cielo estaba prácticamente sumergido en la oscuridad. Gracias a las luces de las casas y las farolas podía distinguir a Millie de entre las sombras.

—¿Cómo es? —me preguntó y volví a la realidad. No supe a qué se refería, así que especificó poniendo los ojos en blanco—. Me refiero a la chica. ¿Cómo es?

«Oh».

«La pregunta del examen de historia que tuve la semana pasada era más fácil».

—Maddie... es —empecé diciendo, pero la imagen de su sonrisa me vino a la mente y no pude evitar reírme por lo bajo—. Es impredecible. Tiene una risa escandalosa que podría hacer reír a una ciudad entera. Se pasa las tardes leyendo *thrillers* y en el fondo sé que, si pudiera, me asesinaría como lo hacen sus protagonistas. Sé que piensa que no la escucho cuando me habla de sus libros, pero probablemente me los sepa de memoria. Le encantan las películas para llorar. Su flor favorita es la amapola y lleva siempre el pelo recogido en una larga trenza.

Millie me escuchaba atenta, así que yo seguí hablando sin cesar.

—Tiene una hermana pequeña y sé que haría lo que fuera por protegerla. Cada vez que tiene que hablar en público se pone tan nerviosa que se retuerce los dedos y suele dejarse pisotear porque cree que no es suficiente, pero claro que lo es.

Millie soltó una risita.

—Sabía que te gustaba esa chica.

—Eso no es...

—Vamos, Aaron. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Puede que no sea ni de lejos la persona más experta en relaciones, a la vista está, pero creo que podrías estar horas hablando de tu amiga Maddie, y con eso me lo dices todo.

Me quedé quieto analizando sus palabras.

«Nunca serás suficiente».

—Mi amiga Ally piensa que alguien como Wilson jamás querría estar con alguien como yo —le confesé a Millie y me sentí bien.

No me imaginaba que me fuera a aliviar tanto hablar con una persona que no me juzgara porque apenas me conocía.

—¿Te refieres a Ally Evans? Esa chica es terrible, Aaron —dijo con el espanto en toda su expresión—. Hace unos años convenció a una chica para que dejara de vestir con tantos colores porque decía que todo el mundo se reía de ella. Eso era mentira, claro, pero le creó tal trauma e inseguridad que ahora al verla parece un fantasma sin vida.

Abrí los ojos estupefacto.

«¿Ally había hecho eso?».

—Puede que tú seas su amigo, pero yo la conozco desde hace años, y no suele tener buenas intenciones.

No supe qué responder. Me había autoconvencido de que Ally se preocupaba por mí y por eso a veces hacía comentarios que dolían, porque ella creía que la verdad dolía. La vida de Ally era un drama constante. La vez que cogió mi bicicleta y la estrelló contra unos arbustos, salió disparada porque tenía que estar en casa para hacerse cargo de sus hermanos. Sus padres trabajaban constantemente para poder cuidar a su numerosa familia. Eran cinco hermanos, y ella siempre buscaba algún momento para escaquearse, pero no siempre podía.

—De todas formas, siento que tiene parte de razón.

—Claro que no la tiene, idiota. —Me miró seria, apuntándome con el dedo para clavarme sus palabras—. No dejes que nadie te diga que no eres suficiente.

Le sonreí agradecido.

—No te escondas de nadie, Millie —le aconsejé—. Creo que a todos les gustaría conocer a la verdadera Millie Harris si los dejaras.

Me devolvió la sonrisa.

Al rato me marché a casa. Mi cabeza no paraba de rememorar la conversación. Pasaron las horas y, cuando intenté cerrar los ojos, no paré de ver esa mirada verde que tan bien conocía.

Me puse en pie, decidido.

Madison Wilson, puede que esta noche estés dispuesta a asesinarme, pero correré el riesgo.

54

Yo antes de ti



Maddie

Había transcurrido una semana desde la última vez que había salido de casa. Las lluvias habían sido constantes y, para mí, esos ratos de calma escuchando las gotas eran sagrados.

Había leído al menos un cuarto de la montaña de libros que acumulaba esparcidos por mi habitación y mis estanterías.

Desde mi cuarto escuchaba a Liz hablar por teléfono todo el día, y yo solo podía poner los ojos en blanco al imaginar a Ty al otro lado de la línea.

Se me vino a la cabeza Aaron y me pregunté cómo le estaría yendo su cita con esa chica. Si lo estarían pasando bien, si ella estaría hablando demasiado o tal vez él estuviera demasiado nervioso. Si estarían tremendamente aburridos o, por el contrario, tendrían una conexión aplastante.

Por lo que me había contado Kath, habían quedado esa misma tarde, y desde ese momento no pude sacar a Aaron de mi cabeza, lo

que hacía que todavía me enfadara más con él.

«¡Maldito Miller!».

Para distraerme y evitar pensar en él pasé una bayeta para quitar el polvo de mis estanterías. Pero entonces me topé con esa cajita familiar. La cogí con cuidado y me senté con ella sobre mi cama.

Toqué con la yema de los dedos las amapolas pintadas y me mordisqueé el labio superior dudando entre abrirla o no.

Finalmente quité el pequeño seguro y la abrí con los dedos cosquilleándome de emoción.

«Si la nostalgia tiene olor, esto huele a recuerdos».

Cogí las cartas entre mis manos. Había siete en total, de enero a agosto, una cada mes. La octava estaba hecha pedacitos de camino al vertedero.

«Ay, Lizzy».

Abrí una de ellas al azar y la fotografía de unas rosas apareció ante mí. Ella acompañaba una de mis frases favoritas:

«Lo esencial es invisible a los ojos» de *El principito*.

Abrí otra con la emoción de una niña pequeña abriendo sus regalos de Navidad. Esta vez aparecieron ante mí unos lirios; debajo ponía escrito a mano otra frase de un libro. Esta vez se trataba de *Harry Potter y el prisionero de Azkaban.* La cita era de Albus Dumbledore y hablaba de encontrar la felicidad hasta en los momentos más oscuros.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y devolví las cartas al interior de su caja para dejarla de nuevo donde estaba.

Detestaba que me conociera tan bien y que hubiera roto la primera promesa que me hizo.

«Prométeme que nunca te vas a separar de mí».

Pero él no fue el único que faltó a su palabra y, por primera vez, sentí que el enfado que guardaba en mi interior estaba lleno de

tristeza.

Yo tampoco cumplí mi promesa.

«Prométeme que nunca dejarás que nadie apague tu luz, Maddie. Que no permitirás que te hagan daño. Ni siquiera yo».

«Te lo prometo».

Aunque quizá todavía estaba a tiempo de cambiarlo.

***

Estaba acostada sobre la cama con el ordenador portátil sobre las rodillas cuando un sonido atrajo mi atención.

Miré a ambos lados de la cama esperando escuchar ese sonido de nuevo, pero, como no volvió a suceder, me centré de nuevo en la película a la que recurría siempre en los días más fríos del invierno y cuando necesitaba silenciar mis pensamientos.

«No tiene nada que ver con que Aaron esté por ahí divirtiéndose...».

El sonido regresó, pero esta vez pude ver de qué se trataba.

Una pequeña piedra había impactado contra mi ventana. Eran las doce de la noche, por lo que el miedo empezó a subir por mis piernas hasta que estuve completamente enrollada en una enorme manta.

«Antimonstruos».

Una vez más, otra piedrecita dio un golpe en mi ventana. La curiosidad pudo conmigo y con cautela me acerqué al cristal.

Abrí la ventana abatible. El frío del exterior me congeló la piel.

Miré hacia abajo buscando al asesino en serie o al ladrón que pretendía hacerme cachitos o robarme, pero, al descubrir de quién se trataba, entrecerré los ojos con fastidio.

—¿Estás loco o qué? —susurré entre dientes, esforzándome por no alzar la voz para no despertar a mi hermana.

O a mi padre.

«Como él se entere de que Aaron ha venido a casa a estas horas le matará. Y yo seré la siguiente».

—No más que tú, rarita. —Aaron estaba mirándome desde abajo.

A pesar de su abrigo, estaba tiritando y tenía la mitad de la cara colorada por el frío.

—¿Qué haces aquí? ¿Querías asustarme o qué? —soné todo lo enfadada que pude porque no entendía qué estaba haciendo...

—¿Tan horrible te parezco, Wilson? —A pesar de los metros de distancia que nos separaban pude verlo enarcando una ceja oscura y mostrando esa sonrisa burlona para reírse de mí.

«Sí, me lo pareces».

—Eres insufrible, Miller —le contesté antes de alejarme de la ventana para salir de mi cuarto.

Bajé las escaleras de casa con la mayor sutileza que pude y llegué hasta la puerta de la entrada.

Me detuve un segundo replanteándome la idea de regresar arriba e ignorar que Aaron se hubiera presentado tan tarde en mi casa, pero eso no fue lo que pasó.

Abrí con cuidado de no hacer ruido y me topé con sus ojos a unos centímetros de altura por encima de mí.

Me analizó de arriba a abajo y una risita se le escapó de entre los dientes.

—¿Qué llevas puesto?

Miré hacia abajo confundida. Llevaba el conjunto de pijama rosita palo más calentito de mi armario y sobre este me cubría con una enorme manta blanca de la que no saldría por un tiempo.

—¿Qué tiene de malo?

Me crucé de brazos con la mayor indignación que pude mostrar.

—Estás... —Se lo pensó un segundo—. Llevas tantas capas que parece que estás a punto de hibernar.

Le di un manotazo en el hombro e hice un gran esfuerzo por no reírme ante sus ocurrencias.

Mi enfado con él se tambaleó.

—¿Puedo pasar? Hace como dos grados, Maddie.

Un tanto avergonzada, me hice a un lado para que pasara al interior. Estaban todas las luces apagadas a excepción del brillo que desprendía la lamparita de mi habitación.

Se me cortó la respiración al ver a Aaron entrando por esa puerta después de tanto tiempo. Ver cómo lo observaba todo como si nada hubiera cambiado, aunque todo lo había hecho.

—Vamos arriba, como despierte a alguien estoy perdida —susurré llamando su atención.

En cuanto cruzamos el umbral de la puerta de mi habitación, agarré el pomo y cerré. El alivio de no haber sido descubierta me llenó por completo. Me apoyé de lado sobre la pared, observando cómo Aaron analizaba todo lo que veía.

—Está todo... como siempre.

Su sonrisa fue tan real que no pude evitar devolvérsela, a pesar de todo.

—Eso es porque sigo siendo la de siempre.

«Más o menos».

Algo sobre mi cama llamó su atención. En cuanto seguí su mirada, las mejillas me ardieron y corrí hasta alcanzar el portátil donde estaba viendo una de mis películas favoritas antes de que él llegara.

—¿En serio, Maddie? *¿Yo antes de ti*? —Sonrío con ganas, evitando reírse—. Si siempre que la ves acabas llorando.

«Sí, ese es el punto».

—Me encanta esa película, la historia es preciosa.

Ladeó un poco la cabeza analizando mi expresión entusiasta.

—Siempre has sido una romántica para las películas.

Como respuesta, sonreí débilmente sin mostrar los dientes. Porque... ¿qué había mejor que un romance que te calara hasta los huesos?

«Uno que sea real».

Me crucé de brazos y lo miré.

—Sé sincero, Miller. ¿A qué has venido?

Se sentó sobre el borde de mi cama. Él no me miró, estaba... pensando.

—Me apetecía verte —dijo con sencillez, como si aquellas palabras lo explicasen todo.

No tenía un espejo a mano, pero hubiera apostado un dedo a que tenía las mejillas coloradas.

—¿A mí? ¿No tenías una cita? —Levanté una ceja porque sin duda me faltaba mucha información.

«Con él, siempre me faltaba mucha información».

Noté como el enfado volvía a mí cuando volví a hablar.

—Es ya tarde, Aaron.

—Cuando algo es importante, ¿por qué esperar? —dijo todavía mirando el suelo.

«¿Qué es tan importante?».

—Además, hablar con Millie me ha ayudado a entender ciertas cosas —continuó diciendo mientras recordaba algo. Supuse que Millie era la chica del cabello oscuro del otro día—. De hecho, a ella ni siquiera le interesaba, solamente le habían insistido mucho en que se acercara a mí.

Se encogió de hombros como si le fuera totalmente indiferente, cuando yo me había pasado toda la tarde encerrada en mi cabeza

con mil y una suposiciones.

—Ah... y ¿por eso has venido? ¿Para contarme que tu cita no ha salido como esperabas? —murmuré extrañada.

—En realidad, es exactamente lo que esperaba.

—¿A qué te refieres? ¿No decías que sí que querías ir?

La curiosidad y una parte increíblemente minúscula de esperanza burbujearon dentro de mí.

—Lo único que quería era olvidarme de que la chica más increíble que conozco es imposible para mí.

Esta vez me miró mientras hablaba y un millón de sensaciones se colaron sin avisar en mi pecho. Aunque creo que la ansiedad les ganaba a todas.

«No puede estar hablando de mí. No soy la chica más increíble que conoce, tampoco soy imposible».

La inseguridad se apoderó de mí.

«¿De quién está hablando? ¿Por qué me está contando esto a mí?».

No respondí y Aaron se tomó mi silencio como una señal y dejó el tema a un lado. Vi la decepción reflejada en sus ojos, pero la sustituyó por una mueca de curiosidad mientras observaba mi habitación.

«¿Por qué te ocultas?».

Pensé que todos nos ocultábamos en algún momento. Cuando algo no salía como esperábamos, o simplemente no queríamos que vieran cómo nos sentíamos, tendíamos a poner la máscara antidolor.

Y Aaron hacía justo eso constantemente, solo que lo conocía tan bien que jamás se podría esconder de esa manera conmigo.

Sin embargo, a veces era indescifrable.

—¿Qué es eso? —señaló una esquina de mi estantería haciéndome salir del ensimismamiento.

Vi dónde se había posado su mirada y sentí una mezcla de bochorno y nostalgia.

—¿La caja de las amapolas? —pregunté.

—Sí, recuerdo que la tenías desde que eras pequeña —dijo distraído—. Antes siempre metías papelitos que para muchos no tendrían importancia, como tickets, entradas, carteles... —Esta vez me miró a los ojos—. Pero para ti...

—Para mí sí eran importantes —terminé por él al recordar lo que me decía.

Me encantaba coleccionar todo tipo de papelitos que me hubieran acompañado en algún momento de mi vida porque, al fin y al cabo, eran recuerdos. Y los recuerdos siempre traían un sinfín de emociones, tanto buenas como malas. Esos recuerdos nos mostraban quiénes éramos o quiénes queríamos ser.

—¿Sigues guardando esas cosas dentro?

—Eh...

Me puse tan nerviosa que la curiosidad brilló en los ojos de Aaron como un destello malicioso.

Se levantó antes siquiera de que pudiera tener la oportunidad de frenarlo.

La alcanzó sin el más mínimo esfuerzo y yo contuve el aire en mis pulmones cuando la tuvo entre sus manos.

—Veamos qué ocultas tanto, Wilson.

Con una sonrisa fanfarrona, abrió la caja. Quería pararlo, pero no pude moverme, solo sentía una extraña sensación de expectación matándome por dentro.

Su expresión se transformó por completo al ver lo que guardaba.

—¿Estas son...? —susurró sin poder acabar la pregunta.

Miró las cartas que él mismo había dejado en mi ventana durante todo ese tiempo. Las miró con la pena empapando sus ojos azules.

El dolor pareció llenar el espacio entre los dos.

—Sí, son tus cartas.

Tragué saliva.

—No esperaba... Pensaba que las habrías tirado —me confesó asombrado.

Una carcajada grave y carente de diversión brotó de mi garganta.

—Lo dices como si hubiera podido hacerlo —dije cogiendo la caja y cerrándola de nuevo. La devolví a su lugar y miré a Aaron con una expresión cansada—. Esas fotografías eran lo único que me alegraba los días que sentía que se me venía el mundo encima.

Desvié la mirada de Aaron para evitar que viera mis ojos llorosos. Sabía que esa noche acabaría llorando, pero esperaba que fuera por la maldita película, y no porque estaba abriéndome en canal.

No se me daba bien hablar de sentimientos, pero estaban tan reprimidos que prácticamente salían sin esfuerzo en forma de palabras.

—Maddie, yo jamás quise march... —comenzó a decir con un tono lleno de dolor, pero algo le interrumpió.

De repente se congeló en el sitio. Su mirada ya no estaba puesta en mí, sino en un punto a mis espaldas.

«Pero ¿qué...?».

Sus ojos, del color del océano, se transformaron en hielo, y dejó de pestañear. Noté que su cuerpo se volvía rígido por la tensión y que la ira salía por cada poro de su cuerpo.

No me giré de inmediato. Tampoco lo hice unos segundos más tarde. Tan solo reaccioné cuando el miedo fue real y escuché pronunciar esas palabras.

—¿Te creías que no me iba a enterar, niña?

55

Te odio



Maddie

Lo odié. En ese momento sentí un rechazo intenso, aversión y una antipatía extrema por él. Despreciaba esa voz.

Ese tono grave, atronador, que puede asustar a cualquiera.

—Papá, yo...

No me dejó terminar. Se acercó a nosotros amenazante. Hasta a esas horas de la noche estaba impecable. Tenía el pelo perfecto y la barba hacía sombra en sus facciones.

Aterrorizaba.

—¿Qué narices es esto? —preguntó con la voz glacial, sin necesidad de elevar el tono para acallarnos—. ¿Una reunión secreta, Madison?

Tomé aire y no supe qué responder.

Pensé un millón de excusas para estar despierta a estas horas con Aaron en mi habitación después de tanto tiempo. Pero no se me ocurrió nada. Ni una sola idea.

—He sido yo el que ha venido —contestó Aaron por mí—. Maddie no sabía nada.

Nos miró a ambos entrecerrando los ojos. Parecía a punto de armar una guerra ahí mismo.

—Esto es inaceptable, Madison —vociferó sin previo aviso, ignorando por completo a Aaron—. ¡Te he permitido todas tus tonterías durante mucho tiempo! Pero ¿esto?

Se acercó a mí y me agarró del brazo con fuerza. Me arrancó la manta que rodeaba mi cuerpo y la tiró sobre el suelo enfadado.

—Como te vuelvas a acercar a ese chico, olvídate de vivir bajo mi techo. Y esta vez no habrá una llave escondida —susurró con la voz ronca.

Se me erizó el vello de la nuca y un par de gotas cayeron, llenas de rabia, de mis ojos. Mi piel ardía allí donde me estaba agarrado.

—Con tu amiguito parece que no funcionó —continuó hablando, mirando a Aaron como si fuera el mayor defecto que hubiera creado el planeta—. Pero te aseguro que contigo sí lo hará.

Soltó su agarre de mi brazo. Miré bajo la manga y vi que la marca roja de sus dedos permanecía como una huella en mi piel. Me toqué la zona dolorida con cuidado y pensé que un moratón aparecería en su lugar a las horas.

Miré a mi padre con rabia.

«Te odio».

Un millón de emociones negativas se acumularon en el escozor que sentía en la garganta.

«Te odio».

«Te odio».

«Te odio».

Mi padre se encontraba en mitad de la habitación, entre Aaron y yo. Se había dado la vuelta para mirarlo ahora a él, dándome a mí la

espalda.

—No aprendes, chico —le dijo negando con la cabeza, claramente decepcionado.

«¿Qué está haciendo?».

—Te doy diez segundos para que salgas de mi casa.

Lo miró fijamente, con una vena sobresaliendo de su frente, el cuello tenso y la cara roja de la ira.

«¿Cuánto odio puede llegar a acumular una persona en su interior?».

Y no me lo preguntaba precisamente por él.

Parecía a punto de explotar. Cuando algo se salía de su control no había marea que frenara la lava que corría por sus venas.

Y, esta vez, yo parecía estar casi tan furiosa como él.

Aaron cruzó conmigo una mirada rápida y cargada de emociones antes de encaminarse hacia la puerta. Mi padre lo siguió por detrás, acechándolo.

Sentí una vergüenza y una impotencia tremendas, pero no podía hacer nada.

«¿O sí?».

Los seguí con pasos decididos hasta llegar a la puerta del dormitorio, pero mi padre se detuvo en el marco.

—No te atrevas a salir de esta habitación, Madison —me dijo de espaldas a mí, y me impidió el paso—. Hoy ya has hecho suficiente.

Me quedé muda por la impotencia y, aunque deseaba hablar, no me dio la oportunidad.

Antes de cerrar de un portazo, pude ver por un microsegundo los ojos de Aaron.

Estaba afligido, con la cabeza caída.

Me miraba como... como si me hubiera fallado.

Apoyé la mano en un puño contra la puerta y otra lágrima rodó por mi mejilla. Esta vez no iba a dejar que desapareciera todo.

Tenía la opción de cambiarlo, de impedirle que hiciera lo que le diera la gana. Podía dejar de huir de todo, como siempre hacía.

Liz tenía razón.

«La próxima vez que tengáis pensado atacar a alguien, recordad que vosotros sois los primeros cobardes sin vida. Y los que os quedáis mirando sois iguales».

Esta vez no podía ser la cobarde que se quedara mirando. No podía.

Abrí la puerta decidida y escuché unos murmullos en la parte inferior de la casa. Bajé las escaleras como si mis pies fueran plumas. Me tragué el sollozo que tenía en la garganta y me esforcé para que mi respiración no sonara a kilómetros.

Cuando llegué a los últimos escalones pude escuchar las palabras.

—... te lo dije muy claro, Miller, no quería ver tu cara por aquí —escuché que decía mi padre en tono amenazador.

—Fui un idiota por hacerle el más mínimo caso —musitó Aaron, pero llegué a entender lo que decía.

—Fuiste inteligente en su momento, pero al final los críos sois todos igual de incompetentes —decía mi padre fingiendo estar decepcionado mientras se paseaba por la cocina.

Aaron estaba en el centro sin poder moverse de allí, mi padre le bloqueaba el paso.

Quería interrumpirlos y que se acabara de una vez por todas esta ridícula discusión, pero lo que estaba escuchando no tenía ningún sentido.

—Me dijo que me alejara de ella, y fue lo que hice. —Aaron encaró a mi padre y puso un dedo firme contra su pecho. El dolor y

la ira rugían en sus ojos—. Me hizo creer que ella no me necesitaba, que yo era un estorbo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Aaron...

—Solo quería la feli...

—¡No diga que quería la felicidad de su hija! —vociferó Aaron y mi padre abrió los ojos sorprendido.

Nunca jamás nadie se atrevía a enfrentarse así a él. De esa forma había creado un imperio, de esa forma se mantenía firme y todos lo obedecían, de esa forma había conseguido espantar a sus propias hijas...

Me puse una mano contra la boca para ahogar un sollozo.

—Si hubiera querido la felicidad de Maddie, jamás le habría dicho que no persiguiera sus sueños. Jamás le habría hecho creer que era una inútil incapaz de hacer cualquier cosa. Si de verdad la quisiera... —Hizo una pausa para tomar aire—. Si de verdad la quisiera, no intentaría arruinar todo lo que la hace feliz.

—¡Eso no es cierto! —siseó con fuerza mi padre, con los dientes rechinando.

—Siempre ha intentado convencerme de que no servía para nada, que no era suficiente para ella. —Aaron apretó los labios mirando al suelo con gesto de puro arrepentimiento.

Hice una mueca. No... no me lo podía creer.

No me podía creer que hubiera estado tan ciega.

—¿Es eso cierto? —pregunté irrumpiendo en la cocina.

Dos pares de ojos se me quedaron mirando estupefactos. Miré a mi padre, desafiante.

—¡Madison, te he dicho que no salgas!

—¿Es eso cierto? —repetí interrumpiendo el discurso de mi padre, que ya poco me importaba.

Esta vez miré a Aaron buscando la sinceridad en sus ojos. Buscando la verdad. Suspiró y supo que no podía seguir ocultándolo más.

—Me dijo que no podía... que no podía verte. Me hizo creer que yo era un error, yo era un error para ti —dijo en un susurro ahogado.

—Cariño, él te estaba perjudicando. —Mi padre se interpuso en mi visión y cambió su expresión a una más amable y vulnerable. Una tremendamente falsa—. Este chico es un estorbo en tu vida... Incluso llegaste a decirme que te gustaba escribir, y todo por lo que él te decía.

Abrí la boca en una mueca de completo aturdimiento.

—Pero ¿tú te estás escuchando? —le grité a la cara tras haber oído toda esa cantidad de sandeces. No daba crédito—. Eres... eres un maldito monstruo y siempre lo has sido.

Las lágrimas caían por mi rostro sin control. Tenía la vista cada vez más nublada, pero mi mente estaba más despierta que nunca.

—No lo entiendes... tú no lo entiendes —siseó con una de sus manos firmes formando un puño que probablemente de un solo golpe me mataría—. ¡Todas esas fantasías que tenías, y que él alimentaba, no sirven para nada! Te ibas a arruinar la vida. ¡Te habrías ido con él, te habrías marchado de aquí sin pensarlo!

De pronto entendí muchas cosas.

—¡No me vas a controlar toda tu vida, papá! —exclamé—. No puedes predecir qué va a ser de mi futuro, no puedes atarme e impedir que me vaya si quiero. Que me relacione con quien quiera, que viva como quiera.

Por primera vez vi el miedo reflejado en sus ojos. Vi la parte más rota de su alma, pues un pedazo de la máscara se estaba resquebrajando lentamente.

—¡Hice lo que tenía que hacer! —vociferó de nuevo elevando el tono de la voz.

—Cometió un error terrible, pero yo fui peor —intervino Aaron sacándome a mí de la pesadilla en la que se había sumergido mi cabeza. Desvió la vista hacia mí—. Pensé... pensé que él tenía razón, que mi familia y yo jamás estaríamos a la altura de personas como vosotros. Pensé que yo solamente estaba estropeando tus planes, Maddie. Que lo último que necesitabas era a alguien como yo en tu vida —terminó por decir—. Alguien perdido, sin futuro; alguien que apenas podría permitirse una cena; alguien que está deseando huir de aquí...

El lamento ahogado apenas me dejaba respirar y pensar con la cabeza. Ahora solo podía cederle el control a mi corazón.

Y el corazón era tremendamente peligroso... pero no mentía, siempre diría la verdad por dolorosa que fuera.

—Pero eras lo que más necesitaba, y sabes... sabes de sobra que jamás te juzgaría por ser quien eres, porque eres mi mejor amigo y eres importante tengas lo que tengas. Yo... solo te necesitaba a ti —balbuceé con la voz rota y los ojos rojos. Me señalé a mí misma y fijé los ojos en mi padre, la persona que me había criado gran parte de mi vida y a la que podía mirar a la cara a duras penas—. Y tú... Nunca has sabido lo que yo quería, siempre nos has obligado a ser tus niñas perfectas. Impecables y sin fallos.

Negué con la cabeza y lo vi todo rojo. Saber que por culpa de mi padre todo se había roto lo hacía mucho más difícil, porque en el fondo guardaba la esperanza de que, por una vez, él no hubiera tenido nada que ver.

Por supuesto, me equivocaba.

Mi padre abrió la boca para hablar, pero no se lo permití. La rabia salía disparada de mí.

—Desde siempre, tanto Lizzy como yo hemos tenido que acatar tus ridículas normas porque para ti eso nos ayudaría a enfrentarnos a este mundo —dije acercándome a él con pasos seguros—. Pero te equivocabas, no necesitábamos que fueras tan duro con nosotras; no necesitábamos que te encerraras en el despacho doce horas al día... Necesitábamos un poco de cariño, papá. Te necesitábamos a ti.

Limpié las gotas que caían por mis ardientes mejillas y le dije lo último que tenía en mente. Lo que quería que supiera y que jamás olvidara.

—Has hecho auténticas locuras, y todo, ¿para qué? —Hice una pequeña pausa—. Lo único que has conseguido es que la poca esperanza que tenía en ti se esfumara. ¿Sabes? Rezaba porque Liz abriera los ojos y se diera cuenta de cómo eres realmente y, ¿sabes qué? Lo hizo. Enhorabuena, papá. No solo has conseguido hacerme infeliz sin importarte lo más mínimo; también has logrado que llegue a odiarte. Y créeme que lo hago.

Por primera vez en mi vida vi una lágrima silenciosa y apenas visible rodar por sus mejillas.

Esa noche no volví a decir una sola palabra. Subí corriendo las escaleras y me encerré en mi habitación. Lloré a lágrima tendida.

56

Aprende a vivir con ello



Maddie

Al día siguiente era oficialmente Navidad.

Casi ni me habría percatado de ello si no hubiera sido por las potentes luces de los vecinos que se colaban por mi ventana.

Era una época que me gustaría poder decir que celebraba en familia, pero mi padre se clavaría una estaca antes que celebrar estas fechas.

La noche de la pelea, noté que se derrumbaba, que la parte más humana de él por fin salía a la luz. Sin embargo, desde ese momento ninguno de los dos habíamos vuelto a hablar. No se había molestado siquiera en disculparse o intentar hablar conmigo después de una larga semana.

Estos últimos días habían estado cargados de emociones.

Por una parte, estaba la tensión que se acumulaba en casa y que podría cortar con un cuchillo si quisiera y, por otra, estaba Aaron.

No había podido dejar de pensar en él desde que se fue por la puerta de mi casa.

Pensé en escribirle un millón de veces, pero ni una sola vez encontré las palabras. En su lugar me hice una bola. No hablé con nadie y apenas salí de mi cuarto. Me sentía traicionada y a la vez... sumamente aliviada.

«No fue culpa mía».

Todos esos meses me autoconvencí de que algo había hecho mal. De que lo había ahuyentado.

Pero no había sido yo.

Se me retorcía el estómago cada vez que recordaba lo que fueron esos meses para mí.

Mi padre era el responsable de gran parte de mis lágrimas y no le importó.

Miré una última vez las luces llamativas y coloridas que creaban formas sobre los tejados de las casas y me fui de nuevo a la cama.

57

Felices fiestas



Maddie

Ese día sí, era Navidad.

Puede que fuera el día de afrontar que necesitaba hablar. Necesitaba despegar de una vez la tirita.

Me desperté con la sábana pegada a la cara y con la luz de la mañana entrando por la ventana como una señal para que me despertara.

Noté que algo me agarraba el hombro derecho y me zarandeaba.

Me limité a hacer un ruidito gutural como respuesta.

—Maddie, levanta el culo. Es tarde.

Podía sentir la mirada de mi hermana atravesándome el cráneo.

Antes de jugármela y que su instinto asesino saliera a la luz, me incorporé, todavía con los párpados medio cerrados.

—¿Qué quieres, Liz?

Abrió sus ojos celestes sorprendida.

—¿Cómo que qué quiero? —Notaba su indignación a kilómetros—. Pues que es Navidad.

La miré entrecerrando los ojos.

—Feliz Navidad, Liz —murmuré deseando volver a apoyar la cabeza contra la almohada—. ¿Contenta?

Antes de que pudiera cerrar los ojos de nuevo, cogió la esquina del edredón que me cubría y tiró.

—No —respondió mientras forcejeaba contra mí para arrancarme las suaves sábanas—. Quiero que te levantes, que olvides lo que pasó el otro día y te enfrentes a las consecuencias.

«¿Pero esta niña de dónde cojones ha salido? Lo digo en serio».

Cuando terminó la discusión con mi padre y Aaron se marchó, me encerré en mi cuarto a llorar. Al cabo de un rato, Liz entró a mi habitación, preocupada por mí. Me confesó que había escuchado la discusión y que había preferido mantenerse al margen. No la culpaba. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—¡Es Navidad! —me insistió Liz—. No puedes quedarte en la cama.

—¿Desde cuándo celebramos nosotras la Navidad? —Me aparté el pelo enmarañado de la cara y la miraré a los ojos.

Liz me respondió con una sonrisa traviesa que no me gustó nada.

—Han organizado una quedada para subir esta tarde al mirador de la colina de detrás del instituto —me dijo con una voz que pretendía tratar de convencerme—. Vamos a llevar todos comida y bebidas para subir a ver el atardecer desde la cima, ¿qué me dices?

—¿Quién ha organizado todo eso?

—Por Dios, Mad. Lo sabe todo el mundo, probablemente vaya medio instituto. Lo han propuesto unas chicas de mi curso. —Puso los ojos en blanco y me cogió del brazo para tirar de mí e incorporarme.

Esta vez me miró a los ojos y me dedicó una sonrisa comprensiva.

—Sé que estás triste, que las cosas no han salido como tú esperabas —siguió diciendo con lentitud, marcando cada palabra—. Pero creo que nos vendrá bien salir de aquí.

—No sé yo...

—Vamos, Maddie, me apetece mucho ir y quiero que vengas conmigo —noté el chantaje emocional desde la otra punta de la cama, pero lo dejé pasar.

—¿Puede venir quien yo quiera?

Parpadeó unos segundos.

—Sí, claro. Puede venir quien sea, ¿en quién estás pensando? —alzó una ceja tanto que pensé que saldría disparada—. ¿En Aaron? Así podrías hablar por fin con él...

—No —la corté—. Es decir... no sé si tengo fuerzas todavía para hablarle —admití por fin y no me quedó otra que agachar la cabeza.

Liz se sentó junto a mí en la cama.

—En algún momento tendrás que hacerlo. Creo que ya es hora de que por fin vayan bien las cosas, ¿no?

—Sí, puede que tengas razón.

58

Un regalo de Navidad



Maddie

–¿Te apuntas?

Kath me miró entrecerrando los ojos mientras pasaba un trapo por la barra. Las pecas sobre el puente de su nariz y sus mejillas se arrugaron con una mueca.

—No sé si voy a poder, Maddie —contestó con un deje de tristeza en sus palabras—. Mi padre estos días está más nervioso de lo normal. El otro día salió de casa mientras su cuidadora estaba limpiando.

Katherine, que de por sí llevaba siempre pintada una sonrisa o una mueca animosa, hoy estaba ausente, disociada.

Kath agachó la cabeza con pesar y me sentí fatal por ella. Sabía que tenía sueños, que tenía metas, que había abandonado sus estudios universitarios para hacerse cargo de su padre. Y yo la admiraba por ello.

Solo de pensar en la universidad me daban náuseas. Llevaba tanto tiempo perdida que encontrar el camino para reencontrarme parecía una tarea imposible. Una cuesta empinada que nunca descendía.

«Demuéstrate lo que eres a ti misma».

El labio le tembló de manera casi imperceptible.

—La pobre no se dio cuenta, pero él acabó tres calles más abajo. Estaba totalmente desorientado —dijo con tristeza.

—Si necesitas mi ayuda, para lo que sea...

—Lo sé. Gracias, Mad —me dijo con sinceridad.

Compartimos una sonrisa de complicidad y estaba a punto de marcharme cuando Kath me llamó de nuevo.

—¡Ey! Si todo va bien lo mismo puedo pasarme cuando cierre la cafetería —dijo mientras me guiñaba un ojo y salía de la barra para dirigirse a una mesa a atender a su clientela.

Asentí agradecida con una amplia sonrisa y, antes de girarme y regresar por donde había venido, una mirada gélida se clavó en mí.

La sentí en la piel, en el pecho, en la sangre que corría por mis venas.

«En todo tu maldito sistema nervioso».

Entonces mi mirada se encontró con la suya y ahí estaba él, como esperaba.

Con los bíceps cruzados sobre el pecho, el mismo conjunto de trabajo de siempre y esa dichosa sonrisa burlona que parecía reírse de mí.

Fueron apenas segundos los que mantuvimos la mirada antes de que yo rompiera el contacto visual, me girase y saliera disparada hacia casa.

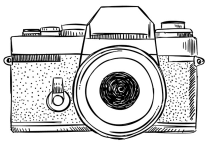
Pero no pude evitar sonreír. Tenía un presentimiento. Algo me decía que esta noche prometía. Por ello, al salir de la cafetería de

Kath y que la brisa helada me azotara las mejillas, decidí que enfrentaría lo que viniese.

Expectante por lo que la vida tuviera esta vez preparado.

59

¿Arriesgarse merece la pena?



Aaron

Tener que trabajar el día de Navidad no era algo que entrara en mis planes, pero sí era algo que necesitaba.

Todo el dinero que conseguía trabajando en la cafetería por las tardes lo tenía a buen recaudo. Además de lo que ganaba con la venta de las fotografías expuestas que algunos de los clientes compraban al ver colgadas sobre la pared.

Las redes sociales habían acercado a muchísimas personas a venir a probar los dulces y bebidas de Kath. Por eso había decidido abrir el día de Navidad y, aunque yo no tenía turno, quise ir a echar una mano.

—¿Has oído lo de la quedada del Eryndale? —preguntó Kath distraída, observando a la pareja que disfrutaba de unos batidos en una mesa.

—Sí, algo he oído —respondí sin darle más importancia.

—Debería ir.

La miré pasmado, apoyado sobre la barra.

—Maddie me ha preguntado si me apetecía ir con ella y con su hermana. Van a subir hasta la cima de la colina para celebrar las fiestas —me dijo y me miró, alzando las cejas con una clara insinuación.

Suspiré con una sonrisa.

—No sé si es buena idea, la última vez que estuve cerca de ella solo traje más problemas.

—¿Y qué más da?

La miré extrañado, sin comprender por dónde iba.

—¿Cómo?

—Arriésgate si merece la pena. —Me señaló con el dedo índice en el pecho—. He visto cómo la miras y también cómo lo hace ella. —Hizo una pausa para coger aire—. Si no sales ahí fuera y hablas con Maddie, me sentiré bastante decepcionada.

A pesar de que Kath siempre bromeara sobre nosotros, esta vez parecía no hacerlo. Estaba seria y se la notaba cansada.

Sabía por qué estaba aquí.

Puede que a cualquiera le extrañara que abriera su local un día festivo en el que podría descansar, pero Kath no podía. Para ella era muchísimo más doloroso quedarse en casa cuidando a su padre. Lo veía en la forma en la que siempre se despedía para marcharse, con los ojos apagados, agotada.

Se notaba su profunda tristeza siempre que mencionaba la pérdida de memoria de su padre. La manera en la que la miraba a ella, a su propia hija, como si no pudiera reconocerla.

Por ello y un millón de motivos más, decidí hacerle caso. Porque si Kath se enfrentaba a todo aquello sola, no podía ser una decepción para ella.

Me tomé unos segundos para crear tensión, aunque ya tenía una respuesta.

—Está bien, iré.
Katherine me sonrió e inclinó la cabeza hacia delante orgullosa.
Me dirigí a la puerta para salir y escuché a Kath a mis espaldas.
—¡Ponte guapo, Miller!
Sonreí para mis adentros.

60

Una oportunidad para brillar



Maddie

–¿Estás segura de esto?

Lizzy me miraba inclinando la cabeza maravillada.

—Es precioso, si no te lo pones te juro que me vas a oír gritar, Mad.

«No hace falta que lo hagas, te creo».

Me volví a mirar en el espejo de cuerpo entero que tenía mi hermana en su habitación.

Había escogido un vestido burdeos que llevaba en mi armario años y que jamás me había puesto. No me habría decidido por un vestido en pleno invierno en la vida si no fuera por las insistencias de Liz. Decía que era un evento especial y que la gente iba a ir arreglada.

«Tocará hacerle caso, supongo».

—Me voy a morir de frío con esto puesto, Liz.

—Claro que no, llevas como dos capas de medias y tampoco hace tanto frío, no exageres.

Si las miradas hablaran, con la mía la habría asesinado, directamente.

Estábamos en diciembre. Íbamos a subir una maldita colina.

«Tiene un concepto del frío un poco distorsionado. Porque definitivamente el helor que siento no es mental».

Me miré nuevamente y pasé una mano por la tela de terciopelo que daba forma al vestido.

Tenía que admitir que este sin duda había sido amor a primera vista.

En cuanto lo vi en el escaparate de una tienda no dudé en comprarlo, pero no había encontrado la ocasión para ponérmelo.

Hasta ahora, al parecer.

Tenía un escote recto que dejaba ver al completo las clavículas y el cuello, y manga larga hasta las muñecas. La tela se ceñía a mi cintura como si estuviera hecho a medida, y acababa con un poco de vuelo al final, hasta las rodillas.

Los leotardos negros me cubrían las piernas, y para el calzado había optado por unas botas de charol, negras también.

«Vas guapa. Te sientes guapa. Eso es lo importante».

—Nos va a matar cuando se entere —murmuré con la boca casi cerrada.

—¿Quién? ¿Papá? —Liz soltó una risa seca y suspiró—. Por favor, creo que ya ha hecho suficiente. Desde que discutisteis apenas ha salido de su despacho y hoy es la noche de Navidad y él la odia, así que seguramente esté encerrado allí, como siempre.

El picor en el pecho me hizo cosquillas. Mi padre y yo no habíamos vuelto a hablar. Le daría igual a dónde fuera. Sabía que me había perdido y a Liz también.

—Esto lo tienes que soltar. —Mi hermana se acercó a mí por detrás y agarró la larga y densa trenza que me llegaba hasta la cintura y me recogía el pelo—. Lo tienes muy bonito como para llevarlo siempre recogido.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé.

A los pocos segundos, los mechones platinos cayeron en cascada por mi espalda y mis hombros en ondas perfectas. Tenía el pelo como lo había tenido mamá, extremadamente claro, a diferencia del de Liz y mi padre, que eran castaños.

—Los vas a dejar a todos mudos —me dijo y me sacudió de los hombros un poco para que me soltara.

—Tú tampoco estás nada mal —dije elevando las cejas con un gesto burlón—. Se te ven las intenciones...

Liz había optado por un vestido también. El suyo era negro y brillaba a kilómetros de distancia. Se había delineado los ojos y llevaba el pelo semirrecogido. Su piel pálida contrastaba a la perfección con el color negro de su vestido.

—¿A qué te refieres?

Juntó las cejas, de pronto muy interesada en la conversación.

—¿No te has puesto así de guapa para tu amiguito Tyler? —insinué descaradamente.

Me alegraba muchísimo que mi hermana y yo estuviéramos mejorando nuestra relación. Desde que dejó de relacionarse con el grupo de Amber, parecía haber cambiado.

O, en realidad, ahora era ella misma.

Las influencias nos cambiaban, el problema estaba en no saber si era para bien o para mal.

—¿Que si me he arreglado por Ty? —Liz se carcajeó en mi cara—. Maddie, me he arreglado porque me apetecía verme bien y que mire

quien quiera mirar y tenga ojos en la cara.

Dicho esto, se marchó al baño para calzarse y me quedé en la habitación frente al espejo callada.

Sonreí.

«No sé de dónde ha salido esta niña».

Mientras ella estaba en el baño, me acerqué al escritorio que tenía junto a la cama. En él había una carpeta de la que sobresalían varios dibujos.

A Liz siempre la había fascinado el dibujo, como a nuestra madre, pero lo sabíamos ella y yo. Jamás le contaría tal cosa a papá.

La tomaría por loca, como hizo conmigo.

En su lugar, Lizzy siempre había tenido claro que heredaría la empresa familiar y se haría cargo de ella.

«Gracias, Liz, por tanto».

Por eso nuestro padre le guardaba más respeto, más admiración. Porque ella sí seguiría sus pasos.

Abrí la carpeta llevada por la curiosidad y me sorprendí al instante con los diseños que vi. Había un dibujo de un colibrí sobre un árbol pintado con acuarelas, retratos de personas aleatorias y el último que pude ver estaba dibujado a lápiz. Era de un chico. Un chico de pelo rizado que estaba sentado sobre el suelo, mirando al cielo mientras sonreía. Los detalles eran increíblemente perfectos.

—¿No te han dicho nunca que no se hurga en las cosas de los demás?

Di un respingo y casi sentí cómo se me salía el corazón por la boca del asombro.

—Joder, Liz, qué susto.

Cogió los diseños y los guardó de nuevo en la carpeta, que cerró bien y puso a buen recaudo.

«¿Eso que hace es esconderla?».

«Sí, la está escondiendo».

—Son privados, Mad —me recriminó Lizzy.

—Lo siento —murmuré, pero no me arrepentí de decir lo siguiente —. Los dibujos... son buenos, muy buenos, de hecho.

Mi hermana levantó la mirada y juré ver sus ojitos azules destellear levemente.

—¿En serio lo crees?

Asentí con la cabeza, para infundirle seguridad.

—La última vez que me hicieron ese comentario la cosa no salió muy bien que digamos, ¿recuerdas? —bromeó guiñando un ojo.

Todo lo que sucedió con Amber. Y pensar que comenzó con un estúpido comentario como este.

«Sus traumas, sus chistes. Supongo».

—Yo te lo estoy diciendo en serio. —Alargué un brazo para apoyar mi mano en su hombro—. Sabes que me preocupo por ti porque eres mi hermana, y a veces puedo ser muy pesada, pero quiero que lo entiendas. Jamás te diría o haría algo para hacerte daño, ¿me escuchas?

Sus ojos se volvieron acuosos sin previo aviso.

Era la segunda vez, desde hacía años, que veía a Liz llorar. Puede que sí lo hiciera, pero jamás delante de alguien. Era extrovertida y sociable una parte del tiempo, esa parte de ella que no quería volver a estar marginada, pero conocía a mi hermana y, en el fondo, era reservada para sus cosas.

—Lo siento mucho. —El arrepentimiento bailaba en sus ojos y el pecho me dolió al verla así—. Cuando éramos pequeñas, siempre me portaba fatal contigo... y lo he seguido haciendo.

Pestañeó veloz para evitar seguir derramando más lágrimas que pudieran estropear el trabajo que había hecho en sus ojos.

Seguí escuchándola hablar.

—Te... te tenía mucha envidia —balbuceó y yo abrí los ojos sorprendida.

—¿Envidia por qué? Siempre conseguías lo que querías, Liz.

—No lo tenía todo, Maddie —dijo mirándose los pies—. Tú sí que eras capaz de hablarle a papá de tus sueños, de lo que realmente querías, aunque sabías que no se lo tomaría bien.

Aquello me había traído las peores consecuencias, pero sí era cierto que, aunque me costara un mundo hablar con él, intenté por todos los medios que me escuchara.

No lo hizo, eso estaba claro.

—También tenías a Aaron y al club, y yo... yo sentía que comparado con eso no tenía nada.

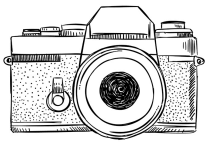
Jamás habría dicho que mi hermana pensara así. Que pudiera verme de esa manera y mucho menos que me lo acabara confesando.

La atraje entre mis brazos y la abracé con cariño. Posé mi mano en su sedoso pelo y dejé salir el aire que llevaba todo ese tiempo contenido.

Aquel abrazo fue una promesa de no volver a escondernos. La señal para empezar de cero y luchar por lo que quisiéramos, fuera lo que fuese. Una oportunidad para brillar.

61

Para nuestra colección de atardeceres



Aaron

Sentía que el maldito corazón me galopaba en el pecho.

El tramo del sendero que había hasta el mirador de la colina estaba dividido en la carretera por la que subían y bajaban los coches y un pequeño camino para pasear por allí.

Mis pasos eran apresurados, tenía que llegar a tiempo.

Las tardes de invierno eran excesivamente cortas y, si no te dabas prisa, te perdías la oportunidad de ver el cielo antes de que se llenase de estrellas.

Llegué hasta el punto de encuentro que me había indicado Kath, aunque a la vista estaba que se había presentado medio Everbrook para celebrar las fiestas.

Había grupos de adolescentes y gente joven allá donde miraras. Estaban todos dispersos por la cima de la colina, alrededor del muro que rodea el mirador.

El cielo ya se estaba comenzando a teñir de colores cálidos cuando la vi.

Un poco alejadas de la multitud se encontraban las hermanas Wilson. Liz destacaba por el negro en sus prendas, distintivo en ella, aparte de la mirada fulminante que parecía lanzar a todos los presentes. Y luego, a su lado, estaba Maddie.

Y Maddie... iba preciosa.

A pesar de llevar una gabardina sobre sus hombros, se distinguía por debajo un vestido burdeos con el que parecía sentirse muy cómoda. El pelo suelto enmarcaba su cara y hacía destacar sus ojos verdes. Maddie se abrazaba a sí misma para luchar contra el frío.

Lo cierto es que, analizando al resto, iban todos bastante al descubierto. Estaba seguro de que Wilson estaría por dentro pensando en mantas y cafés calientes.

Me acerqué hasta llegar a su altura.

Liz fue la primera en verme, y sus ojos se abrieron con sorpresa, con una mezcla de rabia y odio que estaba dispuesto a enfrentar.

—¿Qué haces tú aquí? —Lizzy me miró entrecerrando los ojos. No parecía contenta con mi presencia.

Me giré para mirar a Maddie, que parecía asombrada.

—¿Aaron? ¿Qué haces...? —comenzó a preguntar.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Wilson? —la interrumpí.

Se me quedó mirando como si no tuviera una respuesta para ello. Vi que cogía aire y miraba a su hermana pequeña con la duda en los ojos. Parecían hablarse con la mirada.

—¿Estás segura? —le preguntó Lizzy.

Maddie volvió a mirarme antes de contestar a su hermana.

—Sí, no te preocupes. Estaré bien —dijo Maddie y miró a su hermana con cariño.

Antes de girarse y alejarse de nosotros, Lizzy me lanzó una mirada de advertencia. Parecía preocupada, como si no supiera qué esperar

de mí, pero también era un aviso para que no le hiciese más daño a su hermana.

Desvié la mirada, sintiéndome culpable, y esperé unos segundos para empezar a hablar.

No sabía qué decirle ni cómo iniciar esa conversación para arreglar la situación. Había guardado tantas cosas durante todos esos meses dentro de mí para no preocuparla que ahora que la tenía ante mí no sabía por dónde empezar.

Miré tras ella y me relajé al ver el cielo. Sonreí.

—Estamos donde siempre —susurré mirando al horizonte, donde el sol ya estaba a punto de ocultarse.

Maddie me miró confusa.

—¿A qué te refieres?

—Los atardeceres —contesté y devolví mi mirada a aquellos ojos verdes en los que me podría pasar horas para intentar descifrar lo que esconden—. Creo que siempre nos acompañarán los atardeceres.

Me sonrió débilmente.

Noté un par de miradas curiosas clavadas en nosotros, así que cogí la mano helada de Maddie y la guie para que me siguiera.

Había alumnos por todos los rincones, pero la mayoría estaban disfrutando de la comida y bebida en el área de descanso. Sin embargo, si te acercabas más al muro del mirador, apenas había un par de personas asomadas.

Maddie se quedó rígida a mitad del camino por el que la dirigía.

Me giré para verla, pero su mirada estaba enfocada en el muro que nos separaba de caer al vacío.

Apreté mi mano contra la suya. Conocía esa historia. La muerte de la madre de Maddie había dejado un vacío en el corazón de la niña que perdió a alguien tan importante siendo tan pequeña.

Puede que ella no lo presenciara, pero sabía el temor que le producía estar allí. Como también sabía que era más valiente de lo que quería creer.

—Estoy sosteniéndote, no te vas a caer —le aseguré acercándola un poco más a mí.

—Pero ¿y sí...?

—No va a pasar nada, Maddie, compruébalo por ti misma.

—¿Estás de coña? —Me miró perpleja.

Negué con la cabeza y le solté la mano, y su ausencia me dejó un rastro frío.

Maddie dio un par de pasos y ya estaba casi a punto de llegar al muro cuando se detuvo.

—¿Y si tropiezo y me caigo? —preguntó por encima de los hombros.

Solté una pequeña sonrisa y me acerqué a ella.

—Puedes hacerlo, son solo dos pasos.

Retomó la distancia que quedaba hasta llegar al borde y se sostuvo en la piedra del muro.

Se asomó y desde allí arriba pudo ver todo el valle, que bajaba hasta la ciudad, en todo su esplendor. El instituto Eryndale se veía majestuoso desde la altura a la que nos encontrábamos.

No era ni de lejos el mirador más alto de la zona, pero era un paso más, y solo podía sentir orgullo en el pecho.

—Lo he conseguido —murmuró con la mirada viajando por todo el paisaje y el cielo que ya estaba adquiriendo los tonos propios de una tarde de invierno.

Me miró sonriente y juraría que yo también sonreí solo por verla así. Feliz.

—Siento mucho lo que pasó el otro día —comencé diciendo porque era lo que tenía que decir. Porque ya estaba todo descubierto

y lo único que me quedaba era una culpa arrolladora martirizándome cada día. Wilson se tensó a mi lado—. No tendría que haber sucedido así, nada tendría que haber sido así.

Inclinó la cabeza a un lado, una mueca nostálgica dibujada en sus labios.

—Durante mucho tiempo me culpé a mí —dijo sin tapujos, con la voz clara—. Pensaba que había hecho algo que te había espantado. Y sí, me dolió muchísimo que no me dieras respuestas, pero me duele más darme cuenta de que confiabas tan poco en mí.

Se giró para mirar el cielo antes de seguir hablando.

—Que creyeras que no eras suficiente cuando siempre habías sido mucho más que eso —terminó en apenas un susurro.

Tragué con fuerza. Sus palabras se clavaron en mí.

—Para mí no había más soluciones, traté... traté de hacerle frente —confesé negando con la cabeza cuando los recuerdos vinieron a mi mente—. Pero tu padre haría lo que fuera, Maddie. Lo que fuera.

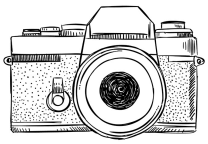
Mi mente viajó a la primera vez que sentí el verdadero miedo que daba Peter Wilson. La primera vez que me replanteé todo.

Y aquella vez decidí ser sincero.

Le conté todo a Maddie, porque se merecía saber la verdad, porque se merecía saber que yo no me fui por su culpa. Que, si no hubiese tenido tanto miedo, jamás me habría marchado.

62

¿Por qué tenía que ser así?



Aaron. Agosto, hace un año.

En cuanto volvimos de la salida al centro de la ciudad a por un par de helados, el mundo pareció congelarse cuando la mirada del señor Wilson se clavó en nosotros. En mí.

Fue mortífera desde el primer instante.

Mandó a Maddie a su habitación y ella lo hizo sin rechistar. Yo me quedé en el portal, apretando los puños de impotencia.

¿Por qué tenía que ser así?

¿Qué daño le habíamos hecho nosotros para que salir a por unos helados en pleno verano fuera un delito?

El señor Wilson dio un paso al frente y cerró la puerta tras su espalda con un sonido seco.

Estaba convencido de que podría hacer retumbar la casa si lo deseaba.

Sus ojos destilaban rabia, pero en los míos había una ira que habría hecho arder al señor Wilson si hubiese podido.

—No voy a volver a permitir que suceda esto, ¿me entiendes? —Su voz era gélida como un glaciar—. Quiero que te alejes de mi hija.

—¿Por qué piensa que debería hacerlo? —Di un paso al frente—. ¿Qué le hace pensar que dejaré a Maddie sola? ¿Qué le hace creer que le haré caso?

La sonrisa retorcida que me dirigió me heló hasta los huesos.

Tenía la mente fría, calculadora. Era la definición de un bloque de hielo con traje y corbata.

—Porque creo que los dos somos conscientes de que jamás podrás estar a la altura de esta familia, hijo. —Apoyó su fuerte mano sobre mi hombro y la excesiva fuerza que ejerció sobre él no fueron imaginaciones mías—. Tú y yo sabemos que tus padres no tardarán mucho en sacarte del Eryndale. Es demasiado caro, sin duda.

Aparté su mano de mí de un manotazo y, lejos de sentirse atacado, sonrió con más fuerza enseñando los dientes.

—Entonces tu futuro estará completamente perdido, truncado —añadió analizando cómo iba a ser mi vida—. Según mi hija, te gusta la fotografía. Así que fracasarás.

Puso énfasis en la última frase y la fuerza que al principio creía tener se fue desmoronando.

—Mi hija trabajará para mí en la empresa familiar y después, si lo hace bien, puede que algún día llegue a ser suya. ¿Y tú que harás? ¿Qué podrás ofrecerle a mi hija?

—Maddie no trabajaría para usted ni en un millón de años —le contesté, con la ira ardiendo en mi sangre.

—Claro que lo hará, Miller —me sonrió con una sonrisa amenazante—. Siempre que no le arruines la vida.

Se paseó de un lado al otro del porche con las manos cogidas tras su espalda.

—No voy a volver a repetirlo. —Se detuvo de golpe y clavó sus ojos en mí—. No quiero verte por aquí nunca más. Maddie tendrá otros amigos, no te necesita. Si no cumples con lo que te estoy diciendo, me aseguraré de que pierda algo más que a ti.

Me quedé mudo. Los ojos me escocían tanto que luché internamente por no girar la cabeza y dejar que viera que sus amenazas eran astillas clavándose por todo mi cuerpo.

—Ese ridículo club que tanto dice que le gusta, por ejemplo. —Dejó caer la idea de robarle a Maddie todo lo que estuviera en su mano para que desapareciera de allí.

Quise decirle que no lo haría, que jamás traicionaría a mi amiga así. Pero las palabras se quedaron olvidadas tras todas las de él.

«Jamás podrás estar a la altura de esta familia».

«Tu futuro estará completamente perdido».

Resonaron tan fuerte dentro de mí que no pude olvidarlas.

—No te conviene pensártelo dos veces —fue lo último que me dijo aquel día antes de abrir la puerta de su casa de nuevo y cerrarla de un portazo.

63

La verdad a veces sí duele



Maddie

En cuanto Aaron terminó de contarme lo que pasó aquella tarde de verano, me dieron ganas de salir directa a casa y clavarle algo punzante en el pecho a mi padre.

El odio me corría por las venas.

—Pensaba que no podía ir a peor... Realmente quería creer que todo había sido un malentendido terrible, pero ¿esto? Esto está mal, Aaron, se le fue de las manos —le dije a Aaron muy enfadada.

—Eh, no pasa nada, ¿vale? —Aaron me levantó el mentón para mirarme a los ojos. Se tuvo que inclinar un poco, ya que me sacaba un par de cabezas de altura.

—Sí, sí que pasa, es despreciable —escupí aquellas palabras.

Aunque ya sabía que mi padre ocultaba a la mayoría el pedazo de tirano que era, esto no se lo perdonaría jamás. En la vida.

—Dios, es que... no me lo puedo creer. Lo siento mucho —susurré.

Noté cómo comenzaban a escocerme los ojos sin remedio.

—Siento que tuvieras que soportar todo aquello —le dije y una lágrima rodó por mi mejilla—. Y tú ¿por qué te quedaste callado?

«Tú también callaste mucho, Maddie».

—No sabía qué hacer, Mad —susurró frente a mí con la voz crispada, a apenas unos pocos centímetros de mi cara—. Ojalá le hubiera hecho frente, ojalá nunca hubiera permitido que ese malnacido te gritara, que jamás te hubiese hecho dudar de ti misma... Fui un cobarde.

Dejé de forcejear con mis muñecas contra él y lo miré a los ojos.

Esos ojos azules que siempre me habían atrapado. Ese azul profundo en el que sería capaz de ahogarme. Sus ojos ahora estaban nublados por la rabia de la injusticia.

Una lágrima silenciosa cayó por su mejilla.

Me acerqué a él hasta sentir su respiración mezclada con la mía y me incliné para besar el punto en el que la lágrima había rodado.

—Una persona me dijo una vez que era capaz de hacer frente a cualquier cosa si me demostraba a mí misma que podía hacerlo. —Me separé de él unos centímetros—. Por eso sé que no eres un cobarde, ni yo tampoco. Somos dos valientes, porque a pesar de todo aquí estamos. No nos hemos rendido.

64

Dejar que todo reviente para empezar de cero



Maddie

–¡Ya estoy aquí! —gritó una voz que conocíamos bien.

Aaron y yo nos apartamos al reconocer a Kath. Ambos nos miramos un tanto avergonzados y salimos del rincón junto al muro de piedra en el que nos habíamos ocultado del resto. Con nuestra mirada recorrimos el lugar en busca de la recién llegada.

Sonreí de oreja a oreja al ver a Kath ahí plantada. Llevaba una bolsa en las manos y me dirigía una sonrisita curiosa, había visto de dónde habíamos salido.

Algo me dijo que tenía muchas preguntas.

Me acerqué a ella y la envolví en un abrazo.

—Sabía que al final vendrías.

Kath suspiró, parecía cansada. Gracias a la última luz del día y a los farolillos que varios estudiantes habían traído, pude ver su expresión de agotamiento. Aun así, me miró de arriba abajo con una sonrisa.

—Estás increíble. —Me cogió de la mano para darme una vuelta—. Sí, preciosa.

«¿Seguro que me lo dice a mí?».

Giré la cabeza para ver tras de mí en busca de alguna otra chica, pero Kath me cogió el mentón y me obligó a mirarla.

—Te lo digo a ti, tonta. Tienes que creértelo más.

«¿Creérmelo más?».

«Lo intentaré».

—¿Y Aaron? —preguntó, con curiosidad.

Me giré extrañada al darme cuenta de que no estaba con nosotras. Aaron estaba un poco más allá hablando con el mismo chico rubio con el que estaba la noche de los juegos en casa de Ruby. Nos saludó con la mano al ver que le mirábamos.

Kath me lanzó una mirada rápida, llena de curiosidad, y yo desvié mis ojos para buscar a mi hermana.

«Dios, ¿y si le ha pasado algo?».

Me fijé en que se estaba riendo a lo lejos con un par de chicas. Tyler estaba a unos pocos metros de ellas y la observaba sin apartar la mirada. Como si de un imán se tratara.

—¿Es tu hermana? —me preguntó Kath.

—Sí —le respondí con un suspiro—. No sé qué hay entre ella y Tyler, ese chico de ahí, pero es extraño. Estoy... preocupada.

Katherine hizo un ruido de comprensión y apoyó la palma de su mano en mi hombro.

—Mad, hemos venido a divertirnos —me advirtió seria y una sonrisita se me dibujó en los labios—. Por favor, por un día, haz de todo menos preocuparte. He cerrado la cafetería antes para divertirme. Así que... ¡vamos a pasarlo bien!

La miré a los ojos, rodeados de pecas, y asentí poco convencida.

—¿¡Quién quiere bailar!? —La voz del chico rubio que estaba con Aaron sonó por encima de todas las voces y la mayoría de los grupos lo miraron intrigados. Nosotras incluidas.

Pulsó el botón del altavoz que había sobre el suelo y *Sugar*, de Maroon 5, comenzó a sonar a todo volumen.

Todas las personas que lo rodeaban soltaron un gritito y se juntaron para bailar.

Kath y yo nos miramos y comprendimos todo.

Me agarró de la mano y se soltó la coleta para dejar libre la melena pelirroja. Nos acercamos al centro de la zona donde los demás habían empezado a contonearse al ritmo de la música, y lo dimos todo con los pasos de baile más ridículos que se nos ocurrían. Aunque hubiéramos tenido miles de personas rodeándonos, no hubiéramos cambiado nada.

Cuando se terminó la canción, dejé de sentir el frío gracias al baile. Con una sonrisa en la cara, me acerqué a una de las mesas para dejar la gabardina sobre ella y allí me topé con la mirada de Aaron de frente.

—Lo estás dando todo, ¿no? —me preguntó con esa sonrisa torcida suya.

—¿Me estabas mirando?

No pude evitar sonreír.

—¿Acaso lo dudabas?

Aaron me miró con una ceja levantada. Yo me acomodé el bajo del vestido y salí de nuevo en busca de Kath. Me costó reconocerla entre toda la multitud, pero antes de eso vi a la chica que se interesó por Aaron aquel día en la cafetería. Creía recordar que se llamaba Millie. Estaba bailando a pocos centímetros de la otra chica que la acompañaba esa misma tarde.

«Oh, así que era eso».

«Confirmado. Estoy cieguísima».

Antes de acercarme a Katherine, que estaba bailando al son de *Stitches*, de Shawn Mendes, vi a Tyler con la mirada perdida. Estaba apoyado contra el tronco de un árbol con una expresión muy triste en el rostro.

Me acerqué a él con una mueca al verlo tan apagado en una noche como esta.

—Ey.

Llegué hasta él y me miró con una sonrisa débil.

—Ey.

—Te veo un poco triste, ¿puede ser?

Suspiró y el vaho por el frío envolvió el aire un instante.

—Puede ser —respondió.

Me apoyé a su lado en el tronco y observamos juntos la escena. Todos los estudiantes del Eryndale y del Ravenford juntos. Todos pasándolo bien, disfrutando. Porque en momentos como estos no importaba quién eras, solo que bailaras.

Kath, desde su posición, me saludó con la mano mientras reía con una chica que parecía que acabara de conocer.

Seguí la mirada de Ty, y ahí estaba Liz.

Desmelenándose al ritmo de la música como si fluyera por sus venas. El pelo largo y castaño llevado a un lado. Cualquiera la miraría, era increíble.

—¿Qué ha pasado? —pregunté volviéndome de nuevo hacia Ty.

No respondió, así que seguí con otra pregunta.

—¿Es por algo relacionado con Amber?

Pareció reaccionar cuando mencioné a su hermana y me miró. Sus rizos le caían sobre la frente.

—Sigue diciéndome que, como no haga todo lo que me pida, le contará a mis padres lo de Liz —susurró, mirando a ambos lados

para asegurarse de no tener miradas curiosas encima.

Abrí los ojos un poco, sorprendida.

—¿Qué es lo de Liz?

—Ella es... es increíble, la verdad. —Siguió con la mirada puesta en ella y supe que lo que decía lo sentía de verdad—. No sé ni cómo pasó. Simplemente, un día ella y mi hermana comenzaron a juntarse y, a veces, venía a casa. Liz empezó a darse cuenta de que la buena de Amber no era precisamente lo que aparentaba y muchas veces prefería quedarse en mi compañía. Al principio no la soportaba —siguió diciendo con una sonrisa—. Estaba siempre enfadada y discutiendo por todo, pero descubrí que en el fondo era sensible y se escondía del resto. Conmigo parece que dejó de hacerlo.

Sonreí con él de felicidad. Mi hermana tendía a tener cambios de humor constantes, pero es que dentro de ella se acumulaban tantísimas cosas que cómo no iba a reventar.

—Mis padres me tienen prácticamente atado a los entrenamientos del equipo de fútbol del instituto. Pagan una pasta porque quieren que me centre en mejorar y en escoger una carrera universitaria pronto —admitió y la sonrisa se le borró de la cara—. Amber se aprovecha de eso. Sabe que por mucho que yo quisiera tener algo con Liz, tengo prioridades que se me exigen desde siempre y no puedo fallarles así a mis padres. No puedo tener distracciones, y menos en el último año de instituto. A Lizzy todavía le queda mucho por vivir allí.

Asentí con comprensión.

Sabía lo que era tener un padre así de controlador y vivir bajo sus expectativas, pero confiaba plenamente en que el tiempo pusiera todo en orden.

«Ojalá podamos decidir por nosotros».

—Si algún día te cansas de ella, de Amber —respondí separándome del tronco para regresar a la pista de baile improvisada entre altos árboles—, plántales cara a todos. Que les den. Yo estaré a tu lado si tú lo haces.

Me lanzó una sonrisa torcida y asintió con la cabeza.

De camino a reencontrarme con Kath, una mano grande me agarró del codo.

—¿Me dedicas la última canción, acosadora?

—¿Algún día vas a dejar de llamarme así?

Fingió que lo pensaba tocándose con el dedo la barbilla.

—No, definitivamente no.

Entrecerré los ojos y entonces empezó a sonar de fondo *Just the Way You Are*, de Bruno Mars.

«Dios, qué temazo».

Esperé unos segundos antes de cogerle de la mano y obligarlo a que me siguiera corriendo hasta llegar donde estaba el resto.

Las primeras notas sonaron y me dejé la voz cantando la preciosa letra. Me movía hacia delante, retando a Aaron para que me siguiera los pasos, y conseguí que se rindiera y cantara conmigo.

Hicimos el gesto de sujetar un micrófono entre las manos y sacudimos la cabeza como si lleváramos esperando este momento toda la vida.

Cantamos y gritamos hasta quedarnos sin voz.

Hasta que nos dolió el estómago de tanto reír. Puede que tuviéramos varias miradas sobre nosotros, pero nos dio igual.

Porque volvíamos a ser él y yo.

Aaron y Maddie.

Miller y Wilson.

Un acosador y una rarita.

O un rarito y una acosadora.

Dependía del día.

—Feliz Navidad, Wilson —susurró frente a mí cuando los últimos acordes sonaban entre toda la gente.

—Feliz Navidad, Miller.

Todo estaba bien. Parecía perfecto.

Hasta que sonó aquella llamada, y un llanto se elevó por encima de la música y resonó entre el eco de las copas de los árboles.

65

Mi pequeña vampira



Maddie

El sonido de la llamada fue casi inaudible, pero los lagrimones en sus mejillas, los labios hinchados y la máscara de pestañas manchando toda su cara eran las pruebas claras de que algo no iba bien.

—Aaron, Maddie... —nos llamó Kath.

Todavía llevaba sujeto su teléfono móvil junto a su oreja cuando se acercó a nosotros, como si se hubiera quedado paralizada.

—Kath, ¿qué pasa? —Aaron, a mi lado, la miraba preocupado.

La música ya sonaba lejana, sin importancia.

Katherine se quedó en silencio unos segundos hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas y la mueca de horror en su cara fue inevitable.

Adelanté un par de pasos apartando a un chico que estaba en mi camino y la alcancé. Le di un abrazo sin siquiera saber qué había sucedido y ella siguió así. Parada. En *shock*. Sin reaccionar.

—¿Qué ha pasado?

Por primera vez desde que la había visto con la expresión cambiada, me miró con unos ojos deseosos de romper a llorar.

—Mi padre, Mad, han encontrado a mi padre en el suelo, inconsciente.

Solo bastó eso para que diéramos por finalizada la fiesta.

«Menudas Navidades».

***

La sala de espera de Urgencias estaba curiosamente silenciosa mientras esperábamos sentados.

Miré el reloj de mi muñeca y la hora me sorprendió.

Las 2.00 a. m.

«Dios mío».

Era tarde y probablemente mi padre estaría echando humo, pero no me importaba. Esto era más importante, mi amiga era más importante.

A mi lado, el pie de Kath repiqueteaba sin control alguno contra el suelo. Las paredes blancas y frías del hospital daban escalofríos.

Puse mi mano en su pierna para calmar ese movimiento involuntario. Katherine seguía con la cabeza gacha y algunas lágrimas descendían por sus mejillas.

En cuanto nos dijo lo que sucedía, vinimos de inmediato. Por lo que sabíamos, la cuidadora del señor Baker, el padre de Kath, estaba recogiendo la basura cuando escuchó un golpe seco contra el suelo.

El señor Baker se había levantado de la cama en plena noche y, al desorientarse, había tropezado y caído contra el suelo.

—Es mi culpa —susurró Kath a mi derecha—. Si no hubiera salido, si me hubiera quedado cuidándolo...

—Claro que no es tu culpa, no digas tonterías. —Le di un abrazo —. Te merecías salir por una noche y, aunque hubieras estado, nada te dice que tú habrías impedido que pasara, Kath. Ha sido un accidente.

—Pero... si le pasara algo...

Solo de pensar en ello la mirada se le ensombrecía.

—No va a pasarle nada, ten fe —le aseguré con una sonrisa.

Sabía que estaba haciendo promesas que no podía cumplir, pero ver que eso hacía que reaccionara me bastaba.

Aaron, que estaba sentado a la derecha de Kath, me lanzaba miradas preocupado. Liz y Ty habían decidido acompañarnos y esperaban al otro lado de la sala; estaban en silencio, al igual que el resto de las personas de la sala de espera.

El ambiente era agobiante. Una madre lloraba en silencio con un bebé en brazos y un señor estaba serio junto con una niña que parecía a punto de vomitar.

Era horrible.

Los hospitales siempre me producían esa sensación de angustia y de pesar.

Pero no habría estado en ningún otro sitio en aquel momento.

—¿Katherine Baker? —una enfermera se asomó por la puerta de cristal abierta de par en par.

Kath levantó la cabeza como un resorte y miró a la enfermera con la esperanza brillando en sus ojos.

—Su padre está estable. Ya puede pasar a ver al paciente —le informó con una pequeña sonrisa de ánimo.

Kath me miró a punto de comenzar a llorar de nuevo, pero esta vez de alegría. Las pecas de su rostro apenas se veían entre las lágrimas negras por el maquillaje.

Se levantó de la dura e incómoda silla de plástico y, cuando se estaba dirigiendo hacia la puerta, se giró en mi dirección.

—¿Te importaría acompañarme? —Vi la súplica y el miedo en sus ojos y no dudé en ir con ella.

Tenía la mirada de mis amigos y mi hermana sobre mí. Les hice un gesto para indicarles que después volvería y supe que no se moverían de allí.

Me esperarían.

Cruzamos un par de pasillos exactamente iguales. Paredes blancas y puertas grises. El olor a desinfectante se colaba por las fosas nasales.

La enfermera llegó hasta la puerta y nos indicó que podíamos pasar.

—Al caer se ha golpeado en la cabeza y tiene una pequeña conmoción cerebral —nos informó antes de que siguiéramos avanzando—. No es nada grave, pero puede que esté un poco mareado y desorientado.

Kath asintió con una mueca triste y pasamos a la habitación.

El señor Baker estaba acostado sobre una cama hospitalaria, con los párpados cerrados y las manos cruzadas sobre su pecho.

—Papá... —murmuró Kath sentándose en un sillón a su lado.

El padre de Katherine estaba delgadísimo y casi podría haber visto sus huesos de lejos. El pelo blanquecino y la cara pequeña y arrugada. Al mirarlo solo podía sentir una enorme pena.

Kath agarró la mano de su padre y la acarició con delicadeza.

Para nuestra sorpresa, el señor Baker se tambaleó ligeramente y abrió los ojos con lentitud. Parecía perdido, como si nada a su alrededor encajara.

—Papá, nos has dado un susto de muerte —le dijo Kath sosteniendo su mano.

El hombre la miró y la analizó con los ojos entrecerrados.

Después, abrió los ojos con una expresión asustada en el rostro y apartó la mano de Kath de un fuerte tirón.

—¿Y tú... quién eres?

La pregunta hizo que se paralizara el mundo durante unos segundos interminables. Kath se quedó impactada un instante antes de recomponerse y mostrarle la sonrisa más apagada y abatida que le había visto jamás. Por un momento no supe qué hacer, miré a Kath para actuar si me necesitaba.

—Soy tu hija, papá. Me llamo Katherine, Katherine Baker, ¿recuerdas?

El señor Baker pareció pensarlo antes de negar con la cabeza.

Hasta mi pobre corazón sangró un poco viendo la escena.

—No, no sé quién eres.

Katherine agachó la cabeza y me acerqué a ella.

—Tal vez solo está cansado, podemos volver mañana para ver si...

—No —respondió con la mirada fija en el hombre que ni siquiera parecía interesado en ella—. Tengo que intentar una última cosa.

Sacó uno de los parches de vampiros que tenía en sus uniformes de la cafetería y la miré curiosa.

«¿Sus parches?».

—¿Estás segura de que eso va a funcionar?

—Siempre lo hace.

Le mostró a su padre el trozo de tela con el vampiro sonriendo y los colmillos reluciendo.

—Mira, papá, es nuestro vampiro favorito. ¿Te acuerdas? —El hombre pareció interesado y fijó su mirada en lo que le mostraba su hija—. Veíamos juntos la serie de los vampiros todos los domingos. Me decías que yo era tu pequeña vampira porque siempre nos

poníamos a verla por la noche y estaba obsesionada con este vampiro.

El padre de Kath reaccionó por primera vez y sus ojitos pequeños brillaron curiosos.

—Estos parches me los diste tú. ¿No te acuerdas? —Kath sonreía, pero los lagrimones seguían recorriendo su cara redonda—. Cuando cumplí los dieciséis me los regalaste y desde entonces los llevo siempre conmigo.

El señor Baker cogió el parche entre sus dedos y los ojos se le nublaron de tristeza.

Miró a Kath. Por un momento hubo un brillo de reconocimiento en su cara.

El señor Baker le sonrió.

—Mi pequeña vampira, eres tú.

66

Hasta aquí



Maddie

Las vacaciones de Navidad habían acabado oficialmente.

«Me voy a pegar un tiro».

Eso era lo único que pasaba por mi mente mientras me deslizaba por los pasillos entre los alumnos que corrían en todas las direcciones y hablaban por las esquinas.

—Suerte con la señora Sullivan —le deseé a mi hermana, que compartía la misma profesora de Literatura que yo.

—Suerte con esas zo...

—¡Liz! —la corté a mitad de frase cuando señaló a Amber, Sophie y un par más de chicas que siempre las acompañaban. Estaban entrando a clase y yo iba detrás.

Mi hermana se despidió de mí con un saludo militar y yo me reí de ella mientras cogía mi mochila por las correas y cruzaba la puerta.

Las clases de historia se me hacían tremendamente insufribles, y más a la vuelta de vacaciones, pero pondría todo mi empeño en

prestar atención.

No sabía qué iba a ser de mi vida tras graduarme, pero no me podía permitir bajar mis notas.

—¡Sentaos todos!

El profesor mandó callar a la clase y todos nos dirigimos a nuestros sitios de siempre, solo que, cuando llegué al mío, Amber estaba sentada en él.

—Es mi sitio —le dije, pero hasta yo sabía que sonaba de todo menos intimidante.

«Vamos, Madison, joder».

—Yo no veo tu nombre por ningún lado —respondió mirándose las uñas.

Sus amigas estaban alrededor, calladas como tumbas.

—Pero yo siempre me siento ahí.

—Pues hoy no, bonita, piérdete.

La miré con ojos rabiosos y me senté un par de filas atrás donde quedaba un hueco.

La detestaba.

«Tendría que haberle dicho que se levantara, que era mi sitio desde hacía años. Pero no, mejor me callo y dejo que me humillen».

Traté de prestar atención, pero cuando se acabó la hora todavía sentía la ira hirviendo en mis venas. Así que, en la hora del almuerzo, no me lo pensé dos veces.

El grupo de Amber siempre se sentaba en la misma mesa redonda alrededor de unos bancos. Bien, pues ese día sería distinto.

Salí de mi última clase disparada hacia el exterior para pillar un sitio antes de que se sentasen ellas. Fui la primera en llegar y sentí la vergüenza de estar sola en aquel espacio tan grande.

Pronto comenzaron a salir todos los alumnos de sus respectivas clases y yo abrí mi mochila y saqué mi almuerzo.

A lo lejos vi a Amber, a Sophie, a Tyler, a unos cuantos del equipo de fútbol y a algunas otras chicas que reconocía de vista.

Los alumnos seguían saliendo en estampida para situarse en sus asientos de siempre. Algunos ojos se clavaron en mí al verme sentada en aquella mesa, y no apartada en otra muy lejana o con Elda en la sala del conserje.

«Hoy no, imbéciles».

—¿Qué crees que estás haciendo?

Miré por encima de mi hombro y fingí no ver nada, aunque Amber me miraba rabiosa.

—Me estoy comiendo un bocadillo. ¿Necesitas gafas, Amber? —respondí dándole un bocado a mi almuerzo, fingiendo la mayor indiferencia del mundo, pero por dentro me estaba muriendo.

«Se me va a salir el jodido corazón».

«Le estoy respondiendo. Le estoy plantando cara».

«¡Lo estoy haciendo, hostia!».

—Creo que te has equivocado de sitio —insinuó Sophie en tono de burla y un par de chicos del equipo de fútbol se rieron.

—Yo diría que no, ubícate. Aquí no pone vuestro nombre. —Hice como que miraba por todos lados—. No, definitivamente no. Pero, mirad, la mesa junto a las papeleras sigue libre. ¡Suerte!

Tyler se rio en voz alta y su hermana, Amber, lo aniquiló con la mirada. Sin embargo, el otro siguió carcajeándose en su cara y pronto el resto del grupo lo acompañó.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le dijo a su hermano encolerizada.

Y a mí me dio una pura satisfacción.

—Solamente la cara que has puesto. ¿Quieres un espejo? —respondió él.

—Sois todos imbéciles.

Se marchó sin decir nada más y yo me quedé sentada, gloriosa, en aquella mesa. El frío me picaba un poco en la piel, pero se me pasaría porque el sol bañaba la zona.

—Así me gusta, Wilson. —Ty me guiñó un ojo y, al levantar el mentón, miró a mis espaldas.

—Buen espectáculo, hermana, vas aprendiendo.

Liz rodeó la mesa y se sentó a mi lado con una sonrisa orgullosa.

—¿Te vas a quedar ahí pasmado? —le dijo a Tyler, que seguía mirando a Lizzy como si estuviera hechizado.

«Voy a vomitar purpurina».

—Tal vez debería... —Señaló a su equipo y al resto de las chicas que se estaban sentando en otra de las tantas mesas.

—Sí, claro. Como quieras —apuntó mi hermana, pero se notó la decepción en su voz.

—Puede que deba ir, pero... me voy a quedar aquí porque es lo que quiero —terminó por decir, sentándose frente a nosotras.

Mi hermana sonrió tímidamente con la cabeza gacha.

Varios alumnos nos miraron y noté cómo cuchicheaban entre ellos.

—¿Cómo lo hacéis?

—¿Qué? —respondieron a la vez.

—Que no os importe nada —respondí frustrada—. Seguramente hay personas hablando de nosotros, criticándonos.

Lizzy me miró con la cabeza ladeada.

—No es que no nos importe, simplemente hay que aprender a no darles poder. Si dejas que vean que te importan, te atacarán más. Así funciona.

Miré a Amber desde la distancia, y mis ojos se encontraron con los suyos. Casi podía verla arder, debía de estar furiosa. Seguro que en sus pensamientos estaba clavándole agujas a una muñeca vudú con mi cara.

—¿No te importa que tu hermana le diga algo a tus padres?

Tyler me miró confiado.

—Lo he estado pensando y puede decir lo que quiera, la que seguirá estando sola es ella. Hay cosas por las que merece la pena arriesgarse.

Miró a Liz de una forma tan tierna que creí que podía ser cierto.

67

Feliz cumpleaños, Amapola



Maddie

Había llegado el dichoso día.

Un día que, desde que tenía memoria, no significaba absolutamente nada, solo que en unos años comenzaría a notar ciertas arrugas en mi piel y envejecería porque no había otra.

«Qué asco de vida».

Los cumpleaños no servían para nada.

¿Quién quería una tarta y globos? Era lo más ridículo del planeta.

La mañana del 16 de enero me desperté como todos los días. Me vestí con un conjunto verde pistacho y recogí mi pelo ondulado, esta vez en una larga coleta alta.

Me aseé y bajé hasta la cocina, donde mi padre se preparaba su café matutino, sin el cual no podría vivir, y Liz comía sus galletas sobre un taburete.

Pasé de largo para prepararme algo para el instituto y no se molestaron en felicitarme.

«Lo habrán olvidado, no me extraña».

Mi padre no me hablaba y yo mucho menos a él, así que no esperaba una felicitación, desde luego. Aunque pensé que Liz sí se acordaría. Había cosas que no cambiaban nunca.

Fuimos a clase como un día más y, literalmente, nadie se molestó en recordarme que era el día en el que nací.

«Nadie».

«Dios, esto es triste hasta para ti».

Por la tarde me organicé a la perfección para aprovechar todo el tiempo posible y avanzar con la novela que estaba leyendo.

Me senté sobre mi cama y devoré en una hora lo que me había propuesto. Seguí con el plan organizado y me levanté para comenzar algunas tareas de clase en mi portátil.

Al abrirlo vi varias pestañas abiertas.

Una de ellas era la película *Yo antes de ti*.

«Qué depresión ver esta película ahora».

En un rato la terminaría.

Otra pestaña era una página web de libros de segunda mano que tenía algunos títulos que me moría por comprar.

Y la última de todas me dejó sin respiración.

«Seré dramática».

—Vaya mierda... —murmuré abriendo la página que había dejado para el final.

Era el proyecto de escritura que tenía en mente desde hacía años. El proyecto que Amber hizo trizas y tiró al barro aquel día en el campamento de verano. El mismo proyecto que retomé y comencé a escribir cuando me uní al club de lectura.

Llevaba meses abandonado, pero unos días antes había sentido el impulso de abrirlo de nuevo y releerlo.

Proyecto Promesas.

Me habían repetido tantas veces que no llegaría a nada con él, que casi me daba vergüenza estar leyéndolo. Pero cada vez que leía mis líneas, una punzada de satisfacción me llenaba. Yo había sido capaz de escribir esas páginas.

«¿Y si termino de escribirlo?».

«¿Y si...?».

—¿Se puede?

Cerré el portátil como un acto reflejo y Liz apareció sonriente por la puerta de mi habitación.

—No estarías viendo una de tus películas depresivas, ¿no? —inquirió alzando una ceja.

—Solo estaba terminando algunos deberes de clase.

Liz asintió poco convencida.

—Voy a la cafetería de Kath a estudiar, ¿te apetece venir? —Se apoyó contra la pared esperando mi respuesta.

—Sí, vale. Me apetece ver a Katherine. Quiero saber cómo está.

Liz soltó una risita tapándose la boca con la palma de la mano.

—¿Solo te apetece ver a Kath?

—Ay, cállate.

Media hora más tarde estábamos escuchando la campanilla sobre nuestras cabezas mientras cruzábamos la puerta de la cafetería.

Sin embargo, al entrar, no vimos a nadie.

«Pero... ¿Qué?».

—¿Katherine? —dije alzando la voz al encontrarnos el local completamente vacío.

Miré a mi hermana con la preocupación brillando en los ojos.

—Voy a mirar dentro, lo mismo está por la cocina —señaló.

—Voy contigo.

Alargó un brazo entre nosotras para impedir que diera un paso más.

—Por Dios, Mad, solo va a ser un segundo. Seguro que Kath y Aaron están por ahí viendo cómo se hacen las magdalenas o algo —dijo como si fuera obvio.

Cruzó la puerta de la cocina en la que había un cartel que ponía «solo personal autorizado» y me quedé ahí plantada.

«¿Y si los han secuestrado?».

«¿Y si hay ladrones?».

«Cállate ya, Madison».

Sin poder evitarlo ni un segundo más, di unos pasos hasta agarrar el pomo de la puerta que había cruzado Liz y me topé de lleno con un pecho masculino. Noté su firmeza e inhalé de forma involuntaria la fragancia que desprendía. Una mezcla de cítricos como la bergamota. Me aparté unos segundos, un tanto aturdida, y los brazos de aquella persona me sostuvieron por los hombros.

—¿No podías esperar un segundo más?

Esa voz.

Era imposible no reconocerla.

—Pensaba que estabais siendo descuartizados. ¿Qué narices hacéis? —le pregunté extrañada.

Me separé de Aaron y alcé un poco la cara para ver su expresión mejor. Tenía una sonrisa juguetona en su rostro y me miraba como si supiera algo que yo desconocía.

Aaron llevaba el pelo peinado hacia un lado, aunque pronto habría mechones sueltos por todos lados, unos pantalones vaqueros y una sudadera del mismo azul que sus ojos.

«Estás pensándolo, no lo niegues más».

«Ya está, vale. Puede que esté muy guapo».

«¿Puede? ¡Venga ya!».

Mandé a callar a mi voz interna que siempre estaba ahí para opinar, y me di cuenta de algo cuando Aaron se apartó de mi ángulo

de visión.

Abrí los ojos y la boca tanto que casi me pareció irreal.

«¿Esto está pasando de verdad?».

—Felicidades, Amapola —me susurró Aaron a mi lado y estuve casi segura de que solamente yo lo había escuchado.

Se me erizó la piel al escuchar el apodo. Hacía mucho tiempo que no me llamaba así.

Kath apareció frente a mí con una tarta de chocolate enorme. Casi parecía a punto de rendirse y dejarla caer contra el suelo.

Eso me arrancó una gran sonrisa. A su lado, estaba mi hermana con un par de globos. Ella también me sonrío de forma traviesa.

—Dios, no puedo más.

Agotada, Kath dejó la tarta de chocolate sobre una de las mesas. Las velas con el número dieciocho brillaban con fuerza sobre ella.

—¡Felicidades, preciosa! —Se abalanzó sobre mí sin previo aviso y me envolvió en un enorme abrazo.

La rodeé y nos tambaleamos a los lados con una risita en los labios.

«¿Esto me está pasando a mí?».

«¿Es real?».

—¿No decías siempre que los globos y las tartas no servían para nada? —dijo mi hermana—. Pues aquí tienes.

Me guiñó uno de sus ojos celestes y me dio un abrazo, todavía sosteniendo los globos entre sus manos.

—Felicidades, hermanita, no te creías de verdad que nos habíamos olvidado, ¿no?

«Bueno...».

—No sé qué decir.

—Tal vez un «gracias, hermana, eres la mejor del mundo, te adoro» estaría bien. —Liz puso los ojos en blanco y un sonidito de

risa brotó de mi garganta.

—Gracias, a todos —dije con sinceridad y miré a mi alrededor agradecida.

Me estaban dando eso que siempre había querido. Eso que siempre me había negado a querer porque sabía que jamás tendría. Desde pequeña había soñado con que alguien me quisiera lo suficiente como para organizarme una sorpresa así.

Sentía la emoción en las lagrimitas que se acumulaban en mis ojos.

—Ni se te ocurra derramar una sola lágrima, Wilson. —La voz de Ty sonó a mis espaldas, y me sorprendió—. ¿Qué pasa? ¿No estoy invitado?

Me acerqué a él sonriendo y lo abracé con cariño. Era uno de esos amigos que nunca creí recuperar y, sin embargo, ahí estaba.

Al cabo de un rato estábamos todos sentados a la mesa en el centro de la cafetería, con la tarta frente a mí y la llama de las velas dándome calor en las mejillas.

Aaron llevaba su cámara de fotos con él y sonreí cuando vi que apuntaba en mi dirección con ella.

—¡Pide un deseo! —gritó Liz—. ¡Quiero ser millonaria, Mad, así que cúrrate lo que pidas!

Alcé mis ojos al techo y pensé unos segundos lo que quería.

«Deseo que mi padre algún día sea lo suficientemente feliz como para no destrozar los sueños al resto».

«Deseo que mi hermana Liz encuentre algo que realmente la llene».

«Deseo que Aaron tenga la oportunidad de triunfar».

«Deseo que el padre de Kath la pueda acompañar durante muchos más años».

«Deseo que Ty no tenga nunca más tanto miedo».

—Vamos, Wilson, pídelo ya —me apremió Tyler.

—Pero tiene que ser un deseo para ti, recuérdalo —dijo Aaron asomando la cabeza tras la cámara.

Sonreí. Me conocía bien.

Pues en ese caso...

«Deseo que las personas que están hoy aquí conmigo no se vayan jamás. Porque son importantes para mí».

Aunque nada era eterno. Éramos como pequeñas motas de polvo. Estábamos en un momento dado, y en un pestañeo desaparecíamos.

«Ojalá fuéramos eternos».

68

Calidad antes que cantidad



Maddie

Creo que jamás había visto tanto chocolate en un mismo sitio.

Era el paraíso.

A mi lado, todos probaban la tarta que había preparado Kath y se relamían los dedos.

Lo cierto es que estaba deliciosa.

—Creo que ya he probado el menú entero de postres, pero con este te has superado —le aseguré y, de nuevo, me metí en la boca una cucharada cargada del bizcocho con glaseado hasta arriba de virutas.

—Eres la mejor —murmuré respirando a duras penas.

—Come y calla, anda. —Me dio una palmadita en la espalda y siguió observando al resto derretirse al probar un trozo del manjar.

La veía... bien, pero sabía que dentro seguía angustiada.

Terminé de tragar y fijé mi atención en Katherine.

—Kath... ¿Cómo estás?

Ella me miró y sonrió con ternura.

—Supongo que todo lo bien que puedo estar —respondió bajando la voz para que la conversación se quedara entre nosotras.

—¿Y tu padre?

Suspiró con cansancio y esa respuesta fue todo lo que necesitaba.

Desde el incidente en la noche de Navidad, Kath había pasado mucho más tiempo en casa con su padre para poder cuidarlo.

Las veces que me pasaba por la cafetería estaba siempre agotada y con surcos bajo los ojos.

—Está como siempre. A veces recuerda lo que le digo... otras veces me grita que soy una ladrona y me pide que me marche de su casa. —Torció el morro como si ya no la sorprendiera—. Me paso el día pensando que ojalá nada fuera así, que necesito estar todo el día en casa por si sucede algo de nuevo... y es horrible, apesta a medicamentos, a productos de limpieza... a jodida tristeza.

—Puedes venir a casa siempre que quieras, ya lo sabes.

—Lo sé —asintió—. En realidad, creo que solo necesito una distracción. He pensado retomar los estudios... algo que me permita dejar de pensar en la enfermedad. Con la cafetería estoy ganando lo suficiente como para poder pagarme algún curso.

La noticia me iluminó la mirada y me alegré enormemente por ella.

Estaba a punto de responderle cuando las campanillas de la cafetería sonaron.

Todos nos giramos para ver a una chica de piel olivácea con el pelo rizado y unos largos mechones cayendo en cascada a los lados de su cara.

Ally.

—Está cerrado, ¿no has visto el cartel? —le dijo Kath cuando Ally se quedó plantada mirándonos a todos con estupefacción.

—Sí... lo he visto —murmuró sin darle importancia y se acercó a nosotros hasta llegar a Aaron, que la miraba entornando los ojos.

—¿Qué se supone que es esto, Aaron? —preguntó ella ignorando al resto.

La miré con la mandíbula desencajada.

«¿La echamos ya o tengo que esperar algo?».

—Como te ha dicho Kath —puntualizó Aaron con el nombre de su jefa, que más que eso era su amiga, y siguió hablando—, está cerrado, Ally. Es el cumpleaños de Maddie.

Ally se alejó de Aaron y nos miró a todos como si no fuéramos más que muñecos inservibles, hasta fijar sus ojos esmeraldas en mí.

—Ohhh —murmuró—. Pues... felicidades.

La miré con una mueca en la cara y no me dio tiempo a responderle antes de que se metiera Aaron de por medio.

—¿A qué has venido, Ally?

La tensión en su voz se palpaba a kilómetros. Por lo que sabía, hacía bastante que no se juntaban, ya que ahora Aaron pasaba más tiempo con aquel chico rubio. Si no recordaba mal se llamaba Jay.

La expresión de Ally se tornó sombría, casi melancólica.

Y ahí fue cuando me di cuenta de lo falsa que era. Como el resto de las veces, se ponía una máscara y hacía el papel de su vida.

«Que alguien le dé un Oscar ya, gracias».

—¿Puedo hablar contigo? —susurró ella, fingiendo que le costaba incluso hablar.

Aaron me miró a los ojos, con un gesto de disculpa antes de volverse a Ally y cruzarse de brazos. Estaba enfadado, y esta vez no apartó la mirada mientras respondía.

—Ally, por tercera vez, está cerrado. Yo estoy ocupado. Y no, no creo que necesites hablar conmigo —dijo en un tono tajante.

Ella lo miró perpleja con las cejas casi unidas por la indignación.

—¿Prefieres quedarte en esta fiesta ridícula? —preguntó y, cuando se dio cuenta de que había elevado mucho el tono de su voz, se quedó quieta unos instantes antes de volver a interpretar su personaje principal—. Es importante, ya lo sabes. Mis hermanos...

—Ally, ya sé que estás harta de tener que hacerte cargo de tus hermanos todo el tiempo, pero eso no te da derecho ninguno a presentarte aquí y exigir nada. —La voz de Aaron fue clara y seca. Diría neutra, pero una pizca de rabia relucía en sus ojos.

Aaron se alejó de ella para volver con nosotros.

Ella se llevó una mano al pecho.

«Y que viva el dramatismo».

—Pensaba que eras mi amigo —dijo y su voz intentó sonar dolida, pero no se rompía, no le costaba hablar, no temblaba y tampoco parpadeó al decirlo.

«Una moneda de tres me habría parecido más auténtica».

Apretó los puños y se giró para enfrentarla.

—Una amiga no me diría que dejara de lado a la persona más importante de mi vida. Una amiga no me diría que no soy suficiente. Una amiga no me buscaría solamente para ahogar sus penas —escupió las palabras con una mueca desagradable.

La expresión de Ally era de puro desconcierto.

—Pero yo no...

—Sí, siempre es así, Ally —la cortó—. Estás jodiéndole el cumpleaños a la persona que más se merece en el mundo una maldita fiesta, así que es la última vez que te lo repito. —Con el dedo firme, apuntó hacia la puerta—. Lárgate ya.

Y así, sin más, Ally se rindió y se fue con la cabeza agachada y una mirada hostil que clavó en mí.

«¿Cuántas enemigas me he ganado ya sin haber movido ni un dedo?».

—Bueno... ¿Por dónde íbamos? —Ty habló rompiendo el breve silencio que se había instalado desde que Ally había cruzado esa puerta.

La tensión se podía cortar con un puñetero cuchillo.

—¡Los regalos! —vociferó Liz—. ¡Ahora tocan los regalos!

69

La chica imposible



Maddie

El cielo se estaba oscureciendo cuando comenzamos a recogerlo todo.

Sobró una porción de la tarta de Kath y se la cedí a ella, que apenas había probado bocado.

Ayudamos a Katherine a dejar todo en su sitio y, mientras yo forcejeaba con la cremallera de mi abrigo para subirla, el resto salió del local a la fría y oscura noche.

Cuando por fin logré abrochar el abrigo y estuve lista para salir al exterior con los demás, una voz sonó a mis espaldas. De entre la penumbra salió una figura alta, iluminada por las pocas luces del exterior.

—¿No crees que olvidas algo? —me dijo con una voz grave.

Al girarme, me encontré con los ojos de Aaron, que me miraba con curiosidad. No me había dado cuenta de que él seguía aquí dentro. Conmigo.

Me palpé los bolsillos en busca de eso que había olvidado, pero juraba que lo llevaba todo. En mi mano izquierda sostenía una bolsita con el jersey que me habían regalado Liz y Ty, porque sabían que adoraba los jerséis, y en la otra mano tenía sujeta una cesta de dulces hechos por la mismísima Katherine Baker.

«Me voy a poner las botas».

—No, creo que no falta nada —le contesté, negando con la cabeza.

Sonrió de medio lado y sacó la mano que ocultaba tras su espalda. En ella sostenía un pequeño ramo de amapolas rojas. Mis favoritas.

—Como la primera vez —susurró.

Las cogí entre mis manos temblorosas y sonreí emocionada. Él sabía la ilusión que me hacía recibir un ramo así.

«¡Amapolas rojas!».

—Gracias, son preciosas —le dije con sinceridad y con los ojos llorosos.

Aaron sonrió al ver mi expresión y, con una mirada traviesa, se acercó a la barra para coger un sobre y algo envuelto en papel de regalo.

—¿Te estás quedando conmigo? —pregunté asombrada y con el corazón a punto de salirse de mi pecho.

—No es gran cosa —murmuró con algo de timidez—. Es solo un detalle.

—Pero no es necesario... solo las flores ya han sido el mejor regalo.

Nos sonreímos durante unos segundos eternos hasta que puso el objeto entre mis manos.

Abrí el envoltorio sintiendo la mirada penetrante de esos dichosos ojos azules y me quedé boquiabierta cuando destapé el regalo.

—No te creo —balbuceé—. ¡No te creo!

Di saltitos de alegría y alcé mis brazos para colgarme de su cuello con un fuerte abrazo. Descansé la mejilla en su pecho un par de segundos, y escuché su corazón latiendo con fuerza. Me aparté de él cuando fui consciente de dónde estaba.

«Hasta tú tienes un límite como payasa».

Sin dejar de sonreír, aprecié la portada de la novedad literaria que me moría por leer desde hacía meses.

Juraba que cuando le hablaba de mis *thrillers* favoritos sentada en la cafetería no escuchaba ni media palabra de lo que le decía, pero me equivocaba.

—¿Es el que querías? —preguntó con esa sonrisa ladeada que acabaría conmigo en algún momento.

Asentí con la cabeza y abracé el libro que en dos días estaría leyendo en mi cama hasta devorarlo.

Lo que realmente me hacía chillar por dentro era la molestia que se había tomado para poder darme todos esos regalos. El tiempo y las horas que sabía que había trabajado para poder comprarlos.

Ese esfuerzo que había hecho solo por sacarme, a mí, una sonrisa.

Entonces me entregó el sobre con la mano ligeramente temblorosa, y antes de que pudiera abrirlo puso su mano sobre la mía para pararme.

—Es para que lo abras en casa, cuando estés sola —me dijo con una sonrisa tenue y un brillo tímido en sus ojos.

—Está bien —asentí, le devolví la sonrisa y me aguanté las ganas de ver qué había dentro.

Cogí todas las cosas y sujeté con cuidado mi ramito de amapolas, deseando meterlo en un jarrón con agua.

—Siento mucho lo de antes —se disculpó mientras yo guardaba mis cosas.

—¿Sientes qué?

—Lo que ha pasado con Ally —aclaró.

—Oh... eso. No te preocupes, es solo una más de las que me tienen en su lista negra. —Me encogí de hombros—. Supongo que algo no estaré haciendo bien. Soy un desastre.

Me reí de mi propio comentario.

Aaron me cogió la cara entre sus manos y sentí como el calor de sus palmas se extendía por mi rostro.

—Te lo he dicho un millón de veces y te lo diré un millón más, si hace falta, hasta que te lo creas. —Las luces del exterior hacían brillar sus ojos como el agua bajo el sol—. Deja de decir que eres el problema. No lo eres ahora y no lo has sido nunca. El problema lo tendrán ellos si no te aprecian, no tú.

Reflexioné sobre sus palabras.

—¿Y por qué le caigo tan mal a Ally entonces? —le rebatí acercándome un pelín más a él.

Casi podía sentir como inhalaba despacio y no pude evitar mirar sus labios unos segundos.

—Es simple, Wilson —dijo serio, con la mirada fija todavía en mí —. Está celosa. Siente envidia de ti y lo entiendo.

—¿Por qué iba ella a sentir celos de mí?

«De alguien que no es capaz de creer en sí misma».

—Porque ve cómo eres. Porque ve cómo te miro. Porque es consciente de que eres importante, sabe... que eres muy importante para mí.

El recuerdo de sus palabras vino a mi mente como una brisa fugaz.

«Lo único que quería era olvidarme de que la chica más increíble que conozco es imposible para mí».

—Me dijiste... una vez me dijiste que había una chica... —Titubeé.

—Una chica imposible —reconoció con una sonrisa.

Me retorcí los dedos de las manos, más nerviosa que nunca.

Me estaba mirando de una forma... distinta. Casi como Ally lo miraba a él, pero esta vez con una intensidad que sentía en cada célula de mí.

—¿Quién es la chica imposible? —pregunté, mirándolo a los ojos.

Podía ser una pregunta absurda, pero necesitaba saberlo. Necesitaba asegurarme de que mi pobre corazón, lleno de heridas, no volviera a sangrar.

Aaron se inclinó un poco más hacia mí, hasta que nuestras frentes se rozaron. Me perdí en sus ojos azules y pude ver cómo sonreía mientras él miraba mis labios. Mi corazón latió con fuerza en mi pecho y, por un breve instante, todo a nuestro alrededor se esfumó.

Sus labios se posaron sobre los míos con ternura, como si fuera algo irreal, como si llevara esperando ese momento toda la vida. Me besó con suavidad y mi pulso se disparó.

Me estaba besando el chico de ojos azules con el que había visto tantos atardeceres y con el que nos prometimos tantas cosas. El chico de ojos azules que me veía tal y como era y que creía en mí. Me estaba besando Aaron Miller.

Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo y sentí que cada parte de mí vibraba nerviosa y emocionada. Sonreí contra su boca como una tonta.

«¿Qué estoy haciendo?».

Pero ¿qué importaba lo que estuviera haciendo?

Me colgué de su cuello y lo atraje hacia mí para devolverle el beso que tanto había deseado.

«¿Qué puede salir mal?».

70

El Mago de Oz



Maddie

–Me lo tienes que contar todo.

Miré a Liz por encima del hombro. Regresábamos a casa después de un día de cumpleaños que jamás olvidaría.

«Eso está claro».

—No hay nada que contar —le dije y me encogí de hombros mientras ponía la mejor cara de desconcierto del planeta.

Estaba claro que no colaba, porque desde que salimos de la cafetería no había podido parar de sonreír.

Lizzy me miraba, entornando los ojos azules.

—A ver, cómo te lo explico... ¿Me estás diciendo que has estado quince minutos ahí dentro con Aaron y no ha pasado nada?

Tosí de manera atropellada y Liz me apoyó una mano sobre el hombro.

—Lo que sospechaba.

—Aaron solo me estaba dando mis regalos —le dije, no sé por qué si estaba claro que mentía.

Creo que también trataba de mentirme a mí, de no hacer real lo que había vivido.

Había despertado tantas emociones en mí que supuse que, si Liz seguía insistiendo, yo sería incapaz de seguir ocultándolo.

—No te lo crees ni tú, pero en algún momento me lo contarás.

Llegamos a casa y al abrir la puerta el silencio fue sepulcral.

Sospechábamos que papá estaría en el despacho como siempre, así que nos despedimos mutuamente y yo me fui directa a mi habitación.

«La carta. ¡La carta!».

Al abrir el sobre me di cuenta de que era uno como el resto que había ido recibiendo los meses anteriores, antes de septiembre. Cuando llegó el último sobre y Liz lo rompió en pedazos.

Ahogué un gritito y me llevé una mano a la boca al ver la frase que acompañaba la carta.

Era una frase de Glinda, la Bruja Buena, de *El Mago de Oz*, que hablaba sobre descubrir los poderes que cada uno tenemos, y descubrirlos por nosotros mismos.

Me enamoré de la frase en cuanto la vi.

Debajo había, como siempre, una imagen de unas flores. Esta vez eran unas amapolas como las que salían en el libro.

Como las que me había regalado.

Sonreí y me sentí la persona más afortunada del planeta.

71

Dicen que amar también es renunciar



Maddie

El mes de enero pasó volando como una ráfaga de viento impetuosa y ya estábamos casi a mitad de febrero.

Iba todos los días a clase con Liz y me sentaba con ella y Ty en la mesa que ahora nos habíamos apropiado en el patio exterior. Aunque el grupo de Amber había intentado intimidarnos para que nos fuéramos de allí, ya no les teníamos miedo.

Ahora, Amber solamente se tragaba su rabia y lanzaba miradas asesinas, pero por una vez en mi vida no me tembló el pulso para responderle con la peineta que se merecía por toda la mierda que me había hecho pasar.

Ella y el resto que la acompañaban.

«Fijo que son una secta camuflada como estudiantes idiotas».

Cuando me cruzaba con Ruby y algunos de los chicos del club, simplemente sonreía tensa y pasaba de largo. Lo cierto es que

deseaba que les fuera bien con sus proyectos, a pesar de que claramente no eran un grupo con el que deseara estar.

Había dejado de sentirme sola y, por primera vez, me sentía tan... plena que decidí retomar la novela que llevaba meses acumulando polvo entre mis apuntes y lo que tenía escrito a ordenador.

Era un proyecto secreto. Quería que fuera una sorpresa hasta para Aaron. Aunque sabía que estaría orgulloso de saber que estaba consiguiendo volver a escribir.

Me sentía muy orgullosa de todo lo que había estado consiguiendo en esos últimos meses. Mi pecho ya no me oprimía, ya no sentía esa tristeza que me paralizaba. Estaba en paz. Aquello era todo un logro. El primer logro de todos los que estaba dispuesta a conseguir.

El día era soleado y parecía brillar con fuerza, como si lo hiciera a propósito.

Era 14 de febrero.

Normalmente, detestaba ese día del año, pero se me hizo un nudo en el estómago al pensar que ese año podría ser diferente.

San Valentín, el Día de los Enamorados, decían.

Veía a Aaron prácticamente todos los días desde la fiesta de mi cumpleaños, y todo volvía a ser igual que siempre. Apenas había cambiado nada.

Aunque, después de lo que pasó entre nosotros, ahora era un poco más tímido a la hora de hablarme, de mirarme incluso. Casi como si algo lo retuviera.

Había quedado conmigo en el mirador de la colina tras el instituto Eryndale, donde celebramos la Navidad junto al mirador.

Estaba más emocionada y nerviosa que nunca.

Tenía una esperanza que jamás había sentido. Y ¿qué podía salir mal tratándose de Aaron?

Llegué hasta el final del camino ahogándome un poco con cada paso que daba hasta que vi a lo lejos el muro del mirador.

Estaba desierto a excepción de la figura masculina que había apoyada sobre la piedra que daba al paisaje.

Me acerqué en silencio con una sonrisita tímida y, cuando llegué a su altura, puse un dedo sobre su hombro para que se percatara de mi presencia.

Se giró y pareció como si me viera por primera vez.

En su mirada solo vi tristeza camuflada con una mueca que no llegaba a ser una sonrisa.

Parecía no haber dormido ni un solo minuto esa noche y la preocupación me recorrió el cuerpo entero.

Se me borró la sonrisa.

—¿Q-qué sucede? —pregunté con temor de que no me gustara su respuesta.

—Tengo algo que confesarte, Mad.

Las dudas se me agolparon en la cabeza como si de gotas en una tormenta se tratara. De nuevo, volví a sentirme la chica insegura de hace unos meses. Esa que, en situaciones como esta, no podía evitar dejar que saliera a la luz.

«Te va a decir que se ha cansado de ti».

«Ya no le interesas».

«Quizá nunca le has interesado».

«Se ha dado cuenta de que no siente nada por ti».

«Se ha dado cuenta de que no vales tanto».

Parpadeé varias veces, intentando no centrarme en las cosas negativas. Intenté pensar que podía ser algo bueno. Quizá solo estaba cansado porque no había podido dormir de los nervios.

Esa idea sonó mejor en mi cabeza.

—Yo también tengo algo que decirte. —Me forcé por sonreír, ya que él no parecía dispuesto a ello.

Tenía mis sentimientos atascados en la garganta... como si necesitara gritarlos a los cuatro vientos. Siempre había evitado contar cómo me sentía, pero con Aaron era como si fuera muy fácil.

«Seguro que él también quiere decirme lo que siente».

Quizá llevaba esos últimos días un poco más distante porque no sabía cómo abordar el tema.

«Sí, será eso».

—¿También tienes algo que decirme?

—Sí —respondí retorciéndome los dedos.

Lo pensó durante unos segundos.

—Tú primero —dijo.

Me toqué la barbilla con el dedo índice, como si lo estuviera debatiendo.

—No, tú primero.

—Wilson... No seas cabezona.

—Te digo que tú primero, y no acepto más discusión.

Yo seguía sonriéndole, pero él... no.

«¿Por qué narices no sonríes?».

«Ya somos casi felices, ¿no? ¿No funciona así?».

«Una última confesión y todo será perfecto».

Aaron suspiró con cansancio y cuadró los hombros antes de hablar:

—Hace unos meses, en agosto, te escribí la que pensé que sería la última carta —comenzó diciendo y mi sonrisa pasó a una mueca intrigada—. Nunca llegaste a leerla, y en parte me alegro porque, si no, no estaríamos aquí, pero...

No terminó la frase y le toqué el hombro para que me mirara.

—Pero ¿qué?

Tragó saliva.

—He sido un egoísta, Madison. —Mencionó mi nombre completo y sentí como si me propinaran un puñetazo en el estómago.

—¿P-por qué me llamas así?

—Porque pensaba que podía tenerlo todo y no puedo —farfulló—. En el momento en el que decidí que no podía estar ni un solo segundo más alejado de ti, supe que estaba perdido.

Me quedé boquiabierta viendo cómo sufría con cada palabra que salía por su boca, pero yo seguía perdida. Seguía sin comprender nada.

—Hace unos meses me escribió mi tía Jenna. Ella sigue viviendo en la ciudad en la que vivíamos antes de que nos mudáramos aquí, hace seis años —dijo evitando mi mirada—. La inquilina de una de sus propiedades tenía pensado marcharse para finales del año pasado, pero no estaba decidido.

Sentí que me faltaba el aire.

—¿Y te ofreció mudarte a ese piso si la inquilina se iba? —Me temí lo peor—. Pero ¿la casa de tu tía Jenna no está como a seis horas de aquí?

Aaron asintió despacio y yo me llevé una mano al pecho como si eso fuera a evitar que dejara de ir a la velocidad de un rayo.

—¿Por eso me escribiste esa puñetera carta?

Cerré los ojos cuando por fin comprendí todo.

Por eso Liz rompió la carta en cuanto le picó la curiosidad y la leyó.

Por eso siempre me advertía sobre las cartas. Sobre él.

No quería verme sufrir.

Lizzy...

Volví a abrir los ojos para mirarlo directamente, con la mirada llena de lágrimas.

—Pero ¡¿qué pretendías?! ¿Que volviéramos a ser amigos para luego coger mi corazón, quererlo dos días y después romperlo en mil pedazos? —No quedaba nada de la Maddie que había subido hasta aquí con la esperanza de que fuera un día inolvidable.

Desde luego que lo sería, pero por motivos muy distintos.

—Estabas en todos los jodidos sitios, Maddie —reventó—. Todos me decían que me olvidara de ti y tu padre me quería más lejos que nunca porque no te convenía, pero yo... yo no podía aguantar más. No podía simplemente olvidar a la niña que me abrió los brazos en su casa con doce años —dijo sin apenas voz—. ¿Sabes qué me dijo tu padre cuando me presenté en la obra de teatro en el auditorio? Me amenazó con lo que más me dolía. Contigo, Mad.

Hizo una mueca de rabia y apretó los labios.

—Me dijo que, si no te dejaba en paz, movería el cielo y la tierra para sacarte del club, sabiendo que era lo que más ilusión te hacía en el mundo.

Recordé que se sorprendió mucho cuando le dije que yo misma me había largado.

Aaron dejó que mi padre lo venciera por mí y yo lo había defraudado. No luché ni un solo segundo, solamente me rendí.

«Lo hizo todo por mí».

—Incluso amenazó con echar a mi padre de la oficina antes de que se acabara el contrato, y ya sabes que necesitábamos ese dinero... —añadió avergonzado agachando la cabeza levemente.

Me quedé tan muda que no sentí la lágrima ardiente que bajó por mi mejilla hasta que sentí el sabor salado empapando mis labios.

—No podía seguir viendo cómo te ibas todos los malditos días a clase con la cabeza gacha y las sombras bajo tus ojos. Porque lo veía, Maddie. —Seguía hablando fuera de sí. Soltando todo el dolor que había intentado retener todos esos meses. Porque las máscaras

se resquebrajan cuando ya no podemos sujetarlas—. Me acerqué a ti porque fui un egoísta y tenía la esperanza de que me perdonaras, y tú... tú lo hiciste porque siempre has tenido el corazón demasiado grande, aun cuando no es bueno para ti.

Su risa fue seca y carente de gracia.

—¿Y-y ahora q-qué pasa? —cuestioné entonces con el labio temblándome y los dientes chocando entre sí.

—Llegó finales de año y mi tía Jenna no llamó —respondió, y antes de que pudiera sentir alivio, continuó hablando—. Pensaba que estaba todo arreglado. Estabas tú aquí y eso era suficiente. Pero hace un par de días me llamó para avisarme de que finalmente tenía el piso libre y a mi disposición.

Su pausa se hizo eterna. Sentí que el aire no salía de mis pulmones mientras esperaba el desenlace. Finalmente exhaló y terminó diciendo:

—No pienso irme.

Debería haber sentido liberación. Calma. Felicidad. Alivio.

No sentí nada de eso.

El sosiego que se respiraba allí arriba se volvió pesado, con los árboles a nuestro alrededor haciendo sombra de la potente luz del sol.

—¿Por qué dices que no vas a irte? —pregunté con apenas un hilo de voz.

Recordé las palabras de Aaron.

«Alguien perdido, sin futuro; alguien que apenas podría permitirse una simple cena; alguien que está deseando huir de aquí...».

«Alguien que está deseando huir de aquí...».

«Cuando logremos salir de aquí será juntos».

No tuve el valor de mirarle cuando seguí hablando.

—Nunca has querido quedarte aquí, ¿verdad? —deduje—. Siempre has querido irte. Lo decías muchas veces cuando éramos más pequeños, y... ¿Estás pensando en desaprovechar tu oportunidad?

Estaba indignada y dolida. Pensaba quedarse aquí... ¿Por qué?

—Pero tú estás aquí —dijo como si fuera obvio, como si eso fuera lo único que necesitara—. Mi familia también está aquí, y ellos me necesitan. Mis amigos...

—No es cierto, Aaron —respondí negando con la cabeza, los ojos hartos de siempre llorar—. Ellos necesitan que hagas lo necesario para que seas feliz, igual que yo.

Se quedó quieto sin saber qué responder a eso.

Entonces comprendí el resto de las dudas que yo había tenido.

«Oh».

—Por eso trabajas en la cafetería de Kath —adiviné—. Pensabas marcharte y necesitabas ese dinero, ¿no es así?

Me miró con la culpa brillando en sus ojos y, por primera vez en mi vida, deseé que no me mirara. Que no clavara esos ojos azules en mí, porque me iba a ahogar en ellos.

—Te mereces salir de aquí —dije a pesar del dolor que se me colaba en las entrañas—. Yo creo que deberías ir, y jamás te perdonaré que te quedes.

Sus ojos brillaban con tristeza. Tenía un debate mental que estaba acabando con él, pero yo lo tenía claro.

—Allí tendrás más oportunidades. Si te quedas aquí encerrado, nunca podrás salir —le aseguré para convencerme a mí misma también—. Tus padres estarán bien, me aseguraré de ello.

Se le nubló la vista y me cogió de los hombros para envolverme en un abrazo.

—Ya te dejé una vez, Wilson, no pienso hacerlo dos veces —susurró contra el hueco de mi cuello y el vello de la nuca se me

erizó.

Lo abracé con más fuerza alrededor de su espalda baja y sonreí todavía con las lágrimas quemándome en la piel.

—La Maddie que dejaste aquella vez no sabía que era capaz de sobrevivir sola —respondí en un tono bajo pero calmado—. Esa Maddie estaba acobardada, tenía miedo de todos, incluso de sí misma.

Tomé una bocanada de aire.

—Esa Maddie ya no está, Aaron —terminé por decir—. No somos para siempre, nadie lo es. Somos fugaces, efímeros, y algún día esto iba a pasar.

«No es un adiós, es un hasta pronto».

«No es un adiós, es un hasta pronto».

«No es un adiós, es un hasta pronto».

Me repetí aquello como un mantra hasta que me autoconvencí.

Aaron no me respondió, pero se agarró con más fuerza a mi abrazo. En su expresión pude ver dolor, tristeza y miedo. Parecía buscar algo a lo que aferrarse, alguna excusa. Al final suspiró y, casi en un susurro, preguntó.

—¿Cuál era tu confesión?

Abrí los ojos y apreté mis labios para no sollozar.

«Dile la verdad».

«Dile que cada parte de ti lo perdona y lo adora».

«Que no quieres que se vaya».

«Que ojalá todo fuera más fácil».

«Dile que lo deseas».

«Que ese sentimiento que llevas oprimido en el pecho es el más puro amor».

«Confiésale que le quieres desde que te regaló por primera vez esas amapolas hace tantos años».

—Solo quería decirte que había retomado la escritura —dije por fin, con un nudo en la garganta—. Es algo importante para mí y quería contártelo.

Rompió nuestro abrazo y alzó las cejas sorprendido.

—Eso es genial, Maddie. —Se alegraba por mí, pero la decepción en su voz me indicó que no era lo que esperaba oír.

Entonces fui consciente de que era una despedida.

Aaron se marcharía en unos meses y estaba convencida de que triunfaría porque el talento que tenía lo merecía. Yo me quedaría aquí, seguiría perdida...

Estancada.

Pero tampoco podía rendirme, se lo debía. Con lágrimas en los ojos, sonreí.

—No rompas tu promesa —le señalé—. Prométeme que nunca te vas a separar de mí. Que, si un día nos enfadamos, volveremos a encontrarnos, a pesar de todo —repetí en voz alta la promesa que nos habíamos hecho.

«Volveremos a encontrarnos».

—Te lo prometo. —Sonrió de lado, aunque sus ojos brillaban con tristeza—. Te prometo que volveré a encontrarte. Nunca te vas a deshacer de mí, Amapola.

72

Efímeros



Maddie

Habían pasado los meses, me había graduado del instituto y ya había llegado el verano. Estábamos en junio y el calor era abrasador. Ni siquiera la fina camiseta blanca de tirantes me salvaba de ello.

Me miré de nuevo en el espejo de la habitación de Liz.

—¿Quieres dejar de mirarte ya? —preguntó con los ojos en blanco.

—No estoy segura de que...

—Es literalmente lo mejor que has podido hacer, hazme caso.

Pasé mis dedos por las puntas de mi pelo sedoso. Ahora lo llevaba por los hombros y me veía... como si fuera otra persona.

Y eso me encantaba.

—Está bien, te creeré.

—¿Vas a la casa de los Miller? —preguntó.

Asentí con una sonrisa.

—Voy a ayudar a Lily con su jardín, lo está dejando precioso para el verano.

Desde que Aaron se había marchado cuatro meses antes, mi vida había dado un giro que jamás pensé que daría. El día que lo vi irse de camino a una nueva vida lloré como nunca antes lo había hecho, pero ahora estaba bien. Había aprendido a sobrellevar la punzada de dolor.

Hacía tiempo que no recibía noticias suyas; sabía que estaba ocupado trabajando y estudiando más que nunca para sacar adelante lo que se propusiera. Pero seguía yendo a su casa porque en parte así me sentía más cerca de él.

Había cogido la costumbre de acercarme a la casa de su familia para ayudarlos en todo lo posible, como le había prometido.

William, su padre, había encontrado trabajo de nuevo en una tienda en la ciudad, y Lily Miller daba clases de jardinería y botánica en un vivero y, a veces, en los institutos de la zona.

Me despedí de mi hermana y bajé las escaleras hasta la planta baja. Me acordé de un detalle que me emocionaba y abrí la salita donde guardábamos todas las cosas de mamá.

En un par de días sería el cumpleaños de Liz y tenía pensando regalarle algunas de las pinturas que conservábamos de ella.

Sabía que le encantaba pintar, así que cogí entre mis dedos las paletas de pintura y ya casi me estaba marchando cuando vi a lo lejos un sobre de color amarillo mostaza que sobresalía de entre unas cajas. Me resultó familiar.

Llegué hasta él y me di cuenta de que era el mismo sobre que había visto la noche de la fiesta de cumpleaños de Ty en ese mismo sitio, pero que después había desaparecido.

Lo agarré y lo abrí para desvelar eso que guardaba en su interior.

De dentro saqué varios trozos de papel.

Eran mis cartas.

Las cartas que escribí a Aaron en su momento y de las que nunca recibí una respuesta. Estaban todas allí menos la primera, que lancé contra su ventana.

En aquella época confiaba en que mi padre se las entregara a los Miller por mí, pero claro que no lo hizo. Estaban todas ahí.

Agarré el sobre con fuerza y dejé las pinturas en el suelo para cogerlas más tarde.

Aporreé la puerta del despacho de mi padre, aunque la abrí sin pensar antes de que me dijera que pasara.

Estaba sentado frente a su escritorio tecleando en el ordenador, con la mirada seria y los ojos cansados.

—¿Qué es esto?

Estampé el sobre en su mesa de madera con fuerza.

Suspiró y le echó un vistazo a lo que había puesto frente a él.

—Sabía que las habías encontrado así que las escondí, pero he dejado que puedas volver a tenerlas, total son solo trozos de papel.

Se encogió de hombros sin darle más importancia al asunto.

—Nunca llegaste a entregarlas —me quejé.

Negó con la cabeza sin mirarme.

—Eran una estupidez, Madison —dijo—. Le escribías a un chico que claramente no quería saber nada de ti. Por lo que sé, se ha marchado y ha hecho bien. Alejado de ti, ahora podrás centrarte en lo verdaderamente importante...

—¡Te puedes callar de una vez! —le grité y por fin despegó la cara de la pantalla del ordenador—. ¡Solo piensas en ti mismo! No me conoces papá. Nunca lo has hecho.

Cogí aire antes de seguir. Enumeré todo lo que mi padre ignoraba de mí con los dedos. Todas esas cosas que me hacían ser yo.

—No sabes nada de mí, ni siquiera sabes lo que me gusta o lo que detesto, como que las alturas me dan terror, aunque estoy trabajando en ello. Desde siempre me ha gustado escribir, nadie me forzó a hacerlo, es lo que me apasiona y es lo que voy a hacer. Echo de menos a mamá y me habría encantado que nos hubieras hablado de ella. Echo de menos a Aaron, pero le dije que se fuera para cumplir sus sueños. Tengo miedo al futuro y durante mucho tiempo tuve miedo del presente. Pero tú nunca has querido saber nada de mí.

Se quedó quieto, dejó también de teclear y apretó la mandíbula.

—Quémalas si quieres —dije tirándole el sobre de las cartas.

Salí del despacho y cerré la puerta con fuerza.

No perdería ni un segundo más de mi vida discutiendo con una persona que claramente no estaba dispuesta a escucharme.

«Mira, Aaron, lo estoy haciendo. Estoy haciendo que me vea, por fin».

***

—Ay, te está quedando precioso, Maddie. —Lily Miller me sonrió sentada a mi lado en el suelo de su jardín—. Gracias por ayudarme, cielo.

—No es nada, señora Miller.

Me dedicó una sonrisa y se levantó mientras yo seguía montando un ramo de flores. La mayoría de las flores estaban bajo el roble lleno de luces, a la sombra, aunque otras, como las lavandas, estaban al sol porque preferían la luz directa.

Me disponía a regar las que necesitaban su dosis de agua cuando la madre de Aaron regresó y me tendió un papelito.

—Ha llegado esto para ti. —La sonrisa le llegó hasta los ojos y cogí el papel entre mis dedos.

—Gracias.

Lo abrí y comencé a leer:

Para Maddie:

Puede que lo sencillo fuera mandarte un mensaje por el teléfono o incluso un correo, pero eso me parecía aburrido para nosotros.

La vida aquí es muy distinta, Maddie. Supongo que te habrás graduado ya en el Eryndale. Estoy orgulloso de ti.

La tía Jenna me matriculó en un instituto de la zona y pude acabar el curso por los pelos. Ya somos oficialmente dos graduados, eh.

Es raro estar por aquí y no verte. He conocido gente genial, pero os echo de menos. ¡Dales saludos de mi parte a Kath y al resto! Seguro que me odia por haberme marchado de la cafetería. Incluso anhelo poner los cafés, aunque siempre me quedaran cargados de leche de más.

Espero que estéis todos bien.

Con la ayuda de la tía Jenna he podido apuntarme a un estudio de fotografía y voy casi todos los días. ¿Te puedes creer que hay gente que recuerda mis cuadros de la cafetería de Kath? Están por todos lados.

Ojalá estuvieras aquí. Tu padre no aprobaría lo que voy a decirte, pero me da igual. Vive, Mad, escribe tus novelas, pero no dejes de lado tu propia vida.

Estoy deseando leerte. Prometo volver pronto.

Volveré algún día, no lo dudes ni por un segundo.

No romperé mi promesa y espero que tú tampoco lo hagas. Creo que ya sabes lo increíble que eres. No dejes que te hagan

creer lo contrario.

Puede ser que te lo haya dicho alguna vez, pero no te preocupes por mí, ninguna chica hará jamás que me ría tanto como contigo.

Eres mi compañera, Maddie Wilson, no lo olvides.

No te olvides de mí.

Confío en que sepas que no hay minuto en el día en el que no me acuerde de ti. En el resto pienso un poco menos, pero no se lo digas.

Eres la chica increíble, Maddie, y lucharé para que no seas imposible también. Tienes esa capacidad de ser inolvidable.

Estas son todas las formas que se me ocurren para expresarte ese sentimiento. Ya sabes, ese que te oprime el pecho y no te deja respirar.

Ese que nunca te dije, pero que espero que sepas que siempre he sentido.

Siempre nos veremos en los atardeceres.

Aaron

Tras terminar de leerla la apoyé sobre mi pecho y me guardé las lágrimas para otro momento. Sonreí porque no era una despedida, era una promesa. Ambos encontraríamos la forma de volver siempre el uno junto al otro, de ser raros y acosadores y, por supuesto, inolvidables.

Epílogo



Maddie. Cinco años después

–¡No te dejes el cepillo de dientes!

—¡Lo llevo todo! —vociferé forcejeando contra la maleta.

No cabía ni un jodido alfiler.

«Maleta 1 - Maddie 0».

Me senté sobre ella e hice maniobras para cerrar la cremallera. Cuando por fin estaba todo listo, me pasé una mano por la frente para apartar el sudor.

Entre el calor bochornoso del verano y los esfuerzos que hice por no llevarme el piso entero, estaba a punto de desmayarme.

—Estás hecha un desastre —me confirmó Harper mirándome desde todas las perspectivas posibles.

Le lancé una mueca burlona y agarré mi maleta.

—¿Seguro que te apetece volver allí? —me preguntó dejando su peso caer en una pierna y apoyando su mano en la cintura.

Harper era mi compañera de piso desde hacía ya un par de años, y era la mejor casualidad que había tenido.

Ambas buscábamos un piso cómodo y pequeño para centrarnos en nosotras, y acabamos por encajar a la perfección.

—Voy solamente por ver a mi hermana y a un par de amigos —le aseguré—. Hace un siglo que no los veo en persona. Y necesito vacaciones, el trabajo me está matando.

Conseguí terminar mi novela y estuvo durante meses cogiendo polvo en mi habitación, hasta que me lancé a mandar el manuscrito a las editoriales.

No tenía esperanza alguna, pero pareció captar la atención de una de ellas. La editorial estaba a las afueras y me pareció la oportunidad perfecta para salir del barrio donde estaba empezando a ahogarme.

Mi padre aceptó que me fuera de casa una vez graduada y me dio una suma de dinero a regañadientes para sobrevivir a duras penas.

En cuanto llegué aquí y conocí a Harper, supe que estaba donde debía estar.

Dejé las calles en las que me había criado, porque allí no me quedaban nada más que sueños rotos.

Harper se me abalanzó sin previo aviso y me dio uno de sus abrazos que dejaban sin respiración. Su larga melena castaña casi me asfixió, pero la perdonaba porque era ella.

—¿Cuánto tiempo te quedas por allí?

—Estaré como mucho un mes, hasta que se me acaben las vacaciones y tenga que volver.

Puse los ojos en blanco de solo pensar en el trabajo.

Hacerse un hueco en el mundo editorial era más complicado de lo que todos creían. Una vez que mi libro se publicó, me dejé hasta la última neurona para promocionarlo.

Estaba orgullosa del resultado final, pero, aunque las ventas habían ido bien, no me cubrían todos los gastos. En la editorial me facilitaron un trabajo como becaria a la vez que seguía creando historias.

«Y leyendo los *thrillers* más espeluznantes, eso siempre».

—Te voy a echar de menos —susurró mi amiga todavía con sus brazos alrededor de mi cuello.

—Lo sé, yo también.

Me marché de allí antes de que tuviera que ponerle a Harper una orden de alejamiento y cogí el tren que me esperaba en la estación.

Tenía los nervios a flor de piel. Mi hermana no sabía que iba, y aunque hablábamos mucho por FaceTime, esto sería lo último que esperaba.

La única que sabía de mi regreso después de tanto tiempo era Kath, a la que había escrito para confirmarle que iría de visita. Era una de esas amistades que, por mucho que pasara, era imposible que nada cambiara entre nosotras.

En cuanto el tren me dejó en mi destino, agarré mi pesada maleta y comencé mi camino hasta la casa de mi familia.

El cielo ya estaba anaranjado y el sol no picaba en la piel.

Cuando pasé por la calle de la casa de los Miller, los pelos se me pusieron de punta.

Hacía mucho que no pasaba por allí. Solo de pensarlo me entraban escalofríos.

Habían pasado casi cinco años desde que no veía a los Miller. A ninguno de ellos.

Tragué saliva con fuerza cuando arrastré mi maleta por la acera mientras pasaba al lado de esa puerta azul que cada día perdía un poco el color.

Todo seguía exactamente igual, parecía haberse congelado en el tiempo. Hasta el roble con las luces seguía allí. Lo único que no encajaba era un coche nuevo que había frente a la entrada.

Lo mismo la familia había conseguido ahorrar lo suficiente como para permitirse un nuevo vehículo. Sonreí y seguí mi camino sin prestarle más atención, para intentar no pensar demasiado en Aaron.

Pasé de largo y llegué hasta la casa en la que había crecido. Inspiré profundamente y me tomé un momento antes de tocar a la puerta principal.

Tenía una sonrisa en la cara preparada para cuando Lizzy me abriera, pero no fue ella quien giró el pomo.

—Papá —murmuré.

Su expresión seria me dio la bienvenida. Su aspecto era igual de impecable que siempre, lo único diferente eran las canas blancas de su barba.

—No esperaba visitas, Madison —dijo simplemente.

«Yo también me alegro de verte».

Me aferré a la maleta con fuerza.

—He venido a ver a Liz, ¿dónde está?

—Suerte si la encuentras —respondió.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha marchado hace un rato con su novio ese...

Se pensó el nombre. O le repugnaba decirlo o simplemente había prestado tan poca atención que no se lo sabía.

—Tyler —dije—. Se llama Tyler.

Asintió como si le diera igual y se hizo a un lado para que pasara.

—Tu habitación está como siempre, puedes dejar lo que lleves allí.

Pasé al interior mirándolo todo con curiosidad y subí hasta arriba. Abrí la puerta de mi cuarto y el polvo me hizo toser.

«Dios, necesita una limpieza».

Todos los muebles estaban en su sitio, aunque mis estanterías estaban vacías y el armario estaría acumulando telarañas.

Dejé mi equipaje y bajé en busca de Liz.

Me recorrí el barrio entero, calle por calle, pero nada.

Solo me quedaba un sitio al que ir.

Sonreí cuando la campanilla sobre mi cabeza sonó.

Aquel lugar siempre sería mágico por la cantidad de recuerdos que guardaba de él.

Me tambaleé un poco al pensar en eso.

Estaba a rebosar y tuve que apartar a la gente para hacerme un sitio en la cafetería.

«¿Está todo el barrio aquí metido o qué?».

—¡No me lo puedo creer! —escuché que decía una voz a mis espaldas—. Pero ¡¡qué ven mis ojos!!

Reconocí esa voz al instante y me giré para ver a Kath avanzando hasta mí. Me cogió de los hombros y me dio un abrazo de esos que te reconfortan el alma.

—Pensaba que llegarías más tarde.

—Y yo pensaba que te alegrarías de verme.

Me dio un manotazo en el hombro y solté una carcajada.

—Claro que me alegro, no seas tonta.

Una voz carraspeó detrás de Kath y, cuando se hizo a un lado, los ojazos de mi hermana me miraron con ganas de asesinarme.

—¿Vuelves y no me avisas? —Su indignación me sacó una sonrisa —. ¿Qué clase de hermana eres tú?

Me acerqué a ella y le di un fuerte abrazo que rápidamente me correspondió.

—Has estado media vida fuera. Ya era hora de que volvieras.

Le sonreí con sinceridad, mostrando los dientes.

Aunque llevaba mucho tiempo sin pasarme por aquí, Liz se había encargado de narrarme todo lo que había pasado en su vida.

Por ello sabía que, nada más acabar sus estudios en la universidad, había entrado a trabajar en la empresa de papá, como tenía pensado. Aun así, seguía creando sus bocetos y dibujos y tenía pensado empezar a dedicarse a la ilustración. Me alegraba mucho por ella. Se la veía feliz.

No pude evitar poner los ojos en blanco cuando vi que se acercaba también Ty y le daba un pequeño beso en la mejilla a mi hermana.

Todavía no se había percatado de mi presencia, así que hablé yo misma.

—Bueno, Ty, ya veo que todo va bien, ¿no?

Tyler alzó la cabeza y se quedó boquiabierto.

—Sigues con tu pelo corto, Wilson —comentó y me reí porque sabía que era un pensamiento que había dicho en voz alta.

Lizzy le dio un manotazo con fuerza.

—Perdón. Es que... me sorprende mucho verte por aquí. —Se enderezó y me dedicó una de sus sonrisas de bonachón—. Te veo bien, Wilson, me alegro.

Los acompañé hasta la mesa en la que estaban sentados. Kath se marchó a la barra para seguir trabajando.

Me llenaba de alegría que el negocio siguiera en pie y tuviera tanta fama. Cuando el padre de Kath había fallecido un par de años antes, todos temimos que fuera el fin de la cafetería. Sin embargo, Katherine siguió adelante y, con tristeza, nos aseguró que había sido

lo mejor. El señor Baker llevaba enfermo muchos años y ver cómo se apagaba cada día estaba matando a Kath.

En cuanto me senté con mi hermana y Ty, no pude evitar fijarme en la mesita del fondo.

Mi mesita.

La voz de Katherine resonó en mi cabeza.

«Me obligó a guardar esa mesita para cuando tú vinieras por aquí solo porque sabe que te encanta ese rincón».

Se me hizo un nudo en la garganta y me levanté.

Me dirigí hasta la mesita y me giré al notar la curiosa mirada de Kath. Me guiñó un ojo y cuando llegué hasta la mesa lo comprendí todo.

Era la única desocupada en todo el local y había un papelito pegado al cristal.

MESA RESERVADA PARA MADISON WILSON

Me quedé perpleja al ver mi nombre escrito sobre el papel.

Se me nublaron los ojos al pensar que daba igual el tiempo que transcurriera. Siempre se me encogería el corazón al pensar en él.

Aaron prometió que volvería, pero no lo hizo.

Nunca volvió y pronto dejé de tener noticias de él y empecé a verlo en televisión. Ambos mantuvimos el contacto durante mucho tiempo hasta que las preocupaciones, el trabajo y nuestra nueva vida nos consumieron por completo.

Su vida ahora era muy distinta a lo que recordaba.

Ahora, encendía la televisión con más frecuencia por si veía su nombre aparecer.

Se había hecho un hueco en el mundillo de la fotografía y ahora trabajaba con grandes artistas en estudios cinco veces más grandes

que mi piso.

Le echaba de menos, pero me sentía muy orgullosa de él. Jamás volví a culparle por no cumplir esa promesa que nos hicimos de niños, porque sabía que estaba haciendo realidad sus sueños y eso me daba paz.

Habíamos tomado cada uno un camino distinto y estaba bien porque en ese tiempo estaba convencida de que habíamos aprendido más que nunca de nosotros mismos.

Me acerqué a ver las fotografías que estaban colgadas en la pared. La gente se amontonaba a verlas.

Alcé la cabeza, me puse de puntillas por encima del hombro de una mujer y solté la mayor carcajada de mi vida.

«No. Puede. Ser».

La gente a mi alrededor me miró como si fuera un bicho raro, pero no me importaba. La fotografía en la que salía manchada de helado de chocolate estaba colgada en grande y todo el mundo la miraba con atención.

—Es mi favorita —susurró una voz grave a mi derecha.

Sonreí a la imagen. Todavía recordaba a aquella niña que era feliz de tener a Aaron tan cerca.

—Es una gran foto, supongo —respondí sin mirar al desconocido y me encogí de hombros—. Aunque no salgo muy favorecida que se diga.

Mientras me reía, seguí mirando las fotos del resto de los modelos y celebridades.

—Yo creo que sales preciosa, pero ya lo sabes, ¿no, acosadora?

En el momento en que escuché aquella palabra, se me cortó la respiración y me giré para ver a la persona que observaba las imágenes a mi lado.

Me quedé muda y el corazón me palpitó tan rápido que sentí cada latido sacudirme por dentro.

Aaron Miller estaba a mi lado mirándome mientras sonreía. Camuflándose para el resto con una ridícula gorra.

—He leído tu novela, Wilson —dijo con esa voz ronca que no había reconocido. Estaba mucho más alto, pero su pelo seguía igual de despeinado que siempre y los ojos... joder, brillaban como el océano en un precioso día de verano—. Tengo que decir que la habré leído al menos diez veces, aunque sigo sin entender el título.

«Me falta el oxígeno».

«Ahora sí que creo que me voy a desmayar».

No podía dejar de mirarle. Quise creer que era un holograma, que estaba tan cansada que veía alucinaciones.

Pero no. Era real. Estaba ahí, a mi lado.

—¿A qué te refieres con *Si no fuéramos efímeros*? —preguntó.

—S-significa que, si fuéramos eternos, quizá aún tendríamos una oportunidad. Pero no es así, no somos para siempre —le contesté con tristeza y me pregunté si se habría reconocido en el personaje de mi historia.

Los ojos de Aaron me miraban con atención y con una emoción contenida.

—No, no lo somos —coincidió—. Pero las promesas sí lo son, ¿no es así? Y a mí me queda una por cumplir.

Aaron dio un paso hacia mí.

—Te lo advertí —me dijo y un torrente de emociones me recorrió por dentro—. Te dije que nunca te desharías de mí, Amapola.

FIN

Agradecimientos

Esta es mi primera novela y espero que no la última, por ello os agradezco a todos vosotros, lectores y lectoras, que estáis acompañándome en este camino tan emocionante. Que habéis confiado en mí. Millones de gracias.

Gracias a todas esas personas que se encargaron de hacerme sentir siempre menos. De hacerme sentir débil e indefensa en los peores momentos. He aprendido a sobrevivir sola y por ello os agradezco que a partir de esas lágrimas nacieran estas páginas.

Estoy plenamente orgullosa de haber creado una historia para vosotros, lectores, pero sobre todo para mí.

Necesitaba en el fondo de mi corazón que todos pudierais sentir lo que pueden causar unas simples (o no tanto) palabras, el daño, la soledad, el miedo, incluso ese acoso camuflado en miradas. No estamos aquí para quedarnos callados, sino para elevar la voz cuando, a veces, esta no consigue salir.

Evolucionar se trata de eso, de dar un giro en nuestras vidas para conseguir que sigan siendo acordes a nosotros mismos. Espero haberos hecho llegar todas esas emociones que buscaba con estas páginas y estos personajes que, sin duda, tenían mucho que decirle al mundo.

¡Así que llorad si lo necesitáis!

La soledad no es siempre un pozo sin fondo, sino una amiga segura hasta que te ves capaz de soltarla, y créeme que lo harás.

Me enorgullece estar escribiendo este texto, pues lo que no grito en voz alta lo hago en palabras sobre el papel y solo deseo que os llegue a lo más profundo del alma.

Ahora sí, toca agradecer a todas esas personas sin las cuales este proyecto nunca habría salido a la luz. Sed siempre agradecidos.

Gracias, mamá, porque siempre fuiste la primera. La primera que puso un libro sobre mis manos y la primera que leyó mis historias cuando todavía no sabía ni crearlas. En este momento ya habrás leído la novela y estoy segura de que me darás una opinión extensa, y por ello te agradezco siempre tu sinceridad (con cariño, claro).

Sin dudarlo ni un segundo, le agradezco ahora y un millón de veces a mi editorial, Grupo Planeta, y al grandísimo y maravilloso equipo de MatchStories, pero por supuesto les agradezco sobre todo a ellas, a mis editoras Sara, Ana y Noelia, porque sin ellas esto no habría sido posible.

Me ofrecieron una de las mayores oportunidades que se me van a brindar en la vida, y solo tengo palabras de cariño y emoción para decirles.

Aunque ha sido un proceso largo, he aprendido tantísimo trabajando en él que estoy completamente satisfecha.

Por último, quiero agradecerles a todas las personas que se revelan: sois mágicas, nunca dejéis de haceros ver. A esos amigos que me acompañan pues, aunque quizá no lo sepan, mis muros se sostienen gracias a muchos de sus ladrillos.

A mis compañeros y compañeras de pádel que siempre han estado ahí en cada clase y que no lo creerán, pero han sido un pilar.

A mi querida Naiara, mi Katherine, esa amiga que me acompañó a pesar de todo y que caminó a mi lado en silencio solo porque yo

necesitaba que alguien estuviera. Eres pura luz y te agradezco millones de veces por todas nuestras experiencias que me han inspirado para crear esta novela.

Gracias a toda la gente que me apoya desde la distancia, que ha seguido este proyecto desde las redes y me admira casi tanto como Maddie admira sus amapolas; ¡sois increíbles!

A todos mis lectores y lectoras, no dejéis nunca que os infravaloren. Valéis muchísimo en este mundo y todos tenéis algo grandísimo que aportar. Nunca dejéis que os silencien, confío en cada uno de vosotros para que así sea.

Nos vemos muy pronto, y sí, esto es una promesa.

Si fuéramos eternos
Emma Gil

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Mireya Murillo Menéndez (@wristofink)

© Emma Gil, 2026
Ilustraciones de interior © Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca,
sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-270-5488-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta